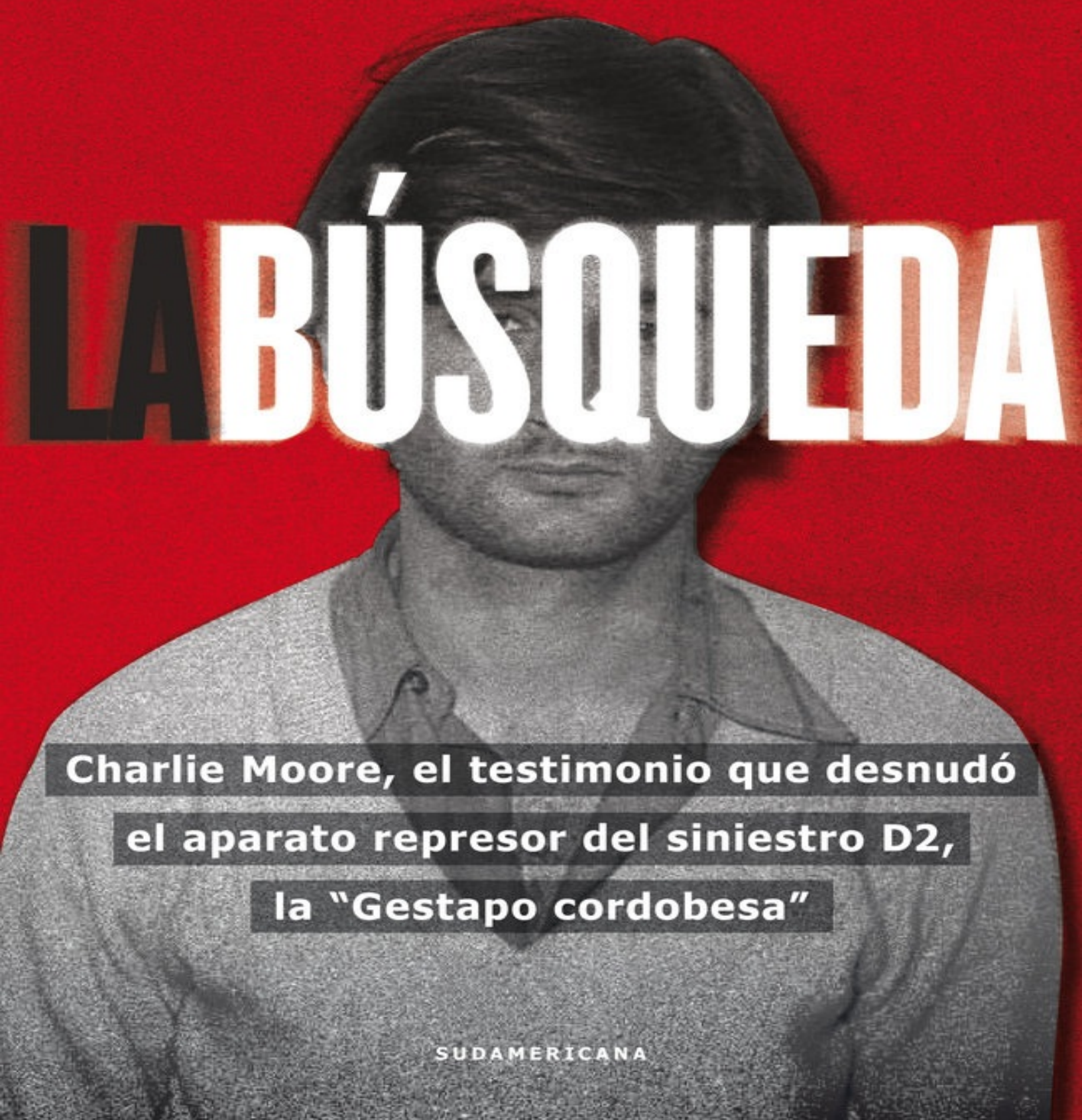
MIGUEL ROBLES

LA BÚSQUEDA



Charlie Moore, el testimonio que desnudó el aparato represor del siniestro D2, la "Gestapo cordobesa"

SUDAMERICANA

Miguel Robles

La búsqueda

Charlie Moore, el testimonio que desnudó el aparato represor del siniestro D2, la “Gestapo cordobesa”

Sudamericana

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@megustaleerarg**

Penguin Random House Grupo Editorial

A nuestra hija Sofía,
porque ella también es hija de esta historia

PRÓLOGO

El lunes 3 de noviembre de 1975, en la Ciudad Universitaria de Córdoba, mi padre, el ex comisario inspector José Elio Robles, caía asesinado cuando se dirigía a tomar clases en la facultad. Le faltaba muy poco para recibirse de médico, tenía 42 años, era casado y padre de cuatro hijos. La versión oficial indicó que los responsables del crimen eran integrantes de Montoneros. Yo tenía 5 años, y crecí convencido de esa versión. Mi infancia y mi adolescencia transcurrieron con las imágenes, los sonidos y las experiencias de aquellos años de plomo, que en Córdoba fueron particularmente intensos, y con los interrogantes acerca de quiénes habían matado a mi padre y por qué razón. Apenas me lo permitió la edad, ingresé a la Escuela de Policía, y poco después empecé a toparme con los primeros rumores y contradicciones sobre aquella versión oficial, y a partir de entonces pasé largos años de mi vida buscando la verdad. Hablé con antiguos compañeros y conocidos de mi padre, con testigos del asesinato y con infinidad de personas que habían estado vinculadas, de uno u otro modo, a lo que había sucedido en aquellos años en el país y particularmente en Córdoba, buscando comprender los procesos políticos y, de ese modo, el sentido de la muerte de mi padre. Así, me puse en contacto con organismos de Derechos Humanos y por intermedio de alguno de sus integrantes supe de la existencia de Carlos Raimundo “Charlie” Moore, ex militante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) exiliado en Inglaterra tras haber estado detenido seis años en el Departamento de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Córdoba, el D2, también conocido como la “Gestapo cordobesa”, el principal centro policial de represión clandestina en la provincia. En sus

declaraciones a funcionarios de las Naciones Unidas, Moore se había referido a asesinatos de policías perpetrados por miembros de la propia institución. Ese hombre, entonces, podría dar testimonio desde dentro mismo de la estructura represiva de lo que en verdad le había sucedido a mi padre. Porque Moore había sido obligado a colaborar con los represores, y durante mucho tiempo elaboró informes de inteligencia para ellos, hasta que logró fugarse.

Pasé años buscándolo, y logré ubicarlo. De inmediato viajé a Inglaterra y lo entrevisté; y también dialogué con su esposa, Mónica Cáceres, detenida en el D2 en noviembre de 1974 hasta su liberación en octubre de 1978. *La búsqueda* resume ese camino, pero además, y sobre todo, revela dos testimonios que permanecieron invisibles por mucho tiempo, y formula interrogantes cuya respuesta es necesario hallar.

Moore escapó de sus captores y llegó a Brasil en noviembre de 1980 y allí, ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, redactó una declaración extensa y pormenorizada de sus experiencias en el D2. Esa declaración fue base para el juicio contra Jorge Rafael Videla, Luciano Benjamín Menéndez y otros veintinueve acusados por delitos de lesa humanidad en Córdoba, celebrado en 2010. Treinta años tardó en salir a la luz pública su testimonio. ¿Por qué no pudimos, no quisimos o no nos permitimos escucharlo antes? El hecho de que un testigo con semejante cantidad de información haya permanecido invisibilizado durante años, y que su testimonio completo haya podido ser escuchado recién después de tanto tiempo, es digno de ser analizado.

Tal vez este aspecto sea uno de los más interesantes del fenómeno que significó el testimonio de Moore, y que trasciende sus mismas palabras. Porque, precisamente, permitirnos escuchar a quien hasta entonces no tenía derecho a hablar, a quien no era posible (política y socialmente) escuchar, generó una serie de consecuencias que, a juzgar por los resultados, permitieron un avance importante en el conocimiento de hechos y de procesos que de otro modo habría sido muy difícil desentrañar. Entre lo que Moore significaba y lo que pasó a significar para la memoria luego de su segundo testimonio (el cual conforma este

libro) se produjo un profundo quiebre, que permitió que pasara de ser un traidor inescuchable a convertirse en un testigo fundamental y, especialmente, en un espectador privilegiado de los cambios, vaivenes y principios que inspiraron la decidida y sistemática política de represión que se implementó a partir del año 1975 en Córdoba, entre otros muchos aspectos.

Por eso creo que el mayor aporte de su testimonio no es sólo lo que tenía para decirnos; su aparición, además, destrabó la lógica que impedía escuchar a otros "colaboradores" tan estigmatizados como él, o incluso más. Y ese hecho produjo una ruptura, un verdadero cambio de paradigma —cuyas dimensiones todavía no han sido establecidas— en buena parte de los juicios de lesa humanidad que se han llevado y llevan adelante en la provincia de Córdoba, y que se pueden constituir en casos testigo respecto de los procesos en otras jurisdicciones.

Posiblemente no pudimos escuchar antes a Moore porque la lógica binaria de buenos-malos o de blancos-negros a la que nos tiene acostumbrados nuestro sistema de pensamiento se trasladó a nuestra metodología de trabajo y a nuestras vidas, y durante mucho tiempo impidió que el conocimiento de los acontecimientos históricos avanzara por carriles "proscriptos" que, sin embargo, podían brindar una cantidad significativa de datos sobre los que estábamos investigando. Desde la aparición de la primera edición de *La búsqueda* hemos sido testigos de cómo se han puesto en crisis algunos aspectos que hasta ese momento se aceptaban dogmáticamente y sin posibilidad alguna de discusión. Porque, a fuerza de resultados, el testimonio de Moore permitió comprender que escuchar es siempre mejor y más positivo que encerrarnos en el círculo de las verdades admisibles.

En la presente edición, además, se incluyen por primera vez fragmentos del relato que Mónica Cáceres me hizo de su experiencia en esos años. Ella compartió el destino de Charlie, aunque es posible decir que sus tormentos fueron doblemente graves, porque la militancia y la actividad política le eran prácticamente ajenas, y por su condición de mujer.

Más allá de las diferencias de opiniones y de muchos puntos de vista

contrapuestos, en las entrevistas respeté siempre la literalidad de sus dichos, porque tuve muy claro que lo verdaderamente importante del encuentro era el conocimiento profundo y circunstanciado que ellos poseían.

Los testimonios de Charlie y de Mónica exigen que reflexionemos de manera urgente sobre la necesidad de despojarnos de cualquier aspecto dogmático que nos impida escuchar, simple y sencillamente, sin juzgar ni delimitar, aquello que creemos *a priori* bueno o malo, y poner a disposición de los sobrevivientes, de la justicia y de las generaciones por venir una parte que tal vez aún no nos hemos permitido conocer, confiando en que ellos darán su sabio veredicto. Es posible que este sea el rumbo pragmático que deba orientar la investigación criminal de los delitos de lesa humanidad, y los métodos de esa investigación —que en modo alguno excluyen la ética— incluyen fundamentalmente la escucha atenta, sistemática y respetuosa de muchos a los que tal vez todavía hoy no hemos podido, no hemos sabido o no hemos querido escuchar.

Tal vez allí estén las claves que permitan avanzar en los aspectos pendientes de los juicios de lesa humanidad, que, más allá de sus progresos, están signados por el norte aún no debidamente logrado de la recuperación de hijos y nietos apropiados, el hallazgo de tumbas clandestinas y la identificación de las víctimas, en el marco de la reconstrucción de las terribles consecuencias del plan sistemático diseñado por las máximas estructuras del Estado argentino de aquellos años. No podemos ni debemos olvidar a tantos familiares que todavía esperan.

Finalmente, no puedo dejar de manifestar mi profundo y sincero agradecimiento al Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba y a todos sus integrantes, por la oportunidad y el enorme privilegio que me brindaron al publicar la edición anterior de este libro. Incluyo en este agradecimiento a todos aquellos que, de manera desinteresada, leyeron o me acompañaron de distintas formas en esta búsqueda.

MIGUEL ROBLES

Córdoba, febrero de 2016

1

PRESENTACIONES

—*Hello?*

—*Hello! Mr. Moore?*

—*Yes, I am.*

—*My name is* Miguel Robles*, Mr. Moore. I'm from* Córdoba, Argentina. *Speaking Spanish, Mr. Moore?*

—…

—*Hello, Mr. Moore? Mr. Moore?*

—Sí, hablo español, macho. Y ya me imagino por qué me llamás.

El diálogo pasó de la fría gramática inglesa, con acento marcadamente británico, al lenguaje coloquial de cualquier bar de la ciudad de Córdoba. Después de unos segundos de lógica tensión —que mi interlocutor superó con naturalidad—, parecía una charla de viejos conocidos. Habían sido muchos años de búsqueda, y muchos años de espera, en los dos lados del Atlántico: los que vivieron más de media vida en el hemisferio norte, esperando durante décadas ese contacto, y los que vivimos en esta parte del mundo, tan al sur del planeta, buscando piezas de un rompecabezas durante casi toda una vida. Dos mundos se encontraban.

La comunicación se hizo desde una cabina pública del barrio Nueva Córdoba, en la capital provincial. Duró 55 minutos y 20 segundos, y sólo fue una

presentación. Aunque no quise avanzar en el motivo de mi llamada, Moore lo supo desde el primer momento. El apellido Robles no le era desconocido. Cauto, él tampoco quiso hablar mucho por teléfono, pero dijo las palabras mágicas: “Hablás por lo de tu padre, ¿no? Lo mató el D2. Eso es un hecho. Pero no voy a hablar más por acá, no confío en los teléfonos, macho. Si querés, te invito a mi casa. Venite cuando quieras y hablamos acá”.

La invitación fue una muestra de confianza, pero sobre todo una prueba. Si yo era quien decía ser, con semejante respuesta no dudaría en ir a verlo. ¿Quién si no el familiar de una víctima, ávido de información, iría a un país desconocido, a dormir en la casa de un ex guerrillero del ERP, condenado a muerte por sus ex compañeros, señalado como traidor y colaborador del más temible grupo de represores que dio la historia de Córdoba?

Poco más de dos semanas después, el 12 de noviembre de 2009, estaba sentado en un avión rumbo a Europa. Luego de treinta y seis horas de vuelo y tras muchas escalas, arribé a Manchester, en el norte de Inglaterra. Era bien entrada la noche, pese a que el reloj marcaba las 17:30. Llovía y hacía frío. En Londres, donde había permanecido unas horas aguardando la conexión aérea, me había llamado la atención la gran cantidad de extranjeros, sobre todo paquistaníes e indios, que trabajaban en los negocios. En Manchester, no; todos eran notoriamente ingleses. El conjunto me hacía sentir fuera de casa, salvo ese gran cartel, espectacularmente perfecto, inmenso, que primero me desconcertó y luego me arrancó una sonrisa. Carlitos Tevez, con la camiseta del Manchester City, festejaba un gol y parecía abrazar a todos los que llegaban. Busqué mis valijas, cargadas de yerba mate, dulce de batata, alfajores cordobeses y algo de ropa, y caminé hacia el *lobby* del aeropuerto.

“Te voy a esperar en el *lobby*, macho. Me vas a conocer apenas me veas”, había dicho Moore. Yo le había dado mi descripción pero no le había mostrado ninguna foto, porque no me la había pedido. Cuando llegué al sector de arribos lo reconocí de inmediato. Allí estaba, en un costado del ingreso, con un pie contra la pared y un cigarro armado en la boca. Era tal como lo imaginaba a

partir de las fotografías de aquellos años: delgado, no muy alto, cabello largo, ahora entrecano, lentes recetados, camisa de trabajo verde oliva, sobre una remera del mismo color, *jeans* gastados y botas de montaña. Indudablemente, era Charlie Moore. Uniformado, por supuesto.

Un saludo y luego otro. Mucho más sincero y afectuoso el segundo que el anterior porque, evidentemente, la primera vez quería ver si alguien me seguía. Me ayudó con las valijas y fuimos hacia el estacionamiento. Mientras me preguntaba por el viaje, acomodó las valijas en la parte de atrás de su Land Rover, casi idéntica a las que tiene en uso el Ejército Argentino. No se trataba de simples coincidencias. Eran las mismas preferencias, los mismos gustos militares.

Parecía que empezábamos a distendernos, pero a poco de andar me preguntó si alguien me había seguido. Le dije que desde Córdoba hasta Londres, incluyendo las paradas en Santiago de Chile y Madrid, una persona joven había hecho el mismo recorrido que yo. Se preocupó, pero no dijo nada durante los segundos que tardé en aclararle que estaba seguro de que en Londres esa persona había tomado otro rumbo, o tal vez se había quedado allí. Siguió en silencio. Insistí diciéndole que me había fijado en el avión que me había traído a Manchester, mucho más pequeño porque era un vuelo de cabotaje, y que estaba seguro de que esa persona no estaba allí. Se quedó más tranquilo, pero me aclaró que cuidaba mucho su seguridad, y mientras manejaba dijo: “¿Sabés por qué, macho? Porque en la Argentina, mi vida no vale un cartucho de nueve”. Le aclaré que las cosas habían cambiado, pero aunque parecía escucharme, advertí que mis argumentos no lo convencían demasiado. Algunos días después de haberme instalado, me di cuenta de que las escasísimas noticias que llegaban a Inglaterra desde el sur del hemisferio sur no eran precisamente buenas. Y que Moore seguía viviendo treinta años atrás.

La noche era cerrada, fría y muy húmeda. Todo el paisaje era notoriamente distinto de lo que yo conocía. Pero lo que más me desconcertaba era estar sentado en el lado izquierdo de la Land Rover, sin manejar. Pese a que Moore y

los ingleses en general manejan de manera sumamente correcta, el hecho de que se condujera del lado derecho del vehículo me hacía sentir que íbamos a chocar en cada curva, porque uno siente que está en el mundo del revés. En un mundo inverso. Aunque tal vez no era sólo una sensación. De algún modo, sentía que toda la realidad que me rodeaba era, cuanto menos, surrealista.

Ya distendidos, Moore comenzó a preguntarme por la Argentina. Estaba ansioso por saber. El tipo de preguntas me indicó que, si bien estaba algo informado, su percepción permanecía detenida en los setenta. Para él, las bandas de ultraderecha todavía acechaban las calles de Córdoba, Buenos Aires y Rosario. Así, hablando de todo un poco, pero sin referirse en absoluto a la información que yo había ido a buscar, recorrimos algo más de ciento setenta millas. El viaje sirvió para romper el hielo y entrar en confianza. Una de las primeras cosas que me pidió fue que no hiciera públicos la ubicación de su casa ni otros datos personales, y volvió a reclamar, como la primera vez que hablamos: “Decime Charlie, por favor. Todos me dicen así”.

Llegamos a una ciudad pequeña y me dio la impresión de que allí todos se conocían. En las calles había muy pocos vehículos y menos gente. Móviles policiales del Primer Mundo patrullaban. Todo estaba húmedo y hacía mucho, mucho frío. “Acá es, llegamos”, me dijo, mientras detenía la marcha de la Land Rover frente a una casa que, como todas las demás, tenía el techo a dos aguas y un aspecto que me hizo recordar en el acto las novelas de Charles Dickens.

Apenas entramos, Charlie gritó “*Hello!*” y aparecieron una mujer muy latina, una niña y varios gatos. “Bienvenido, Miguel. Soy Mónica”, se presentó la mujer, y le pidió a la niña que me saludara. Con una sonrisa que nunca se le quitó de la cara, salvo cuando días después se enteró de mi regreso, Gabriellita, tal su nombre, me recibió con un dibujo hecho por ella misma, en la que toda la familia Moore, gatos incluidos, me daba la bienvenida. Luego Charlie, muy atento, me condujo a la habitación que me habían preparado, ubicada en la planta baja.

La casa era pequeña, y después me enteré de que todas las casas de la clase

media inglesa son pequeñas, por los costos de los inmuebles, pero sobre todo por el costo de la calefacción. La habitación que me asignaron era la que había ocupado Betty, la madre de Charlie, hasta que debieron internarla en un geriátrico del Estado. Cenamos una oportuna comida caliente y suculenta. Antes de ir a dormir, Gabriellita me contó con mucha dificultad y un vocabulario cerradamente inglés que estaba aprendiendo "Spanish". Era muy llamativo ver a esa hermosa niña de aspecto marcadamente latino, pero con modos y forma de hablar muy ingleses. Días después me contaría, siempre en inglés traducido por Mónica, que era la más popular de su clase "porque tenía mucho carisma, y el cabello muy negro", lo cual me produjo mucha risa.

En la sobremesa llegaron el té y la inevitable charla. A los Moore les interesaba mucho saber sobre mi trabajo: yo había sido policía y en ese momento formaba parte de la Policía Judicial de Córdoba, ese organismo que tanto les cuesta entender a quienes no son de la provincia, y con más razón a personas que estaban a treinta años y doce mil kilómetros de distancia. Me di cuenta de que si a algo le temían los Moore era a las palabras "Policía" y "Córdoba", pero, inteligentemente, me preguntaron cuándo había sido creada la Policía Judicial, porque ellos no habían llegado a conocerla; y solos, como si se explicaran mutuamente un extraño fenómeno que comprendían con la razón pero aún no con el corazón, coincidieron en que se trataba de policías, pero de la democracia. Policías de la democracia: todo un mensaje de confianza.

Había quedado claro desde el primer momento que mi visita era personal y nada tenía que ver con mi actividad laboral. Sin embargo, para Moore, tal vez por una jugada de su inconsciente, yo nunca dejé de ser un "comisario" de la Policía Judicial. Sólo después de conseguir su confianza hacia mi persona, pero sobre todo hacia la institución a la que pertenecía, comenzaron a hablar sobre el tema que recorrerían el resto de los días: el Departamento 2 de Informaciones de la Policía de Córdoba, el temible D2. Sin embargo, eran charlas desordenadas, informales, llenas de recuerdos y anécdotas. En ellas revelaban, sobre todo, muchísima necesidad de contar y de ser escuchados, sabiendo que su interlocutor

comprendía sus palabras. Algo que, evidentemente, para ellos era casi un lujo. En una de esas charlas, Moore cayó en la cuenta de que yo había llegado exactamente veintinueve años después del arribo de ellos al Reino Unido. Es más, recordó que habían sido capturados el 13 de noviembre de 1974. Que su detención en el D2 se prolongó hasta el 13 de noviembre de 1980, fecha en la que había escapado a Europa vía Brasil. Y que ambos habían permanecido durante todo ese tiempo, hasta ese día 13 de noviembre de 2009, prácticamente sin hablar con nadie sobre su experiencia. Desde la detención de ambos, habían pasado exactamente treinta y cinco años. Toda una coincidencia.

Dos días después de mi arribo a Inglaterra, ya adaptado al horario y al clima, le sugerí a Moore que sería bueno conversar con cierto orden, porque la cantidad de información que tenían tanto él como Mónica sobre el D2 era verdaderamente impresionante, y con charlas informales me iba a resultar muy difícil retener todo. Además, de la muerte de mi padre no había dicho una sola palabra. Nada. “Quedate tranquilo, macho. Tengo todo pensado. Mañana nos vamos a un lugar nosotros dos. Y ahí, durante una semana, hablamos todo. Es un lugar muy especial. Es mi lugar”, fue su respuesta. Efectivamente, esa tarde fuimos al *supermarket*, compramos cantidades de comida enlatada y nos alistamos como para ir de “campamento”, aunque no sabía si iba ser parecido al de los *scouts* o a un campamento guerrillero de monte.

Muy temprano, y con todas las cosas cargadas en la Land Rover, partimos hacia el norte. Viajamos muchas millas por las ordenadísimas carreteras inglesas hasta que, próximos a Escocia, llegamos a Scarborough, ciudad que Moore definió como “la Mar del Plata de los ingleses”. Hicimos una pequeña parada antes de seguir, y noté que la única diferencia de Scarborough con Mar del Plata es que aquella ciudad se encuentra en la costa del helado Mar del Norte, y la temperatura, en verano, no supera los 21 grados.

Luego de un breve descanso, seguimos viaje antes de que empezara a anochecer. Cerca de la salida de la ciudad, un inmenso cartel anunciaba, en inglés: “Scarborough, tres mil años de lucha”. De un lado tenía la imagen de un

luchador medieval, amenazando a los transeúntes con su garrote y un gesto feroz, y del otro, un típico soldado inglés, con uniforme caqui, cazadora y bermudas, amenazando con su fusil británico Lee-Enfield calibre .303. Moore me explicó, con cierto orgullo, que la ciudad debía su nombre al Castillo de Scarborough, emplazado en lo alto de una bahía, y que los habitantes del lugar habían luchado por generaciones resistiendo invasiones de todo tipo, desde los vikingos hasta los nazis. Una ciudad con historia de lucha y resistencia. Inmediatamente imaginé que la elección de la zona podía no ser azarosa.

Avanzamos unas cuantas millas más hasta llegar a “su lugar”: un pequeño caserío cuyo nombre no podía ser más representativo del hombre que me acompañaba y de su historia. El sitio que Moore había elegido como “su lugar” en el mundo era sumamente pequeño. Estaba rodeado por la campiña y alguna que otra casa, todas tan pequeñas como la de mi anfitrión. Se trataba de un lugar muy húmedo y frío, y el silencio sólo era interrumpido por el viento marino y, a veces, por las turbinas de los impresionantes helicópteros Sea King que despegaban de una cercana base de la Royal Navy en busca de barcos en problemas en las turbulentas aguas del Mar del Norte.

Después de ubicarnos, Moore, solícito, comenzó a preparar la cena: una especie de chorizo seco, fritado con huevos y mucho tocino. Tras la comida abundante en calorías, y después de armar sus propios cigarrillos —una ceremonia que repetiría a diario—, Moore dio comienzo a la entrevista, que en parte fue filmada, y registrada con notas que fui tomando.

Pero antes de reproducir la entrevista, es necesario presentar a las personas que participamos en ella. Pese a la enorme distancia y la lógica tensión, la charla fluyó con naturalidad porque, en el fondo, la historia de Moore y la mía estaban unidas por el horror y la muerte, elementos que, precisamente, provocaron y permitieron el encuentro. Para llegar a ese punto de unión entre ambas historias es necesario primero contarlas, aunque más no sea sucintamente.

2

PAPÁ

A finales del año 1975, mi viejo estaba dedicado por completo a sus estudios de Medicina. Después de veintidós años de servicio en la Policía de Córdoba, imprevistamente y contra su voluntad, había sido pasado a retiro en julio de ese mismo año, con el grado de comisario principal. Como estaba muy próximo a recibirse de médico, entendió que tal vez era saludable olvidarse para siempre del uniforme azul y comenzar a forjar su destino en una actividad totalmente distinta. Proyectaba terminar su carrera ese mismo año. Después de todo, aún era joven. Acababa de cumplir 42 años.

Como tantas veces lo había hecho a lo largo de los últimos años, una tarde de noviembre se dirigió a la Ciudad Universitaria, estacionó su auto frente a la Facultad de Ciencias Químicas, y tal vez ni siquiera alcanzó a advertir que estaban a punto de acabar con su vida. El ataque fue sorpresivo y rápido. No tuvo posibilidad alguna de defensa ni de reacción. De todos modos, poco podría haber hecho en ese sentido: hacía meses que no portaba armas.

Horas después, se informó que Montoneros se atribuía el asesinato. Algún medio de prensa reprodujo la noticia, brindada por la Jefatura de Policía, de que mi papá había sido “advertido” acerca de un posible atentado contra su vida pero, supuestamente, él le había restado importancia. Documentación aparentemente secuestrada unos días antes por la misma Policía así lo confirmaba. Al parecer, por lo menos la Policía sabía lo que estaba por ocurrir.

Eso fue todo. Es muy fácil explicar los avatares de la causa: nunca se logró avanzar en la investigación porque el expediente, a los pocos días, se quemó "accidentalmente". Así, los responsables de su muerte fueron premiados con la impunidad eterna.

Pero muchas cosas no cerraban. Jamás en toda su carrera mi viejo había tenido participación alguna en la lucha contra las organizaciones guerrilleras; jamás. Aunque con los que sí había tenido serias diferencias era con sus superiores, específicamente el entonces jefe de Policía, Luis Alberto Choux. Prueba de ello había sido su intempestivo pase a retiro, ordenado desde la Jefatura de Policía. Y por eso mismo, desde aquel momento, jamás había vuelto a tomar contacto con ningún policía en actividad.

Incluso, del "accidente" que sufrió el expediente de mi viejo, la familia tomó conocimiento de manera fortuita. En general, cuando muere algún policía, la institución se encarga de ayudar a su viuda y sus hijos en los trámites necesarios, poniendo a su disposición empleados especializados, pero en este caso todo había sido distinto, porque mi madre personalmente había tenido que ocuparse de los trámites para cobrar la pensión. Después de mucho andar, finalmente logró que le liquidaran los haberes que le correspondían, pero grande fue su sorpresa cuando notó que el monto asignado era sumamente inferior al que realmente le debían pagar. En la Caja de Jubilaciones le dijeron que su planteo era justo, pero para iniciar el reclamo debía presentar una constancia del sumario. Al solicitar esos papeles en la Jefatura de Policía, después de un tiempo de evasivas, se le respondió con la noticia del "incendio accidental".

Asombrada, mi mamá insistió en varias oportunidades para que se rehiciera el expediente, hasta que, desde la misma Jefatura de Policía, se le aclaró que, de manera sugestiva, en el incendio sólo se había quemado el sumario de mi padre, y además se le explicó que, como mi papá había sido "advertido" de que iba a ser víctima de un "atentando" y él no había escuchado esas "advertencias", su muerte, de algún modo, se debía a su propia "imprudencia". Estas "explicaciones" fueron hechas en un tono abiertamente amenazante, incluso se le

“sugirió” que no insistiera, porque si lo hacía podría sufrir más “complicaciones”. Ante esas circunstancias, mejor dicho, ante esas amenazas, mi madre desistió de mantener cualquier reclamo.

Así, muy poco tiempo después de haber ocurrido, el asesinato del segundo oficial de más alto rango en toda la historia de la Policía de la provincia de Córdoba quedó completamente impune. No se conservaba ningún expediente, ningún registro, ninguna prueba que permitieran investigar qué había sucedido. Nunca más se iba a poder llegar a los responsables. Extrañamente, los mismos policías que incluso hoy se vanaglorian de haber combatido a las organizaciones guerrilleras habían, cuanto menos, permitido la impunidad de ese crimen.

Mi madre guardó silencio por muchos años, en la creencia de que de ese modo lo ocurrido nos afectaría menos. En noviembre de 1983, un mes después de las elecciones con las que retornó la democracia, se limitó a iniciar un nuevo reclamo ante la Caja de Jubilaciones: todo un símbolo del significado de aquellos “consejos” recibidos en la Jefatura de Policía de Córdoba. Finalmente, en 1985, después de diez años, logró que le reconocieran de manera parcial que los haberes se le estaban liquidando de forma errónea. Sólo eso. La investigación judicial por el asesinato de mi viejo había quedado completamente sepultada en el olvido. Lo único que sabíamos era la información consignada el día de su muerte: que supuestamente se lo había atribuido Montoneros. Por esa razón crecí creyendo que los integrantes de aquella organización eran los responsables. La historia oficial parecía haberse consolidado.

Años después, muy joven, ingresé a la Policía de Córdoba, pese a la oposición de casi toda mi familia. Tal vez, algo había quedado sin cerrar. A poco de incorporarme, algunas voces de la misma Policía comenzaron a hacerme saber que la historia oficial sobre la muerte de mi padre podía estar construida sobre la base de un gran engaño. Después del *shock* inicial que esa noticia significó para mí, decidí que, por lo menos, podía permitirme dudar. Por esa razón, comencé una investigación personal: creía tener el derecho a saber qué había ocurrido en realidad.

Fue una etapa de mucha búsqueda, silenciosa pero permanente. De leer toda clase de documentos, de revisar expedientes y de entrevistar a cientos de personas. Y todos los indicios y las versiones, todos, contradecían la historia oficial. En cuanto a mi profesión, cuando tuve la oportunidad opté por integrar la Policía Judicial, y elegí especializarme en investigación criminal, específicamente en casos de homicidio, tarea que realicé por varios años.

Mucho después, haciendo cálculos y considerando las edades aproximadas de los victimarios y de su entorno, llegué a la conclusión de que me quedaban entre cinco y diez años para hallar la verdad, porque el tiempo hace su trabajo en forma inexorable. Sin perder la esperanza ni la paciencia, comencé a indagar sobre la existencia de otros casos análogos y contemporáneos al asesinato de mi papá. Y me encontré con el asesinato del policía Manuel Cirilo Vaquinzay, un ex integrante del D2. En la muerte de este policía, ocurrida el día 5 de setiembre de 1975, habían participado una mujer y un hombre jóvenes, y también se la habría atribuido Montoneros, siempre según el reporte oficial. Pero había un testimonio, el de Carlos Raimundo Moore, alias Charlie Moore, que contradecía la versión oficial del caso Vaquinzay.

Moore había sido integrante del ERP y había permanecido preso en el D2 entre 1974 y 1980, cuando logró escapar a Brasil, donde hizo una extensa declaración ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, dando cuenta de los hechos ocurridos en esos años en el D2. En esa declaración de noviembre de 1980, refiriéndose a un traslado de presos —que habrían sido asesinados por los integrantes del D2 simulando un ataque exterior —, dice: “[A] uno de ellos, que cuestionó estos procedimientos, le costó la vida: cabo primero Cirilo Vaquinzay. (Supuestamente muerto por Montoneros o contrainteligencia provocada para que Montoneros lo asesinara. Usaban su nombre para los interrogatorios.) Circuló el rumor entre los policías profesionales que los ejecutores reales fueron ‘Sérpico’ Raúl Bucetta [y] ‘Cuca’ Graciela Antón. A Osatinsky por esa fecha ya lo habían asesinado”.[1]

Mentira y muerte. Un policía asesinado. Un hombre y una mujer jóvenes,

ambos policías. Un comunicado de Montoneros fraguado. Todo eso a menos de dos meses de la muerte de mi viejo.

El testimonio de Moore era, de algún modo, la columna vertebral de muchas de las investigaciones sobre violaciones a los Derechos Humanos en Córdoba. Aún recuerdo cuando conseguí su declaración completa. Esa misma noche la leí una y otra vez, porque hablaba de policías asesinados por otros policías. Pero eso no era todo. En el juicio que se realizó por la muerte del subcomisario Fermín Albareda a manos de personal del D2,[2] y de la que Moore también había dado cuenta en su declaración de 1980, volvió a surgir la noticia de que la muerte del subcomisario no había sido un hecho aislado, sino que, años antes, también otros policías habían sido asesinados por integrantes de la institución. Y en el debate volvió a revelarse el caso de mi papá. Tan importante fue ese testimonio respecto de lo que estaba ocurriendo por aquellos años, sobre todo para romper esa especie de tabú que impedía pensar el hecho de que los integrantes de la Policía de Córdoba podían asesinar a sus propios compañeros, que la versión textual del testigo Octavio Cuello, comisario inspector retirado, fue tenida en cuenta a la hora de los fundamentos de la sentencia condenatoria a varios integrantes del D2. El asesinato de mi padre a manos de otros integrantes de la Policía de Córdoba había sido tomado como una referencia en el cruel homicidio del subcomisario Albareda. En los fundamentos de la sentencia puede leerse lo siguiente: “[el testigo Cuello] manifestó saber de policías muertos por la misma policía como fue el caso del comisario Robles, a quien también conocía por su función [al igual que al subcomisario Albareda], quien le había dicho que Choux era un ‘hijo de puta’ por algo que le había hecho, pero el dicente prefirió que no siguiera hablando, recomendándole que se callara porque le podía pasar algo. Tan es así que al poco tiempo lo matan en la Ciudad Universitaria los secuaces estos que andaban asesinando, tanto de Choux y de Telleldín”.

La información era suficiente para confirmar que, en efecto, era posible que mi viejo hubiera sido asesinado por otros integrantes de la Policía de la Provincia de Córdoba, y no por Montoneros. Había avanzado mucho, pero

necesitaba acercarme al círculo íntimo de quienes estaban acusados de estos hechos. Si policías habían tenido que ver con la muerte de mi papá, era muy probable que Moore tuviera conocimientos al respecto. Por lo tanto, a partir de ese momento, el objetivo fue encontrar a Charlie Moore.

1 El 20 de agosto de 1975, Marcos Osatinsky, uno de los dirigentes más carismáticos de Montoneros, se encontraba detenido en el D2 cuando el ERP atacó esa dependencia policial. Días después, tras ser sometido a atroces tormentos, Osatinsky fue cruelmente asesinado. Su cadáver fue robado por miembros del Comando Libertadores de América, un grupo parapolicial que operaba en la ciudad de Córdoba, y dinamitado en la localidad de Barranca Yaco. Vaquinzay, por entonces chofer en el D2, se habría negado a involucrarse en ese asesinato. Véase más adelante el relato del ataque del ERP al D2.

2 Durante años, el D2, y en especial Telleldín, buscaron un “topo” dentro de las filas de la Policía de Córdoba. Sospechaban de la existencia de un informante que comunicaba a las organizaciones armadas valiosos datos sobre movimientos policiales. La búsqueda no arrojó resultados, pero sirvió por años para justificar asesinatos, secuestros, bombas, exoneraciones o retiros de todos aquellos policías sobre los que pesaba algún indicio de “peligro”. Descubierto en su condición de simpatizante del ERP recién en el año 1979, el subcomisario Fermín Albareda prestaba servicio en la sensible y estratégica Dirección de Comunicaciones de la Policía de la Provincia de Córdoba. Fue secuestrado el 25 de septiembre de 1979. Torturado y asesinado de manera brutal, su cadáver nunca apareció.

3

EL PRÓFUGO MENOS ENCONTRADO

Carlos Raimundo Moore, alias Charlie, había sido integrante del ERP, por lo menos, hasta mediados del año 1974. En esa condición, había participado del copamiento de la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos de la ciudad de Villa María, provincia de Córdoba, el 11 de agosto de ese año, acción por la que habría sido condecorado con la “Orden Héroes de Trelew” en tercer grado, según se consignó en el número 40 de *Estrella Roja*, el órgano del ERP. En la oportunidad, además de llevarse varias toneladas de armamento —el objetivo principal de la acción—, fueron secuestrados dos militares: el mayor Argentino del Valle Larrabure, subdirector de la fábrica, y el capitán Adolfo García, ingeniero químico. A este último, según versiones de los integrantes del ERP, lo dejaron abandonado porque estaba herido.[3]

El 13 de noviembre de 1974, en un allanamiento ilegalmente realizado por personal de la División Informaciones de la Policía de la Provincia de Córdoba, fueron detenidos Mónica Cáceres y, horas después, su esposo Carlos Raimundo Moore. Unos meses más tarde, Moore fue condenado a muerte por el ERP, acusado de haber delatado a sus compañeros y de colaborar con los integrantes del D2. Aparentemente, en abril de 1975, Moore logró fugarse del D2, pero como su compañera permanecía prisionera en el lugar, y porque además constató que el ERP lo había condenado a ser ejecutado donde fuera encontrado, decidió entregarse nuevamente, y en ese momento habría comenzado a colaborar con los

represores. Permaneció seis años prisionero en el D2, y entre los días 12 y 13 de noviembre de 1980 se fugó por segunda vez, cruzó la frontera argentina y solicitó protección diplomática en Brasil, la que le fue concedida temporariamente. En la ciudad de San Pablo, el 15 de noviembre de 1980, ante funcionarios de Naciones Unidas, realizó una extensa declaración en la que denunció una cantidad impresionante de delitos cometidos dentro del D2, y de los que él había sido testigo directo, por ser el prisionero que más tiempo había permanecido en ese lugar y porque además, merced a su colaboración, había logrado ganar la confianza de los mismos represores, lo que le había permitido acceder a un importante nivel de información sobre la represión en Córdoba durante todos esos años. Luego de esa declaración, había recibido asilo junto a Mónica Cáceres en algún lugar de Inglaterra.

No se volvió a saber de él hasta noviembre de 2006, cuando el periodista Carlos Paillet, del diario *La Voz del Interior*, recibió una llamada del propio Moore, que le concedió un reportaje telefónico. En esa oportunidad, dio algunas precisiones de importancia y posteriormente volvió a sumirse en el silencio hasta octubre de 2009, cuando volvió a ponerse en contacto con Paillet durante las audiencias de la causa en la que se juzgaba la participación de varios integrantes del D2 en el asesinato del subcomisario Fermín Albareda. En esta última entrevista, Moore, además de explayarse sobre ese hecho, mencionó también el caso de otros dos policías que habían sido asesinados por los integrantes del D2.

Por su condición de testigo privilegiado, Moore había aportado más información que cualquier otro a las causas por violación a los derechos humanos en la Córdoba de aquellos años. Pero debido a su posición como colaborador, algunas víctimas lo consideraban, cuanto menos, una persona éticamente reprochable. Incluso en alguna oportunidad habría sido ordenada su imputación, pero después habría sido sobreseído.[4] “Traidor” y “colaborador” eran las palabras que se vinculaban con su nombre. Pero lo cierto es que conocía perfectamente el accionar del D2. Acceder a él era llegar, lisa y llanamente, a las entrañas de la bestia.

En lo que a mi búsqueda concernía, Moore era una de las pocas personas que, sin haber sido policía, podía conocer las circunstancias de la muerte de mi padre, que había sido asesinado cuando Moore estaba plenamente integrado al D2. Pero, además, en su declaración daba cuenta de gran cantidad de hechos, todos los cuales habían sido corroborados posteriormente. Entre tanta información relacionada con el D2, declaró que en agosto de 1975 “se había impuesto la línea fascista o línea dura de los servicios de Inteligencia de Ejército, a nivel de Inteligencia Policial”. Que, a consecuencia de ello, se había puesto en práctica la táctica del “terror revolucionario” propuesta por el general Luciano Benjamín Menéndez: atentados sistemáticos contra todas las organizaciones sindicales, populares, religiosas e institucionales. Entre estos atentados, menciona las bombas al Arzobispado de Córdoba y al Juzgado Federal Número Uno de la misma ciudad. Según su relato, esos actos terroristas fueron llevados a cabo por integrantes del D2, a quienes mencionó expresamente por sus nombres. Y confirmó que en ambos casos, los policías responsables de esos actos habían pintado la leyenda “Montoneros” para luego huir del lugar. Además, hablaba de gran cantidad de policías asesinados por integrantes del D2. Y como en el caso del cabo primero Vaquinzay, sus muertes también habían sido atribuidas falsamente a Montoneros.

A todas las personas con las que hablé durante esos años, mientras indagaba sobre la muerte de mi padre, les pregunté dos cosas: si sabían algo de Moore y qué pensaban de él. Me di cuenta de que absolutamente todos habían leído, por lo menos en parte, su declaración de 1980. Reconocían el valor inmenso de este testimonio, pero al mismo tiempo muchos lo consideraban un traidor despreciable, a quien preferían no encontrar —o temían hacerlo—. En cambio, tal vez por mi experiencia profesional, decidí derribar todas las barreras y comenzar a construir de cero. Me concentré en el análisis de la información que Moore había brindado, sin prejuicios, tratando de encontrar en los hechos históricos elementos que me permitieran avanzar en mi investigación. ¿Quién era esta persona tan leída y tan detestada? ¿Por qué era detestada? ¿Podía

adelantar conclusiones? ¿Me correspondía hacer juicios de esa envergadura, o sólo debía tratar de sacar una muestra lo más precisa posible de la realidad, para que otros la juzgaran?

Moore había permanecido detenido por años en un centro donde el Estado planificaba y ejecutaba acciones terroristas. Era un hecho que había colaborado con los represores, pero por esa misma razón conocía como nadie la estructura y la forma de trabajo del D2. Revisando archivos encontré el testimonio del mismísimo jefe de ese organismo, inspector general Juan Reynoso, a propósito de la fuga de Moore, fechado el día 11 de diciembre de 1980, en el que reconocía ambas situaciones en el prófugo: "[el inspector general Juan Reynoso,] que ostenta el cargo de Director General de Inteligencia desde el año mil novecientos setenta y siete, en forma interrumpida, y que en aquella oportunidad, al hacerse cargo, recibió a dos parejas de detenidos, es decir, a la compuesta por CARLOS RAYMUNDO MOORE y su concubina MÓNICA ELINA CÁCERES, y la otra por DANIEL OSVALDO LOPEZ y su esposa MARTA ELENA RIOS BARRERA de LOPEZ, quienes ya se desenvolvían dentro de un régimen especial de detención, suponiendo él que esto se debía a las circunstancias y a la época tan peculiar que se vivía: ambas parejas eran colaboradoras de las fuerzas militares y policiales que luchaban contra la subversión. El régimen 'sui generis' de detención que tenían era ya de conocimiento de las autoridades pertinentes, además de colaborar con las mismas en las tareas ya dichas, desde el mismo momento de su detención, habiendo sido siempre respetado. Que en cuanto al llamado CARLOS RAYMUNDO MOORE fue detenido el día trece de Noviembre del año mil novecientos setenta y cuatro, imputándosele los delitos de 'Robo Calificado, Asociación Ilícita, Tenencia de Armas y Munición de Guerra', a disposición del Juzgado Federal número Uno con asiento en nuestra ciudad, luego del número Dos, y también por una diversificación del sumario, quedó a disposición del Juzgado Federal de la ciudad de Bell Ville, por su participación en el copamiento por elementos terroristas, de la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos de Villa María. En el año mil novecientos setenta y cinco

es puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, mediante decreto número mil seiscientos veinte y dos, barra setenta y cinco. En este mismo año las bandas de delincuentes terroristas que operaban en el país, especialmente las autotituladas ‘ERP’ y ‘FAL’ por intermedio de un tribunal revolucionario, lo condenan a muerte, por su participación al lado de las fuerzas legales en su lucha contra ellas, comunicando su sentencia por intermedio de sus órganos de difusión, las revistas ‘Estrella Roja’ y ‘El Combatiente’. Con fecha veinte de Agosto del año mil novecientos setenta y cinco, se produce el ataque al Cabildo de la Ciudad, asiento de la Jefatura de Policía y del entonces Departamento Informaciones Policiales, por miembros de la banda de delincuentes terroristas ‘ERP’ y el apoyo de otras, comprobándose posteriormente con la investigación que se llevó a cabo, que el objetivo de ese ataque era, primero, liberar al alto jefe montonero MARCOS OSATINSKY, alojado en Informaciones; en segundo lugar, dar muerte al colaborador CARLOS RAYMUNDO MOORE; y en tercer lugar, dar muerte a ciertos policías de Informaciones, de notoriedad en la lucha antiguerrillera. Que todo esto demuestra la tremenda importancia de MOORE en este accionar, teniendo los atacantes planos detallados de su dormitorio, etc. Que en los tres o cuatro primeros años, la colaboración de MOORE fue fundamental e imprescindible para conocer y desbaratar la muy bien organizada estructura de las bandas terroristas que él dominaba ampliamente, demostrando una determinación para colaborar destacada, siendo ello motivo de que fuera utilizado por fuerzas policiales, militares y en general de todos los servicios de Inteligencia. Lo mismo ocurrió con el resto del grupo que recibió para su custodia. Lo que determinó que con el transcurso del tiempo, se hizo casi imposible que CARLOS RAYMUNDO MOORE fuera trasladado a una Unidad del Sistema Carcelario Integrado, debido justamente a la colaboración brindada a las fuerzas legales, y las acciones que pudieran tomar contra él en el interior de un Penal otros terroristas que se encuentran alojados en distintos lugares del país. Además, en numerosos plenarios que se realizaron con integrantes de las distintas fuerzas en la Cuarta Brigada de Infantería del Comando Cuerpo Tercero

de Ejército, y al tratarse el tema, se llegó siempre a la conclusión que MOORE no podía pasar a una Unidad Carcelaria, entre otros motivos, porque el conocimiento que tenía de la Organización y modos de trabajo de las fuerzas legales, no le permitiría compartir con otros terroristas, ya que sería una fuente de información muy importante, cosa imposible de evitar por la organización que tienen los terroristas dentro de los penales donde están alojados; además estos también podrían llevar a cabo su ya mencionada sentencia de muerte contra MOORE. Se tentó también la posibilidad de que fuera alojado en un pe[nal] distinto a los comunes, para detenidos especiales pero se trompesó [*sic*] con el hecho de que éste es para aquellos que se han presentado espontáneamente, no siendo éste el caso de MOORE. Todo lo anterior determinó a la Jefatura de la Dirección General y a las autoridades que disponen de este tipo de detenidos, a que MOORE quedara en las condiciones y en el lugar en que se encontraba. De lo que se desprende que la libertad interna de que gozaba era una consecuencia lógica, determinada por las circunstancias, ya sea por el tipo de colaboración que prestaba, que le imponía libertad ambulatoria por la dependencia; sino también porque ninguna dependencia policial, incluida la Dirección General de Inteligencia, por razones edilicias y de personal, permite establecer o servir como cárcel, con la seguridad mínima indispensable. En conclusión, la única forma de mantener a MOORE era como se venía haciendo, prueba de ello es que permaneció así seis años. PREGUNTADO: si el prófugo había dado muestra de rebeldía o disgusto en contra de su personal, CONTESTÓ: que nunca fue informado de una novedad así, además que él hacía ingentes esfuerzos por reintegrarse a la sociedad, demostrando preocupación por ello”.

Este documento dejaba claro que Moore conocía demasiado lo que había acontecido en aquellos años en el D2, y especialmente las acciones terroristas que se desplegaron desde el Estado. Y si algún policía había participado de la muerte de mi padre, existía una altísima probabilidad de que Moore lo supiera. Por lo tanto, tenía que encontrarlo.

Luego de años de búsqueda, que incluyeron cientos de entrevistas y charlas,

de hablar con personas de las más diversas ideologías políticas, y de leer cientos y cientos de documentos, accedí a datos que me condujeron a un número telefónico europeo: el número de Charlie Moore.

Desde la muerte de mi padre habían pasado poco más de treinta y cuatro años. Muy nervioso, digité cada uno de los números. Cuando escuché la voz del otro lado y luego de hablar las primeras palabras en inglés y español, presentí que mi búsqueda había acabado. O tal vez, recién comenzaba.

3 Luego de distintos traslados, Larrabure permaneció en una "cárcel del pueblo" del ERP ubicada en la ciudad de Rosario hasta su muerte, ocurrida el 19 de agosto de 1975.

4 En noviembre de 1982, Télam informó que el fiscal Roberto Masuet había solicitado severas penas para los trece subversivos que habían participado en el copamiento de la fábrica de explosivos de Villa María. Uno de ellos, Carlos Raimundo Moore, había logrado huir del lugar de detención y estaba prófugo. El 21 de agosto de 1983, el diario *La Gaceta* publicó una nota en la que informaba que siete de ellos habían sido condenados, cinco habían resultado absueltos, y Moore permanecía prófugo.

4

LA EDAD OSCURA[5]

—Por favor, antes de empezar la entrevista te pido que te presentes.

—Cómo no. Mi nombre es Carlos Raimundo Moore, más conocido como Charlie Moore. Nací en 1951, el 15 de diciembre, en el Hospital Británico de Buenos Aires. Si mal no recuerdo, el número de mi DNI en la Argentina es 10.673.754. De padre y madre angloargentinos, de ascendencia inglesa y galesa. Papá, Guillermo Moore. Mamá, Beatriz Sipowicz de Moore. Del lado de mamá, la familia Eliot, Thomas y Octerloni. Del lado de mi padre, la familia Piers y los Moore. Me eduqué en el Saint Albans College de Buenos Aires, y cuando mi familia se mudó a Córdoba, fui al Claren Deutcher Scho'le, el Colegio Alemán; esto respecto del primario. Cursé parte de la secundaria en el Colegio Anglicano Williams Morris, y terminé el ciclo en un nocturno de Villa Allende porque, para entonces, ya trabajaba de día y estudiaba de noche. Hoy es lunes 16 de noviembre del año 2009, y estoy preparado para responder las preguntas del señor Miguel Robles.

—El motivo de este encuentro es reunir información de tu detención y permanencia en el Departamento Informaciones de la Policía de la Provincia de Córdoba, el D2. Pero antes te pregunto si ratificás o rectificás tu testimonio del año 1980, realizado en San Pablo, Brasil.

—Ratifico plenamente mi declaración del año 1980, realizada ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el ACNUR, en

San Pablo, Brasil, días después de haberme fugado del D2. Personalmente, escribí durante varias horas esa declaración, sobre la base de una serie de anotaciones que durante años fui tomando y que sacaba del D2 a través de familiares. Quiero aclarar, además, que en esa declaración hice constar los hechos más graves que tenía registrados en ese momento, pero hubo muchos otros que no declaré en esa oportunidad y que no por eso no existieron, sino que, por alguna razón, sea porque no pude anotarlos, porque se perdieron mis notas o porque no pude hacerme de todas ellas al momento de mi declaración, no los consigné. Por eso, a esta entrevista la considero complementaria de mi declaración realizada en el año 1980 ante el funcionario de las Naciones Unidas, y agrego información que en aquel momento no recordé, no había podido registrar o no había podido sacar del país. También quiero aclarar que ya han pasado casi treinta años desde aquella primera declaración, y es posible que no recuerde exactamente algún hecho, pero lo sustancial en cuanto a lo vivido aquellos años es lo mismo.

—*¿Recordás cuándo y dónde fuiste detenido?*

—Sí. En la madrugada del 13 de noviembre de 1974, personal de la Brigada de Operaciones, la OP, dirigida por Américo Romano, conocido como el "Gringo", irrumpió en el departamento 2 de la casa ubicada, creo, en el número 17 o 512 de calle Bedoya Oeste del barrio Alta Córdoba, e inmediatamente la coparon. Tomaron la vivienda e hirieron en la mano a uno de los ocupantes (el dueño de la casa) y ahí fuimos capturados yo y mi compañero Adrián Caseb, alias el "Gordo". Nuestra detención era consecuencia de que mi compañera, Mónica Cáceres, había sido detenida la noche anterior, y convencida ella de que, pasadas las seis de la mañana, nosotros habríamos salido de la casa ya que a esa hora el estado de sitio lo permitía, la entregó. Y, lamentablemente, nos habíamos dormido.

Inmediatamente después de reducirnos, nos subieron a dos coches. Yo sólo recuerdo que a mí me trasladaron en un Peugeot 404. Me tiraron al piso, tres se sentaron atrás y empezaron la apaleada y los golpes desde ese mismo momento.

Me zapateaban en la cabeza, en la espalda, en el cuello, en los hombros, en todos lados. Estaba esposado con las manos para atrás, y me habían vendado los ojos.

Cuando llegamos al D2, me hicieron saber que un “comité de recepción” me estaba esperando. Ese “comité de recepción” consistía en una patota bien grande con la “Tía” Pereyra al frente. Me arrastraron por el largo pasillo que va desde la guardia hasta el patio del medio, y ahí empezó la paliza. A los quince o veinte minutos de golpiza se les fue la mano y me causaron un espasmo hepático, por el cual casi muero. Fue la misma “Tía” Pereyra quien, al ver mi estado, paró inmediatamente la patoteada. Como ya no me podía levantar, me arrastraron al pasillo del fondo, un pasillito que corría en dirección, creo, norte-sur, y que comunicaba a un bañito, que tenía al lado una cocinita. Ahí me alojaron. Para llegar a ese pasillo había que pasar por una habitación que no tenía puertas, sólo estaban los marcos. Al entrar ahí vi que el lugar estaba “forrado” de detenidas. Recién a los dos o tres días me enteré de que entre ellas estaba Mónica.

Y bueno, de ahí en más empezó lo que llamaban en el D2 “sección ablande”. Yo me salvaba por el hecho de que estaba tan pero tan mal físicamente, que me tuvieron que asistir. Pero me atendieron en el sitio, no me llevaron a ningún hospital. Tenían que parar de algún modo la hemorragia de bilis [*sic*] para evitar que me intoxicara más todavía, porque si no me iba a morir. Estaba muy, muy pálido. Me dieron toda clase de medicación, pero siempre permanecí esposado con las manos para atrás y con los ojos vendados. Me habían dado una frazada para que me tapara, porque estaba al aire libre. Además, no tenía calzado y constantemente me pateaban los pies, a punto tal que yo ya no podía ni siquiera levantarme para ir al baño. Cada vez que pedía ir al bañito, tenía que recorrer un largo pasillo, de seis o siete metros aproximadamente. Yo pedía y venía el policía de la Guardia de Infantería o uno de la guardia del D2 y me arrastraba hasta el bañito. Orinar era un esfuerzo enorme: me agarraba del inodoro para levantarme un poco y poder hacerlo. No íbamos de vientre, porque no comíamos.

Una vez que pasaron entre nueve y doce días, aproximadamente, de estar detenidos, recién me pude parar. Tenía los hombros muy golpeados con

culatazos de FAL.[6] Nos daban en los hombros y en los pies. En los pies eran patadas con los borceguíes y también golpes con la culata de los fusiles. Recuerdo que en una oportunidad en la que estaba un poquito mejor, me abrieron las piernas y me pegaron con un FAL justo en la parte interior de la ingle. Después de esto, uno apenas puede caminar, porque la lesión es enorme. Hasta el día de hoy, cada vez que cambia el clima, si no es la pierna izquierda es la pierna derecha, pero siempre esas heridas vuelven a hacerse sentir.

Volviendo a lo ocurrido, recuerdo que entre los nueve y los doce días de estar detenido me llevaron a una oficina ubicada en el patio del medio, donde está la recepción, una oficina que cambió de funciones muchas veces, pero que en ese momento tenía sólo un escritorio. Había muy poco mobiliario ahí dentro. El escritorio estaba enfrentado a la puerta, como cruzado. Y al entrar veo que Romano estaba sentado de un lado, y parada a la derecha había una persona a la que no me permitieron mirarle el rostro, que al parecer había integrado el ERP y que colaboraba con el personal del D2. En el momento en el que yo caí, recuerdo que también cayeron en el D2 entre treinta y cincuenta detenidos, todos del ERP o del PRT, y aparentemente se debió a la colaboración de esta persona. Recuerdo que al lado de Romano estaba Merlo, que permanecía parado y se movía de un lado a otro. Y para mi total sorpresa, increíblemente, al entrar me dieron una silla para que me sentara. En cuanto me senté, tiraron sobre el escritorio cantidades de fotografías de los militantes que ellos ya tenían fichados.

En un costado de la oficina había una gran pila de carpetas, que años después empezaría a conocer, y eran las carpetas de Ficheros y Archivos. En otras palabras, ahí estaban los datos de mucha de la gente que en otras oportunidades había caído detenida en manifestaciones o por averiguación de antecedentes, y que en ocasión de sus detenciones, les habían sacado una foto, les habían pintado los dedos y habían obtenido sus datos patronímicos: nombre del padre o de la madre, hermanos, etcétera. Eso conformaba la carpeta de Fichero y Archivos. Ahí tenían la pila de carpetas. Me tiran entonces todas las fotos, y recuerdo que este colaborador que habría sido del ERP me decía, siempre detrás de mí: “¡Vos

conocés a éste, éste, éste, y éste!”. Romano, mirándome, me dijo: “¡Mirá, a éstos los tenemos! ¿Cuáles de éstos estuvieron en Villa María?”. Recién entonces descubro que a través de este colaborador que tenía el D2 se habían enterado de que yo había estado en el copamiento de la Fábrica Militar de Villa María. Bueno, todo lo que hice fue confirmar lo que ellos ya tenían, ese fue el “delito” que yo cometí. Increíblemente, después de eso, me dejaron tranquilo, me esposaron de vuelta por atrás y me devolvieron al lugar donde había estado detenido. Ese lugar, en el fondo del D2, estaba cerca de la cocinita y allí había un televisor. Y por ese televisor pude escuchar los comunicados de prensa de la Policía: escuché que todo eso que yo había dicho, o simplemente confirmado, ellos lo presentaban como si yo hubiera sido el que lo había declarado originalmente; de esa forma podían cubrir a esta persona que era la que realmente estaba colaborando con el D2.

—*Dijiste que primero había sido detenida Mónica, ¿verdad?*

—Sí. Mónica cayó antes. Yo no me acuerdo del lugar exacto. Creo que ella cae en unas casitas que estaban al final de la Rafael Núñez, antes de la bajada, doblando a mano izquierda en la última calle, yendo desde el Cerro de las Rosas hacia Córdoba. En esa última calle había una entrada y había unas diez casitas muy chiquitas, como de emergencia, de gente reubicada que provenía de las villas miseria. Allí vivía un matrimonio, que tenía parentesco con amigos nuestros de la Villa Güemes, donde habíamos operado y habíamos tenido nuestro frente social. Ellos aceptaron mantenerla ahí mientras hacíamos nuevos arreglos para reubicarnos en las sierras, porque queríamos salir de la ciudad de Córdoba. Los rastrillajes eran bien pesados y sabíamos que si daban con la casa en un rastrillaje no lo íbamos a pasar bien.

—*¿Cuándo fue detenida Mónica?*

—Horas antes que nosotros. Mónica fue detenida antes de la medianoche del 12 de noviembre. A Mónica la detienen en ese lugar y la llevan al D2.

—*¿Sabés qué le ocurrió cuando llegó al D2?*

—Mónica me contó que cuando entró al D2 la “Tía” Pereyra la reconoció en

el acto como compañera mía. La desnudaron completamente, la llevaron al patio de recepción, pero en lugar de patotearla de entrada, la interrogaron. Digamos, no fue un "comité de bienvenida", sino directamente un interrogatorio.

—*¿Cuál es la diferencia entre un interrogatorio y el "comité de bienvenida"?*

—En el "comité de bienvenida" te "amasaban", te golpeaban de una forma que después ya no te podías ni parar, pero sin preguntarte absolutamente nada. En cambio, en el interrogatorio no te golpeaban solamente. En el interrogatorio te golpeaban y te torturaban con el objetivo de obtener información. En el interrogatorio de Mónica estuvieron la "Tía" Pereyra, Grandi, Merlo, Romano, todos. Cuando la "Tía" Pereyra la reconoció como cumpa mía, la empezaron a interrogar directamente. La desnudaron y la llevaron a la pieza esa donde yo vi las fotos, y ahí la picanearon, le hicieron la "mojarra",[7] la patearon, le hicieron de todo. Y la pobre Mónica se las aguantó hasta las seis de la mañana, porque ella sabía que a las seis nosotros, supuestamente, íbamos a dejar la casa de Bedoya Oeste.

—*¿Había alguna norma de seguridad entre ustedes?*

—Sí. De noche, por el estado de sitio, nos manteníamos guardados desde más o menos las diez de la noche hasta las seis de la mañana, y de ahí en adelante nos empezábamos a mover de vuelta. Y ella sabía que nosotros salíamos de la casa a las seis.

—*Es decir que al momento de tu detención regía el estado de sitio.*

—Sí. Creo que desde fines de octubre, o principios de noviembre de 1974 ya había estado de sitio.[8]

—*¿Recordás a qué hora fue detenida Mónica?*

—Sí, como a las diez o diez y media de la noche. Estando detenida, Mónica se acuerda de haber escuchado dos veces el campanario de la Catedral; así que seguramente escuchó las campanas de las once y de las doce.[9] Y después no sintió las otras porque vino la gran paliza, las peores torturas, porque no hablaba. La interrogaron toda la noche, y se la aguantó hasta las seis.

—*¿Y a las seis de la mañana qué ocurrió?*

—Les dio los datos de la casa. Entregó la casa donde estábamos nosotros, por desgracia, durmiendo. Y la llevaron a las patadas para que la apunte. Después me enteré de que, en el medio del procedimiento, la "Cuca" Antón la tenía a punta de pistola a Mónica, en el coche, es decir, se había quedado a custodiarla mientras los otros entraban. Pero como era una noche calurosa y tenían las ventanas del vehículo abiertas, al ver que pasaba un tipo caminando por el lugar, Mónica rápido le gritó el número de teléfono de mis padres. ¡Y el tipo respondió divinamente bien, porque escuchó y salió corriendo! Para cuando vinieron "Sérpico" y Antón, y a mí ya me metían al auto, la "Cuca" les contó a los gritos lo que había pasado y les señaló a otro tipo por equivocación. Estos dos fueron, agarraron al tipo y lo trajeron al D2, y después de interrogarlo se dieron cuenta de que no sabía nada de nada, así que lo tuvieron que largar. Y lo bueno fue que el primero, el que escuchó y salió corriendo, llamó a la casa de mis padres, ¿podés creerlo? Llamó y les dijo que una chica en un auto gritaba que la estaban secuestrando junto con Charlie. Y mi padre y mi madre inmediatamente supieron que me habían "levantado" y se fueron derecho al D2. Ahí empezó la presión permanente de mi familia, a lo que se le sumó también ayuda diplomática, por la ascendencia británica.

—*¿En ese momento eras ciudadano británico?*

—No. Era argentino hasta que vine acá, y acá reclamé mi derecho, porque mis padres tenían ciudadanía británica. Mamá, de toda la vida. Papá, la mantuvo hasta que se produjo la guerra de las Malvinas; en el año '82 renunció a la ciudadanía británica, y se murió argentino.

—*Volviendo al tema de tu detención, ¿cómo se desarrolló el procedimiento?*

—Ellos entraron por la puerta de adelante. El "Gordo" Caseb, que se suponía que iba a estar de guardia, se había dormido en el sillón que estaba en el acceso, abrazado a un FAL. Ellos ingresaron a la casa y se separaron en dos: la casa tenía un ala izquierda donde había un largo pasillo y dos dormitorios, separados por un baño grande. Ese baño grande daba a la cocina, o sea que compartía la misma plomería. Y detrás de la cocina había un patiecito y una escalera que subía hacia

la pieza de servicio. Ahí es donde yo estaba durmiendo, como ya dije.

—*¿Quién estaba en la casa en ese momento?*

—Además de Caseb, estaba "Cacho" Cáceres, que no tiene ninguna relación familiar con mi compañera Mónica Cáceres. A él, directamente, lo hirieron en la mano de un balazo. Y la otra pieza la ocupaba un muchacho que era estudiante bastante avanzado de Agronomía, pero no sé si estaba o no esa noche. Era de un frente estudiantil del PRT, no del ERP, y estaba vinculado con una publicación de la Facultad de Agronomía llamada *Desalambrar*. Yo estoy seguro de que él esa noche había entrado antes de la hora que comenzaba a regir el estado de sitio, porque cuando se hacía de noche, nos guardábamos todos. Si volvió a salir o no, no lo sé. Lo que sí sabemos es que al D2 no llegó, y nunca más se supo de él, como tampoco supe su nombre, nada. Incluso hoy no sé si está listado como desaparecido. Pero pensando un poco creo que tiene que haber salido de la casa, porque ahí en el D2 nadie me preguntó por él: en las apaleadas que nos pegaron, nadie preguntó por él. El tipo mantenía la pieza bien limpia y seguramente no estaba al momento del procedimiento, entonces nunca supieron de su presencia en esa casa.

—*En definitiva, ¿tenés certeza de que los detenidos fueron Caseb, Cáceres y vos?*

—Sí, Caseb y "Cacho" Cáceres. Y previo a eso, Mónica. Fuimos los únicos cuatro que caímos en esa oportunidad.

—*¿Sabés cuál fue la suerte que corrió Cáceres?*

—Espantosa, espantosa. Él era simpatizante del PRT, no miembro sino simpatizante. Caseb, Mónica y yo éramos del MP17,[10] que yo conducía; y le habíamos dado apoyo táctico al ERP, no al PRT. Por eso Cáceres sabía muy poco de nosotros. Y por esa razón lo molieron a golpes: la "sección ablande" de él fue mucho más larga. En promedio, ahí estabas diez, doce días, te sacaban lo que querían y después te trasladaban a la Penitenciaría. Pero a Cáceres lo tuvieron como un mes torturándolo.

—*¿A nombre de quién estaba la casa?*

—Estaba a nombre de “Cacho” Cáceres. Él estaba completamente legal; no estaba prófugo; nunca había caído; no lo tenían en los registros de Fichero y Archivos del D2. El tipo estaba limpio, por eso era una casa de seguridad.

—¿Y cuál fue su destino?

—Finalmente, lo trasladaron a un lugar espantoso, el Penal de Reconquista, en el Chaco. Muy torturado. La gente de la Penitenciaría contaba que estaba muy pero muy mal, que casi no podía comer. Era común que en el D2 te rompieran las mandíbulas y la dentadura, y por eso te costaba comer. “Cacho” Cáceres permaneció detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN), igual que Mónica. Ella tampoco estuvo nunca en nada, fuera de ser mi compañera. Los dos finalmente salieron en el ’78, porque habían comenzado a llegar muchas visitas de las Naciones Unidas, de la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra. Por esa época largaron como cuatrocientos presos, y en esa oportunidad salieron “Cacho” y Mónica, los dos Cáceres.

—¿Y Caseb?

—El problema para todos nosotros, justamente, fue que Caseb, tras sólo tres semanas de estar arrestado, se fugó del Juzgado Federal Nº 1 de Zamboni Ledesma. Simplemente, se fugó. Al principio fue un misterio cómo. Pero en realidad después supimos que lo organizaron. El padre tenía plata, y lo organizaron bien: pidió ir al baño y se lo tragó la tierra.

—¿Sabés qué fue de su vida?

—Salió ahí nomás y se exilió en Italia; creo que se instaló en Roma. No tengo comunicación con él, pero tengo entendido que aún vive en Italia; no creo que haya regresado a la Argentina.

—El lugar donde se produjo tu detención, ¿era una casa operativa?

—No, era una casa de seguridad, y hay diferencias entre una casa operativa y una casa de seguridad. La casa operativa es una que tiene vida corta. La usás para operaciones bien concretas: entrás, estás un tiempo, salís y listo. El problema es que producís movimiento, demasiado movimiento de gente. En cambio, la casa de seguridad es una casa bien disimulada. Nada de gente

viniendo a la casa. Nadie sabía de esa casa, ni siquiera los compañeros nuestros.

—¿Cómo era el funcionamiento interno? Dijiste que Caseb estaba encargado de la guardia esa noche.

—Esa noche él tenía que estar de guardia. Yo había estado de guardia hasta la doce de la noche y me fui a dormir arriba. Él quedaba de guardia hasta las seis.

—¿Quedaban de guardia con algún tipo de armamento?

—Con un FAL.

—¿Tenían más armamento en la casa?

—Sí, nos sacaron dos FAL, tres "metras" Halcón y dos cuarenta y cinco, con toda la munición.

—¿Recordás cómo fue exactamente el procedimiento? ¿Tuvieron que destrozar la puerta?

—El "Gordo" Caseb, simplemente, se durmió. Frente a la puerta estaba el sillón, y ahí estaba sentado Caseb con el FAL, abrazándolo. ¡Y no sabés la ironía!: la puerta estaba sin llave, así que ni siquiera tuvieron que romperla. A mí me despertaron cuando abrieron la puerta de la pieza. Yo ni siquiera los sentí subir por la escalera. Abrieron la puerta e, inmediatamente con el ruido, prendí la luz. Y ahí me agarraron. Me acuerdo de que Disner, el sumariante, se me vino encima con una Itaka y me pegó un culatazo entre las costillas, y quedé sin poder respirar.

—Todos estos nombres que vos vas dando, ¿en ese momento no los conocías?

—No, para nada. Los voy a conocer después. Necesitás bastante tiempo para eso. Como prisionero, tabicado,[11] en el D2, vos necesitás más o menos dos o tres meses para empezar, correctamente, a ponerle nombre a cada uno. Primero empezás a levantar los seudónimos, y después, a ponerles los nombres. Pero necesitás dos o tres meses, por lo menos, para eso.

—Es decir que la identificación de todas las personas que nombraste hasta ahora la hiciste después de estar un tiempo cautivo en el D2.

—A mí me tuvieron mucho tiempo en la "sección ablande": me tenían herméticamente custodiado, no sólo incomunicado sino totalmente aislado. Y

aun así, o a pesar de eso, uno desarrolla el oído, los sentidos. Cuando empecé a estar destabicado, en abril de 1975, yo ya más o menos los tenía identificados a todos: cada paso que escuchaba lo podía relacionar, al menos, con un seudónimo. El “Gringo”, el “Cabezón”, éste, el otro. Ya destabicado, y llevado a Sumarios, empecé a ponerles nombres. Al menos, nombres; apellidos, solamente en algunos casos, porque en ciertas oportunidades a muchos, y sobre todo si eran oficiales, los llamaban por el apellido. Si un sargento de la guardia lo llamaba a Merlo, no lo iba a llamar: “Che, Negro Moro”. No, lo llamaban comisario Merlo, oficial Merlo o principal Merlo; entonces yo empecé a relacionar todo. Después de seis meses ahí adentro, yo ya tenía por lo menos a la mitad del personal del D2 con seudónimos, nombres o apellidos. El problema era que, a veces, usaban identidades cambiadas; ahí me tuve que cuidar un poquito. Pero lo que no cambiaban era el sobrenombre, y por sobrenombres los ubiqué a todos. Después de un año ya los conocía a todos, perfectamente. Yo estuve seis años ahí adentro.

—Dijiste que habías permanecido hasta marzo del ’75 en las mismas condiciones que al ingresar al D2.

—Me tuvieron así hasta fines de marzo. Pero en el medio hay dos “recreos”. Uno fue cuando me recuperé. A los que iban dejando de lado porque nos consideraban “categoría uno”, que éramos los más difíciles en sacarles la información, nos trasladaban a la “Escuelita”de Unquillo,[12] que funcionaba en la Comisaría de esa ciudad. Y ese fue el fin del mundo, porque era un lugar de lo más espantoso que puedas imaginar. Recuerdo que, por ejemplo, había una bañadera llena de mierda, meadas y vomitadas, que, para colmo, estaba suelta. Y directamente ahí, físicamente, te hacían el “submarino”: te hundían en toda esa mierda. Era algo indescriptible. Ellos usaban guantes, unos guantes elásticos como los que usa un médico cirujano. Pero de todos modos también se enchastraban. Eso era un horror. Como la bañadera se movía, el contenido chorreaba hacia el suelo y saltaba para todos lados. Y a mí, como me tuvieron sentado en el suelo cuando lo interrogaron a Caseb, también me volvieron a enchastrar entero. Y, a pesar de ahogarlo en esa inmundicia, Caseb en el

interrogatorio no les dio nada. Caseb nunca abrió la boca. Si bien le hicieron un sumario para procesarlo en la Justicia Federal, fue una fabricación de Disner. El mismo sumario que me hicieron a mí fue fabricación de Disner.

Como al mes de estar ahí, me hacen firmar algo y yo no sé qué es lo que estoy firmando. Y al poquito tiempo filtran el sumario para que caiga en manos del ERP. Eso venía a reforzar el modelito del traidor, del colaborador, y así cubrían todavía más al verdadero colaborador que tenían en el D2, desde mucho antes de mi caída. ¡Mirá si el D2 va a filtrar un sumario tan importante por el asunto del copamiento a la Fábrica Militar de Villa María, nada menos que al ERP! Y según ellos, lo filtraron desde la Justicia Federal. ¿Cómo sabemos que filtraron el sumario? Porque en un allanamiento de una casa operativa del ERP cayó una copia de mi sumario.

—*Vos dijiste dos "recreos". ¿A qué llamás "recreo"?*

—El "recreo" era salir del D2. Recuerdo que en la primera oportunidad me subieron a un carro de asalto de la Guardia de Infantería junto a cinco o seis personas más, nos tiraron al piso y nos pusieron las botas encima. Yo pensaba: "¿Dónde nos llevarán?". Ese fue el primero, la "Escuelita" de Unquillo. Ahí los interrogatorios eran más objetivos, más sistemáticos y, sobre todo, más salvajes. La razón era que ellos ya tenían información: tantos habían hablado hasta ese momento, que a los que nos llevaban ahí era porque en general nos habían sacado poco o nada, y ahí nos podían interrogar con más información, y las preguntas eran bien concretas: "¡Mirá, macho; nosotros sabemos que vos estuviste en Villa María! ¡Nosotros sabemos de la chata color celeste que era de ustedes!".

El problema de la chata celeste era muy grande. Había sido nuestra, del MP17, y se la habíamos entregado al ERP; la habíamos "contribuido" al ERP, para Villa María, porque la teníamos legalizada. Y había aparecido en la ruta 38 cerca de Acheral, después de un cierre de ruta del ERP y de un tiroteo de la gran siete con el Ejército.[13] Y, claro, esa chata me incriminaba de una forma terrible; tanto, que ya en el '77, en mi segundo traslado a La Perla, había una chica ahí que a mí me

ponía con la chata Chevrolet viajando de la Terminal de Ómnibus de Río Tercero a la granja donde nos concentramos, en el acuartelamiento del ERP previo al asalto a Villa María.

Otras preguntas bien específicas eran sobre compañeros que yo conocía, especialmente del ERP. Muchos de ellos ya habían caído antes de que yo fuera detenido. La suerte que tuve fue que para ese tiempo ellos estaban buscando a integrantes del PRT a nivel regional, y de golpe, como a los tres o cuatro días, llegó una noticia importante que produjo euforia, como si estuvieras escuchando la radio y tu equipo favorito hiciera un gol. ¡Todos gritaban! ¡Había una algarabía tremenda! Venían, me palmeaban en el hombro (y las palmeadas me dolían más que patadas, porque estaba muy lesionado) y me decían: "¡Cayó Oropel! ¡Lo tenemos a Oropel!".[14] Pensé: "Acá cagamos". Ya venía muy mal la cosa, pero si empezaba a caer gente de la dirección, la cosa se ponía mucho peor todavía.

—*¿La tortura era permanente?*

—Permanente y sistemática. Por ejemplo en el D2, para que no estuvieras cómodo en ningún momento, cuando estabas por descansar te sacaban del baño y te tiraban al patio. Toda la noche al aire libre, especialmente si era una noche fría. Y la baldeada, siempre la baldeada… En el D2 y en la "Escuelita" siempre te baldeaban antes de dormir, y después, mientras estabas durmiendo. La sensación de estar todo mojado, con frío y sueño es espantosa. El "Uruguayo", en la "Escuelita" de Unquillo, usó un término que yo nunca había escuchado hasta ese momento y que tampoco volví a escuchar después: llamó a la baldeada "la merluza".

—*¿Quién era el "Uruguayo"?*

—El "Uruguayo" era un agente de inteligencia militar de ese país; estaba buscando a unos "tupas" que a través de la Junta Coordinadora Revolucionaria, la JCR, habían cruzado a la Argentina y estaban operando con el ERP. Los "Tupa" eran expertos en cavar túneles para guardar cosas, hacer cárceles del pueblo, guardar armas. Y este milico uruguayo se había venido a Córdoba con

uno de Coordinación Federal.[15] Yo lo sé porque entre ellos hablaban de eso y podía escucharlos, y los reconocía porque el de Coordinación Federal tenía un acento muy porteño y hablaba con términos muy porteños, pero le entendía. En cambio, al "Uruguayo" había cosas que no le entendía. Cuando me interrogaban, él me hacía preguntas como: "Mirá, decime, pibe, ¿vos sabés dónde están los locales?". "¿Locales?", pensaba yo, "¿qué me querrá preguntar?". Se refería a las casas operativas. La terminología de este uruguayo era completamente diferente a la nuestra, inclusive a la del porteño. El "Uruguayo" me interrogó por lo menos en una oportunidad, con el de Coordinación y con Merlo presentes. Yo sé que era Merlo porque ya lo había identificado. Y siempre había uno o dos más, pero no quiero poner nombres porque no estoy seguro. Todavía no los reconocía.

—*¿Siempre en la "Escuelita" de Unquillo?*

—Sí. En la "Escuelita" de Unquillo después identifiqué que operaban el "Bóxer" Antón; Calixto Flores; el "Coco" Damonte; Yanicelli, el "Tucán Grande". No puedo decir la "Tía" Pereyra y tampoco puedo decir la "Cuca" Antón. No registro a ninguna de las dos en Unquillo. En realidad no registro a ninguna mujer ahí. También estaban Romano, Merlo, Grandi. Había como tres o cuatro más dando vueltas por ahí, pero voy a tener que revolver en la memoria para poder recordarlos.[16]

—*¿Qué pasó con el militar uruguayo y el policía de Coordinación Federal?*

—No sé. Después desaparecieron y nunca más escuché de ellos.

—*¿Sabés cuál fue la suerte de Mónica en esos días?*

—A la pobre Mónica también la habían trasladado a la "Escuelita" de Unquillo, pero yo todavía no lo sabía. Después me enteré de que las chicas la pasaban peor que nosotros. Se las llevaban desnudas al arroyo y ahí les hacían simulacros de fusilamiento; remontaban las armas como si las fueran a matar, desnudas, arrodilladas en el piso mojado. Atrás de la Comisaría de Unquillo corría un arroyo y había una zona con pastito; era un lugar muy húmedo. De noche, las sacaban completamente desnudas y después las traían de vuelta. Eso lo hicieron dos o tres veces, aparte de la apaleada. A Mónica la picanearon

muchísimo, ahí, en Unquillo. No en el D2, en Unquillo. Ahí las torturas eran más intensas y más técnicas. La pobre Mónica pasó por situaciones espantosas. Siempre permaneció desnuda, igual que las otras chicas. Recuerdo que había una serie de calabozos y una pieza interna bien, bien grande, entrando a mano izquierda. Yo pude ver esa pieza desde mi calabozo. Las tenían acostadas ahí en el suelo.

Fue ahí donde me llevaron después: me acostaron, me ataron a una mesa y ahí me interrogaron con la picana. Yo tenía la suerte de que, en cuanto me tocaban con la picana, la electricidad me desmayaba en el acto. Me acuerdo de que Romano, en una de esas picaneadas en las que me desmayé, me despertó a baldazos limpios y me dijo: "¿Ya terminaste de roncar, macho?". Por eso me interrogaban con otras técnicas y optaron por llevarme a la pieza de adelante, que era donde estaba esa bañadera repleta de mierda. Y ahí me hicieron zapatear, ahogándome en toda esa mierda inmunda. Después de esto, cuando ocurrió la caída de Oropel, pararon todos los interrogatorios, y nos venían a decir: "¡Manga de boludos, se las están aguantando al pedo! ¡Allá en el D2 los tenemos que cachetear para que se callen!". Romano me decía: "¡Mirá, Charlie, están todos hablando! ¡Y a vos te están incriminando por todos lados! ¡Estás cagado, macho!". Te trabajaban psicológicamente todo el tiempo, permanentemente. Después usaron otra tortura. Recuerdo que un día me dijeron: "¡Tenés que lavarte!". Entonces me sacaron toda la ropa y, desnudo, de golpe, me tiraron al arroyo. ¡La mierda! ¡Hacía un frío! A pesar de que era noviembre, el agua estaba helada. Pero eso me sirvió para saber dónde estábamos. Cuando me tiraron al agua reconocí la Comisaría de Unquillo.

—¿Recién en ese momento supiste que estabas en la Comisaría de Unquillo?

—Sí, porque pude ver el puente. Yo me crié en Unquillo; pasando el puente vivía un muchacho al que llamábamos "Papi". Tenía mucha más edad que yo, era herrero artístico, y muy amigo de mi madre y de la familia. Con él salíamos a pescar mojarritas, y recuerdo que había dos lugares buenos en Unquillo: en el vado Sargento Cabral, aguas arriba del río, o pasando todo el pueblo, en esa olla

de agua al lado del puente. ¡Las veces que yo pesqué ahí! Y fue en ese momento, cuando me tiraron al agua, que reconocí el lugar, porque pescábamos del otro lado del arroyo, así que veíamos siempre el fondo de la Comisaría. Y cuando vi desde el arroyo la Comisaría y el puente, recién ahí me di cuenta de dónde estábamos.

Para hacerme lavar me tiraron a ese arroyo. En el momento, la sensación fue horrible, y yo pensé que me estaban por ahogar, porque era una ollita bastante profunda y me tiraron esposado con las manos para atrás. El arroyo hacía una curva, después estaba la ollita y más allá, el puente. Pero no me querían ahogar, me tiraron para lavarme. Salí temblando de frío. Me sacaron las esposas, me llevaron adentro y Romano vino y me dijo: "Acá tenés las pilchas, macho. Vestite". Me vestí. Me tiraron una toalla roñosa, con un olor a mierda impresionante, pero me sirvió para secarme un poco el pelo (yo siempre he tenido el cabello largo, como lo tengo ahora). Y después de secarme un poco y vestirme, me esposaron por detrás de nuevo y me tabicaron. Finalmente, me sacaron y me llevaron a un coche.

—*¿Recordás qué vehículo era y quién lo conducía?*

—Era un Peugeot 404. Y lo manejaba el "Bóxer" o el "Perro" Antón, como le decían. Merlo iba sentado en el asiento del acompañante. A mí me sentaron atrás, y para mi enorme sorpresa, me encuentro en ese auto con Mónica. Estaba ahí también. Cuando me hacen agachar, no lo puedo hacer derecho. Me hacen acostarme hacia un costado y, al reclinarme, noto que Mónica está con las esposas para adelante, porque me acuesto sobre su falda, sobre sus dos brazos. Al lado de Mónica estaba sentado "Sérpico", y al lado mío estaba sentado el "Chato" Flores. "Sérpico" tenía una Bersa calibre .22 y me dijo que si me hacía el loco, con la .22 no me iba a pegar un tiro en la cabeza, sino que me iba a meter un chumbazo en los pulmones, y que no me iba a matar, pero que me iba a herir bien fiero y la iba a pasar muy mal; que ni se me ocurriera hacer una cagada. El auto arrancó y salimos de Unquillo. Por más que yo estaba tabicado, pude seguir el camino. Pasamos por Villa Allende, primero cruzamos el puente

de Villa Allende, y después doblamos. Yo siempre tuve un muy buen sentido de orientación. Sabía que íbamos en dirección a Córdoba.

—*Mientras los trasladaban, ¿podías mirar lo que ocurría a tu alrededor?*

—No. Estaba agachado, tirado sobre la falda de Mónica, y estaba bien tabicado. En cambio, Mónica no estaba tabicada, porque estaba sentada derecha, mirando con la cabeza hacia abajo y con los ojos cerrados. En el tráfico, no pueden llevar a alguien tabicado a la vista, más cuando íbamos pasando por Argüello, por el Cerro de las Rosas, porque hay mucha gente en las calles. Este traslado fue de noche, pero noche temprana, y en el Cerro había mucha actividad a esa hora. No fue a la madrugada, sino que fue a eso de las nueve o diez de la noche, más o menos. Recuerdo cuando tomamos la bajada de la avenida Rafael Núñez, que después se une con la avenida Fader (más arriba está Canal 12). Los boludos, en vez de hacer desvíos, manejaron tipo taxi, porque hicieron el camino más corto. Antes de llegar a Villa Cabrera, o lo que yo llamo Villa Cabrera, puede ser Bajo Palermo, no estoy seguro, ahí doblaron. Sabía exactamente dónde íbamos, porque pasamos por el vado Sagrada Familia, y después doblaron a la izquierda, y ya sabía que íbamos camino a Córdoba, a la ciudad. Nunca pararon; fueron derecho, derecho.

Cruzamos toda la ciudad de Córdoba. Yo escuchaba el tráfico, los autobuses, la gente, los bocinazos. Y seguimos tan derecho que salimos del centro de Córdoba, al menos del casco chico. Me acuerdo de que cruzamos el río Primero. Vos sabés que en esas condiciones desarrollás el oído y el olfato de una forma increíble. ¡Incluso podía sentir el olor del agua podrida del río Suquía! Porque en esa época, la Municipalidad de Córdoba no funcionaba muy bien, y el río Suquía era una verdadera mugre: estaba lleno de ratas por todos lados. Podía sentir el olor al agua podrida del río. Seguimos, y yo me iba ubicando más o menos hacia qué sector de la ciudad íbamos. Estaba esperando un cruce y, dicho y hecho, llegamos al cruce. Ahí doblaron a la izquierda en una avenida amplia, bien amplia, que la habían hecho vía única yendo para arriba. Yo lo sabía por los repartos: cuando traíamos los repartos de leche de los camiones que

“levantábamos”,[17] no podíamos tomar por esa avenida porque antes era de doble mano, pero había quedado sólo mano hacia arriba. Esa avenida comunicaba con otra para ir a San Francisco y a Santa Fe. En cuanto doblamos a la izquierda, hicieron una o dos calles; luego doblaron a la derecha y entramos una cuadra; volvieron a doblar a la izquierda e hicieron una cuadra más. Ya ahí se estaban cuidando o estaban haciendo un poquito de desvíos deliberados. Pero, en otras palabras, ésta era una casa que estaba ubicada en inmediaciones de una avenida que creo que se llama Patria, aunque no estoy seguro de si ése es el nombre. Era una casa que estaba ubicada en la esquina de una calle paralela a esta avenida.

Una vez que llegamos, rápidamente nos entraron en la casa. Se bajaron todos enseguida y se llevaron el coche. Yo me acuerdo que velozmente retiraron el auto del lugar y después, al rato, apareció Antón. Se ve que lo estacionó en las inmediaciones y regresó caminando. La casa era chica: estaba compuesta por un ambiente que, cuando uno entraba, era una especie de living comedor, sin estar separado, unido a la cocinita, que era chica. Y a mano izquierda, una habitación de tamaño mediano, la cual comunicaba con el baño, el único baño que tenía todo el servicio de esa casa. En otras palabras, era una casa de un dormitorio. En este ambiente había una cama grande, matrimonial; ahí me esposaron las dos manos contra los barrotes. Era una cama que, me acuerdo, tenía barrotes de caño doblado. Ahí me esposaron de los dos barrotes, completamente destabicado. Y pude ver quiénes estaban conmigo: “Bóxer”, el “Chato”, Merlo, “Sérpico” Bucetta. A Mónica también la esposaron, pero de una mano, porque a ella la sacaban todo el tiempo para ir a limpiar la cocina, hacer café, cocinar, y después la traían de vuelta. A mí, no; yo permanecí ahí esposado todo el tiempo. Estaban armados hasta los dientes. Tenían radio, tenían todo. Y se cuidaban de tener las luces prendidas.

Ese “recreo”, el segundo, resultó ser una ratonera. Lo que ellos no entendían era que no iba a ir nadie, porque la casa era de un cuadro de dirección del ERP, era la casa de Oropel, aunque en ese momento nosotros no sabíamos de quién era. No era una casa operativa; era una casa de seguridad, así que ahí no iba

nadie. Estaban perdiendo el tiempo con una ratonera en ese lugar. En las limpiezas que le hacían hacer a Mónica, ella comprobó que ya se habían llevado todo, no había quedado nada en ese lugar, excepto las cosas elementales para la cocina. Pero Mónica, limpiando los cajones, levantó un hule del fondo de un cajón y encontró una fotografía de esas típicas que usábamos para los DNI: era la foto de una mujer regordeta, con pelo oscuro y ojos grandes. Inmediatamente la escondió en la bombacha. Después de limpiar, vino y me dijo: "¡Encontré una fotografía!". Pero ¿cómo podíamos saber que era de los dueños de casa? Por esa razón, no le dimos importancia en ese momento.

Haciendo corto un cuento largo, estuvimos cinco días y cinco noches en ese lugar. Por supuesto, nadie apareció y decidieron llevarnos de vuelta al D2. Fue al regresar cuando me enteré y pude darme cuenta de por qué razón nos habían llevado a esa casa: era para matar dos pájaros de un tiro. Primero de rehenes, por si caía alguien y se armaba un tiroteo. Por lo menos habría dos muertos de los que "se resistieran" en la casa, que íbamos a ser Mónica y yo, por supuesto. Y la otra fue que, al terminar la ratonera, cuando nos volvieron al D2, nos pararon en la guardia de adelante, que tiene la puerta bien grande y que da al pasillo principal, lugar donde había más o menos dieciséis detenidos, todos destabicados, todos harapientos, todos listos para ser trasladados a la Penitenciaría. Antes de sacarnos de la ratonera, nos habían hecho vestir, lavar, arreglar, con las mismas pilchas que se habían robado de la casa. Yo estaba bien arregladito. Me llevaron esposado con las manos hacia adelante y no estaba tabicado. Mónica tampoco, y también estaba esposada hacia adelante. Nos hicieron entrar y nos pararon ahí para el gran show en el D2. De los dieciséis prisioneros, por lo menos a doce los conocía. Y por supuesto, nos clavaron los ojos y nos miraban; ellos, todos harapientos, hechos pomada; y yo ahí, todo arregladito, todo empilchadito, junto a Mónica. A ellos los pasaron a dos carros de asalto y se los llevaron, y a nosotros nos llevaron dentro. Y una vez que entramos, de nuevo me esposaron para atrás y después me tabicaron. Y, por supuesto, me sacaron las pilchas buenas y me tiraron al baño. Y ahí seguí un

tiempo, hasta fines de marzo de 1975, momento en el que fui trasladado al calabozo número uno, el que sería mi calabozo por el resto del tiempo que permanecería en ese D2. Yo viví en mi calabozo y en mi patio, el patio de atrás, más o menos hasta mediados de 1977.

Quiero aclarar por qué supimos que era la casa de Oropel. Al regresar, a Mónica la tiran a la pieza de las chicas, y ahí se encuentra con una mujer a la que reconoció como la Oropel. Tenía un embarazo avanzado, más o menos de ocho meses.

—¿Al regresar al D2 se encuentran con la señora de Oropel, Elena del Carmen Germán Sueldo?

—Al regresar de la ratonera, del segundo "recreo". A mí me tiran al baño y a Mónica, a la pieza de las chicas. Y en la pieza de las chicas, Mónica se encuentra con la chica de la foto, que todavía tenía escondida. Y en una de las idas y venidas de Mónica al baño, ella se agachó y, cuchicheando bien rápido, con cuidado porque los guardias no te dejaban hablar, logró decirme que la chica se llamaba Oropel y que estaba detenida en el D2. Recién ahí tuve la certeza de que esa era la casa de Oropel.

—¿Vos conocías a Oropel? ¿Lo habías visto antes?

—Sí, por supuesto. En Villa María.

—¿Pero sabías dónde vivía?

—No, era imposible. El ERP y, especialmente, el PRT eran altamente compartimentados. Nadie sabía dónde vivía otro militante, ni siquiera la zona aproximada, y mucho menos alguien de Dirección. Nosotros, de la única forma que nos comunicábamos, era a través del sistema de retenes. Teníamos un sistema de paradas de ómnibus, y una o dos veces por semana, íbamos y nos encontrábamos con alguien. Pero antes nos fijábamos mutuamente que no estuviéramos vigilados, y recién ahí nos comunicábamos, nos conectábamos. Después nos íbamos a un bar a tomar algo y hablábamos. Inmediatamente después de terminar, nos desparramábamos de vuelta. Nos asegurábamos de todo de una forma enfermiza, con una "persecuta" terrible. Hacíamos

contraseguimientos con un nivel de complejidad que era imposible de seguir. Si, por ejemplo, estaban vigilando el bar, y sospechaban de dos o tres tipos reunidos, nos desparramábamos y salíamos de ese bar, y si nos querían seguir, te aseguro que no iban a dar pie con bola. Nos tragaba la tierra, porque estábamos muy entrenados. En eso éramos muy, muy buenos. Incluso era tan extremo el cuidado, que se llegaba a transformar en un problema medio psicológico. Porque nos volvíamos paranoicos.

—*¿Recordás las fechas de esos dos "recreos"?*

—Es muy difícil. Eso ocurrió en lo que yo llamo "la edad oscura del D2", en la que perdí la noción de los días, de cuánto tiempo estuve encerrado. Porque ni haciendo un gran esfuerzo logro recordar. Por ejemplo, desde el momento en que me detuvieron hasta que me interrogaron, pueden haber pasado entre nueve y doce días. O entre diecisiete y dieciocho. O entre seis y siete días; la verdad, no sé. Porque uno pasaba la mitad del tiempo inconsciente y dormía mucho, a pesar de que venían, te pateaban y te baldeaban. La debilidad te ganaba. Pero yo sé que cuando me trajeron de vuelta, cuando fui a parar al baño, a los pocos días, a las pocas noches, yo vi a la otra embarazada, que no era la Oropel. Recuerdo que trajeron a una mujer a lavar al baño, prendieron la luz y alcancé a verla bien por muy poquito tiempo, durante unos segundos. E inmediatamente me arrastraron de los pelos hacia afuera. Esa mujer era la señora de Orzaocoa, que está desaparecida.[18] Ella estaba embarazada de unos siete u ocho meses, calculo, y está registrada como desaparecida el 25 de marzo de 1975. Así que la ida aquella a la casa de Oropel puede haber sido en un tiempo ubicado entre el fin de la primera semana y mediados de marzo de 1975. Entonces, el traslado a Unquillo puede haber ocurrido en cualquier tiempo después de Año Nuevo, entre enero y febrero. Pero como un traslado se continuó con el otro, yo calculo que todo esto ocurrió entre febrero y marzo de 1975. Lo que sí sé, y estoy absolutamente seguro, es la fecha en la que obtuve mi calabozo, porque esas son cosas que uno jamás se olvida, como cuando uno compra una casa nueva y se muda, y empieza a vivir en esa casa. Por eso, yo recuerdo que obtuve mi calabozo el 1º de abril de

1975, y permanecimos ahí hasta el ’77, momento en el que el D2 se mudó a las dependencias que habían sido de la Dirección de Tránsito de la Policía.

—*¿Vos estabas tabicado cuando viste a la señora Orzaocoa?*

—No totalmente, porque estaba esposado con las manos para atrás, al lado del inodoro, y como pude me había levantado un poquito el tabique. El bañito tenía dos metros por dos metros aproximadamente; más o menos, ese era el tamaño. Como la cerradura estaba mal ubicada, la puerta se abría para el otro lado, en dirección hacia donde estaba la llave de luz, así que tenían que abrir la puerta, ingresar y rodear la puerta para encender la luz. Y ese fue el momento que me dio la oportunidad de verla a la Orzaocoa. Esa noche me agarraron a las patadas, porque se suponía que yo tenía que estar completamente tabicado, pero era de noche y nadie iba ahí, así que me había levantado el tabique un poquito. Estaba dormido y de golpe prendieron la luz, y cuando abrí los ojos la vi a esta mujer parada delante de mí. También los vi a Romano, a Merlo, a “Bóxer” y a Bucetta. Bucetta inmediatamente me bajó la venda y de los pelos me arrastró hacia afuera. Lo peor que te puede pasar es que, esposado con las manos para atrás, te acuesten de espalda en el suelo, porque tu peso cae sobre las muñecas y sobre las esposas, y aprieta y duele de una forma terrible. Pero por hacer eso, porque en el apuro no me apretaron bien la venda, pude ver todo lo que estaba pasando: cuando lavaron a esta chica, cuando la sacaron, cuando se la llevaron. Es más, me corrí para mirar y la vi cuando pasaron por el patio del medio, que en ese momento estaba bien iluminado. La alcancé a ver bien, en esa oportunidad, desde atrás, porque tirado en el suelo y con la venda sin ajustar, podía ver algo. Por eso la puedo describir: era de tez muy blanca, pelo bien negro, ojos chicos bien negros, medio retacona, de “patitas” cortas, y tenía un embarazo muy avanzado, entre siete y ocho meses, aproximadamente.

—*¿Conocías a la señora de Orzaocoa?*

—No, no. Nunca la había visto en mi vida. Ella estaba tabicada, pero para lavarla le sacaron el tabique.

—*¿Y cómo supiste que se trataba de ella?*

—Porque después de que declaré en *La Voz del Interior* en noviembre de 2006, y transcurrido un buen tiempo, en 2007, al final de la primavera nuestra acá en Inglaterra, alrededor de mayo, junio o posiblemente a principios de julio, me llamó por teléfono la hija [Mariana Orzaocoa]; obtuvo mi teléfono y me llamó. Le pregunté qué le había pasado a la madre, y cuando me la empezó a describir, recién ahí me di cuenta de que era esta mujer. A este incidente yo no lo denuncié en Brasil, porque jamás me iba a imaginar que en marzo de 1975 ya estaban haciendo desaparecer personas. Yo a las desapariciones las empiezo a ubicar entre julio y agosto de 1975, pero no secuestros y desaparición de personas, sino traslado de gente fuera del D2 que luego era asesinada, y después dejaban los cadáveres para que fueran encontrados. Pero en marzo, que hicieran desaparecer personas era algo que no imaginaba, porque ya no era un secuestro. A esta mujer embarazada la hicieron desaparecer, nunca más apareció, y está listada como desaparecida hasta el día de hoy. ¡Me cayó como una bomba! Apenas me di cuenta de eso, le dije a la chica: "Yo vi a tu madre, yo sé de ella". Es más, incluso le pregunté: "¿Es alrededor de esta fecha?". Me dijo que sí, y se largó a llorar. Todo lo que ella quería saber era si a la madre la habían torturado estando embarazada, a lo que yo le respondí categóricamente que no. Porque si bien estaba muy sucia, no parecía haber sido torturada.

—*¿Te enteraste del destino de la señora de Orzaocoa?*

—No. Sólo sé que se la llevaron, pero no supe más nada de su destino. Yo todavía estaba en la "sección ablande", así que apenas me podía comunicar con un guardia. Hasta ellos tenían prohibido comunicarse conmigo. Por ahí hablábamos, charlábamos, cuchicheando, por supuesto. Pero estaba muy, muy compartimentado.[19] Yo todavía no me enteraba de nada. A mí me llevó mucho tiempo empezar a enterarme de cosas. Yo diría que recién a fines de junio empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando ahí adentro: quiénes eran los responsables, quiénes eran los protagonistas; empecé a ver qué prisioneros caían. Y, por terceros, empecé a enterarme de las primeras oleadas de prisioneros que habían ido cayendo. A través del ordenanza, por ejemplo, me enteré de que

tenían un problema muy grande con la comida, porque tenían que alimentar por lo menos a treinta, cuarenta prisioneros por día, en una dependencia en la que la cocinita era muy chiquita, y no había posibilidades de tener tanta gente detenida ahí ni medios para mantenerla. Y después, me enteré de que, como estaba tan lleno el D2, los entraban a los calabozos de Jefatura. Eso lo supe porque yo fui trasladado dos días a los calabozos de Jefatura, en julio, cuando Telleldín se hizo cargo del D2. Cuando él se hizo cargo, a Mónica la mandaron a la cárcel de mujeres del Buen Pastor y a mí, a un calabozo en Jefatura.[20] Ahí me encontré con un montón de detenidos, y recién entonces caí en la cuenta de que también los mandaban a ese lugar, pero de ahí volvían al D2 una vez que movían la gente a las cárceles.

—¿Recordás las torturas que padeciste en el D2?

—Eso es algo que uno recuerda para siempre. Cada músculo o cada hueso que hoy te duele, te hace recordar. La tortura era sistemática. Mucha gente dice que de entrada los torturaban sin parar hasta que les sacaban todo. Bueno, no; yo no sé, no creo que haya sido así, o yo vi casos en los que no era así. En mi caso, como en muchos que vi en el patio de atrás del D2, consistía en una presión sistemática; no era todo de golpe. Todos pasaban por ahí y estaban diez, doce días; máximo, dos semanas, y después se los llevaban. A otros los mantenían más tiempo, como a Caseb, como a Cáceres, que también estuvo mucho tiempo en ese lugar. A mí me tuvieron bajo presión hasta finales de marzo de 1975. Considerando que había caído en noviembre, estamos hablando de más o menos quince o dieciséis semanas.

Y la tortura era intermitente. Era un sistema que, en ese momento, no entendí. Es más, en los primeros años de vivir en Inglaterra, todavía no lo entendía. Con el tiempo, leyendo, viendo, empecé a reconstruir lo que me había pasado. Una noche venía la apretada terrible y te dejaban molido a patadas, trompadas, puñetazos, porque se venían con todo. Y después, aparentemente, te dejaban tranquilo. El torturado se empieza a enfriar de los dolores, tirado en el piso del baño y con una noche fría, por ejemplo. Dejan pasar una hora, y después viene

un baldazo de agua. A raíz de esto yo empecé a sufrir convulsiones. Por ejemplo, después de que declaré en *La Voz del Interior* en noviembre de 2006, empezaron a volver esas convulsiones. Cuando me siento con mucho, mucho estrés, empiezo a tiritar de una forma que no puedo controlar. Si hay algo que no me olvido de todos esos meses ahí en el baño es que vivía tiritando, y me venían esto que yo llamo convulsiones, porque uno comienza a tiritar todo el tiempo sin poder controlarlo.

Volviendo a la tortura, te decía que era sistemática. Y el fin era lograr que uno quedara destruido, sobre todo a nivel psicológico. Por ejemplo, no te dejaban dormir en toda la noche, porque te baldeaban a cada rato. O a la mañana me llevaban a una oficina, mientras ellos tomaban mate, y yo solo los miraba, y me moría de hambre. Ponían el mate al lado mío. Me moría por un mate. Pensá que no comíamos, o comíamos poco y nada. Y volvían siempre con la misma retórica: “Mirá, sabemos que estuviste en Villa María. Sabemos esto. Este tipo dice esto y esto. Charlie, acá todos hablan; ¡qué mierda te estás quedando callado, pedazo de boludo!”. Y después venía una apretada física, y seguía una charla de tipo persuasiva, y en esa charla persuasiva aflojaban la presión un poquito. Y entonces, bueno, uno trataba de defenderse como gato panza arriba, tratando de no hablar. Y después de eso, te llevaban de vuelta al baño, te volvían a tirar ahí y venía lo peor de lo peor: que te ignoraran, macho. Nadie venía a hablar con vos. Nadie venía a preguntar nada. Dos, tres días. Dos, tres noches. Nada. Y, de golpe, todos estos ruidos: gran actividad en el patio. Se abría la puerta del baño y te sacaban a las patadas de vuelta para afuera. Los patadones ya no eran tan fuertes como para romperte un hueso; era una violencia más aspaventosa. Pero uno nunca sabía hasta dónde llegaba eso. Y de vuelta a la oficina. Y de vuelta esos interrogatorios. Y seguían, y seguían, y no terminaban más. Y el problema era que, como ellos hacían turno, de un turno se lo podían pasar a otro. Nos podían tener veinte horas sentados en una oficina. Y siempre, en esos casos, venían la apretada, la aflojada; la apretada, la aflojada, y así. Por eso digo que la tortura era un proceso sistemático en el tiempo, más allá de que

en algunas oportunidades era particularmente más intensa y sádica que en otras.

—*En tu caso, ¿hasta cuándo duró esta situación?*

—Ya para fines de enero o febrero me daban algunos mates. Si no de la bombilla para compartir con ellos, por lo menos un yerbeado. Me daban mate con mucha azúcar. Y la alimentación empezó a mejorar un poquito. Bueno, y eso siguió, siguió, y después vino marzo. Especialmente después de todo este asunto de los "recreos", me ignoraron de vuelta y me pasaron al calabozo. Y ese fue el error más grande, porque en el calabozo empecé a comer bien y me puse mucho mejor.

—*¿Recordás quiénes eran los que te torturaban?*

—Desde el principio empecé a levantar los sobrenombres. "Bóxer" Antón, el "Perro"; ese era el número uno, el que más me daba. El que reemplazó al "Perro" más adelante en los interrogatorios, porque él ya se había integrado más con la Brigada, fue el "Gato" Gómez. También estaba la "Tía" Pereyra, pero ella era la que dirigía los interrogatorios. La "Tía" era la coordinadora de las brigadas en el aspecto interrogativo, no en la acción operacional. Y por eso estaba presente en todos los interrogatorios. También estaba Romano; él no metía mucha mano, pero sí agitaba a la patota. Entre los peores estaban "Bóxer" Antón, "Sérpico" Bucetta y el "Chato" Flores. Grandi, si bien participaba, tenía una actitud un poco distinta; compartía más la actitud de Merlo, que era que se interrogara sólo para sacar información.

Pero, guarda: la tortura no era el único método que había en el D2. Ahí se usaba toda clase de métodos. La tortura era un aspecto, una forma, pero ellos también usaban la difamación, por ejemplo, la calumnia. O la extorsión. Estos eran algunos de los métodos que usaban. Y muchos otros también, como tomar rehenes de la familia; traer a la familia, a la madre o a alguien. Sacarlo al prisionero y llevarlo a la casa. Me lo hicieron a mí, como diciendo: "Mirá, acá hablás o te vamos a hacer cagar a la familia y a vos también". Por ejemplo, en mi caso, un día de principios o mediados de marzo de 1975, la "Tía" Pereyra me trajo a mi hermana Patricia. Ella tenía como nueve, diez años, y me la trajo al

baño donde yo estaba. Abrió la puerta y la tiró dentro del baño. Supuestamente, le dijo que la traía para visitar a su hermano mayor. Ella era una pobre pendejita que me adoraba. Vino sólo para encontrarse con lo que yo venía quedando o a lo que me habían reducido. Estaba horrorizado de verla en ese lugar. Me trajeron un banco, me acuerdo, y yo me senté, Patricia se agachó y nos abrazamos. Y le dije al oído: "Mirá, estás en manos de una de las mujeres más peligrosas que te puedas imaginar. Mandate a mudar a la mierda ya mismo, y nunca más quiero verte de vuelta por acá. Nunca más". Hasta el día de hoy mi hermana se acuerda de eso. A ella la trastornó verme con el pelo todo roñoso, orinado, con olor a orina. Yo tenía golpes en la cara, la dentadura toda rota, estaba esposado con las manos para atrás, muy roñoso, con mugre de no lavarme ni bañarme por dos o tres semanas, tirado ahí en medio de toda esa mugre que era el baño.

—*¿En qué sector del D2 permanecías detenido?*

—Era el baño del patio de atrás del D2. La referencia que puedo dar es que era el único baño donde podías asearte un poco, pero a mí no me dejaban. En la otra ala había también un bañito, pero no tenía facilidades para asearse.

—*¿Y quiénes utilizaban ese baño donde estabas alojado?*

—Los prisioneros, el personal de guardia y de las brigadas, pero no la conducción o la dirección del D2. Romano nunca hizo uso de ese baño. Merlo, tampoco. Nunca vi a Merlo entrar a ese baño. Pero de oficiales ayudantes para abajo, todo el resto del personal lo usaba.

—*¿Estabas orinado cuando fue tu hermana a visitarte?*

—Sí, porque a mí me tenían sentado al lado del inodoro, esposado con las manos para atrás, justo entre el inodoro y una parecita, en un espacio muy reducido. Además, estaba la puerta, que se abría al revés, y que hacía más chico el espacio. Y cuando venían al baño, orinaban y me ensuciaban a mí en el proceso. En algunos casos, accidentalmente, pero otros venían y directamente lo hacían intencionalmente, para vejarme. No recuerdo quiénes eran porque generalmente estaba tabicado. Por esa razón siempre estaba muy pero muy sucio. Pero además tenía mal olor y mal aliento. Mala transpiración; no me

reconocía la transpiración. Y los pies, destrozados, porque estaba siempre descalzo y porque me pateaban los pies permanentemente, para que no pudiera caminar. Si de algo me acuerdo es de las pateaduras en los pies, en los dedos de los pies.

Pero, finalmente, para marzo todo eso empezó a aflojar, excepto la roña, la mugre de ese lugar. Y es por eso, por la roña que tenía, que creo que la habían traído a esta pobre mujer embarazada, para que se lavara. Porque ella, si bien no parecía haber sido torturada, estaba tan roñosa como yo. La trajeron a lavar porque le daban el traslado, y, sucia como estaba, con la mugre que tenía esa pobre mujer, no la iban a subir a un auto ni se le iban a sentar uno de ellos a cada lado. Lo de las chicas, en general, era lamentable, especialmente cuando tenían la "menstrua". Era algo terrible, terrible. Mónica pasó las de Caín ahí dentro. Pero Mónica no fue ninguna excepción. Otras hasta la pasaron peor.

Y otra cosa que recuerdo: en ese baño violaron a tres chicas, mientras yo estaba ahí tabicado. Y el autor era uno solo. Porque acá pongamos las cosas claras: el D2 a los prisioneros no los violaba; se ganaron la fama sólo por uno, y ése, en tres oportunidades, violó, no sé si a la misma o a distintas prisioneras. Eso pasaba delante de mí, ahí dentro del baño, pero como yo estaba tabicado, no podía ver nada.

—*¿Recordás quién era el autor de esas violaciones?*

—Sí. Lo llamaban el "Negro Chocolate", y se llamaba Ezequiel Menes o Méndez. Era un brasileño, mercenario; pero mercenario, mercenario. Ese no era policía, no era de las Tres A, era un mercenario, directamente contratado por Tissera para matar.

—*¿Y te acordás de cómo ocurrieron los hechos?*

—Sí. Fue algo espantoso, porque yo estaba en el baño, esposado para atrás y tabicado. Y las chicas lloraban, porque este tipo era un degenerado de mierda, de lo último. Se las violaba por el culo, y las tenía apretadas de la boca para que nadie escuchara. En una oportunidad, una de las chicas lo mordió fuerte en la mano, y este tipo le pegó una paliza tremenda y la dejó tirada en el suelo.

—*¿Todo dentro del baño donde estabas?*

—Todo dentro del baño donde estaba. Sí. Eso me consta a mí. Pero no les puedo poner nombres a las chicas que fueron víctimas de estos hechos.[21]

—*En algunas oportunidades hablás de detenidos, pero en la mayor parte te referís a prisioneros.*

—Éramos prisioneros.

—*¿Es la categoría que les daban dentro del D2?*

—Sí, en general, sí; pero era según el caso. Unos podían ser detenidos, si les hacían un sumario, por ejemplo. Pero, en general, todos éramos prisioneros, porque estábamos sin ningún sumario. No es difícil encontrar la diferencia, la línea que separa los conceptos de prisionero y de detenido. Al detenido le daban entrada en algún registro, en el Libro de Guardia. En el primer período, a todos, tarde o temprano, les daban entrada en el Libro de Guardia. Entonces, de prisioneros pasábamos a detenidos. Pero, con el tiempo, con todas las irregularidades que empezaban a suceder, con gente que no era puesta ni siquiera a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, con gente que estaba siendo trasladada a las "Escuelitas", empezábamos a ser más los prisioneros. Entonces acá hay dos cosas para diferenciar: el tránsito de detenidos y el tráfico de prisioneros, el que terminó en las "Escuelitas", en el "pozo"[22] y en los desaparecidos.

—*¿Había muchas personas en el D2 al momento de tu detención? ¿Recordás la cantidad?*

—Era horroroso. Cuando yo caí, calculo que había entre veinte y treinta detenidos, estimando un número bajo. Pero los números subían en algunas oportunidades, hasta cincuenta detenidos en una noche. Yo lo sé por el ordenanza, por el problema de la comida. Yo sabía cuándo había muchos detenidos porque empezábamos a comer salteado. No era que no había comida, sino que lo que había era limitado. Y además, escapaba a las posibilidades de un solo ordenanza hacer comida para cincuenta personas, a los que se sumaba la guardia, en una cocina que tenía el tamaño del baño, más o menos, tal vez un

poquito más grande. La cocinita del pasillo del fondo habrá medido dos metros por dos metros cincuenta, no más. Yo me daba cuenta entonces de en qué momento pasaban de treinta prisioneros, porque el D2 ya no podía funcionar. Colapsaba, porque las instalaciones no tenían infraestructura para tener a más de treinta prisioneros y encima estar interrogándolos.

—*¿Todas estas personas rotaban permanentemente de un lugar a otro?*

—Tenían un sistema de rotación que, al principio, se hacía siguiendo el sentido de las agujas del reloj.[23] El patio de "recepción" también servía de "sección ablande". En otras palabras, cuando ingresábamos, nos llevaban para el fondo del D2, nos llevaban a la otra ala, y ahí empezaba la apaleada. Era un patio bien grande y, como los paraban a todos contra la pared, quedaba "forrado" de prisioneros parados. Y ahí nos golpeaban: nos daban y nos daban. Cuando ya nos tenían bien rotos, bien desgastados (esto era en las primeras horas, nomás), entonces nos traían al patio del medio, como me hicieron a mí, y ahí venía el interrogatorio. Interrogaban en ese patio, separados de los otros, para que no escucharan si alguien hablaba y de qué estaba hablando; para que el otro no pudiera armar algún verso y defenderse. Y después de eso los tiraban al patio mío. Quedaba "forrado" de gente el piso de ese patio mío. Finalmente, los llevaban por el pasillo que comunicaba con todas las oficinas de adelante, hasta la gran doble puerta de la Guardia Central. Ahí metían de culata los carros de asalto, los hacían subir y se los llevaban a la Penitenciaría. Eran como arreadas en masa.

—*¿Sabías que se los llevaban a la Penitenciaría?*

—Bueno, eso decían. Yo no lo puedo saber, pero eso era lo que decían: que iban a la Penitenciaría, y las chicas, al Buen Pastor.

—*¿En esos traslados reconociste a alguien?*

—Sí, a varios, especialmente los que habíamos estado en Villa María. Y, además, caras conocidas de manifestaciones, de actos. Voy a tener que revolver muy mucho para acordarme de los nombres; digo, los nombres reales, porque yo los conocía a todos por sus seudónimos.

—En ese período en el que todavía estabas tabicado, ¿cómo hacías para verlos? ¿En qué circunstancias los veías?

—Cuando volvimos del segundo “recreo”, y alinearon a los dieciséis detenidos para trasladarlos, de esos dieciséis yo conocía por lo menos a doce. Estaban todos destabicados, y yo también estaba destabicado. Lo hicieron para exhibirme, para exponerme; esta era la campaña de difamación que hacían. Ese era otro de los métodos del D2.

—¿Podés explicarlo?

—Es una vieja táctica de la Policía: hacerle creer a uno que el otro está hablando. Encima, los que iban a ser trasladados estaban todos rotos, todos hechos pomada, y al que ellos suponían que estaba hablando, ahora lo veían todo arregladito, todo empilchado, hasta fumando. Porque recuerdo que hasta me dieron un pucho. Me dieron un pucho antes de entrar a la guardia, y cuando entré, los otros seguro que pensaron lo peor. Esto pasó cuando volvimos del segundo “recreo”; de la ratonera de la casa de Oropel.

—Dijiste que a Mónica y a vos los habían hecho cambiar de ropas.

—Nos hicieron arreglar bien. Ya nos habían dado ropa buena cuando nos hicieron lavar, cuando a mí me tiraron al arroyo, allá en la “Escuelita” de Unquillo. Y después en la casa de Oropel. Pero en realidad te hacían lavar cada vez que te trasladaban en un auto, porque nunca te subían sucio. A un carro de asalto, sí, porque te tiraban al suelo y te ponían las botas encima, pero a un auto, no, porque te llevaban en el asiento de atrás, con uno de ellos de cada lado, y los tipos no te iban a llevar todo roñoso, meado, cagado, orinado y con sangre; menos a una chica que estaba menstruando, toda enchastrada. Por eso te hacían lavar. Pero a nosotros, encima, nos habían dado pilchas limpias, arregladas.

—Decís que era común en el D2 esta desinformación o difamación. ¿A vos te hicieron lo mismo frente a otros prisioneros?

—Claro, era permanente. No es contrainteligencia, es contrainformación. Por ejemplo, lo que hicieron conmigo. Con el paso del tiempo, para mí se hizo clarito que se intentaba cubrir al verdadero colaborador que el D2 tenía y cuya

verdadera identidad nunca trascendió. Y lo que hacían con Mónica era para cubrir a una delatora del ERP que estaba en la pieza de las chicas, pero como no tengo suficiente evidencia, no quiero hablar. Hubo otra a la que dejaron ir en libertad, y había caído en una casa de seguridad del ERP. Ellos lo sabían y, de todos modos, la cubrieron. Pero a Mónica, por ejemplo, la sacaban de la pieza de las chicas, la llevaban a una oficina, la sentaban mirando la pared, y la tenían ahí media hora, una hora; tabicada, por supuesto. Nadie le preguntaba absolutamente nada. Después la traían de vuelta a la pieza de las chicas. Más vale que las chicas se mirarían entre todas y le agarrarían una desconfianza tremenda. Hacían eso dos o tres veces por día, como si fuera una informante que les estaba dando información. Y Mónica no conocía a ninguna, porque ella nunca estuvo en el ERP. No sabía nada de nadie, porque nunca las había visto en su vida. Y encima que estábamos todos aislados, incomunicados, las mismas compañeras de Mónica la aislaron a ella en la celda. Quedó en un rincón, y empezó a correr la liebre, porque cuando venía comida, se repartían entre ellas y a Mónica no le daban nada. Preguntáselo después a ella. Encima de estar preso, los otros prisioneros te aislaban. En el fondo, era una forma más de presión, para poder quebrarte.

—*¿Alguna vez trataron de hacerte creer que otro estaba informando?*

—Sí, pero no solamente haciéndome creer: a mí me llevaron a una oficina y estaba esta persona que había sido integrante del ERP mostrando las fotos y sabía de todos. Y después me lo hacían hacer a mí con otros. Por ejemplo, la "Tía" Pereyra lo hizo cuando tenía tipos que considerábamos perejiles, un simpatizante o una persona que podía estar en el ERP o en el PRT a nivel de militante, pero que no estaba muy comprometido. Me acuerdo de que la "Tía" me llevó a la oficina, al despacho de ella, en tres ocasiones, me sentó esposado y me hizo arreglar. Cada vez que a mí me hacían lavar y me daban ropa, pilchas, temblaba: yo sabía que se me venía una encima, lo que estaban por hacer. En aquella ocasión, recuerdo que me sentó frente a una máquina de escribir, y después, frente a mí, sentó a un prisionero destabicado. ¡Era lo más inusual

interrogar a alguien destabicado! Yo lo conocía bien a este muchacho, y creo que sobrevivió. Era un rubio de pelo largo, me llevaba por lo menos cinco a diez años. Era del PRT. Es más, esta persona desde la cárcel denunció que yo había "participado" en el allanamiento de su casa, incluso que le "habíamos" robado un montón de cosas.

—*¿Te acordás del nombre de esta persona?*

—No. Lo conocía bien, pero de vista. Creo que ni siquiera sabía su seudónimo, y no recuerdo su nombre, a pesar de que le tomé los datos patronímicos con la máquina de escribir, mientras la "Tía" Pereyra y Grandi, que también estaban presentes, le hacían preguntas. Era todo un show. Yo sabía lo que era ser interrogado. A éste lo llevaron, le preguntaron los datos patronímicos, a qué organización pertenecía, y el tipo reconocía que era del PRT, pero creo que a nivel de propaganda, que no tenía nada que ver con el ERP, por supuesto. ¡Estos que nunca vieron un fierro en su vida! La cuestión es que le tomé todos los datos y después se lo llevaron. Recuerdo que después vinieron "Johnny" con "Sérpico" y el "Bóxer" Antón y me llevaron al patio de adelante; ahí había por lo menos veinte personas; todas tabicadas, todas contra la pared, y estaba este muchacho, flaco, bien alineado. Bueno, le levantaron la venda y me pidieron que le preguntara algo estúpido, como: "¿Cuándo fue que estuvo en su casa la última vez?". Algo que parecía irrelevante. A veces, esos detalles eran importantes, pero a mí, en ese momento, me sonó medio irrelevante. Después de eso le bajaron la venda, y "Sérpico" le dijo a "Johnny", pero nombrándome a mí: "Charlie, metele un bollo a este". Y "Johnny" le metió un puñetazo entre las costillas que lo bajó al suelo. Y después de eso, me llevaron de vuelta al calabozo. Por supuesto, ese tipo quedó convencido de que yo estaba con los torturadores, interrogándolo y pegándole. Y nadie le va a poder sacar eso de la cabeza nunca más. Así es como actuaban conmigo, todo el tiempo.

—*¿No te habrá ocurrido lo mismo a vos con este "colaborador" del ERP?*

—No, porque años después, cuando yo ya trabajaba en las oficinas, en el Comando de Operaciones Tácticas, me enteré de que esta persona estaba

operando en otras jurisdicciones. Ahí teníamos la teletipo y llegaban informes desde afuera. Y cada vez que llegaban informes, ellos lo recordaban: "¡Ah, el del ERP!". Muchas veces lo nombraron.

—*En cuanto a Mónica, ¿cuándo y dónde te reencontraste con ella?*

—Me encontré y me separaron de Mónica en los "recreos". Yo, por ejemplo, no sabía que estaba en la "Escuelita" de Unquillo, hasta que nos trasladaron. En ese lugar nos tenían separados, yo no la podía ver ni sabía nada de ella. Pero además ahí el cagadón fue tan pero tan grande que, si de algo me acuerdo de la "Escuelita" de Unquillo, no es sólo de la mesa de esa pieza donde nos picaneaban y de la bañadera llena de mierda, sino también del calabozo y del piso mismo, porque vivía acurrucado en el piso. Y dormía, dormía y dormía. No es que uno fuera insensible, pero pasaba de largo. Los estaban matando a los otros, del otro lado de la puerta del calabozo, en esa pieza de al lado, y uno seguía durmiendo. Además, la falta de comida y la debilidad eran enormes, enormes. Yo me acuerdo de que, una vez por día, traían una taza de lata con un caldo hirviendo. Creo que lo hacían a propósito, porque estaba tan caliente que te quemabas los labios con el caldo. Y eso era todo. A veces con un bollo de pan. Pero con toda la dentadura rota, yo no lo comía. A esa altura yo tenía muchas inflamaciones, porque a varios nos habían roto los dientes a patadas, y a mí se me habían hecho infecciones en toda la boca.

—*¿Te habían roto toda la dentadura?*

—No toda, pero por lo menos diez o doce dientes me los habían roto a patadas en la cara, en la boca. Estaba vendado, así que no esperaba la patada. Eso ocurrió cuando me estaba recuperando del espasmo hepático y estaba en el pasillo de atrás: ahí empezaron a pegarme patadas en la boca y en los pies. Y de esa forma, además del sufrimiento que te provocaban, te dejaban totalmente inútil. Esos golpes no fueron de una sola vez, sino que fueron de a poco, hasta que perdí diez o doce dientes. Y después, sin aseo, empezaban las inflamaciones, porque cada diente roto se infectaba. El sufrimiento era algo inimaginable.

5 Los datos que Carlos Moore brindó en el diálogo que se reproduce aquí fueron leídos y corregidos por el propio Moore, en el momento mismo de la entrevista y en los meses siguientes. Para no tergiversar la información, se transcriben de manera textual las respuestas dadas por él, y el orden en el que se publica el diálogo fue determinado por el propio entrevistado, quien, como condición establecida por mí, respondió sin consultar documento alguno, ni siquiera su propia declaración del año 1980. Debido a esto y al tiempo transcurrido, es posible que existan algunas divergencias con hechos ya narrados.

6 Diseñado y fabricado por la FN Herstal de Bélgica, el Fusil Automático Liviano, FAL, es el arma larga reglamentaria de las Fuerzas Armadas en la Argentina desde el año 1956.

7 Mojarra o submarino era una tortura consistente en sumergir la cabeza de la víctima en un recipiente con agua hasta casi asfixiarla, aunque era común que el personal del D2 utilizara orina y/o heces con la finalidad de incrementar el sufrimiento de la víctima. En ocasiones la inmersión iba acompañada por golpes, descargas eléctricas u otras prácticas que potenciaban el tormento, que en muchos casos provocaba la muerte.

8 El estado de sitio se decretó el 6 de noviembre de 1974.

9 El primer edificio del D2 estaba ubicado en el ex pasaje Cuzco, hoy pasaje Santa Catalina, un callejón colonial muy angosto que lo separa de la iglesia catedral de Córdoba. El D2 era parte del edificio del antiguo Cabildo de Córdoba, que entonces estaba en poder de la Policía de la Provincia de Córdoba. Desde la época de la Colonia era el lugar asignado a reos y ajusticiados.

10 Movimiento Popular 17 de Octubre. Pequeño grupo del que Moore fue cofundador, en 1971. El propio Moore relata que en septiembre de 1972 “toda la conducción del MP17 fuimos arrestados en la localidad serrana de Salsipuedes: se produjo un enfrentamiento y yo recibí un balazo en la mano. Cumplí los 21 años en el penal de Rawson, y recuperé mi libertad el 25 de mayo de 1973, con la amnistía de Cámpora. Para entonces estaba alojado en el penal de Villa Devoto”. A fines de 1973, “el MP17 se convirtió en una agrupación armada y comenzó nuestra acción guerrillera en las sierras de Córdoba”. En febrero de 1974 comienzan a prestar “apoyo táctico” al ERP, y al mes siguiente se integran en esa organización. Muchos detractores de Charlie Moore, por su parte, lo consideraban un “bandido rural” que asolaba junto con su “banda” las sierras de Córdoba. Por su parte, Julio Carreras (h), en su libro *Movimientos revolucionarios armados en la Argentina*, afirma que el MP17 “fue una pervivencia del Movimiento Nacionalista Tacuara […]. Su tendencia era derechista, sostenían un ideario fascista, y un culto por el aventurerismo y la violencia propio de su ideología”, hasta que “inesperadamente, los militantes del MP17 terminarían integrándose al ERP, aunque sólo para acciones militares”.

11 En los centros clandestinos de detención, estar tabicado significaba estar encapuchado, y/o con los ojos vendados. Al impedir la visión y aumentar de ese modo la sensación de indefensión, el tabicamiento actuaba también como otra forma de tortura.

12 Los cautivos del D2 eran enviados con frecuencia a los centros clandestinos de detención periféricos denominados “escuelitas” para apartarlos del circuito legal y evitar así la interferencia de las autoridades judiciales, aterrorizar aún más a las víctimas y sus familiares y crear un espacio donde la tortura pudiera ser aplicada en su máxima expresión y con absoluta impunidad. Para esos fines el D2 utilizó como centros clandestinos de detención, tortura y exterminio no sólo la Comisaría de la localidad serrana de Unquillo sino también la denominada Casa de Hidráulica, ubicada al lado del dique San Roque; el puesto caminero

de la localidad de Pilar, y las comisarías de los departamentos Unión y San Martín, entre otros muchos centros.

13 El 30 de mayo de 1974, el pequeño pueblo de Acheral, en el sur de la provincia de Tucumán, fue copado por el ERP en lo que se consideró su primera acción de guerrilla rural.

14 Al momento de esa detención, Julio Oropel, el “Negro Jorge”, integraba la conducción del PRT-ERP en Córdoba, y posteriormente ocupó cargos de conducción nacional.

15 “Tupa” es la apócope de tupamaro, miembro de la organización —entonces— armada Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), de la República Oriental del Uruguay. La Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) era una organización supranacional que aglutinaba a todas las agrupaciones guevaristas del Cono Sur: MIR de Chile, ELN de Bolivia, Tupamaros de Uruguay y PRT-ERP de la Argentina. Coordinación Federal era la dependencia de la Policía Federal Argentina encargada de la represión política. En 1974 su sede comenzó a funcionar como centro clandestino de detención, bajo supervisión operacional del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, concentrando el accionar represivo de la Policía Federal en todas las comisarías y centros clandestinos de la ciudad de Buenos Aires.

16 Luego de leer la primera edición, Moore se comunicó conmigo para decirme que después de la entrevista le habían surgido dudas sobre la presencia de Carlos Alfredo Yanicelli en la Comisaría de Unquillo. Puede, en cambio, afirmar con certeza “que Yanicelli vino al D2 cuando, en julio de 1975, Telleldín se hizo cargo”. En los archivos judiciales consta que Carlos Alfredo Yanicelli fue trasladado al D2 el 25 de julio de 1975, y allí prestó servicio hasta el 11 de enero de 1984. Pero en una declaración testimonial del 7 de julio de 1997, el por entonces comisario mayor Carlos Yanicelli manifestó que “estuvo en comisión en la Subjefatura de Policía, en el año 1975, durante aproximadamente seis meses. Con posterioridad fue trasladado en comisión a la Comisaría de Unquillo, entre seis meses y un año. Después de eso, le salió el traslado al Departamento de Informaciones, donde permaneció hasta el año 1983”. Por lo tanto, es posible que Moore haya registrado la presencia de Carlos Yanicelli en Unquillo, aunque éste unos meses después arribara oficialmente al D2; tal vez en estas circunstancias se originara su confusión.

17 Se refiere a la distribución que hacía el ERP en los barrios humildes de mercancías incautadas en asaltos a camiones repartidores. Moore me contó que él se dedicaba a esa actividad de propaganda, y que había desarrollado un aceitado mecanismo de distribución de las cargas “expropiadas”.

18 Se refiere a María de las Mercedes Gómez, esposa de Carlos “Vasco” Orzaocoa. Ambos eran integrantes del PRT-ERP. Mercedes fue secuestrada junto con otra militante, Graciela del Valle Maorenzic, el 21 de marzo de 1975; en Córdoba son consideradas las primeras desaparecidas en democracia. Al momento de su secuestro, Mercedes era madre de una niña de dos años y tenía siete meses de embarazo.

19 Se refiere a aquellos prisioneros que se encontraban aislados y prácticamente no tenían acceso a persona alguna.

20 En esta parte del relato se advierte la dificultad de Moore para ordenar cronológicamente los hechos, especialmente los traslados que sufrió Mónica Cáceres a la cárcel del Buen Pastor. En el capítulo respectivo, Mónica aclara el orden de esos traslados.

21 Luego de leer la primera edición, Moore agregó información al respecto: “Entre finales de noviembre de 1974 y fines de marzo de 1975, en la época en que existían dos brigadas, la de Romano y la de Merlo, mientras yo todavía permanecía ‘alojado’ en ese baño inmundo, esposado, fuertemente tabicado y al lado

del inodoro, se produjeron dos violaciones de prisioneras ‘legales’, no secuestradas. En ese período, mi acceso a cualquier identificación de estos degenerados era nulo, así que no puedo decir quiénes fueron sus autores. Pero desde abril de 1975 en adelante, gané mucha comunicación con mis captores y, en los primeros meses de 1976, tuve conocimiento de otra violación: la de una prisionera judía, o de apellido judío, que, precisamente por eso, el ‘Gato’ Gómez la violó, pero no en el baño de ‘mi’ patio, sino en el pasillo de atrás, en la otra ala, al fondo del D2. Aunque yo no fui testigo presencial de eso, lo supe por algunos guardias, quienes se sintieron indignados y vinieron a contarnos a Mónica y a mí, muy preocupados, lo que había sucedido. Creo que la víctima se llamaba Feberman, pero no puedo aportar otro dato porque no lo recuerdo. Pero de lo que sí me enteré después fue que a esta mujer la terminaron asesinando en la UP1 unos meses después”.

22 Eufemismo para designar los lugares donde los prisioneros eran trasladados para ser asesinados y enterrados de manera clandestina.

23 Mientras se desarrollaba la entrevista, además de algunos organigramas, Moore dibujó varios planos muy detallados de los distintos inmuebles que ocupó el D2, incluso con la disposición del mobiliario en algunas oficinas. Esos planos fueron donados al Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba.

5

EL ACUERDO

—Vos dividís tu permanencia en el D2 entre el momento de tu caída hasta el mes de abril de 1975 y de ahí en adelante. ¿Por qué?

—Sí, porque, como te dije, cualquier persona se va a acordar del día que se mudó a su casa propia. Para esa fecha “me mudaron”, me dieron el calabozo. Y, para mí, el calabozo, mi calabozo, fue un paso histórico. El hecho de tener las cuatro parecitas y una puerta fue algo muy importante. Y mi rinconcito ahí dentro, aislado del patio y, especialmente, de la mugre, de esa inmundicia del baño. No te olvides de que en esa época la Municipalidad de Córdoba no funcionaba y el baño estaba lleno de ratas y cucarachas. En el baño, las ratas no me jodían tanto, normalmente no entraban, pero las cucarachas me volvían loco. Estar esposado con las manos para atrás y tener cucarachas caminando arriba tuyo era algo espantoso. ¡Unos cucarachones! ¡Enormes! Ese lugar estaba lleno de cucarachas porque pasando el baño y los dos calabozos estaba lo que llamaban la fogonera, que originariamente había sido un asador que ahora usaban como incinerador: ahí quemaban los DNI y toda la documentación que probara la identidad de los que caían en el D2. A todos los que traían, directamente les quemaban la identidad en ese lugar. Pero el problema era que también traían basura y la quemaban, o intentaban quemarla, porque nunca se quemaba del todo. También tenían un tacho cuadrado, creo que habrá sido un tacho tipo militar, de color verde. Era una cosa rara ese tacho de mierda;

siempre, pero siempre, estaba lleno de basura. Todo eso atraía las ratas que daba miedo. Por eso, ese sector estaba siempre lleno de ratas.

La actividad de las ratas, de noche, no paraba. Yo las escuchaba todo el tiempo. Incluso cuando ya estaba en mi calabozo también las escuchaba. Si bien el calabozo tenía una puerta con barrotes arriba, [en una ventanita] que estaba abierta invierno y verano, lo bueno era que esta puerta era de metal y las tipas no llegaban hasta los barrotes y por eso no podían entrar al calabozo. Pero afuera era algo terrible, una inmundicia. Y muchas veces los prisioneros, especialmente los que estaban sangrando, se quejaban de las ratas. Era una situación muy penosa. En la pieza de las chicas, ellas mantenían la puerta cerrada para que no entraran las ratas. Por todo eso, imaginate cómo valoré el día que me dieron mi calabozo. Porque, a pesar de que estaba abierto, es decir, estabas casi como al aire libre, al menos tenías un techito y no te mojabas. Además, lo más importante es que cerrabas la puerta y tenías tus cuatro paredes. Y de algún modo te aislabas de todo lo que estaba pasando afuera.

—*¿Por qué te dieron ese lugar?*

—Y, porque creo que para entonces seguir insistiendo conmigo no tenía sentido. ¿Qué más me podían sacar que les fuera de utilidad? Todo lo que yo sabía ya no les servía. Todo el mundo sabía que yo estaba preso. Y todos los que me conocían ya se habían borrado, porque el sistema que teníamos en el ERP era que cuando uno caía, se empezaba a mover a todos los conocidos del lugar donde vivían. En otras palabras, se esfumaba el aparato que ese preso conocía. Además, a esa altura el D2 tenía tantos prisioneros y tanto más para trabajar ahí que para qué seguir ensañándose conmigo. Lo que pasó fue que se ensañaron al principio, y después se dieron cuenta de que ya no me podían sacar más nada.

—*¿Cuándo te trasladaron a ese calabozo?*

—El 1º de abril de 1975. En realidad, entre la noche del último día de marzo y el primer día de abril. Yo sé que el 1º de abril ya estaba ahí.

—*¿Qué te hizo recordar la fecha con tanta exactitud?*

—Me acuerdo porque ese día me trajeron un diario: querían que lo mirara.

Vino uno que se llamaba Cuassolo, que era nuevito, y quería que lo ayudara. A Cuassolo lo habían puesto a hacer explotación de prensa, y él no tenía idea de por dónde empezar. Merlo le dijo: "¿Sabés quién te va a ayudar? Andá a verlo a Charlie". Y para charlarme, Cuassolo me trajo un paquete de cigarrillos y fósforos. Me acuerdo de que era una caja de fósforos Fragata. Nos sentamos con el diario, los dos en el piso. Lo bueno de Cuassolo era que no se creía superior a nadie. Se ponía de igual a igual con uno. Se sentó en el piso de mi calabozo y fumamos los puchos. La puerta del calabozo estaba abierta a medias. Era una curiosidad para todos: venían y miraban qué estaba haciendo Cuassolo conmigo, ahí en el calabozo. Además trajo papel, lápiz, y le estructuré cómo hacer un análisis de tipo lógico con todas las premisas basadas en lo que dice el artículo de un diario, y ponerle una conclusión.

—*¿Para qué usaba la explotación de prensa el D2?*

—Bueno, esa era la parte tradicional de lo que era la División Informaciones. Tradicionalmente, Informaciones no era un aparato operativo, era un aparato informativo, y entre las funciones que ellos cumplían hacían explotación de prensa. Además, había tres aspectos de lo informativo: Asuntos Gremiales, Estudiantiles, Culturales, por un lado; Asuntos Económicos, por el otro. Y antes de eso, en los viejos tiempos, yo alcancé a ver unas carpetas o informes de la época de Onganía y tenían Asuntos Militares; pero, por esos años, los Asuntos Militares ya no corrían en el D2. Cuassolo arrancó con Asuntos Económicos. La "Chancha", como le decíamos nosotros, no tenía idea de cómo analizar información, ni mucho menos analizar economía. Haciendo corto un cuento largo, él pasó a hacer Asuntos Gremiales, Estudiantiles y Culturales. Y yo pasé a ser el que (esto es ya mucho más avanzado en el tiempo), para fines de junio o principios de julio, terminaría haciendo Economía. Cuando Telleldín vino al D2, ignoraba (porque no le interesaba) todo lo que era Asuntos Estudiantiles, Culturales y Gremiales, porque ellos directamente salían a secuestrar y a matar. ¡Así que para qué andar estudiando el medioambiente de la militancia o dónde iban a ir a arrestar! Lo que a él lo tenía obsesionado era la economía. Yo puedo

decir que Telleldín tenía dos obsesiones: una era que lo envenenaran y la otra era la economía. Y por eso, además de hacer Asuntos Económicos, me convertí también en el cebador de mates oficial de Telleldín. Eso me dio acceso al despacho de él, a las reuniones que mantenía, y ahí empecé a levantar toda la información que tengo, que de otra forma jamás habría conocido. Podrían haberme tenido veinte años en el D2 y nunca, jamás, me habría enterado de las cosas de las que me empecé a enterar al entrar al despacho de Telleldín.

—Dejemos un momento de lado a Telleldín. ¿Por qué creés que te trasladaron a esa celda? ¿Qué utilidad vieron en vos para trasladarte a esa celda?

—Me seguían aislando y, de esa manera, me forzaban a que colaborara con ellos.

—¿Y Mónica? ¿Fue trasladada a "tu" calabozo?

—No, Mónica por un tiempo siguió en la pieza de las chicas, hasta que finalmente la pasaron al calabozo.

—¿En qué fecha?

—Fue cuando se llevaron a todas las chicas; más o menos, a fines de junio del '75, pero no estoy seguro de la fecha.

—¿Hay algún otro hecho que vos recuerdes de abril del '75?

—Sí, por supuesto. Entre el 6 y el 7 de abril de 1975 me fugué por primera vez del D2. Exactamente a siete días de estar en el calabozo.

—¿Cuál fue el objetivo de la fuga?

—La cosa se había puesto muy pesada, y me escapé para tratar de arreglarla desde afuera. Me escapé con la idea de entregarme, para que, por ejemplo, nos legalizaran a Mónica y a mí. Todo el mundo sabía que yo estaba ahí, en el D2, pero no figuraba en ningún lado. Yo llevaba meses en el D2 pero la Justicia no sabía que estaba ahí detenido. A nadie le habían entregado el sumario que me habían hecho, y creo que ni siquiera lo habían comunicado. Disner me había fabricado ese sumario y me lo había hecho firmar estando yo tabicado. Recuerdo que me levantaron el tabique sólo para que viera dónde tenía que firmar. Y a ese sumario lo usaron con los comunicados de prensa, con las grandes caídas del

ERP, que, dijeron, habían sido gracias al aporte y la colaboración de Charlie Moore. ¡Esa fue toda una fabricación de ellos! Y ahí me cagaron la vida, me la cagaron completamente. Y el ERP compró esa fabricación, se la tragó y encima me condenó a muerte. Publicaron una sentencia en la revista *Estrella Roja* de febrero o marzo de 1975, no lo recuerdo con exactitud. ¡Y eso causó dentro del D2 los festejos más grandes que te puedas imaginar! Venían y me palmeaban, burlándose. Me felicitaban y me daban la *Estrella Roja* para que leyera: "¡Mirá! ¡Fijate, pelotudo! ¡Mirá con qué clase de mierda estás metido! ¡Charlie, avivate! ¡Mirá la mierda que estás protegiendo!". Todos se burlaban, felicitándome. Pero Merlo estaba entre los primeros.

—*¿Te mostraban la revista* Estrella Roja*?*

—¡Sí! ¡Y hasta me la dieron para que la leyera! Yo no lo podía creer. En ese momento, el mundo se me vino abajo. Y a partir de entonces supe que estaba cagado para siempre. En lo personal, esa situación me produjo un bajón grandísimo, durante mucho tiempo. Yo no recuerdo exactamente, pero creo que recién empecé a levantar cabeza de vuelta un tiempo antes de que llegara Telleldín. Porque encima me vino otro hachazo: mandaron a Mónica al Buen Pastor y allá casi la mataron, casi la lincharon las compañeras. Todo eso me impulsó a escaparme, para tratar de arreglar algunas cosas.

—*¿Cómo fue la fuga?*

—Me escapé por los techos. El D2 era una permanente obra en construcción, porque todo el tiempo cambiaban la fisonomía del lugar. Recuerdo que había una escalera contra un rincón. Era una escalera chica, para pintar, no de constructor. Estaba el calabozo mío, había un espacio, luego estaba el asador, y del otro lado estaba la escalera. Todo lo que hice fue esperar atento cuando el guardia de Infantería fuera hacia adelante. Porque de noche, cuando todo quedaba tranquilo, se iban a tomar mate y a timbear. Me acuerdo de que esa noche, cuando se fue el guardia, puse la escalerita y me subí al techo. Antes le había dicho a Mónica que me iba a fugar y que les informara a las chicas una vez que me hubiera fugado, para que se prepararan para la paliza. Pero también le encargué que le dijera a

Merlo que me iba a comunicar con él dentro de las veinticuatro horas, que no me fugaba para todo el viaje. Le dije que me iba a entregar para evitar que la mataran a Mónica y que las apaleen al resto de las chicas. La cuestión es que puse la escalera y me subí con enorme cuidado aprovechando que la luz del techo estaba apagada. Esa fue la otra razón por la que decidí hacerlo esa noche, porque no estaba prendida esa luz que había en los techos del D2. Yo sabía, por comentarios que los mismos del D2 hacían, que había muchos alambres en el techo, y presumí que si la luz no estaba prendida, podían no tener electricidad. Cuando subí, efectivamente, me encontré con alambres de púa, y por esas corazonadas que uno tiene, los toqué, y no tenían electricidad.

Así que, ahí nomás, me fui por todos los techos de la manzana hasta una esquina donde había un edificio de tres pisos que tenía una terraza en la parte de atrás. Salté a esa terraza y me encontré con una puerta corrediza. Me acerqué a esa puerta y, para mi suerte (ese día estaba de suerte), no estaba cerrada con llave, así que abrí y me mandé a la oficina. Al entrar, me encontré con el problema de que no podía ir hacia abajo porque había una puerta y esa sí estaba con llave. Eran todas puertas de vidrio, un lugar bastante lindo. Además, había otra puerta que daba al balcón, y esa también estaba con llave. Empecé a revolver todos los cajones y encontré las llaves, así que la abrí y salí al balcón, que tenía una baranda. Me asomé y vi que abajo había un Fiat 600 estacionado. Apuntando al Fiat, me colgué de la baranda para minimizar la altura de la caída, y me largué… ¡Caí arriba del Fiat y le hundí todo el techo! ¡Caí como un gato y salí corriendo!

Corrí y corrí hasta un estacionamiento ubicado justo a la vuelta del Hospital de Aeronáutica. Ahí teníamos un simpatizante nuestro, de Logística del MP17, de toda la vida. Llegué, le pedí algo para moverme y ahí nomás me dio las llaves de un auto. Me llevé un Peugeot 404… no, perdón, un 504 color amarillo mostaza. Y de ahí me fui derecho para las sierras. Con mamá siempre tuvimos un lugar donde encontrarnos. Ella sabía que, si pasaba algo, yo me daba una vuelta por ahí. Pero además le pude avisar desde el estacionamiento, porque

usando el teléfono que estaba ahí llamé a la casa de mis padres y le dije a mamá: “¡Rajate ya! ¡Nos encontramos ya sabés dónde!”. Y dicho y hecho, a las horas nos encontramos con mamá en un lugar cerca de La Cumbre. Y ahí planeamos entregarnos.

Después, desde una cabina pública de esa zona, hablamos al D2. Pedí por Merlo e inmediatamente me pasaron con él. Le dije: “Mirá, Merlo, estoy listo para entregarme, pero yo quiero negociar algunas cosas antes. ¡Primero quiero estar legal! ¡Segundo, quiero un catre; no puedo seguir durmiendo en el piso! ¡Tercero, quiero que me garanticen el calabozo! ¡Y cuarto, la quiero a Mónica en el calabozo conmigo!”. Y, sí… Si le hubiera pedido ir de vacaciones al Caribe, me habría dicho que sí. En esas circunstancias te dicen sí a todo, con tal de que te entregues. ¡Ah!, y también pedí hablar con Choux y con una persona de la Subsecretaría de Seguridad de la Gobernación de Córdoba. “¿Dónde y cuándo te entregás?”, me preguntó Merlo. “Donde ustedes se sientan seguros y donde mi madre esté segura. ¿Por qué no en el Crillón Hotel, frente a la plaza San Martín, opuesto a la Jefatura de Policía?”, le dije. “¡Llamame en media hora!”, me respondió. Lo volví a llamar a la media hora y me dijo: “¡Está todo arreglado para las diez de la noche, Charlie!”. “Okay; voy para allá”. “¿En qué andás?”, me preguntó Merlo. “En un Peugeot,” le respondí. “Me voy a encontrarlos, solo con uno. Decime dónde querés encontrarte”. Entonces le dije que en una calle lateral, que daba contra la avenida Caraffa. Ahí fui y me estacioné de una forma tal que podía ver si se venían con toda la “caballería” o si venían solos. Estaba bien ubicado; conocía bien esa área. Y, finalmente, él vino solo con “Sérpico”. Llegaron, “Sérpico” se subió al Peugeot, y mamá y yo al Falcon en el que había venido Merlo. Él manejaba. Iba solo, conmigo sentado a su lado y mamá sentada atrás, y “Sérpico” nos seguía con el Peugeot 504. En un momento, “Sérpico” se borró con el Peugeot; no sé dónde fue. Sí sé que después al Peugeot se lo agarraron para ellos, para el D2, porque lo comenzaron a usar para operar. El auto era de un milico de Aeronáutica, de un médico.

Bueno, finalmente fuimos al Crillón. La reunión que yo proponía era en

terreno neutral, en la confitería Crillón, frente a la Jefatura, del otro lado de la plaza San Martín. Ahí tenía alguna seguridad de que nadie me iba a tender una emboscada o hacer una cama. Pero al llegar, a mamá no la dejaron participar; le pagaron un taxi y le dijeron que se fuera. O sea, le mostraron a mamá que me recibían, y le dijeron que se fuera tranquila a casa. Llamaron un taxi y se lo pagaron. Yo entré a la reunión y me senté con Choux y con esta persona de la Subsecretaría de Seguridad. No me acuerdo cómo se llamaba, pero era él porque lo reconocí por las fotos de la prensa de la época: era el tipo con el que yo quería hablar; no me habían metido a cualquiera. También estaban Romano, Merlo y, en un momento, se acercó el secretario del Jefe de Policía. Pasó un ratito nomás, a saludar y a ver que todo estuviera bien. Y arreglamos: yo me presentaría de vuelta y ellos me pondrían a disposición del PEN. Cualquiera que mire en el registro de los prisioneros puestos a disposición del PEN de la época seguramente va a encontrar mi nombre en esos días, porque yo quedé a disposición del PEN después de esa fuga de abril. Eso lo cumplieron. Es más: me garantizaron que también iba a quedar a disposición de la Justicia Federal, y que el sumario ya estaba listo. Me explicaron que el problema había sido que no habían podido elevarlo porque, cuando lo presentaron, alguien lo había robado. Y que lo estaban haciendo de vuelta. También les pedí leer mi sumario. Cuando lo leí y vi lo que había firmado, no lo podía creer. Lo que había firmado era una cosa tan burda, tan grosera, tan mal armada. Y eso que Disner, que era angloargentino, tenía una buena educación.

Ellos no tenían idea todavía de cómo el ERP funcionaba realmente. Leí el sumario y me quedé callado, pero por dentro me reía. Me dije: “Si con esto creen que me van a procesar, verdaderamente están locos”. Finalmente, hicieron dos sumarios: el de Villa María y después otro en el Juzgado Federal, creo que el número Dos o el Tres, y hasta me llevaron a declarar ahí. ¡También estaba muy mal hecho! Ese segundo sumario era por otra causa: tenencia de arma de guerra, robo de automotor reiterado, tenencia de munición, tenencia de explosivos, atraco a la Subcomisaría de las sierras de Villa Ciudad de América, Los Reartes,

San Clemente y la Subcomisaría de Los Cocos. Y un par de enfrentamientos fuertes con la Policía allá por la ruta 60, con un Dodge 1500 amarillo, entre la ciudad de Deán Funes y La Rioja. ¡Ah! Y por otro tiroteo en la salida de Córdoba hacia Almafuerte. ¡Me tiraron con todo eso! Y además el armamento, materiales y propaganda. También un libro de guerra que teníamos con registros, no tanto de actividades sino un registro diario de logística, que era el problema más grande nuestro: comida y todo lo que viene con eso.

Adelantándome un poco, y llegando a cuando me pusieron a trabajar en el D2, asistiendo en análisis de información, fue que, de a poquito, muy de a poquito, me fui choreando toda la evidencia. Y cuando llegó el momento en que el juez tuvo que decidir si me procesaba o no, quedé desenganchado. ¡Porque los tipos no tenían nada con qué probarlo! A las armas les habían hecho mal los peritajes balísticos. Los pocos peritajes balísticos que tenían, yo los había sacado de las carpetas y los había quemado, porque tenían todo en las estanterías donde yo trabajaba. Y como me dejaban solo, revolví hasta que encontré mi caso. Y despacito, despacito, fui vaciando el sumario de evidencias, todas las pruebas en las que se basaba la investigación. ¡Y se los tiraba por la cara! En cambio, en la causa de Villa María fue diferente. Ahí lo armaron bien.

—*¿Tu plan original era escaparte para negociar algo? ¿Por qué volviste?*

—Bueno, el plan original era salir y tratar de conectarme con los nuestros para ver cómo estaba la cosa, si era como los del D2 me decían. Y eso fue lo que hice: me fui a la Villa Güemes y terminé corroborando que los del D2 me habían incinerado. Hasta gente que me conocía muy bien, con quienes incluso habíamos dormido en los ranchos, me miraba con desconfianza y me preguntaba: “¿Qué mierda hacés acá si vos estás preso? ¿Cómo es que te han dejado ir?”. Les explicaba que no, que me acababa de escapar. “¡Ah, sí, y tenés un auto también!”. “¡Me lo acabo de afanar, al auto!”, les decía una y otra vez, pero no me creían. Me veían como a un paria, como a un leproso. Ahí verifiqué que la cosa, para mí, se había terminado. Ya no era el D2 solamente, sino también el problema era con los nuestros, con el ERP. Y entonces me fui a las sierras e hice

los contactos que quería hacer, ya convencido de que me quería entregar. Parte de la salida era renegociar mi estadía en el D2, porque yo veía que eso venía para rato. Y lo peor, lo más irónico, y esto me cuesta un poquito explicarlo, es que a esa altura ya no tenía ningún interés en que me trasladaran a la cárcel, porque si me llevaban a la cárcel, los otros presos me iban a linchar, directamente me iban a matar. Eso lo pude corroborar especialmente cuando vi la reacción de la gente que conocía de años en la Villa Güemes. También anduve por Cabana y Los Quebrachitos, y todos me miraban sorprendidos, y muy mal. No tenía otro lugar donde ir más que al D2.

—¿Recordás los fundamentos de la condena a muerte a la que te sentenció el ERP?

—Sí, fue por delación, colaboración y traición, creo. Pero era totalmente injusta. A mí me venía preocupando todo lo que habían estado difundiendo por tanto tiempo, todo lo que cacareaban en televisión, sobre todo en Canal 12, y en la radio: que por la colaboración de Charlie Moore habían arrestado a prácticamente todo el aparato del ERP, ¡como si yo hubiera tenido la capacidad de conocer todo el aparato del ERP, especialmente los que habían estado envueltos en la acción de Villa María! Fue entonces, viéndome perdido, cuando decidí que tenía que volver. Y sabiendo que de ahí no me iban a trasladar a otro lado, excepto al “pozo” el día que me tocara el turno, sabiendo perfectamente eso, volví y negocié. Era lo único que podía hacer para sobrevivir. Y, como dije, me encontré con mamá en el lugarcito en el que siempre nos encontrábamos, a la misma hora de siempre. Hablamos, le expliqué el caso, vimos las posibilidades y luego decidí entregarme. En realidad, ya lo había decidido, al encontrarme con la gente de la Villa Güemes. Después hablé por teléfono al D2 y pedí por Merlo.

A todo esto, según después supe, la “Tía” Pereyra, apenas se enteró de mi fuga, a Mónica la desnudó y la golpeó de la forma más brutal que puedas imaginar. Esa era la “Tía” y así actuaba la patota. Generalmente ella no golpeaba, sino que dirigía los interrogatorios, pero en ese caso era personal: la golpearon tanto que después Mónica tuvo que tomar medicamentos dos o tres

semanas. En esa oportunidad, la “Tía” estaba con Grandi, los dos interrogándola y golpeándola. Y todo paró cuando Mónica les dijo que yo iba a comunicarme con Merlo. Ahí nomás pararon todo. “¿Y por qué?”, le preguntaron, “¿y cuándo?”. “En el día, dentro de las mismas veinticuatro horas, Charlie va hablar con Merlo”, les contestó Mónica. A todo eso, los del Icia. 141[24] de Inteligencia del Tercer Cuerpo estaban locos: enterados de mi fuga, por su cuenta habían ido a casa y les habían hablado a mis padres para que me convencieran de que me entregara a ellos. Porque ellos, ya para esa altura, me querían reclutar. “¡No! ¡De ninguna manera!”, fue mi respuesta terminante. Yo ya me había comunicado con mi padre por teléfono, y él fue quien me dijo: “¡Están desesperados por reclutarte! ¡Los milicos te quieren reclutar, te necesitan! Es más, ¡te sacan de Córdoba, Charlie!”. “¡No, no! ¡Vos estás loco!”, le respondí. Irme a trabajar con los milicos: eso ya era el colmo. Si yo hubiera hecho eso, Mónica jamás me lo habría perdonado.

—*Luego de entregarte, ¿ellos cumplieron tus pedidos?*

—Sí, todos, o casi todos. Antes de mi fuga nosotros ni siquiera figurábamos detenidos en el D2; no estábamos en la planilla de los detenidos de la guardia. ¡Nada! Y a partir de ahí, sí. Además, sobre la base de todo lo acordado, volví en aquel momento a mi calabozo. Y al día siguiente me trajeron un hermoso catre militar. ¡Era precioso! Propio del Ejército, pero de los buenos, de esos de campaña, de oficial. Buenísimo el catre. ¡Ya no iba a dormir más en el suelo! Venía con una colchonetita y una bolsa de dormir militar. Y desde entonces me acostumbré toda mi vida a descansar en bolsa de dormir. ¡Hasta el día de hoy!En el calabozo yo dormí en la bolsa de dormir durante toda mi estadía en el D2. Y lo único que dijeron en ese momento fue que a Mónica no la podrían traer todavía al calabozo, hasta que hubieran completado el sumario y lo hubieran entregado a la Justicia. Al menos, esa fue la excusa que me dieron a mí. Bueno, finalmente yo me quedé en el calabozo. Y, además, me empezaron a permitir encomiendas. Mi papá era el que las llevaba; más aún: si no había prisioneros, lo dejaban pasar al patio. Eso era una vez por semana. A veces, cada dos semanas venía el viejo,

se sentaba en el catre y se quedaba el tiempo que quería. Cuchicheábamos y charlábamos. Y fue entonces cuando empecé a pasar las notitas que yo había estado tomando de lo que venía ocurriendo ahí dentro, que me sirvieron después para recordar y hacer mi declaración del año ’80, y otra copia para después entregársela a los del Movimiento por los Derechos Cristianos Civiles.

—*Es decir que ellos cumplieron su parte del pacto, ¿verdad?*

—Sí, sí. La fuga fue un riesgo enorme. Pero todo cambió, porque ellos cumplieron.

—*¿Y qué te pidieron a cambio?*

—Lo que sucedió fue que con el catre vino una mesita. Y con la mesita una Olivetti Lettera, una máquina de escribir chiquitita. Recuerdo que me trajeron además cien hojas en blanco, un lápiz, una goma de borrar y un sacapuntas. Y lo primero que Merlo me pidió fue que le hiciera el bosquejo de un libro que había caído en un allanamiento. Todavía lo recuerdo nítidamente. Era un libro escrito por el general Vo Nguyen Giap, el comandante de las Fuerzas del Norte de Vietnam, o Vietnam del Norte; Giap era del Ejército Regular, no del Vietcong. El libro trataba sobre la Guerra Revolucionaria Popular y Prolongada, en la cual se basaba la estrategia del ERP. Bueno, le hice el bosquejo y se lo di a Merlo.[25]

—*¿El libro estaba en castellano?*

—Sí, sí. Si bien Giap era vietnamita, estaba publicado en español, no recuerdo por qué editorial. Un libro bien publicado, bien encuadernado, con tapas plastificadas, que había caído en una casa del ERP. Y como constantemente caían estos libros en los allanamientos, ellos se empezaban a preguntar qué significado tenía este libro para el ERP: “¡Pero si esa es la estrategia del ERP, Merlo! ¿No te das cuenta?”. “Haceme un bosquejo”, me dijo. Le hice el bosquejo, y después de entregárselo, ¡vinieron todos exaltados! Me dieron un manijazo bárbaro y hasta me trajeron puchos. Pero, por supuesto, volvieron con otro. Y me dijeron: “Ahora haceme un análisis de este libro. Pero entero”.

—*¿Tomabas eso como una colaboración?*

—Eh… en cierta medida, sí. Sí. Yo me lo cuestionaba, me decía: “¡Ahora me

voy a poner a escribir para estos! ¡Me voy a poner a trabajar para los del D2!”. Para colmo, las chicas que iban al baño veían el movimiento permanente de gente entrando y saliendo de mi calabozo. Y escuchaban la máquina de escribir que no paraba. “¿Qué mierda estoy haciendo?”, me preguntaba, me cuestionaba. ¿Viste? Pero si te dan la mano, vos te agarrás del brazo. Cualquier preso te lo va a decir, en cualquier cárcel del mundo. Bueno, lo cierto es que el trabajo de análisis completo me llevó una semana. Era un libro grande. Si no me equivoco, creo que ese libro tenía trescientas noventa y ocho páginas, o algo así.

—*¿Tenías alguna alternativa ante esa colaboración que te pedían?*

—No, ninguna. Absolutamente ninguna.

—*Si no colaborabas, ¿qué podía pasar?*

—Cualquier cosa podía pasar, pero lo más posible es que se olvidaran de todas las reglas que habíamos acordado en el Crillón, y a Mónica y a mí nos llevaran directamente al “pozo”, y también a toda mi familia. Para colmo, a Mónica la trajeron toda rota a mi calabozo. Porque si bien a mí me habían dado un lindo catre, una linda mesita, una máquina de escribir, Mónica todavía andaba dando vueltas por ahí, y cuando la trajeron a mi calabozo, estaba toda rota del palizón que le habían pegado. Como te dije, después de mi fuga, a Mónica la sacaron, la desnudaron, la golpearon y la interrogaron. Y Mónica se resistió a hablar con la “Tía” Pereyra. Pero no sólo porque yo le había dicho que hablara exclusivamente con Merlo, sino porque Mónica detestaba a la “Tía”. Si no hubiera sido porque yo le había dicho a Mónica antes de fugarme que pasara ese mensaje cuando la apretaran, le tenía tanto odio a la “Tía” Pereyra, tanto odio, que la podría haber matado y no le iba a decir nada, pero nada de nada. Ahora, eso no era por moral revolucionaria, no; eso era algo personal. Las mujeres en esas situaciones se vuelven como… como una coneja cuando le matás los conejitos: le hacés eso y la coneja se vuelve loca. Te muerden por todos lados, aunque las cagues a patadas. Bueno, Mónica estaba en esa situación, y cuando la trajeron al calabozo conmigo, estaba muy pero muy golpeada.

—*¿Tu colaboración continuó?*

—Sí. Y ahí, en ese momento, creo que me mandé la cagada más grande de mi vida. Porque, como dije, Merlo se fue con el bosquejo, y volvió pidiéndome el análisis entero del libro. Y además me trajeron otro más: *El Quinto Congreso del PRT*, del cual, a pesar de haber ido yo a la Escuela de Cuadros del ERP, sólo había leído resúmenes. Nunca lo había visto completo, porque estaba editado hacía tres, cuatro o cinco años, no recuerdo. Había muchas cosas importantes ahí, porque era toda la estrategia del ERP para los próximos veinte años, y ya había cosas que no se estaban dando. Yo fui a la Escuela de Cuadros a finales de julio del ’74, fueron dos semanas muy intensivas. Y, por supuesto, nunca vi el libro entero, porque no había tiempo, pero sobre todo porque ya en ese momento la cosa no se estaba dando. La gran guerra revolucionaria popular y prolongada ya estaba mostrando varias fallas. Cuando Merlo me trajo los dos libros, le dije: “Turno a turno: o el libro de Giap o el libro del PRT. ¿Cuál de los dos?”. “El de Giap”, me respondió. Bien. Lo resumí en unas veinticinco páginas, más o menos, y le elevé el informe. Y, como te decía, ahí fue que me mandé la cagada más grande de mi vida, porque lo hice demasiado bien. Yo no sabía que mucha de la oficialidad más joven del Ejército a nivel de inteligencia, a esa altura, no estaba de acuerdo con la versión del libro que había hecho la Escuela Nacional de Guerra. Y resultó ser que no sólo el informe que yo hice contradecía completamente la versión de la Escuela Nacional de Guerra, sino que los ejemplos y argumentos que yo usaba tiraban por tierra completamente los argumentos que ellos habían utilizado. Y toda la oficialidad joven estaba totalmente de acuerdo con mi versión. Eso se desparramaría después por todos lados. El análisis fue a parar al Ministerio de Defensa, a la Escuela Nacional de Guerra, al Estado Mayor Conjunto, al Estado Mayor de Ejército, al Tercer Cuerpo; el mundo entero se enteró de mi trabajo. Y con la difusión que alcanzó ese análisis, ya no pude escapar de volverme un analista. Porque entonces siguió el libro de *El Quinto Congreso del PRT*, y tantos más.

Respecto de *El Quinto Congreso del PRT*, quiero aclarar que es donde se funda el ERP, y las pautas, tanto programáticas, estratégicas como tácticas,

estaban todas delineadas ahí. El único problema era que, para mí, en 1975, alrededor del cuarenta por ciento de esas pautas ya no se estaba dando: el reclutamiento masivo nunca se produjo; que iba a ser prolongado, estaba muy dudoso si eso iba a ser así; que iba a ser popular, la gente y el "no te metás", la cultura del "no te metás", no la hacían tan popular. De a poquito, muy de a poquito, el ERP se estaba aislando, y eso a esa altura era clarito. Es más: era tan claro que, después de leer el informe, vinieron unos milicos a verme al D2 y me preguntaron: "¿Vos creés en la posibilidad de que el ERP deje de operar militarmente?". "No", les dije, "de ninguna manera. Ellos van a seguir, hasta el final". Cuando les dije eso se miraron entre ellos, porque, hasta ese momento, pensaban que existía la posibilidad de que, tal vez, anticipándose al curso de cómo venían las cosas, el ERP iba a dejar de operar y se iba a esfumar. Y eso era lo último que los milicos querían, porque ellos necesitaban al ERP, necesitaban que siguiera activo para abrirles el camino al golpe de Estado. Necesitaban los ataques, necesitaban la violencia. No era su intención pararlos en ese momento, sino ganarles más adelante. Eso es algo de lo que me di cuenta después, no en ese momento, por supuesto.

Y, bueno. La cuestión es que, al haber hecho ese análisis, ya no pude escapar a la función de analista. Y empecé de lleno con la explotación de prensa y con los Asuntos Económicos. Y libro que caía, libro que tenía que analizar, porque querían saber de qué se trataba. Me acuerdo de que incluso en una oportunidad me trajeron un libro que no tenía ni un pedo que ver con el ERP: *Dios y el Estado*, de Bakunin, un anarquista.

—¿En algún momento pensaste detener tu colaboración con el D2?

—No. No. Esa fue una decisión que yo tomé y resolví llevarla hasta el final. No lo hice por miedo; no lo hice porque estuviera quebrado. Fue algo que tuve que asumir: lo hacía o no lo hacía. Y decidí hacerlo, pero en función de ganar tiempo. Yo había aprendido de los criollos, de los paisanos de las sierras, que en una situación difícil ellos se sentaban a mirar y, simplemente, esperar. Exactamente eso era lo que yo había decidido: sentarme y esperar. Esperar y ver

cómo se iba dando la cosa. Lo que yo hacía, realmente, no afectaba a nadie; no a nuestro lado. Tal vez me podían acusar de que estaba ayudando al D2 a informarse mejor. Era cierto. Y, bueno, fue un riesgo que debí tomar, y es algo con lo que tengo que vivir por el resto de mi vida. Pero aún hoy creo que fue la decisión correcta: no me arrepiento de nada. Porque haber colaborado me dio y me habilitó acceso a las oficinas, a cantidades de trabajos que eran de tipo analítico, y ese trabajo analítico condensaba toda la información que se estaba moviendo dentro del D2. Y a través de eso yo empecé a tener una película bien clara, y a entender día a día lo que estaba pasando ahí adentro. Y no sólo cómo se estaba dando la cosa, sino por qué se estaba dando la cosa, y cómo se sucedían los hechos. Ya no sólo el orden cronológico de lo que ocurría, sino la derivación de un hecho a otro, a otro y a otro. Y de los costados, cómo se iban desprendiendo situaciones. Y de golpe me encontré con que tenía acceso total a la información del D2. Información a la que ni siquiera los mismos miembros del D2, inclusive algunos integrantes de la propia Brigada de Operaciones, tenían acceso. Pero también tenía en claro que yo no iba a salir con vida de ahí. Eso fue lo que a mí me hizo tratar, de alguna forma, de ganar tiempo para ver qué pasaba, esperar a ver si se daba una ventanita, una oportunidad, en algún momento, porque yo sabía que mi vida no valía nada.

Y esa oportunidad se dio de la forma más irónica que uno podría imaginar: con Telleldín, cuando se hizo cargo de la conducción del D2. Porque inmediatamente vio que yo podía serle útil, me tomó confianza, y de esa forma mi vida y la de Mónica se pudieron extender. Ya dije que Telleldín tenía dos obsesiones: una era que lo envenenaran, y la otra, la economía. Por eso, respecto de la primera, él no tomaba un café, un té, un mate si no era yo el que se lo preparaba. Absolutamente a nadie le aceptaba nada. Porque conmigo él tenía las garantías: la tenía a Mónica ahí y toda mi familia afuera. A pesar de eso, cuando le iba a cebar mate, siempre el primer mate me lo tenía que tomar yo delante de él. Hasta eso. Pero el hecho de que iba a cebar mate al despacho de Telleldín hizo que terminara cebando mate en el despacho de Esteban, y que les terminara

cebando mate a los de la Brigada cuando estaban interrogando: podía ver más o menos a quién interrogaban; podía más o menos escuchar lo que estaba pasando. Y eso me abrió el horizonte a ciento ochenta grados: lo tenía todo a mis pies.

Ya para esa altura (estamos hablando de antes del ataque del ERP a la Jefatura, a pocas semanas de la llegada de Telleldín) yo tenía acceso a todo. Sabía exactamente todo lo que estaba pasando. Y mientras ganaba tiempo comenzaba a sacar información del D2, que fue lo que posteriormente me permitió reconstruir con tanto detalle todo lo que había pasado en esos años ahí dentro. Ganaba tiempo y al mismo tiempo recolectaba información, que ni yo mismo me daba cuenta del valor que tendría algún día. Era como un instinto de supervivencia y de denuncia, que yo sabía, o intuía, que en algún momento se iba a dar. Y finalmente se dio. Por ejemplo, con respecto a la información a la que tenía acceso, llegó a ser tanta que pude llegar a intuir el ataque a Jefatura por parte del ERP en agosto del ’75, cuando muchos del D2, salvo la conducción y las brigadas, no lo sabían.

24 Se refiere al Destacamento de Inteligencia 141, General Héctor A. Iribarren, con asiento en la ciudad de Córdoba. Todos los destacamentos de Inteligencia de Ejército dependían del Batallón de Inteligencia 601, que tenía sede en Viamonte y Callao, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y era, virtualmente, el “cerebro” del terrorismo de Estado.

25 El general Vo Nguyen Giap es considerado el máximo estratega militar de la independencia vietnamita. Sus tácticas guerrilleras son aún hoy materia de estudio en las academias militares de casi todo el mundo. Fue el artífice de la derrota de las tropas francesas en Dien Bien Phu en 1954, que puso fin al dominio colonial de ese país en Indochina, y responsable de las ofensivas del Tet (1968) y de Pascua (1972) y de la campaña final de 1975, que expulsaron a los Estados Unidos de Vietnam.

6

EL DEFENSOR

—¿Qué información tenía la conducción del D2 sobre el ataque del ERP a Jefatura?

—Recuerdo que el día previo al ataque, en el D2 todo había estado muy tranquilo. En general, en esos días previos, extrañamente todo había estado relativamente tranquilo; y en todo el día anterior al ataque yo recuerdo que directamente no había pasado absolutamente nada. Pero a la noche comenzó la actividad. Incluso recuerdo que ese día previo, si la memoria no me falla, estuvo la guardia de Murúa.

—¿Quién era Murúa?

—Era un muy buen oficial. Un oficial subayudante, de escuela, que se hizo bastante amigo mío, especialmente después del ataque del ERP, aunque él no estuvo de turno cuando ocurrió el ataque. Como te dije, el día previo al ataque había transcurrido muy tranquilo. Pero como a las ocho de la noche, el D2 empezó a hervir de actividad. A mí me mandaron al calabozo y me ordenaron que me quedara ahí, en el fondo. Y el D2 se transformó en un quilombo de película. Pero, extrañamente, no estaban interrogando a nadie, sino que era como una reunión. Y yo, como iba y venía haciendo mis cosas, pude escuchar que había dos milicos que habían llegado de Buenos Aires en un vuelo, que tal vez había aterrizado en [el aeropuerto de] Pajas Blancas o en Aeronáutica, no estoy seguro. Pero de lo que sí estoy seguro es de que acababan de llegar estos dos

milicos porque les preguntaban cómo les había ido en el viaje, cómo estaban. Y sobre todo, escuché que estos tipos decían que traían información bien chequeada. Decían (y me acuerdo de que los dos milicos lo repetían todo el tiempo, con acento bien porteño): "¡Macho, es la posta! ¡La posta!". Y también estaban Quiroga y Vergez.

—*¿Quiénes eran Quiroga y Vergez?*

—El capitán Quiroga estaba encargado de La Perla, y Vergez era el encargado operativo del Icia. 141. Es más, lo recuerdo porque cada vez que Vergez venía al D2, se daba una vuelta por el fondo, a saludarme: "¿Cómo andás, pelotudo? ¡Mirá cómo has terminado!". Se burlaba de mí, era su forma de ser. Vergez siempre se daba una vuelta, y Quiroga también. Aunque Quiroga era más serio; venía y decía: "Che, ¿cuándo vas a cambiar de idea? ¿Cuándo te vas a venir a laburar con nosotros?". Quiroga siempre me había querido reclutar, desde mi escape en abril. Me quería reclutar para trabajar con ellos, con los milicos. Bueno, lo cierto es que esa noche estaban todos en el D2. De golpe, como a eso de las once de la noche, silencio de vuelta. Y como a la una de la mañana: ¡otro quilombo! Y ahí sí que era un verdadero puterío. Yo lo llamo puterío porque interrogadores y prisioneros gritaban todos juntos: se escuchaban patadas, trompadas, golpes de muebles, de puertas, golpes contra el piso; era un verdadero loquero. Y parece ser que ese tipo habló, y bastante rápido, porque como a las cuatro, cuanto mucho cuatro y media de la mañana, se fueron todos.

Otra cosa que me llamó la atención fue que de a poco se habían ido llevando a casi todos los prisioneros del D2. Los únicos que quedaban eran Osatinsky, en el baño, y Mendizábal,[26] en el calabozo ubicado al lado de la escalera que iba al primer piso, el único primer piso que había en el D2, en el patio de atrás, donde estaba la armería. La pieza del medio, a la que a mí originariamente me habían llevado a mostrarme las fotos, la habían convertido temporariamente en un calabozo de prisioneros, y ahí habían metido a los otros cinco de la conducción de Montoneros que habían caído con Osatinsky y Mendizábal. Bien, después de todo ese quilombo se produjo un silencio absoluto y me dormí.

A la mañana siguiente, eran alrededor de las ocho y media, vinieron y me despertaron, porque como no había pegado un ojo esa noche, me había quedado dormido. Un guardia me despertó y me dijo: “Telleldín te quiere hablar”. “Bueno, en un rato voy”, le respondí. Y pregunté: “¿Me das cinco minutos para que me despierte?”. “¡No! ¡Ya te quiere ver!”, dijo. Así que me fui al baño, me lavé la cara así nomás y me fui a la oficina de adelante, a la oficina de Telleldín, acompañado por el guardia, al que le decían el “Cura” Salerno, y era gran amigo mío. Mientras caminábamos, el “Cura” me dice: “¿Qué mierda está pasando acá? ¡Hay un movimiento bárbaro!”. “No sé, loco”, le respondí, cuando ya llegaba a la oficina de Telleldín. Al verme ingresar, Telleldín inmediatamente me dice: “Charlie, tenemos este oficial nuevo”. Y me presentó a un oficial de muy baja graduación, un oficial Ayudante de Sumarios. Era muy serio, callado, tanto que casi no llegué a conocerle la voz. Y Telleldín me ordenó que lo asistiera en un análisis de información, porque se había producido una caída de la guerrilla y habían traído cantidades de bolsas, papeles, documentación y armamento. Y yo era bueno y, sobre todo, ordenado, en el sentido de poner todo ítem por ítem. Describía, por ejemplo, un papelito de tal tamaño, escrito con birome o un lápiz color azul o rojo, que decía tal y tal cosa textualmente; ítem uno punto uno, uno punto dos, uno punto tres, y así; después cambiábamos a otra bolsa, dos punto uno, dos punto dos, dos punto tres: así íbamos describiendo ordenadamente todo. Con la orden de hacer eso, nos mandaron a la parte del frente del D2 y yo me senté en el escritorio que estaba contra la ventana. Y eso también me llamó un poco la atención, porque normalmente nunca me habían puesto a trabajar tan al frente. Pero, en fin, allá fuimos.

La parte del frente del D2 tenía ventanas bien grandes y bien bajas, con persianas y dos hojas de hierro y vidrio que se abrían para adentro. Y los vidrios de las ventanas estaban compartimentados en rectángulos verticales. Yo estaba sentado en el escritorio que estaba contra la ventana y podía ver de frente… ¿cómo se llama la plazoleta esa…? De un lado del pasaje Cuzco estaba la plaza San Martín y del otro lado estaba esa plazoleta, la Plaza del Fundador. Yo estaba

sentado en la guardia del D2, viendo en dirección a esa plazoleta, y lo podía ver al soldado de la Guardia de Infantería fuera de la casilla, justo donde termina el pasaje Santa Catalina, o pasaje Cuzco. Ahí había una casilla y estaba el tipo fumando. Recuerdo que tenía el FAL cruzado, sostenido con la correa, muy relajado, totalmente relajado. Y yo, dele escribir con la máquina, mientras el oficial iba pasándome los papelitos, uno por uno. En eso llegó al D2 el oficial Díaz, oficial relevante de ese día. Se llamaba Raúl Díaz, o se llama, porque seguramente todavía está vivo. Era un chico muy jovencito, habrá tenido dieciocho, diecinueve años en ese momento, y también tenía la jerarquía de oficial subayudante. Apenas egresó de la Escuela lo mandaron ahí; lo habían enterrado en el D2. Hacía turnos de veinticuatro por cuarenta y ocho, y estaba encargado de la guardia de ese día. Díaz llegó y estaba adelante, solo en una oficina, y nosotros en la otra. Yo no había ido nunca a ese lugar, pero como Telleldín me había ordenado ir con este oficial al que casi no le conocí la voz, y asistirlo en esa oficina, hice caso y fui. Y eso también le llamó la atención a Díaz, que preguntó, se le explicó y después no dijo más nada. Irónicamente, era la primera vez que yo iba a una oficina de adelante del D2.

¡No sabés lo que pasó ahí! Después de haber hablado con el otro oficial y conmigo, Telleldín se había ido. Todo el personal de la Brigada brillaba por su ausencia. El jefe de Sumarios no estaba, los dos sumariantes de turno, tampoco. Estaba este que era auxiliar sumariante sentado del otro lado del escritorio; Andrade, que hacía de sargento de guardia, estaba atrás con el armero, en la cocinita, y, ¿podés creerlo?, había una chica administrativa de unos veinte años. Y no había nadie más en el D2. El lugar estaba vacío. Era una tumba, un silencio bárbaro.

Díaz, que no era ningún pelotudo, se había cruzado de la oficina contigua a la oficina donde estábamos nosotros, y me había dicho a mí y al oficial este: “¡Puta, qué silencio, qué inactividad, loco! ¿Qué es lo que está pasando?”. Y, ¿sabés? Eso fue como un llamado de atención. Inicialmente, le respondí: “Han operado toda la noche… esto ha sido un quilombo toda la noche…”. Pensé que

estarían durmiendo. En ese momento, el oficial subayudante (el auxiliar sumariante) me miró a mí y lo miró a Díaz, más que a mí, obviamente. Díaz estaba parado detrás de mí, así que yo no podía ver cuáles eran sus expresiones, pero inmediatamente Díaz le dijo: "¡Abrí el gabinete y traeme la 'metra'! ¡Abrí el gabinete!". Y ahí recién me di cuenta, uní todo. ¡Algo estaba por pasar! Lo más increíble fue mi único pensamiento en ese momento: "¡Mónica! ¡Mónica no está en el calabozo!". Yo sabía que Mónica estaba en la cocinita vieja, en el pasillo de atrás. ¡Mónica!

Antes de pedirle permiso al oficial y cuando me estaba levantando para ir a buscar a Mónica y decirle que se viniera al calabozo rápido, y que por las dudas se preparara, en ese instante empezó el ataque del ERP. Empezaron los tiros, y los vidrios volaron por todos lados: eran unas siete personas con FAL abriendo fuego. En medio de eso, lo vi al soldado de Infantería que estaba en la plazoleta caer abatido, seco. La apertura de fuego fue matarlo a ese milico de Infantería, en los primeros tiros, y después siguieron la ventana y la puerta de entrada del D2, que para colmo estaban con las dos hojas abiertas. Díaz estaba solo adelante; pero por suerte habían alcanzado a abrir el armario y habían podido sacar un par de FAL y cargadores, y para entonces había pasado la "metra" y un cargador suplementario; era una Halcón 9 milímetros reglamentaria. El auxiliar sumariante se había levantado y acercado a la ventana. Como él estaba frente a mí, o sea, yo estaba viendo en ángulo la plaza pero él no, entonces empujó el escritorio encima de mí. Yo me eché para atrás, se asomó por la ventana, y ahí me di cuenta de que el tipo era zurdo, porque con la mano izquierda empuñó un revólver y empezó a tirar con todo hacia la plazoleta. No habían pasado unos segundos cuando le pegaron un balazo, y quedó gravísimamente herido, le destrozaron el brazo. Un tiro de FAL lo agarró entre los dedos, empuñando el revólver; pasó la culata del revólver, entró y corrió por todo el antebrazo, y se lo abrió limpio contra el hueso. Tan grave fue la herida que el tipo creo que quedó inválido y, después de eso, me parece que lo pasaron a retiro.

Y ahí fue que yo levanté la "metra". Ya no me quedaba otra. Levanté la

“metra” y grité: “¡Díaz, no los dejés llegar a la guardia que nos meten una granada y cagamos acá adentro!”. Para entonces, Díaz había pateado un FAL para mi lado; yo solté la “metra”, agarré el FAL y empecé a tirar desde la ventana y Díaz, desde la puerta. Le grité que no saliera: “¡Sólo cubrí que no lleguen cerca de nosotros!”. Gracias a Dios, en ese momento acababa de entrar al D2 el soldado de la Guardia de Infantería de reemplazo. Relevaba a uno que se había ido y por dos horas no había quedado nadie en el patio de atrás. ¡Con prisioneros tan importantes como Osatinsky, como el “Vasco” Mendizábal! ¡El “Vasco” Mendizábal era comandante de Montoneros! ¡Y además estaba toda la dirección de Montoneros de Córdoba! El de Infantería entró y se atrincheró con Díaz, y empezaron a tirar. Ya con él en el frente, y tomando la posición de la ventana, me sentía más seguro. ¡Pero el FAL de mierda se me trabó! ¡Esos FAL que tenían estaban todos cagados! Así que volví a levantar la “metra” y el cargador, y corrí para el fondo; fui a buscar a Mónica. Y para eso tuve que cruzar todo el D2.

En esa circunstancia, y en semejante tiroteo, las balas entraban por el corredor, por ese pasillo tan largo, y picaban por todos lados. La saqué a Mónica del pasillo de atrás y, corriendo, la llevé al patio de atrás. Pasamos por el patio del medio y ahí la mandé al calabozo. En eso, vi que había bajado el armero, que había estado tomando mate con Andrade, y, para mi gran sorpresa, me lo encontré al chofer de Esteban. Esteban también se había ido, pero en lugar de llevar a su chofer, se había llevado a uno de la guardia del D2. Entonces, los únicos que quedábamos en el D2 éramos: en la Guardia, Raúl Díaz y el soldado de Infantería que acababa de llegar; y en el fondo, el “sargento” de guardia, cabo primero Andrade; el armero y el chofer de Esteban. El “Cura” Salerno también estaba en el fondo protegiendo lo poco que podía proteger desde ahí, y todo lo que tenía era una pistola. Y cuando yo la fui a buscar a Mónica, le dije a Salerno: “¡Cubrí acá!”. Entonces él tomó posición donde estaba el “tranvía”,[27] ubicado justo al frente del despacho de Telleldín. Así que el “Cura” podía cubrir el patio de adelante y el patio del medio, y le dije: “¡Guarda con las granadas de arriba!

¡Que no nos metan granadas acá porque cagamos!”. Para entonces, yo no tenía ni la más remota idea de quién carajo nos estaba atacando, pero por mi formación, sabía que tenía que tener mucho cuidado de que no nos tiraran una granada porque ahí se terminaba todo.

Volviendo al momento en que la busqué a Mónica y rajamos con ella para el fondo, ahí ocurrió algo que te demuestra qué peligrosas se pueden volver estas situaciones con gente que no tiene experiencia. Resulta que el armero fue arriba, a la armería (él había estado tomando mate en la parte de abajo), se trajo un FAL y no sé cuántos cargadores, y se puso detrás de un banco de cemento que tenían en ese pasillito chiquito que unía el patio del medio con el patio de atrás. Y con el FAL tiraba a lo loco por el pasillo. ¡Se podía ver cómo le estaban pegando las balas a la pared de la Catedral, del otro lado del pasaje Cuzco! ¡Y por ahí picaban entre las paredes de la parte de adelante del D2! Y en ese sector los tenías a Díaz y al guardia de Infantería, yendo y viniendo, y las balas les picaban de afuera para adentro y también de adentro para afuera: ¡ese pasillo era el corredor de la muerte! Menos mal que yo ya lo había pasado, y que el armero no estaba tirando en ese momento, porque si no, me habría bajado a mí. Al mismo tiempo que veía eso, observé que el chofer de Esteban estaba agachado, con una pistola, y también, pa… pa… pa… pa… ¡tirando para cualquier lado! Le dije: “¿A qué mierda le estás tirando, pelotudo?”. Yo ya estaba en el lugar con la “metra” y el cargador. Así que, después de ubicarla a Mónica, saqué una escalera que había ahí, la puse contra la pared y, con el mismo procedimiento de la fuga del 7 de abril, me trepé al techo. ¡Ah! Antes de eso le había gritado a Díaz: “¡Los cubro de arriba, desde el techo!”. Así que me trepé al techo del calabozo y vi que cerca de la Jefatura del D2 había una obra en construcción. Pero como no tenía las paredes, y sólo tenía la loza, se podía ver a través de la estructura. Desde ese lugar, desde los techos del calabozo, empecé a tirar, bien, pero bien hacia los objetivos.

—*¿Hacia dónde tirabas?*

—A la plazoleta, que era de donde venía el fuego.

—*¿Veías a los tiradores?*

—No los distinguía bien, pero lo que podía ver era desde dónde nos tiraban, porque se veían los fogonazos. A pesar de que era de día, el FAL, al disparar, hace unos fogonazos bien grandes, especialmente si son fusiles usados, muy gastados. Nosotros con la misma bala del FAL calibrábamos la presión del extractor para regular el fogonazo. No creo que esos fusiles hayan estado muy calibrados, porque se veían unos fogonazos muy grandes. Además, ¡tenían una "metra" pesada! ¡Y nos daban con todo con esa "metra"! Así que yo les respondía el fuego desde lo alto. Y después de un rato de dispararles, empezó a disminuir el ataque y observé que Andrade había salido del D2 y había tomado posición en la obra; el guardia de Infantería, en la esquina de la Catedral, y Díaz, detrás de uno de los coches estacionados en el pasaje. Y en el D2 no había quedado casi nadie: el "Cura" Salerno, en el fondo; del otro lado, el chofer, al que después de eso lo mata el mismo D2; el armero y yo; cuatro pelagatos dentro del D2. En un ataque de ese calibre.

De un momento a otro el ataque cesó. Se fueron. De golpe, a los atacantes se los tragó la tierra. Yo ni siquiera pude verlos cuando se iban. Directamente, se los tragó la tierra, y se terminó todo. Yo seguía arriba del techo de los calabozos del D2, y en un momento, cuando ya todo había pasado, me empezó a tirar un guardia de Infantería que estaba arriba del techo del Cabildo. Así que me tuve que bajar rápido del techo antes de que me pegara un tiro. Y no creo que haya pasado más de un minuto desde que se había terminado el ataque, cuando, de repente, ¡apareció toda la Brigada! Llegaron el "Bóxer" Antón, la "Cuca", Bucetta, ¡todos!; Flores, Romano, Merlo… no sé si Merlo todavía estaba, no estoy seguro, pero sí había gente de Merlo, sí… Grandi fue el que apareció, no Merlo. Todos aparecieron. ¡Y miraban con una sorpresa! Yo estaba cuando hablaron con Díaz, al que hicieron que entrara, no fuera a ser que la Guardia de Infantería lo liquidara allá afuera, porque había sido tanto el nerviosismo que era un verdadero peligro estar fuera del D2 en ese momento. Y a Andrade también habían ido a traerlo de la obra. Hablaron con Díaz y no fueron grandes

felicitaciones y congratulaciones. O, mejor dicho, eran felicitaciones, pero expresadas con mucha sorpresa: “¡Che, qué bien! ¡Pero qué bien!”. Se notaba que estaban muy sorprendidos. Yo me estaba acostumbrando a todos esos jueguitos del D2; era evidente lo que había sucedido. ¡Qué cosa más rara! ¿Dónde estuvieron todos esos metidos? ¿Por qué estaban todos en las inmediaciones? Tiempo después me enteré de que todos los de la Brigada estaban escondidos en la Unidad Regional. ¡Al lado!

Volviendo a lo que estábamos haciendo antes del ataque con ese oficial que quedó muy pero muy herido, parte de ese trabajo fue la clasificación de un montón de armamento: era todo armamento del Ejército, entre el que había dos lanzagranadas, que hasta el día de hoy los recuerdo: te puedo describir el color, el diseño, incluso te los puedo dibujar. Yo nunca los había visto. Estaban en cajas de metal verde, de lata, y cada una de esas latas tenía en su interior tres de estas granadas autopropulsadas, que eran bien grandes. No eran las que habíamos usado en Villa María; estas eran bien, bien grandes. Eran de color rojo y tenían la inscripción “PG3” en amarillo. Lo que había ocurrido es que el día anterior habían interceptado una chata Ford roja con caja de madera y habían agarrado todo ese arsenal: había una bolsa con seis granadas de un tipo y como quince granadas de otro; en total, como veinte granadas de mano, que era lo que a mí me preocupaba en el ataque: “¡Guarda con las granadas!”, les había dicho una y otra vez, porque eso era lo que yo hubiera hecho; eso es lo que hubiéramos hecho en el ERP, aunque todavía no sabía que eran del ERP los que habían atacado. Además de los dos lanzagranadas, había una “metra” pesada MAG a cinta, con dos cintas, todo en una caja que era tan pesada que entre cuatro personas apenas la podían levantar.

Lo que pasó fue que, durante el día anterior, aparentemente, la inteligencia militar supo del ataque, y lo que hicieron fue dejarlos entrar al D2, al costo de la muerte de seis policías de la guardia, porque “tumbaron” a todos los guardias que estaban afuera, a lo largo de Jefatura y del D2, más tres heridos graves en Jefatura, y un herido grave en el D2. Todo para dejar que el ERP entrara, me

liquidaran a mí y se sacaran así de encima el problema que significaba yo. Telleldín sabía muy bien todo lo que iba a ocurrir y me había mandado adelante porque estaba esperando que me hicieran la boleta. Una vez que los del ERP entraran, los de la Brigada los encerraban y de ahí no salía nadie. ¡Y darían el golpe de propaganda del siglo! ¡Pero les salió el tiro por la culata! Porque nunca esperaron que un auxiliar sumariante reaccionara de la forma en que reaccionó. Ni que Díaz, un pendejito como Díaz, reaccionara de esa forma. Ni mucho menos que yo tomara las armas e hiciera lo que hice.

—*¿O sea que la idea era dejar que el ERP lograra ingresar al D2?*

—Sí. Como los de inteligencia militar habían detectado esta chata, habían logrado saber, no sé de qué forma, que se iba a producir el ataque a Jefatura. Y en vez de neutralizarlos para que no ingresaran, entendieron que era mejor que ingresaran e intentaran copar el D2, con la intención de rescatarlo a Osatinsky, a Mendizábal y a los otros de la dirección de Montoneros. Eso está claro. Porque después de eso apareció mucha documentación. Cuando cayó Daniel López, alias "Kent",[28] encontraron en su casa documentación del ataque a Jefatura, y ahí pude confirmar que el plan del ERP era ingresar, liquidarme a mí y a quien encontraran dentro del D2 y llevárselos a Osatinsky, a Mendizábal y a los otros, porque ya a esa altura venían muy debilitados, y el ERP estaba con la idea de un frente común con Montoneros.

—*Es decir, el plan del ERP era ingresar con el objetivo de rescatar a los detenidos y además ejecutar la sentencia de muerte que pesaba sobre tu persona…*

—Sí, rescatar a los detenidos y ejecutarme a mí. Todo eso estaba documentado, porque tenían los planos, con los objetivos. Igual que en Villa María, estaban marcados todos los objetivos. ¡Ah! Y también tenían el propósito de incendiar y destruir la Sección Fichero y Archivos, y Sumarios.[29]

—*¿De algún modo se podría decir que vos organizaste la defensa del D2?*

—¡No! ¡Yo no organicé nada! ¡Yo reaccioné! Le pegué el grito a Díaz de que se cuidara, que no los dejara llegar a las puertas ni a las ventanas porque nos

iban a meter granadas. Las granadas son parte de un asalto comando, sea del ERP, sea de los Montoneros, de las Tres A, de los militares o de quien sea. Porque eso fue diferente a Villa María; eso fue una especie de asalto de infantería de tipo especial, porque estás asaltando a los tiros desde el vamos, por eso el asunto de las granadas. Yo estudié el uso de las granadas en la Escuela de Cuadros del ERP. En esa Escuela, por un lado, estaba toda la parte ideológica y política, es decir, lo estratégico, y del lado táctico estaba la parte militar, que era bien, bien objetiva. Toda la instrucción necesaria para un combatiente estaba ahí; no sólo tu capacitación sino, sobre todo, cómo reentrenarte y cómo entrenar a otros. Ahí vos te volvías un cuadro del ERP. Yo fui un cuadro del ERP porque fui a la Escuela de Cuadros y egresé como tal, y tenía la capacidad de instruir a otros. Ahí es donde el ERP llevaba la ventaja: ¿sabés lo que significaba tener un grupo de seis compañeros, entrenarlos a todos y enseñarles a que se autoentrenen? ¿Sabés lo que es eso? Los dejabas preparaditos en muy poco tiempo. Si un civil tiene la convicción y la determinación, es increíble cómo podés entrenarlo en tan poco tiempo. Si a los milicos les llevaba un año ahí en la IV Brigada Aerotransportada, nosotros en tres meses los entrenábamos, y diez veces mejor. Y no estoy cacareando “al cuete”, porque en los hechos fue así.

—Siguiendo con el tema del ataque del ERP al D2, ¿dijiste que posteriormente había caído documentación de los objetivos?

—Sí, cayó documentación del ataque del ERP al D2. Pero antes quiero decir que hay que tomar todo en perspectiva. El objetivo de ellos, y eso es clarito porque yo vi el material que cayó, era el que mencioné anteriormente: rescatar a los Montoneros detenidos, ejecutarme a mí e incendiar Ficheros y Archivos. Es más, los del D2, gustosos, me pusieron a mí a hacer el análisis de información del material que cayó días después en una casa de inteligencia del ERP, así yo personalmente veía cuáles habían sido los objetivos. Encontraron el material en la casa del matrimonio de Daniel López y Marta de López. Él era licenciado en filosofía, y ella era psicopedagoga; ambos eran muy pero muy capaces, y en la casa cayó de todo: había muchísimo material que los incriminaba de una forma

tremenda. Como a los tres días del ataque del ERP, todavía Osatinsky y Mendizábal seguían alojados en el patio de atrás, y los otros cinco “JP montos”, en la pieza del medio que daba al patio del medio. Los tenían bien, bien aislados. Porque, por ejemplo, ellos no venían al baño del patio de atrás, sino que los cruzaban por todo el patio y se los llevaban al del fondo, y no les daban aseo porque ese baño no tenía las posibilidades. Pero eso les importaba tres carajos, porque el destino de ellos ya estaba sellado.

Antes de entrar a la caída de Daniel López, alias “Kent”, que estaba altamente envuelto en el planeamiento y en el apoyo al ataque del ERP a la Jefatura y al D2, necesito volver un poquito para atrás, a tiempos previos al ataque del ERP, inclusive días después del ataque del ERP, sobre Osatinsky y Mendizábal. El D2 lo tenía prisionero a Osatinsky, que era una persona famosísima, el gran jefe guerrillero de los Montoneros, el más alto que habían capturado ahí en la dirección de Córdoba, pero se les había escapado el hecho de que también tenían a Mendizábal, no lo habían reconocido. Cuando, en una oportunidad, a Mendizábal lo llevaron al baño donde estaba alojado Osatinsky (el mismo baño donde yo había estado al principio), ellos cuchichearon y hablaron ahí algo. Uno de los guardias que había llevado a Mendizábal era el “Cura” Salerno, y con Salerno hablábamos, y me decía que Osatinsky lo consultaba a Mendizábal, y no Mendizábal a Osatinsky, cosa que a mí también me había parecido. Por supuesto que nos quedamos mudos, nos hicimos bien los boludos, porque los comentarios que hacían los de la Brigada siempre fueron en torno de Osatinsky; que a Osatinsky lo iban a matar; que Osatinsky tenía los días contados, pero nadie hablaba de Mendizábal. ¡Y resultó ser un comandante de Montoneros de mucha más jerarquía! Finalmente los trasladaron a los dos a la cárcel. Y para mi increíble sorpresa, sólo unos meses después, en octubre o algo así, Mendizábal salió, creo que con la opción de dejar el país, y me parece que se fue a México o a España, y se salvó. Como en 1977, cuando los montos, más organizados militarmente, ya medio al estilo del ERP, empezarían con los planes piloto de la “Operación Retorno”, Mendizábal cayó en el supermercado Canguro, no estoy

seguro si en Lomas de Zamora o Banfield.[30]

—¿Tuviste información sobre cómo se produjo la detención de Osatinsky, Mendizábal y el resto de los integrantes de la conducción de Montoneros? ¿Y qué fue lo que finalmente sucedió con Marcos Osatinsky?

—No recuerdo cómo se produjo, pero sí que allanaron en un domicilio y agarraron a la dirección completa. Pero acá no se trata de Osatinsky, de Mendizábal ni de los otros cinco que tenían en la otra pieza. Lo más complicado para Montoneros era la cantidad de documentación que les incautaron: era muchísima y sumamente valiosa. Y entre toda la documentación había algo que era muy pero muy jodido: había entre cincuenta y cien páginas membretadas de Montoneros que ellos usaban para los comunicados de prensa cuando se adjudicaban un hecho o hacían un documento y se lo mandaban a los diarios. Y eso era gravísimo. No eran fotocopias; hablamos de una cosa bien hecha, con un papel especial. Y, sinceramente, creo que el problema más grande para Montoneros eran esos papeles membretados que cayeron en manos de los integrantes del D2. Además de eso, cayó una gran cantidad de documentación: eran bolsas y bolsas de papeles, de notas, de notitas de los correos, de las cárceles, de los buzones: ahí estaba todo. Con esa caída, Montoneros en Córdoba estaba totalmente terminado. Nunca más se pudieron recuperar.

Mientras los tenían a los muchachos allá en la pieza que da al patio de adelante, recuerdo que en una oportunidad los del D2 me llevaron como prisionero tabicado y me tiraron adentro, previo pegarme una paliza tremenda. Y ahí me dejaron un buen tiempo, para ver si hablaban algo, pero nadie dijo ni una palabra. Por ahí cuchicheaban entre ellos, pero yo ni intenté comunicarme, porque no quería saber nada. Y después me sacaron. No digo que me interrogaron torturándome, pero me apretaron bastante, por lo menos verbalmente: “¿Qué escuchaste allá adentro?”. “¡Yo no escuché nada!”, les dije. ¡Por ahí cuchicheaban algo, pero conmigo ni hablaban! ¡Ellos sabían muy bien quiénes eran los que estaban! ¡Los cinco se conocían perfectamente entre ellos, y sabían que a mí no me conocían, y no me dieron ni la hora! ¡Ni cinco de pelota!

Pero yo ni siquiera traté de comunicarme con ellos tampoco, porque habría sido al pedo tratar de hacerlo.

De lo que jamás se dieron cuenta fue de quién era el "Vasco" Mendizábal. Tal vez pensaron que era un tipo importante, pero no quién era realmente, porque estos tipos del D2 eran todos unos brutos de mierda, que incluso a esa altura ya habían empezado a hacer cagar a la Policía. Habían empezado a hacer cagar y a ralear a toda la parte institucional de la Policía y se habían quedado sin gente con suficiente experiencia para ese tipo de trabajo. Se creían que con ir, secuestrar, torturar y matar a todo el mundo, o apretarlos y reventarlos, iban a conseguir información. Porque te aclaro que a estos "montos" los reventaron a patadas; no es que los trataron bien; los reventaron como a mí y tal vez diez veces peor. ¡Y ni así les sacaron una palabra! ¡Nada!

Finalmente, Mendizábal pudo zafar. Y Osatinsky fue trasladado a la cárcel, pero él llevaba los días contados. Todos en el D2 sabían cuál iba a ser su destino. A esa altura, la idea de prepararles un sumario ya estaba medio caduca, porque salían directamente a matar a todo el mundo. Pero les hicieron un sumario y los pusieron a disposición de la Justicia, del Juzgado Federal Nº 1, porque estaba Zamboni Ledesma.[31] Y con Zamboni Ledesma sabían que iban a conseguir la orden de traslado. Y en el proceso, el simulacro de fuga y el asesinato de Osatinsky, como finalmente ocurrió.

—¿Recordás los nombres de algunas de las personas que fueron detenidas con Osatinsky y Mendizábal?

—No. Sin chequear mis notas, no. Eso lo consigné en mi declaración de San Pablo del año 1980, porque tenía los apuntes que durante años fui sacando del D2, pero si no leo esos apuntes, no los recuerdo. No obstante, recuerdo que sí llegué a saber sus nombres, a pesar de que ellos habían seguido el mismo proceso que me había tocado a mí al caer, porque los tenían no sólo incomunicados sino total y completamente aislados. Es más, ellos nunca salieron de esa oficina donde los tenían, y si los sacaban era sólo para llevarlos a una oficina e interrogarlos.

26 El dirigente montonero Horacio Mendizábal fue detenido y llevado al D2 el 7 de agosto de 1975, junto con Marcos Osatinsky y otros miembros de la conducción de esa organización. En enero de 1976, Mendizábal escapó de los tribunales federales gracias a un operativo planificado por Montoneros. El 17 de septiembre de 1979 fue interceptado, herido de gravedad y secuestrado en cercanías del supermercado Canguro, en la localidad bonaerense de Munro, y dos días después falleció en el Hospital Militar de Campo de Mayo.

27 Se refiere al pasillo, denominado así porque era alargado y tenía un banco de cemento que lo recorría a lo largo. Muchos de los detenidos en el D2 lo recuerdan como alojamiento circunstancial y, sobre todo, como lugar de tortura.

28 Daniel López y su mujer, Marta Elena Ríos Barrera de López, ambos del PRT-ERP, fueron secuestrados en octubre de 1975 y trasladados al D2. Al igual que Moore, pesan sobre ellos las acusaciones de traición, delación de compañeros y colaboración con sus captores.

29 En sus Memorias, Enrique Gorriarán Merlo proporciona un relato del ataque que coincide en líneas generales con la información brindada por Moore. Gorriarán, sin embargo, sostiene que desconocía la presencia de Marcos Osatinsky en el D2 y añade un elemento importante: la probable delación de un infiltrado en el ERP habría puesto sobre aviso a las fuerzas policiales y del Ejército sobre los planes guerrilleros. Esta versión coincide con el relato de Moore, y por esa razón es altamente probable que, conociendo la operación, tanto el Ejército como la Policía de Córdoba hayan permitido que combatientes del ERP concretaran el ataque al D2 para luego encerrarlos y asesinarlos junto con Moore y los integrantes de la conducción de Montoneros detenidos en ese momento. Esto demostraría que, por lo menos desde julio o agosto de 1975, Inteligencia del Ejército, por intermedio de Jesús Ranier, el “Oso”, había infiltrado una de las estructuras más sensibles del PRT-ERP, la logística, y si bien no tuvo éxito en Córdoba, pudo consumar su estrategia el 23 de diciembre en Monte Chingolo con el mismo agente.

30 Se trata de un error de Moore: a Horacio Mendizábal, alias “Hernán” o “Mendicrim”, no se le dio la libertad sino que escapó en enero de 1976 del despacho del juez federal Nº 1 de Córdoba, doctor Adolfo Zamboni Ledesma, con ayuda de otro militante montonero que se hizo pasar por su abogado defensor y redujo al custodio. Ambos lograron saltar por una ventana que daba a la calle, donde abordaron un vehículo que los esperaba en inmediaciones de los Tribunales Federales de Córdoba. Mendizábal, luego de su fuga, se reintegró a la conducción de Montoneros y murió en 1977 durante la Contraofensiva. En cuanto a Marcos Osatinsky, el 21 de agosto de 1975, horas después del frustrado intento de asalto al D2, la policía cordobesa informó que había muerto por el ataque de un grupo terrorista al vehículo en el que era trasladado. Posteriormente pudo saberse que fue cruelmente torturado y asesinado por miembros del D2 y del Destacamento de Inteligencia 141. El cuerpo fue entregado a la familia, pero en el traslado del féretro hacia Tucumán, su provincia natal, grupos paramilitares se lo apropiaron y lo dinamitaron en inmediaciones de la localidad cordobesa de Barranca Yaco. Marcos Osatinsky es el cuadro de Montoneros al que los

militantes de todas las organizaciones de izquierda recuerdan con mayor admiración. Incluso muchos condenados por delitos de lesa humanidad le han comentado al autor el respeto que les suscitaba Osatinsky, aun como enemigo político-militar.

31 El juez Adolfo Zamboni Ledesma fue considerado por muchas de las víctimas de delitos de lesa humanidad uno de los cómplices, dentro de la Justicia Federal de Córdoba, de los crímenes perpetrados durante esos años. Falleció en 1984.

7

LOS LIBERTADORES

—Respecto de la conducción del D2, ¿hubo algún tipo de cambio en esos meses?

—Sí. Un cambio profundo, radical. Cuando yo caí estaba encargado del D2 el comisario, no sé si era inspector o mayor, Ledesma. Pero para el mes de julio, la cosa se había empezado a acelerar en el D2. En términos más apropiados, se había empezado a incrementar la actividad en todo sentido: en asesinatos, en secuestros; la tortura se volvió muchísimo más violenta y muchísimo más aplicada y, sobre todo, bien enfocada. La razón era que ya tenían muchísima información, y para entonces tenían todos los organigramas de las organizaciones, sabían quién era quién. O sea que cuando alguien caía sabían a qué grupo había pertenecido, en qué frente había estado; prácticamente le conocían la historia completa, entonces podían ser mucho más objetivos y muy pragmáticos en el tipo de preguntas que le hacían a un prisionero cuando lo torturaban.

Al inspector Ledesma, que era de escuela, lo reemplazó Telleldín, un militar. Y Esteban, que era el segundo jefe, encargado del personal, si bien lo siguieron llamando el número dos, en los hechos fue desplazado a ser el número tres, porque con Telleldín vino Tissera, otro militar. Y Tissera, efectivamente, se convirtió en el dos. Esteban quedó como jefe de personal, pero de las guardias, de las tareas administrativas, de Ficheros y Archivos. Su tarea era muy

secundaria comparada con la de Tissera, que estaba encargado de todo el personal de las brigadas y de Operaciones. Y, al mismo tiempo, era el asesor personal de Telleldín.

Justamente, aquel cambio fue reflejado unos días después cuando cayó la casa de “Kent” López y su esposa, Marta. Ellos eran de Inteligencia del ERP y estaban envueltos en el ataque a la Jefatura; esta gente cayó a unas semanas del ataque. Y digo que ese cambio se reflejó acá, porque en este caso la Brigada Operativa actuó de una forma bien diferente: fueron, los levantaron y los trajeron al D2 y, excepcionalmente, como nunca había pasado antes, ¡los trataron bien! O tal vez en el medio pasó algo de lo que yo nunca me enteré. Porque llegaron, lo sentaron a “Kent” e, insólitamente, le hablaron. El mismo López después me decía: “¿Vos sabés?, ¡estaba tan desubicado que yo no sabía qué estaba pasando acá y quiénes eran los que me tenían!”. Yo le respondía: “¡Estás en el D2, macho!”. Y el tipo no se convencía. ¡Ni un cachetazo le pegaron! Inclusive, a Marta la sentaron en un costado, como para que él pudiera constatar que tampoco la estaban torturando.

En la casa de “Kent” cayó muchísimo material del ERP y todos los planos del ataque a Jefatura y del copamiento del D2. Ahí estaba todo. Los planos estaban muy claritos: como dije anteriormente, le iban a prender fuego a Sumarios, y a Ficheros y Archivo. Los planos tenían crucecitas con los objetivos, lo mismo que teníamos en Villa María; teníamos nuestros objetivos con las crucecitas en el mapa del cuartel. En este caso, ellos tenían un plano interno del D2 y, entre todo lo marcado, estaba el patio de atrás de mi calabozo, para ejecutarme a mí y para matar a todo el que encontraran allá adentro. Y la otra parte más importante era que, como el ERP ya venía tan debilitado, estaban buscando formar una alianza con Montoneros, y para quedar bien con ellos, o al menos tener una carta buena para jugar, querían liberar a los Montoneros capturados: Mendizábal, Osatinsky y los otros cinco. ¿Te imaginás lo que habría sido si hubieran conseguido eso? Imaginate las repercusiones que una acción así habría tenido dentro de Montoneros y, en general, en todos los ámbitos. El único problema fue que los

del D2 supieron del ataque y, si entraban los del ERP, de ahí no salían. No iba a salir nadie, porque iban a terminar todos muertos: los del ERP que hubieran entrado, Osatinsky, Mendizábal y los otros cinco. Y yo, por supuesto, también ejecutado. Repito que después del ataque vinieron las cargadas y los chistes: "¡Qué buen combatiente que sos! ¡No hay causa más grande, Charlie, que la de salvar el pellejo propio!", y se me burlaban y hasta me palmeaban, riéndose. Ellos sabían muy bien por qué yo había reaccionado así. Porque sabía cuál iba a ser mi suerte.

—*Volviendo al cambio institucional del D2, ¿decís que recién en el mes de julio aparecen Telleldín y Tissera?*

—Sí, en julio. Porque para agosto el cambio ya estaba en proceso, bastante avanzado, y ahí empezaron los asesinatos de los policías de escuela, de policías de tendencias o antecedentes peronistas, de policías que objetaban lo que estaba pasando, de policías que se estaban quejando de la idea de que el estado de sitio traería orden, terminaría con la delincuencia subversiva y, posteriormente, con la delincuencia común. Y todo lo que había pasado era que la delincuencia común ¡se había incrementado en un trescientos por ciento! Porque a medida que iban terminando con la llamada delincuencia subversiva, la delincuencia común crecía exponencialmente, y había comisarios de todos lados que comenzaban a tirar la bronca. Había uno que se llamaba Cuello. ¡Cómo tiraba la bronca ése! ¡No entiendo cómo no lo mataron! Había otro con un apellido inglés; se llamaba Douglas o algo así. A ese lo hicieron cagar. Había otro que se llamaba Robles, tu padre, al que también hicieron cagar. Y hasta empezaron a matar a policías del mismo D2. El primero en ligarla fue un ordenanza. Le siguió un chofer; después siguió el sargento primero Sevilla, de la Brigada que había sido de Merlo. A este junto con el cabo primero Torres, los mataron después de que lo echaron a Merlo y después de que lo mataron a Romero,[32] que había sido un doble agente, pagado, a sueldo, con credencial y todo. Después o junto con el sargento primero Sevilla, lo mataron al cabo primero Torres. Siguió el primer chofer, al que llamábamos el "Patay" o el "Riojano". Después, el segundo chofer, el segundo

ordenanza. La lista es larguísima: no lo recuerdo con exactitud, pero en total los del D2 asesinaron a más de doce policías. Mataron a todos los policías que, de uno u otro modo, se les oponían al plan de trabajo que traían entre manos, que era la aplicación y el control de la represión con la estrategia castrense. En otras palabras, desperonizaban la represión y la reemplazaban por la conducción militar. De esa forma también irían aislando al gobierno central de Isabel Martínez de Perón, muy debilitado ya, y que prácticamente era desgobierno.

—*¿Cómo se refleja este cambio dentro del D2?*

—Bueno, al D2, con Telleldín y con Tissera, entraron los civiles y se formó una Brigada Civil. No hay que confundirla con la Brigada de Calle. En la Civil eran todos de las Tres A. Ellos, Telleldín y Tissera formaron la Brigada Civil y empezaron a reclutar gente como supernumerarios. Ahí empezó a aparecer cada elemento de lo último, especialmente los que traía Tissera; estamos hablando de gente como el "Negro Chocolate", como el "Cara con Riendas" Lucero, o como el "Negro Cabezón" Torres. Ninguno de todos estos era policía de escuela, eran todos supernumerarios. ¡Ni sabían dónde estaba la Escuela de Policía! Y la característica fue que eran todos "bomberos". El D2, y más precisamente el depósito de la Oficina de Sumarios y la oficina que daba al patio del medio, se convirtieron prácticamente en una fábrica de bombas. Se hacía la noche y empezaban las bombas. Yo lo sé porque venían y me decían: "¡Mirá, escuchá, pará la oreja esta noche, porque va a haber fuegos artificiales!". Dicho y hecho, esa noche seguro que se producían atentados.

—*¿En el D2 se armaban bombas para producir actos de terrorismo?*

—Con la llegada de Telleldín se instaló una violencia de tipo política que hasta entonces el D2 no había demostrado. Hasta ese momento, el D2 había sido una estructura represiva, pero con Telleldín se produjo una especie de ofensiva. Por ejemplo, como decía, algunas oficinas del D2 se convirtieron prácticamente en una fábrica de bombas, que empezaron a explotar todas las noches en Córdoba. Dos o tres bombas por noche. Recuerdo claramente que me decían esto de los fuegos artificiales y al rato escuchaba las explosiones. Yo, más o menos,

sabía de antemano cuántas bombas iban a explotar, porque sabía cuándo las armaban ahí en el D2, y a veces hasta iba y les cebaba mate mientras trabajaban. Esto es algo que me consta porque viví todo este proceso muy de cerca.[33]

La llegada de Telleldín y de Tissera puso a militares dentro del D2, y militares de tipo antiperonista. Con ellos también se produjo la llegada de supernumerarios que habían sido de las Tres A. Pero lo que también empecé a notar era que no todos los de las Tres A habían sido lopezreguistas. ¡Había un montón que no eran ni peronistas! ¡Es más, algunos hasta eran antiperonistas! Todo ese proceso derivaría en que muchos de las Tres A terminaran incorporados al D2 como personal supernumerario, pero ahora respondiendo más a una estrategia de tipo castrense antiperonista que a lo que habían sido el lopezreguismo y el gobierno justicialista. En la agenda de Telleldín este proceso estaba dominado por la desperonización de la represión. Porque, para esa época, el golpe de Estado, si no día y hora, ya tenía fijado el mes, y no iba a demorar mucho. A medida que este proceso avanzaba fue que empezaron a ralear a los peronistas de la misma Policía. Esto incluyó a muchos policías de escuela, profesionales, policías que no estaban en modo alguno vinculados con el ERP ni con los Montoneros. Policías que eran simplemente peronistas o tenían antecedentes peronistas. Pero también empezaron a perseguir a otros policías que no eran peronistas, sólo porque se oponían a ese tipo de interferencia brutal del Ejército dentro de la Policía, especialmente en la conducción de la represión.

Se fue dando un proceso general en dos ámbitos, porque mientras iban sacando de la represión de la Policía de Córdoba a todos los elementos del peronismo, al mismo tiempo se producía un proceso interno en el D2 de conversión de las Tres A al Comando Libertadores de América. Insisto: yo viví todo este proceso, y vi desde dentro cómo se daba, día a día y paso a paso. El Comando Libertadores de América fue el producto exclusivo de una versión única que se dio en Córdoba y que siguió a la estrategia militar, a la castrense, como yo la llamo. Fue una estrategia represiva, bien antiperonista y bien politizada. Y tuvo como objetivo preparar el camino para el golpe de Estado,

asegurándose de que no hubiera ninguna forma de resistencia institucional, gremial ni política.

Y ahí empezaría la masacre en Córdoba, porque ya no era solamente contra el ERP, ya no era solamente contra los Montoneros: ahí empezó a caer gente del Partido Obrero, del Partido Socialista,[34] del Partido Intransigente, de la Juventud Radical. ¡A los de Franja Morada los empezaron a amenazar y los tenían cagando! En síntesis, empezaron a preparar el terreno para el golpe. Y por eso las operaciones del D2 crecieron enormemente: cuatro o cinco veces más que antes. También, con todo esto, se dio otro fenómeno: aparecieron los militares en el D2; ahí estaba el capitán Quiroga, que por aquel tiempo, venía todas las noches. También apareció el por entonces teniente Vergez. Es más, pusieron en el D2 a un delegado del Icia. 141 del Tercer Cuerpo, un tipo al que llamaban el "Ratón". A partir de esa época, el "Ratón" vino todos los días y hacía una evaluación: sacaba toda la lista de los detenidos y hacía una lista con todos los procedimientos que se habían hecho. Trabajaba todos los días unas cuatro o cinco horas en el D2 y se iba. El "Ratón" nunca había aparecido antes, apareció con los milicos. Y al mismo tiempo, empezó a darse otro fenómeno más: un D2 "trucho" operaba afuera. Porque si bien a veces traían diez, quince, veinte, treinta detenidos, en la misma noche se los llevaban. Y en el D2, la población de prisioneros cayó drásticamente a diez, doce, quince detenidos a lo sumo. Después me enteré de dónde estuvieron operando: fue en la "Escuelita" de Pilar. La "Escuelita" de Pilar era un puesto caminero que no tenía instalaciones muy grandes, pero lo que ocurría es que a los detenidos los llevaban ahí, los interrogaban y, desde ese mismo lugar, les daban el destino final. En otras palabras, los mataban y los hacían desaparecer. Con todo este proceso comenzó el genocidio en Córdoba.

—¿Qué cambios trajo aparejados la implementación de esta "estrategia castrense" en la estructura interna del D2?

—El proceso que se dio fue muy simple: Esteban pasó a tercer plano; a Merlo lo echaron del D2; a Romero lo mataron; muy "convenientemente" muere la

“Tía” Pereyra, y el personal que integraba la Brigada de Merlo pasó a integrar la Brigada de Romano, y le cambiaron de nombre, ya no era Brigada de Operaciones sino que pasó a ser Brigada de Investigaciones, para hacer más confuso todavía el asunto, para confundir los grupos del D2 que hacían inteligencia con los policías de Investigaciones, que investigaban delitos comunes. Esta era ahora la Brigada de Investigaciones, pero del D2, de Inteligencia. En esta Brigada, Romano tomó el control absoluto. Entonces, resumiendo: la “Tía” Pereyra, fuera del camino; Merlo, fuera del camino; Romano, un antiperonista a muerte, aliado y leal a muerte de Telleldín, se hizo cargo de la Brigada de Investigaciones. Y es en la Brigada de Investigaciones donde empezaron a revistar los nuevos policías y, sobre todo, los supernumerarios que nunca habían ido antes a la escuela. Muchas de estas personas operaron durante mucho tiempo en el D2 y, después de un período bastante largo, fueron a una escuela para blanquear la situación. Y recién en ese momento aparecían como el sargento, como el cabo.

En definitiva, se desplazó a las Tres A, y la Brigada de Investigaciones del D2 era, en los hechos, el Comando Libertadores de América, con el apoyo y la participación del por entonces teniente Vergez, que terminó capitán Vergez, o “Vargas”, como se hacía llamar. Y ya con el Comando Libertadores de América empezarán las bombas, y la intimidación, y la extorsión, los asesinatos a mansalva, la muerte a diario. Las funciones del D2 empezaron a cambiar; por ejemplo, Sumarios comenzó a debilitarse tremendamente. Lo trajeron al “Gato” Gómez y lo mandaron a Sumarios, pero el “Gato” Gómez nunca había sido sumariante. ¡Qué iba a ser, si era un ignorante de mierda! ¡Un bruto! Un ignorante que se creía nazi y que ni siquiera podía explicar los fundamentos del nacionalsocialismo. Y cuando yo más o menos se los expliqué, me los hizo escribir; los estudió y después repetía y daba discursos por todos lados: de la sociedad, del Estado corporativo, de los pilares de poder. ¡Esa clase de tipo reemplazó a sumariantes de carrera! Pero eso ocurrió porque ya casi no se hacían sumarios en el D2. ¡Directamente, achuraban a todo el mundo! Y por esa razón,

después al “Gato” Gómez lo pusieron a hacer análisis y explotación de información. Pero como era un inútil, un ignorante, me llamaba a mí para que lo ayudara, porque no entendía nada. Finalmente, a él lo reemplazaron, lo mandaron como “interrogador”, que fue lo único que sabía hacer en su vida, hacer sufrir a la gente, y yo terminé haciendo Análisis de Información. Y quedé permanentemente haciendo eso, a punto tal que me dieron una oficina atrás del D2 y ahí trabajaba todo el día: doce, quince, dieciséis horas por día con la máquina de escribir. Ya no estaba más en la oficina de Sumarios, gracias a Dios. En realidad, no me quería ni arrimar, porque después del ataque del ERP, a esa oficina de adelante le tenía pavura.

—Específicamente, ¿cuál era tu tarea en el D2?

—Analizaba toda la papelería que iba cayendo, y la ponía en forma ordenada: un papelito que dice tal cosa, ítem uno punto uno; media hoja garabateada con una lapicera azul o un bolígrafo azul que dice: “Te veo mañana. Chau, Potota. Tu tía”, ítem uno punto dos, y así seguía. Clasificaba la documentación en distintos grupos: por un lado, lo que eran papelitos manuscritos; por otro, lo que eran papelitos o papeles impresos, como los panfletos, y por otro, las cartas o algún otro documento escrito a máquina. Y eso me permitiría ir viendo las evaluaciones que hacía el ERP de lo que sucedía: a esa altura, ellos no podían ver que tenían los días contados, porque la estaban pifiando, todo el tiempo. El ERP, por ejemplo, o quienes lo conducían, no reconocían que tenían infiltrados, no reconocían que la gente hablaba, no reconocían que había gente en la prisión que informaba. Había muchas cosas que no reconocían, y tenían esa idea, esa tendencia permanente de buscar y encontrar chivos expiatorios. Entonces, todas las desgracias que les ocurrían eran por culpa de un cualquiera. Yo veía claramente que no tenían la habilidad de analizar que tal tipo, tal tipo y tal tipo no podían saber tanto, o que tal tipo, tal tipo y tal tipo estaban informando, porque se manejaban con modelos y eran muy dogmáticos, y eso los cagó, totalmente.

Volviendo al Comando Libertadores de América, con la incorporación de esta

estrategia bien castrense, empezaron a pasar las cosas más espantosas y horrorosas que te puedas imaginar: por ejemplo, el caso de los bolivianos. Los de la Brigada fueron a buscar a un boliviano del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia (PRTB) y como no lo pudieron identificar, directamente mataron a todos los que estaban en la casa. Y como eran de familia de plata, porque tenían que tener dinero para mandarlos a estudiar a una buena casa en Córdoba, estaban bien equipados, y los de la Brigada aprovecharon para robarles todo. ¡Hasta ignoraron que iban a buscar al del PRTB y documentación! En esa sola oportunidad mataron a ocho o nueve personas. En esa sola oportunidad.[35]

—*¿Vos presenciaste esa situación?*

—No, pero escuché todos los comentarios que se hicieron después sobre lo que había pasado. Gente como Cuassolo, como Salerno, como Díaz, en fin, todos ahí adentro se enteraron de lo que había pasado, y los comentarios eran muy, muy negativos: "¡Esto está terminando en una banda! ¿Qué es lo que está pasando acá adentro?", decían. Lo que estaba pasando era que, a medida que iban asesinando a personas, y sobre todo a policías, iban aplicando el terrorismo interno. Hasta llegar a un punto en el que nadie veía nada, nadie escuchaba nada, nadie hablaba de nada. Ese punto lo conseguirían ya para diciembre. Para diciembre del '75, enero del '76, unos meses antes del golpe, ya todos eran mosquitas muertas, y nadie se oponía a nada de nada, ni en el D2 ni en la Policía. Tenían las "Escuelitas" funcionando, tenían Campo de La Ribera funcionando, tenían La Perla funcionando, y todo eso había sido obra del Comando Libertadores de América, que, en definitiva, fue el nombre de una estrategia castrense. Era la nueva táctica impulsada por los militares en la represión, por supuesto, desperonizada y completamente independiente y separada del gobierno nacional.

—*¿Recordás quiénes participaron del asesinato de los estudiantes bolivianos?*

—Sí. Incluso lo declaré en Brasil con lujo de detalles; ahí están todos los nombres. Porque de todos los comentarios, de todo lo que iba sucediendo y me

iba enterando, yo iba haciendo unas listas chiquititas, con escritura en miniatura. Me acuerdo de que usaba un bolígrafo que se llamaba Bic que escribía muy pero muy finito. Con ese bolígrafo podía escribir en pequeños papelitos y hacía estas listitas; los doblaba bien y los escondía hasta que conseguía que alguien los sacara de D2. Y esos papelitos me los llevé a Brasil. Respecto de las listas, quiero decir que pude anotar muchos hechos, la mayoría de los hechos más graves que ocurrieron en el D2. Pero hubo situaciones que no pude anotar, y si no las recordé al momento de hacer mi declaración del año 1980 en San Pablo, no por eso no existieron, sino que simplemente no pude anotarlas en su momento, o simplemente se perdieron, y cuando declaré no las recordé. Incluso hubo otros hechos que recordé posteriormente. Por eso, todo lo que ahora estoy recordando íntegra la declaración del año 1980 en San Pablo ante el funcionario de las Naciones Unidas, y agrego información que en aquel momento no recordé ni había podido registrar.

Con esos apuntes hice mi declaración en Brasil, porque había muchas cosas que puse con un detalle que es muy difícil recordar. Por ejemplo, cuando iban a poner tal bomba, yo te puedo decir si llevaron tal coche o si llevaron tal otro. Porque yo era el que limpiaba los autos que usaban: me sacaban al pasaje a limpiarlos y eso era buenísimo porque yo, de esa forma, mantenía un control absoluto de los autos que usaban y de quiénes los manejaban. Y así fui obteniendo información de todo tipo. También, por este modo de registrar, pude recordar que el operativo de los bolivianos no lo había dirigido Romano, sino que había sido el teniente Vergez y que él iba armado con una ametralladora de fabricación británica, pero no exportada legalmente de Inglaterra a la Argentina, sino que había entrado vía “trucha”, creo que por Paraguay. Era una British Sterling 9 milímetros con magazín banana al costado, y además, con un silenciador de gran tamaño. Esa fue el arma que usaron para matar a los estudiantes bolivianos. Y ahí estuvieron Yanicelli, Bucetta, Flores… bueno, estuvieron todos los que dije en mi declaración de Brasil. Y eso es bien seguro, porque a esa lista la confirmé varias veces.

—¿Recordás cuáles eran los vehículos con los que salían a operar y poner bombas?

—Sí. Eran todos “choreados”. Había un Peugeot 504 celeste clarito, un Peugeot 504 color mostaza, que fue el que me sacaron cuando yo me entregué, un Peugeot 404 blanco, un Fiat 125, aunque no puedo precisar con exactitud el color de este auto, porque recuerdo que había un 128 blanco, pero el 125 no era blanco; no estoy seguro, pero creo que era azul o verde. Y aunque en las operaciones “truchas” no los usaban siempre, tenían dos Ford Falcon celestes y un Chevrolet Malibú también celeste. A todos estos vehículos los recuerdo perfectamente bien. Pero quiero aclarar algo: la flota de los coches “truchos” cambiaba permanentemente. Lo que pasó fue que en la época de las olas de bombas que lanzaron había un *stock* de autos, y siempre usaron los mismos vehículos mientras duró esa campaña de bombas. Y después de las bombas se los sacaron de encima, desaparecieron, no quedó ninguno. El Peugeot 404 desapareció, el Fiat 125 desapareció, el 504 mostaza desapareció, y el otro 504, el celestito, desapareció en noviembre, que fue la última vez que lo vi. Y con Hierling apareció una chata Chevrolet C10 color celeste, con cúpula.

—¿Recordás alguno de los lugares donde pusieron bombas?

—Sí, lo declaré en Brasil. Yo traje la lista completa. En su momento hice una lista detallada de aproximadamente veintisiete atentados terroristas. El último fue en [el cine] Cinerama, y la bomba era un mensaje para Aeronáutica, porque una familia de Aeronáutica era dueña de Cinerama. ¿Qué bronca había ahí?, ¿por qué Cinerama?, no lo tengo claro. También le pusieron bombas al partido radical, a abogados, a sindicatos… ¡Ah, sí! ¡Y le metieron una a Zamboni Ledesma, del Juzgado Federal Nº 1! ¡Y los mismos del D2 le pintaron en la pared “Montoneros”! Eso fue cuando querían sacarlo a Osatinsky de la cárcel, hacer el traslado y asesinarlo. Y le pusieron la bomba porque querían intimidarlo a Zamboni Ledesma, quien finalmente les terminó “ordenando”, entre comillas, el traslado. Y digo “ordenando” entre comillas porque lo que hicieron fue presionarlo a Zamboni Ledesma para que finalmente hiciera lo que ellos querían

desde un primer momento. Trasladarlo a Osatinsky y asesinarlo armando un simulacro de fuga. Y por eso la bomba con la inscripción “Montoneros”. Total, en esos años, nadie desmentía nada.

32 Respecto de Romero, véase el capítulo “La ‘Tía’, el ‘Pipo’ y Leurino”.

33 Algunas versiones recogidas por el autor dan cuenta de que el propio Moore habría sido obligado a colaborar en el armado de muchos de esos artefactos explosivos, que eran posteriormente usados en acciones de contrainteligencia del D2 atribuidas a las organizaciones guerrilleras.

34 En esa época, el que hoy conocemos como Partido Obrero se denominaba Política Obrera, y existían diversas agrupaciones que se autodenominaban socialistas, pese a que entre algunas de ellas las diferencias eran muy marcadas: el Partido Socialista Popular, el Partido Socialista Argentino, el Partido Socialista de los Trabajadores, entre otros.

35 En la madrugada del 4 de diciembre de 1975 un grupo operativo irrumpió ilegalmente en la casa ubicada en bulevar Hipódromo y Tacuarí (hoy Lerma y Copina), Barrio Jardín Espinosa, de la ciudad de Córdoba, y luego de saquear la vivienda secuestró a los bolivianos David Rodríguez Nina, Jaime Moreira Sánchez, Luis Rodney Salinas Burgos, Luis Villalba Álvarez y Alfredo Saavedra Alfaro; al peruano Jorge Raúl Rodríguez Sotomayor; a los cordobeses Rubén Américo Apertile y Ricardo Rubén Haro y al rosarino Jorge Ángel Schuster, todos estudiantes de Arquitectura. Horas después, en caminos de tierra del interior provincial próximos al dique Los Molinos, aparecieron primero los cadáveres de cinco de ellos y luego, los cuatro restantes. Los nueve cuerpos presentaban impactos de armas automáticas y un tiro de gracia en la cabeza. El único sobreviviente, el ciudadano boliviano Cornelio Saavedra Alfaro, huyó de Córdoba inmediatamente, y reveló treinta y cuatro años después a un periodista del matutino cordobés *La Voz del Interior* que los asesinos de su hermano y de los otros ocho jóvenes fueron policías. Explicó que unos días antes estos policías habían perpetrado un robo en ocasión de un supuesto allanamiento a su casa, y que el motivo de la masacre fue que las víctimas habían decidido formular la denuncia de lo ocurrido. El 3 de diciembre, en Entre Ríos, organizaciones armadas habían ultimado al general retirado Jorge Esteban Cáceres Monié y a su esposa Beatriz Isabel Sasiain. Para desviar la investigación y justificar la masacre, las personas que cometieron el alevoso asesinato de los jóvenes dejaron una leyenda en el frente de la casa: “9 por 1. Comando Cáceres Monié”. Y el 5 de diciembre se difundió un comunicado en el que el Comando Libertadores de América se adjudicaba la ejecución de los nueve universitarios, “por pertenecer a la subversión apátrida”. Ninguno de los estudiantes era militante o activista, ni pertenecía a agrupación política alguna.

8

SANGRE AZUL

—Hablaste de asesinatos de policías. ¿Recordás los nombres y las circunstancias en las que fueron asesinados?

—Sí, recuerdo los hechos pero no todos los nombres, porque fueron muchos, muchos. Empezaron con la muerte del primer ordenanza que yo conocí en el D2. Era un chico joven, de unos veintitrés o veinticuatro años, más o menos. Al parecer este muchacho en una oportunidad se reunió con un colega de la Escuela de Agentes de Policía (no sé si había egresado todavía) y le empezó a hacer comentarios de lo que estaba pasando ahí dentro. Este chico, el ordenanza, era muy introvertido y se ve que había confiado en ese amigo, o supuesto amigo, y le había contado las cosas espantosas que estaban pasando dentro del D2. Al parecer, el otro fue e informó, y los del D2 pasaron a considerar al ordenanza como "poco fiable" o, en otras palabras, un peligro, una bomba de tiempo, y lo liquidaron. Es más, yo lo recuerdo porque fue la primera vez que escuché el término "era un filtro", la primera vez que escuché el término "filtro del D2". ¿Por qué "filtro"?, porque estaba ventilando, filtrando información fuera del D2 y con personas que no eran de ahí.

—¿Te acordás del nombre de este policía?

—¡Me cuesta tanto acordarme de cómo se llamaba! No sé si era Silc el apellido, o una cosa así, un apellido medio europeo. No me acuerdo bien porque estuvo muy poco tiempo en el D2.

—¿Sabés cómo lo asesinaron?

—Dentro del D2 dijeron que ese chico había muerto porque se había intoxicado con vitaminas de hierro. La verdad, nadie se lo creyó, absolutamente nadie. Después me enteré de que los del D2 usaban esos términos, "vitaminas de hierro", para decir de una persona a la que la habían matado disparándole varias veces. Además, cuánta casualidad, porque todo había sucedido cuando se hablaba de que este muchacho era un "filtro". Pero nadie más habló del tema. En realidad, en un montón de homicidios de policías nadie creía una palabra de lo que se decía oficialmente. El problema fue que todos comenzaron a quedarse callados, nadie decía nada, porque empezó a cundir el miedo, el pánico. ¡El terror les estaba llegando a ellos también, pero desde arriba!

—Hablás del asesinato del primer ordenanza. ¿Asesinaron a otro ordenanza además de este muchacho?

—Sí, el segundo ordenanza. Pero aquella fue otra historia, porque el "Polaco" era un "filtro" de verdad. Bueno, él se la jugó. Mónica no sabía qué estaba haciendo, porque ella lo veía llevándose todos los libritos de *El Quinto Congreso del PRT*. Cuando podía sacaba algo del D2 y se lo llevaba. Yo pensé: "Bueno, allá él". Y finalmente cayó. Pero no cayó por nosotros; él cayó porque la "cumpa" que tenía pertenecía a una escuadra del ERP. Uno de los que integraban la escuadra cayó, habló, cayeron todos y, de rebote, cayó el "Polaco", al que yo llamo el segundo ordenanza. Cómo fue la caída, en qué fecha o el nombre, la verdad no lo recuerdo. Pero así fue la historia y dentro del D2 todos lo sabían.

—¿Qué otros homicidios de policías recordás?

—Hay dos asesinatos de policías cometidos por el D2 que a mí me afectaron particularmente de cerca, me dolieron muchísimo, porque yo tenía una muy buena relación con esas personas: eran el sargento primero Sevilla y el cabo primero Torres. A los dos los colgaron. Ellos siempre habían sido bastante críticos y reacios a que los militares se metieran en el terreno de la Policía. Pero entonces criticaban no sólo esta acción de los militares, sino que también habían

empezado a criticar a la nueva conducción del D2, encabezada por Telleldín. Ellos a los militares los consideraban “los colados de afuera”, desde siempre. Y para ese tiempo, como ya dije, empezaron a aparecer militares operativos que intervenían en operaciones, incluso conduciendo al D2. Pero la gota que colmó el vaso fueron las críticas a la nueva conducción de Telleldín, por la violencia de los métodos que usaba. Finalmente, los hicieron cagar, porque eran muy pero muy críticos. Un día le dije a Sevilla: “¡Loco! ¡Aflojá un poco!”, pero no hubo caso. El problema de Sevilla, y de tantos otros, era que, en su mundo de policías, todo lo veían de una forma regional, muy local, como si eso fuera sólo un problema de Córdoba. Yo trataba de explicarle que eso era a nivel nacional. Le hablaba y le insistía, pero no lo pude parar. Y la consecuencia fue inevitable. Los del D2 los mataron, a Sevilla y a Torres, colgándolos, creo que en la “Escuelita” de Pilar. Ese fue un caso que me afectó muchísimo.

Después siguió un chofer del D2, al que también asesinaron los mismos del D2: Vaquinzay. A Vaquinzay lo asesinaron porque se había negado a participar del “traslado” de Osatinsky. Ya para entonces, hacía rato que lo habían matado al agente Colin Parker, de la Policía Federal. Lo mataron también los del D2, los supernumerarios que habían estado en las Tres A. Telleldín todavía no estaba en el D2 cuando ocurrió este asesinato, porque fue mucho antes. Parker fue el primer policía que el D2 asesinó y quedó como un hecho aislado, como algo que había pasado y de lo que nunca se comentaba nada. Pero lo que empezó a pasar en agosto fue completamente diferente. ¡Asesinaban a un policía tras otro! ¡Y policías de todas las jerarquías! ¡Ni los comisarios se salvaban! Todo aquel que tenía una inclinación peronista, o tal vez no tenía ninguna inclinación política, pero por entonces se oponía a ese tipo de actividades (los secuestros, la tortura, los asesinatos) que se había impuesto desde la conducción o se quejaba por el incremento tremendo de la delincuencia, a todos estos policías que de algún modo contrariaban a la conducción, directamente los mataron.

Acá hay un punto que quiero que quede bien claro: cuando se decretó el estado de sitio, a la oficialidad, no sólo a la plana mayor de la Policía, sino a la

oficialidad en general, de comisarios para arriba, se les presentó la medida como un instrumento que habría de terminar con la “violencia subversiva”, entre comillas; y esto, en turno, iba a permitir concentrarse en la delincuencia común: reducir los niveles de delitos y parar la impresionante ola de choreos que había en ese momento. Pero ocurrió todo lo contrario, porque cuando se establecieron las Tres A y después toda esa banda del D2 (porque eran una verdadera banda), empezaron a hacer de las suyas. ¡El índice de delincuencia creció como el trescientos por ciento! Porque estos tipos del D2 salieron a “chorearle” al mundo. ¡Eran todos chorros y piratas del asfalto! Asaltaban casas a mano armada, descaradamente. Al final ya ni se hacían llamar guerrilleros, nada, ni siquiera ese cuidado tenían, lo que en un primer momento sí, porque pintaban o hacían comunicados que decían “Montoneros” cada vez que robaban o mataban a alguien. No se salvaba nadie. Y, por supuesto, los comisarios habían empezado a tirar la bronca, porque habían comenzado a encontrarse con un aumento enorme en los niveles de delincuencia dentro de sus jurisdicciones. Muchos empezaron a investigar y todos los dedos empezaron a apuntar al D2, y fueron, a quejarse con Choux. Nada menos que con Choux. ¡Pretendieron que el lobo cuidara las ovejas! Entre los primeros que empezaron a tirar la bronca estaba uno que se llamaba Cuello, ¡y se salvó entre los indios! Pero no fue así con muchos otros.

—*¿Recordás el caso del cabo primero Vaquinzay?*

—Sí, perfectamente. Vaquinzay era un flor de tipo. Era muy buena persona. Yo recuerdo que Vaquinzay, de su propio bolsillo y a su propio riesgo, les traía tampones a las chicas, por ejemplo. Además siempre traía al D2 terroncitos de azúcar que “afanaba” de los bares, y a los que estaban en la “sección ablande” y llevaban dos, tres días sin comer, calladito la boca, sin que el prisionero supiera quién era, porque estaban todos tabicados, les ponía el terroncito en la boca para que chuparan algo. ¡Eso lo vi muchas veces! Y recuerdo que una noche, cuando estaban preparando lo de Osatinsky, Vaquinzay se negó categóricamente a hacer un traslado, a manejar uno de los autos. Vaquinzay se negaba a mover a

cualquier prisionero del D2 cuando había un traslado de noche; y algunas veces, inclusive, en los traslados diurnos. Pero, de noche, él siempre se negó rotundamente. Alegaba que era el chofer de la guardia y que estaba para hacer diligencias, llevar a los ordenanzas a buscar provisiones, chofer de Esteban, y que esas eran sus funciones. Pero que él no era chofer de la Brigada, y mucho menos iba a andar llevando o trayendo prisioneros de noche. ¡Porque sabía perfectamente lo que estaba pasando!

A Vaquinzay le faltaba muy poquito para retirarse. Era un hombre grande, maduro, bien hecho, bien formado, y no quería meterse en ninguna cuestión rara. Recuerdo que una noche cayeron al D2, bien tarde, unos tipos que eran de las Tres A, que no eran policías, salvo uno que sí era o, mejor dicho, era supernumerario: el “Mocho” Pereyra, el hijo de la “Tía”. Vino el “Mocho” con uno de la Federal y uno de las Tres A de Paraná que andaba acá por Córdoba dando vueltas. No recuerdo cuándo ocurrió esto exactamente, pero fue en el ’75, creo que en el mes de julio, si mal no recuerdo. La cuestión fue que vinieron y se quisieron llevar a dos prisioneros que hacía un ratito nomás habían caído, y Vaquinzay se negó a muerte a trasladarlos. Haciendo corto un cuento largo, a esos prisioneros finalmente se los llevaron, pero Vaquinzay no los trasladó en el auto. Y a los prisioneros, que no recuerdo quiénes eran, los mataron en un potrero. A los dos días se armó un escándalo tremendo en el D2 por causa de eso que había sucedido. Y todo se desencadenaría porque no le habían consultado a Telleldín, y no por otra cosa. La cuestión es que, a partir de ese momento, se los empezó a cortar a los de las Tres A como el “Mocho”. Pero, al mismo tiempo, Vaquinzay se volvió una persona poco fiable. Y a este pobre hombre, si no a semanas, a unos meses de retirarse, lo asesinaron espantosamente. Y lo asesinó el D2.

En ese asesinato estuvieron el “Bóxer” Antón, “Sérpico” Bucetta y la “Cuca” Antón. La “Cuca” Antón era la pistolera oficial del D2. Ella era la que mataba a los policías, siempre, en todas las operaciones. Si te fijás en la muerte de Robles, tu padre, o en la muerte de este chofer del D2, y en la muerte de un montón de

policías, como también de los ordenanzas, estuvo siempre una mujer: ésa es la "Cuca". El asunto es que la "Cuca" siempre la jugaba de "pendejita" inocente, y así se te acercaba. Algunos testigos por ahí declaran que había una mujer en el D2 que parecía de cabaret. ¡Era ella! En esa época, ella se vestía, perdoná la palabra, ¡como una puta de mierda! ¡Esa es la verdad! En el caso de Vaquinzay, ella fue la que se le acercó, y este hombre, que la conocía, se confió y ahí nomás ella le metió un par de tiros. Y después fue el otro, "Sérpico" y le metió cuatro tiros más, porque se tenían que asegurar: ninguno de estos policías podía quedar vivo, de ningún modo. Y por eso siempre eran disparos mortales, que les producían la muerte en el acto. ¿Te imaginás si alguno quedaba vivo? ¡Los mandaba al frente! Por eso, en el caso del asesinato de policías, siempre pero siempre se aseguraban de que no quedaran vivos; y, de hecho, esto nunca ocurrió: ninguno sobrevivió a los atentados. Eso lo sé porque entre ellos comentaban que les disparaban muchas veces y en lugares vitales. Necesitaban asegurarse el resultado. Siguiendo con lo de Vaquinzay, si buscás en los partes de prensa de la época vas a ver que fueron dos hombres y una mujer los que participaron en ese asesinato, que fueron en un auto, y que se bajaron dos y lo mataron. Los que participaron fueron el "Bóxer", la "Cuca" y "Sérpico".

Y, de nuevo, Montoneros "supuestamente" se atribuyó el asesinato de Vaquinzay. Al principio me sorprendió. ¿Por qué Montoneros mataría a Vaquinzay? Nadie lo entendía. Pero, pasada esa sorpresa inicial, todos en el D2 se dieron cuenta de lo que había pasado. Porque ellos mismos hicieron saber que lo habían matado al pobre Vaquinzay para que se entendiera que todos estaban en la misma y que nadie se podía negar a participar de los asesinatos. Absolutamente nadie. Estaban construyendo un muro de silencio alrededor de las matanzas que estaban cometiendo, y para eso necesitaban instalar el terror en el mismo D2, para que nadie fuera a hablar. Todos, hasta los oficiales de las guardias, empezaron a contar que Vaquinzay se había negado a trasladar al matadero a aquellas dos primeras víctimas, y que después se había vuelto a negar en el caso de Osatinsky, y que por eso lo habían asesinado los mismos del D2,

por haberse negado a hacer esos traslados. A Vaquinzay nunca nadie lo había cuestionado por haber sido un “filtro”. Nunca. No estaba vinculado con nadie del ERP, el PRT o Montoneros ni con nadie. A Vaquinzay lo liquidaron porque se negó a manejar el coche de la guardia transportando prisioneros cuando él ya sabía lo que iban a hacer, porque en realidad todos los que participaron sabían bien que la idea era hacer un simulacro de fuga. El tipo, que ya tenía experiencia, no quiso quedar pegado porque sabía muy bien cómo iba a terminar todo. Lo que no pudo adivinar es que lo iban a castigar de semejante forma. Recuerdo que lo mataron al poquito tiempo de que asesinaran a Osatinsky. El problema fue que no lo pudieron comprometer de ningún modo con la muerte de Osatinsky ni con ninguna otra. Y Vaquinzay, sabiendo de la muerte de estos dos prisioneros y del fusilamiento de Osatinsky, ¡se les podía volver una bomba de tiempo en cualquier momento!, porque él sabía perfectamente lo que había ocurrido y no lo tenían comprometido de ninguna forma.

Ese es el mecanismo de extorsión del D2 que yo denuncié siempre. Y lo aplicaron con muchísima gente. Y esa fue y es la razón por la que nadie jamás quiso decir nada. Lo que no acepto, lo que no entiendo, es por qué razón se sentían comprometidos. El problema es que como buenos “canas” sabían muy bien que si los llevaban a un lugar donde se cometía un homicidio y llegaban a abrir la boca, los iban a imputar. Ése era el problema. Y allá, en la Argentina, no han encontrado un sistema en el cual esta gente pueda venir y decir: “¡Miren, yo no anduve matando gente! ¡Pero me llevaron y vi todo!”. O decir: “¡Participé en esas ejecuciones, porque los mataba a ellos o yo les hacía compañía, pero no tengo un pedo que ver con nada de esto; y me han cagado la vida!”. No existe esa oportunidad. No hay un mecanismo que permita decir la verdad, ¡y eso es increíble! Si ahí, en la Argentina, salen con un mecanismo, una especie de indulto de reivindicación a los que no están comprometidos, a los que fueron comprometidos injustamente en algo, para que puedan ir a contar lo que realmente pasó, ¡van a tener a la mitad de la Policía de Córdoba hablando! En lo que respecta al D2, van a tener por lo menos de veinte a treinta hablando de todo

lo que pasó, especialmente el personal administrativo: el personal de Ficheros y Archivos, el personal de Administración, y sobre todo los de la Guardia. ¡Los de la Guardia son muchos! ¡No son dos o tres pelagatos! Pensá que había tres turnos de guardias que hacían veinticuatro por cuarenta y ocho horas. Solamente ahí tenés cuatro hombres por guardia; doce hombres en total. Y doce hombres reciclados en cinco o seis años, ¡son como cincuenta personas! Y todos, absolutamente todos, comprometidos. Son muchos testigos, muchísimos, de todos estos hechos espantosos que estoy relatando. Pero ninguno va a abrir la boca con un sistema judicial que no permita decir la verdad. Porque muchos fuimos verdaderamente extorsionados para lograr silencio. Y cuando no podían, te mataban, como sucedió con el pobre Vaquinzay.

—A propósito, ¿recordás el personal que participó del traslado de Marcos Osatinsky?

—Me acuerdo perfectamente. Eso yo lo declaré en 1980 en Brasil. Los que participaron fueron Romano, "Bóxer" Antón, la "Cuca" Antón, "Sérpico" Bucetta, Calixto Flores, "Turco" Jabour, y bueno, había muchos más. Pero además había un chofer que, inusualmente, se prestó a manejar el Chevrolet Malibú, el celeste. Ese chofer era de la Guardia, y en algunas ocasiones hacía de chofer de alguno de los jefes. Y como Vaquinzay se había negado a manejar en ese traslado, lo engancharon a este otro muchacho. Y con el traslado de Osatinsky, el tipo quedó envuelto en estos casos. Al parecer, este hombre empezó a hablar demasiado, y entonces lo empezaron a considerar medio bocón. Y, además, tomaba demasiado; y cuando tomaba, hablaba. La cuestión fue que unos tres o cuatro meses después de la muerte de Osatinsky (no lo recuerdo con exactitud), en una ocasión, este hombre, medio tomado, empezó a hablar del asunto este de los asesinatos, y especialmente el de Osatinsky, con otros colegas. Estos lo botonearon con Telleldín, y al poco tiempo lo liquidaron. A ese caso, el D2 lo presentó como que había sido el ERP. El apellido de este muchacho era Cebrero.[36] Tenía como unos treinta y pico de edad, y lo asesinaron los del D2 saliendo de la casa. Si mal no recuerdo, hicieron pasar este asesinato como un

atentado del ERP. Y es más, yo sé quiénes participaron directamente: ahí estuvieron el “Sérpico” Bucetta y la “Cuca” Antón. Y fue la “Cuca” Antón la que le metió como dos o tres tiros, y el “Sérpico”, unos cuatro o cinco más, los dos con .38. Ellos siempre usaban revólveres calibre .38, y en ese caso, para movilizarse, usaron una motoneta. Esa motoneta yo la conocía bien porque era la que usaban “Sérpico” con la “Cuca” y siempre la estacionaban dentro del D2, en el patio del medio. ¡Las veces que la habré visto y las veces que habré tenido que limpiar esa moto de mierda! ¡Mirá si no voy a saber de la motoneta esa! Era una motoneta tirando a moto, calculo que era como de cien centímetros cúbicos, no más, con motor de dos tiempos. Y del tipo de motor me acuerdo perfectamente, porque echaba una humareda bárbara cuando la arrancaban dentro del patio del D2.

—*¿Qué otros casos recordás?*

—Después del asesinato del primer ordenanza, mataron al primer chofer, y después al segundo ordenanza, todos del D2. Y a partir de ese momento, ya cebados, comenzaron a matar a los comisarios: acá estamos hablando del comisario Douglas y estamos hablando de tu padre, el comisario Robles. Y a los que no los mataban, los pasaban a retiro, o las dos cosas. La cuestión fue que entre los meses de julio, agosto y noviembre del ’75, se produjo la purga, y no sólo del D2 sino de toda la Policía en general. Entonces, ya para diciembre tenían todo calzado para el golpe de Estado. Nadie se les iba resistir, no iban a tener problemas de ningún tipo, porque ya no quedaban instituciones. A partir de esa fecha, la palabra final era de los milicos. No había a quién apelar o cuestionar absolutamente nada. Y, lamentablemente, todo eso terminó con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Fue un proceso muy organizado, que fue abriendo las puertas al golpe de Estado.

—*¿Recordás otros casos de asesinatos de policías, y las circunstancias en que se produjeron?*

—Sí, y vamos a los más altos, a los de mayor jerarquía de la Policía de Córdoba. Ya mencioné a Sevilla, a Torres, a los ordenanzas, a los dos choferes, a

Colin Parker. A Cuello también lo mencioné, pero a ese no lo mataron, ¡se salvó entre los indios! Yo no sé si era comisario o subcomisario, pero tuvo mucha suerte porque recuerdo que lo mencionaban frecuentemente en el D2. En una oportunidad, yo estaba cebando mate cuando mencionaron a Cuello varias veces. "¡A éste le vamos a cortar el cuello!", decían. Ese era el tipo de comentarios que se escuchaban cuando yo cebaba mate entre Telleldín, Tissera y Romano. Pero hasta ese momento yo no sabía de quién hablaban, aunque me intrigaba, porque hablaban con mucho odio. Hasta que un día Romano metió la pata, porque en uno de esos comentarios que hacían dijo: "¡Mirá, a este Cuello hay que 'hacerle la rucuca'! ¡Hay que matarlo de una buena vez y se terminó el problema!". Y a mí me quedó Cuello como apellido. Ahí me di cuenta de que no hablaban del cuello de una persona, sino de una persona de apellido Cuello.

Continuando con los policías asesinados, y sobre todo con los comisarios, recuerdo que después vino lo de Douglas Paz.[37] Del comisario Douglas Paz yo no tengo información directa; no sé exactamente qué fue lo que pasó con él, cómo y por qué razón lo mató el D2. Pero apenas ocurrió el hecho, comenzaron los comentarios dentro del D2 diciendo que se habían cargado un "taquero" bien pero bien alto. Además, yo recuerdo que, por alguna razón, en esos días Telleldín extrañamente no me pedía mate. Por lo menos por una semana no pisé el despacho. Eso me llamó mucho la atención. Inmediatamente lo vinculé con los comentarios que se hacían, con mucha insistencia, mencionando que habían asesinado a un "taquero" bien pero bien alto. Hay que situarse en la época para darse cuenta de lo que eso significaba. ¡Matar a un comisario! Lo extraño de todo eso fue que la prensa difundió que habían sido los Montoneros los que se habían atribuido su muerte, y esto yo lo supe por la explotación de prensa. Pero también me llamó la atención que los de la Brigada, con relación a ese supuesto asesinato de Montoneros, no hicieran absolutamente nada. Nada. Y eso era muy extraño. Todo eso me llevó a dudar. Porque además yo sabía perfectamente que los Montoneros, a esa altura, en Córdoba estaban totalmente desmantelados, no tenían ningún tipo de capacidad operativa. Y eso de hacer cagar a un comisario

de por ahí que no había tenido absolutamente nada que ver ni con Informaciones, ni con Investigaciones, ni con Lacabanne,[38] ni con Choux, ni con los militares, ni con nadie, era algo que no me cerraba. Porque este comisario no tenía nada que ver con la represión a la guerrilla. Sinceramente, me quedé con la duda. Pasó.

Pero fue muy poco tiempo después, cuando se produjo la muerte de tu padre, el comisario Robles, que empecé a entender la cosa: ahí el rompecabezas empezó a tomar forma. De vuelta había empezado a salir por la prensa la información de que habían sido los Montoneros los que habían matado a tu padre. Pero acá ocurrió una situación que me permitió entender exactamente lo que estaba pasando: ¡los comunicados de Montoneros estaban siendo confeccionados en el mismo D2! Y el que los hacía era el "Bóxer" Antón. Y, ojo, ¡yo lo vi hacerlo! Nadie vino y me contó, sino que yo lo vi al "Bóxer" cuando estaba trabajando en el comunicado de la muerte de tu padre. Y usaba esa papelería, los papeles membretados de Montoneros que habían caído en agosto en la casa operativa donde los habían agarrado a Osatinsky, Mendizábal y a los otros cinco de la conducción de Montoneros. Y, por supuesto, a esa mentira de que habían sido los Montoneros, el diario se las compraba porque esos comunicados estaban hechos en los mismos papeles membretados, exactamente con el mismo tipo de papel y con el mismo membrete que comunicados anteriores que realmente había confeccionado Montoneros. Así se fabricó el cuento de que los Montoneros habían sido los que habían cometido el asesinato de tu padre y del resto de los policías. Además, en toda la información que cayó de Montoneros al D2, nunca había aparecido nada con relación a Robles. Y como era yo el que analizaba esa información, te puedo asegurar que los Montoneros no tenían ni tuvieron ninguna razón para matarlo. Aparte, a esa altura del partido, e incluso peor que en el caso de Douglas, Montoneros ya no tenía capacidad operativa para salir a matar a nadie, y mucho menos a alguien de semejante jerarquía.

—¿Recordás cómo se produjo la muerte de mi padre y quiénes participaron?

—La muerte de tu padre fue un atentado bastante típico. En realidad, todos los hechos que cometió el D2 fueron bastante parecidos. Y si los estudiás a todos, te vas a dar cuenta de que estuvieron hechos por la misma mano. Según lo que contaron, tu padre fue y estacionó el coche en la Ciudad Universitaria. Ya le habían hecho la inteligencia, y siempre estacionaba más o menos en el mismo lugar. Apenas detuvo la marcha del vehículo, se le fueron encima. ¡Y de vuelta ahí estuvo la "Cuca"! También participaron Bucetta y el "Bóxer" Antón. Pero, además, y lo recuerdo porque lo comentaron después, participó otro más, que creo que era el "Cara con Riendas" Lucero. Comentaron que la "Cuca" se acercó antes de que tu padre se bajara del auto y lo entretuvo. Y Bucetta, por el otro lado, fue y le disparó con un .38 en la cabeza. Así fue como después lo comentaron en el D2. De lo que no estoy seguro es de si fue la "Cuca" la que en esa oportunidad le disparó, eso no lo sé. Lo que sí sé es que volvieron al D2 y empezaron a contar que se habían "cargado un taquero", y daban los detalles de cómo lo habían hecho. Pero como siempre te contrainformaban en algo, dijeron que lo habían matado al "taquero" de la Cuarta, como dando a entender que era de la Seccional 4ª de Policía. Al rato lo vi al "Bóxer" Antón, que estaba con esos papeles membretados de Montoneros, haciendo el comunicado. Y al día siguiente, mientras trabajaba con los diarios en la explotación de prensa, me encuentro con la noticia y pensé: "¡Pero estos se lo cargaron al jefe de la Seccional Primera de Policía!". Y ahí estuvieron otra vez la "Cuca", Bucetta, Antón y, según me parece recordar, Lucero. En esa no estuvieron Flores ni Gómez, ninguno de esos dos.

—Y en los homicidios de Vaquinzay, como en el de mi padre y en el de Cebrero, ¿los comunicados se confeccionaron en el mismo D2?

—Siempre hacían los comunicados, siempre. Porque ellos mataban a los policías y tenían que hacer una pantalla, hacer creer que habían sido los guerrilleros. Y como sabían que la guerrilla estaba desmembrada, que ya no tenía control de nada para esa época —porque todo era un caos—, todos se tragaban esa versión. Y sobre todo la misma Policía, salvo los que estaban en el D2 y los

de Jefatura. Yo sabía que los comunicados los hacían en el mismo D2 porque ellos mismos lo comentaban, y después yo lo corroboraba haciendo la explotación de prensa. Pero fue cuando lo asesinaron a tu padre que yo vi al "Bóxer" Antón confeccionando el comunicado que al otro día saldría en todos los diarios. Es más, lo hizo en una máquina de escribir de carro ancho, tipo planillera, que tenía letras grandes, y con cinta de dos colores, roja y negra, pero estaba en negro cuando hizo el comunicado. Y como dije, utilizó los papeles membretados que le habían secuestrado a Montoneros en la caída de la conducción de Córdoba. A esto no lo escuché de nadie sino que yo mismo lo vi. Incluso, al día siguiente, tuve que hacer la explotación de prensa de ese comunicado que había hecho el mismo "Bóxer" Antón.

—¿Qué informabas después de analizar lo que salía en la prensa en estos casos?

—Cuando me llegaban los diarios y leía, pensaba; "¡Qué cagadón que se están mandado acá, por Dios! ¿Hasta cuándo va a aguantar esta situación?". Porque ya no se trataba de la guerrilla, sino que estábamos hablando de policías, de sus mismos compañeros. Y no era un caso aislado, sino que fue uno tras otro, y un comisario tras otro. ¡En esos meses se cansaron de matar policías de todas las jerarquías! Y así como yo me daba cuenta, el resto de los policías también. Yo pensaba así porque suponía que en algún momento todo eso iba a explotar, tal vez porque no comprendía todavía exactamente el proceso que se estaba dando, el proceso de terror interno que recién pude ver bien claro unos meses después, ya pasado el golpe. Los del D2 mataron a muchísimos policías, tantos que yo registré, en su momento, más de doce policías asesinados por el mismo D2. Y seguramente ocurrieron muchos casos más de los que nunca me enteré.

Por ejemplo, en la explotación de prensa que hice en el caso de tu padre, recuerdo que escribí un informe muy largo. Porque en la Universidad, Franja Morada y los grupos de izquierda en su conjunto, todos repudiaron la muerte de Robles. Es más, cuestionaron el atentado abiertamente. Era claro que Montoneros no había participado: tenés que buscar la información de esa época

y vas a ver que tengo razón. Esto lo recuerdo perfectamente, porque hice el informe sabiendo que habían sido ellos, los del D2, quienes habían asesinado a Robles. Pero al mismo tiempo, no podía dejar de reflejar lo que decían los diarios de la época. Por eso, en la explotación de prensa recuerdo que empecé relatando el hecho de acuerdo a cómo los diarios lo habían narrado. De ahí se desprendía claramente que esos grupos como Franja Morada y el resto de los grupos de izquierda no sólo repudiaban el asesinato, sino que ellos, para esa altura, decían muy acertadamente que eso era parte de la apertura para un golpe de Estado. Es decir, denunciaban directamente ese asesinato y dejaban claro que los tipos no se compraban que habían sido los Montoneros. Mi informe de explotación de prensa terminaba con una conclusión muy simple, más o menos así: "A pesar de que ha sido adjudicado a Montoneros, la izquierda, en general, cuestiona el atentado y resulta cuanto menos dudosa la participación de Montoneros"; hasta ahí era lo que yo podía decir en el informe. Y ahí quedó todo.

—*¿En el caso de Douglas Paz sucedió algo similar?*

—En el caso de Douglas es muy poco lo que pude registrar. De ese asesinato sólo me enteré lo que ya dije, porque casi no tuve información, a diferencia de lo que sucedió con el caso de tu padre. Cuando ocurrió este asesinato sólo escuché el comentario de que ellos habían matado a un "taquero". Pero no me preguntes de qué comisaría era, qué puesto tenía, nada. Sólo recuerdo que comentaban eso, y que al otro día, en la prensa, los Montoneros se adjudicaron el asesinato, y eso me llamó muchísimo la atención, por lo contradictorio de esa información, pero nada más. Y por esa razón, cuando asesinaron a tu padre al poco tiempo y sucedió lo mismo, es decir que comentaron después del atentado quiénes habían participado, recordé inmediatamente lo de Douglas. Y recién al ver que el "Bóxer" Antón estaba haciendo el comunicado —cuando nunca agarraba una máquina de escribir— comprendí lo que venían haciendo en los casos de policías que ellos mataban: los asesinaban, hacían el comunicado en el mismo D2, la prensa lo publicaba como que Montoneros se lo atribuía, y después me pedían a

mí la explotación de prensa para ver si todo había cerrado. Por eso es que recuerdo el caso de tu padre, porque fue posterior al de Douglas, y fue uno de los últimos policías que asesinaron en aquellos años. No te olvides de que yo venía aprendiendo de a poco cómo se movían en el D2. En el caso de Douglas todavía no entendía bien qué era lo que estaba pasando, qué era lo que hacían y cómo lo hacían. Incluso me acuerdo de que hablaron mucho más de Cuello que de Douglas, porque para esa época los tenían cagando a todos los policías, y más en los últimos meses del ’75, especialmente a los comisarios: al que se les ponía en contra, se oponía o cuestionaba el curso de la represión, o se quejaba por el índice de delincuencia que tenía en su jurisdicción, directamente lo echaban o lo mataban.

—¿Recordás algún otro hecho o alguna otra circunstancia respecto de los homicidios de policías por parte de personal del D2?

—Sí. Los que se salvaron de que los mataran. Recuerdo que un día estaba en la oficina de Telleldín cebándole mate, y él tenía sobre su escritorio una carpeta abierta. Era el legajo o la ficha de un tipo que no sé si era comisario, pero sí sé que era de una jerarquía alta, de investigaciones, si mal no recuerdo. Y que al igual que con Cuello, yo me había confundido, porque lo nombraban como “Jaime”. Yo al principio creí que era de nombre Jaime y resultó que era su apellido. Estaba Telleldín con la carpeta y una foto de este hombre, que era medio achinado y de tez blanca. Y hablaba creo que con Tissera o con Esteban de este tal Jaime, diciendo que lo tenían en la mira, que tenía los días contados. Finalmente, y por alguna razón que desconozco, al Jaime ese no lo mataron, pero no sé qué fue lo que lo salvó, porque recuerdo que estaban decididos a matarlo. En realidad, *creo* que no lo mataron, no estoy seguro; digo “creo” porque nunca encontré su nombre haciendo explotación de prensa, ni tampoco escuché otros comentarios acerca de esta persona.

¿Qué problema tenían con esa gente? Acá hay que ver todo en perspectiva, como ya te expliqué, y para eso necesito ir un poco para atrás. El estado de sitio había sido vendido por Lacabanne, García Rey y Choux como el instrumento

que iba a “terminar”, entre comillas, con la “delincuencia subversiva”. Y una vez “terminada” la “delincuencia subversiva”, se iban a poder concentrar en la delincuencia común y bajar las estadísticas. Bueno, nada de eso se materializó, y ya para marzo la delincuencia común, el hampa organizado, estaba en su gran mayoría dirigido por las bandas del D2 y las brigadas civiles, o por lo menos controlado por ellos. Y esto había creado mucha inquietud dentro de la Policía. Tal vez este Cuello, como Jaime y tantos otros de los que yo no llegué a enterarme, se salvaron porque entre marzo y mayo del ’75, todavía no se sabía bien para dónde iría la cosa. La guerrilla todavía no estaba totalmente derrotada. El golpe de Estado no estaba en la agenda, y por lo tanto fue una época muy insegura para ellos. Ahora, si seguimos todo ese proceso y llegamos al mes de agosto, fue ahí cuando, ya sabiendo el rumbo que esto iba a tomar, comenzaron con la matanza de todo aquel que por cualquier razón les molestara. Y así es como empezó la matanza de policías a manos del mismo D2.

—¿Es decir que todos los atentados contra policías que ocurrieron entre setiembre y noviembre del ’75 fueron muy posiblemente cometidos por personal del D2?

—¡Posiblemente, no! ¡Los hicieron ellos! ¡Uno por uno! Salvo en el caso de la “Tía” Pereyra, en el que ellos intervinieron indirectamente y fue el ERP quien la ejecutó, el resto de los casos fueron organizados y ejecutados por los mismos integrantes del D2. Asesinaron a dos personas a las que yo quería muchísimo, el sargento primero Sevilla y el cabo primero Torres; fueron ellos, los del D2, los que los mataron. Y actuaron en ese y en todos los demás casos que te nombré. No tengo ninguna duda de que eso fue así. Te voy a dar los nombres de personas que ojalá todavía estén vivas. Personas que prestaron servicio en el D2, que no estuvieron comprometidas o posiblemente se pudieron creer comprometidas por el D2, pero que en verdad no lo estaban. Y que, si se animan, van a confirmar lo que estoy diciendo. Vayamos a un caso en particular; en lo de Sevilla y Torres, ahí lo tenés a Calderón,[39] que seguramente va a decir la verdad, porque a ellos los llevaron a la “Escuelita” de Pilar y los colgaron. Pero eso fue algo sabido en

el D2 por todos, por absolutamente todos.

Todos supieron lo de Vaquinzay, lo de Douglas, lo de tu padre. Todos. ¿Vos pensás que se puede matar a un policía de semejante jerarquía y nadie va a saber nada? Yo insisto en el caso de Sevilla y Torres porque sinceramente me hizo muchísimo mal, por una cuestión personal. Después de la muerte de estos muchachos, con Mónica decidimos que no nos hacíamos más amigos de nadie. ¿Sabés lo que fue pasar por esa situación? Te hacías amigo de alguien, tenías una buena relación y después iban y los mataban. ¡Y de esa forma! De ahí en más, empezamos a cortarlos a todos. A Díaz lo cortamos. A Gontero lo cortamos. A Capdevila lo cortamos. Decidimos con Mónica cerrarnos para todo el viaje. Mejor no tener que velar a nadie. También lo del pobre Vaquinzay nos cayó muy mal. Al resto no lo conocíamos, pero a estos muchachos sí, y realmente les teníamos aprecio.

—Haciendo explotación de prensa, y hablando de estos casos, ¿siempre notabas que había contradicciones?

—Sí, por supuesto. Lamentablemente, era a mí al que le tocaba sentarse a buscar en las noticias y analizar la información, porque nunca nada encuadraba. Y digo “lamentablemente” porque era un verdadero problema.

Yo me tenía que cuidar muchísimo de lo que decía, pero sin perder calidad en el análisis. Porque no te olvides de que estaban Mónica en el calabozo y toda mi familia de garantía. Entonces tenía que tener mucho cuidado de no salir haciendo un tremendo despelote con todos esos informes. Y por eso tenía que ser muy táctico. Lo que encontraba en la mayoría de los casos eran puras contradicciones. Porque, repito, eso se daba siempre. En el caso de tu padre, tal vez las contradicciones fueron bien notorias, directamente groseras, porque había toda clase de organizaciones de izquierda que repudiaban este asesinato. Las contradicciones eran muy grandes, y la verdad fue que yo me tuve que cuidar. Lo que puse en mis informes fueron cosas muy por encima; tuve que resumir, sacar

mucha información para que todo cerrara, y eso fue lo jodido. Al mismo tiempo, yo me preguntaba cómo la gente se podía creer ese tipo de cuento. En lo personal, mi problema era que yo me tenía que cuidar muchísimo en esos informes; me limitaba a lo que decía la prensa, y a partir de ahí empezaba a resumir para que todo cerrara. ¡Si yo mismo los había visto hacer los comunicados! ¡Y ahora me pedían que les informara lo que dijo la prensa! Tenía que cuidarme.

—*¿Siempre utilizaban revólveres calibre .38? ¿Por qué?*

—Sí, para este tipo de asesinatos, generalmente siempre usaron los calibre .38. Y había varias razones: la primera, porque eran todas armas "truchas". Eran las armas que nos sacaban a nosotros, y que nosotros, a nuestra vez, le habíamos sacado a la Policía. Por eso generalmente eran "truchas". Y la segunda razón, la más importante desde el punto de vista operativo (fue por eso por lo que las usábamos nosotros también), era que nunca se trababan. Con las .45 disparabas tres, cuatro tiros y muchas veces se trababan. En cambio, un .38 no se trababa jamás: con un revólver metías las seis balas todas seguidas y nunca se te trababan. Por eso usaban el .38. Ellos tenían que asegurarse de que no quedara vivo ninguno de los policías que iban a asesinar, porque si no, los podían reconocer muy fácilmente. ¡Imaginate lo que eso habría significado! ¡Un escándalo político! ¡Y quedaban todos presos! Además, al que le tiraban era a otro policía, que generalmente estaba armado, y eso lo preveían. Por eso siempre actuaban por sorpresa, para no darles tiempo a ningún tipo de reacción. Les disparaban muchos tiros en zonas vitales y con armas que respondían sí o sí. Y esas armas fueron los revólveres calibre .38, y fueron todas "truchas", no provistas al D2. Es más, el personal del D2 casi no tenía revólveres .38 reglamentarios. Ahí estaba lleno de revólveres .38, pero casi ninguno era reglamentario. En su mayoría, eran los que nos habían secuestrado a nosotros.

—*En todos estos hechos nombrás siempre a los mismos personajes, entre ellos, la "Cuca" Antón.*

—La "Cuca" Antón no era una persona inmoral, era amoral. No tenía

sentimientos de ningún tipo. Podía despedazar a una persona y daba la impresión de que eso no la perturbaba en absoluto, sino que incluso la motivaba. Y no tenía remordimientos. Para graficar lo que digo: ella era la perfecta asesina contratada. Por ejemplo, si alguien quería contratar a una mujer para que se lo charle a un tipo y lo asesine, la "Cuca" Antón era la persona indicada. La nombro porque ella estuvo metida en casi todos los asesinatos que cometió el D2, y en los asesinatos de policías, ella estuvo envuelta absolutamente en todos. Pero, ojo, que ninguno de los otros se quedaba atrás. En realidad, esa banda del "Bóxer", "Sérpico", la "Cuca" y el "Cara con Riendas" eran todos iguales de asesinos. Todos. Y no creo que nunca se llegue a saber la cantidad impresionante de gente que mataron por esos años.

36 El cabo primero José Oscar Cebrero, que prestaba servicio en la División Informaciones de la Policía de la Provincia de Córdoba, fue asesinado la noche del 2 de marzo de 1976, cerca de su domicilio. Según el parte policial, una pareja joven a bordo de una motocicleta se le aproximó y, sin descender del rodado, le dispararon varios tiros. Seis proyectiles impactaron en la cabeza y el cuello del suboficial, que murió prácticamente en el acto. Los criminales huyeron escoltados por un Peugeot 404 con varias personas jóvenes a bordo. Cebrero tenía 30 años, estaba casado y era padre de dos niños. Tras la aparición de la primera edición de *La búsqueda*, uno de los hijos del suboficial se acercó al autor y manifestó que siempre habían tenido sospechas de que los asesinos de su padre habían sido policías, pero no habían podido probarlo. La versión oficial, nunca desmentida, atribuyó el atentado a una organización guerrillera, y Cebrero figura en las listas de policías asesinados por "el terrorismo".

37 El 15 de septiembre de 1975 fue asesinado el primer comisario general egresado de la Escuela de Policía Libertador General Don José de San Martín. En esa oportunidad se presentaron en su domicilio, en el barrio Carola Lorenzini, de la ciudad de Córdoba, "personas solicitando informaciones relacionadas con personal policial" y mientras el policía maniobraba su vehículo para acompañarlos, frenó a su lado un Ford Falcon del que descendieron "dos enmascarados" con escopetas de caño recortado, y en presencia de su esposa y sus hijos, le efectuaron varios disparos mortales y se fugaron. En su libro *El precio del deber*, el principal historiador de la Policía de la Provincia de Córdoba, el fallecido comisario inspector Rafael Roque Jaime, afirma: "Pese a que Montoneros se atribuyó el asesinato, quienes conocimos al comisario general Paz sabemos que era un excelente policía (en consecuencia, desconfiado) y que si estaba sacando su vehículo en presencia de su familia era porque conocía a sus interlocutores y no tenía motivo para

sospechar". Y finaliza: "En medio de mucha tensión, sus restos fueron sepultados en el cementerio San Jerónimo". Cuando en una entrevista se le consultó sobre los términos "mucha tensión" (también reflejados en la prensa local), Jaime manifestó que la viuda del comisario Paz echó del funeral al propio Ministro de Gobierno y a su comitiva integrada por el Jefe de Policía, gritándoles "asesinos".

38 Se refiere al brigadier Raúl Oscar Lacabanne, entonces interventor federal de la provincia.

39 Moore se refiere al testimonio que rindió a fines de octubre de 2009 el ex miembro del D2 Ramón Roque Calderón, en el que relató cómo fue torturado y asesinado el subcomisario Albareda.

9

LA “TÍA”, EL “PIPO” Y LEURINO

—Nombraste también a la “Tía” Pereyra, ¿sabés qué le ocurrió?

—El de la “Tía” Pereyrafue un caso complejo, pero bien representativo de todo este proceso, no sólo de desperonización de la represión sino, principalmente, de lucha interna dentro del D2, porque en realidad de esto se trató, de lucha por el poder en el mismo D2. La “Tía” Pereyra era ultralopezreguista, ultraverticalista al gobierno justicialista. En medio de un proceso en el que estaban raleando no sólo a los elementos peronistas sino a todos los elementos de la oficialidad y la suboficialidad que se oponían o que potencialmente podían llegar a oponerse de modo abierto o encubierto a esta interferencia militar en el curso de la represión, especialmente en la Policía y particularmente en el D2, en el medio de todo ese proceso, cayó la “Tía” en la volteada. La “Tía” Pereyra no sólo era lopezreguista, había otro problema con ella, algo que todos sabían en el D2: mantenía un vínculo muy pero muy cercano con la Secretaría de Inteligencia de Estado, SIDE, y lo hacía a través de José Ciscar. Ciscar era su amante, había sido custodio de Lacabanne y pertenecía a la SIDE, y ambos murieron en una emboscada del ERP, muy pero muy convenientemente.

Lo último que quería Telleldín era la SIDE dentro del D2. Al D2 podían entrar los milicos por aquel tiempo. Hasta por ahí nomás, los “federicos”,[40] aunque Telleldín a los federales casi no los dejaba entrar. Antes de su arribo, los

federales entraban al D2 una vez por semana, aproximadamente: venía uno al que le decían el “Cabezón” o el “Gato Cabezón”, un tipo de estatura baja, una cabeza enorme, prácticamente no tenía cuello, pelo castaño oscuro, ondulado; con bigote tipo cepillo. Bueno, a ese tipo Telleldín no lo dejó pisar más el D2. Salvo que hubiera una cuestión muy especial, a partir de su llegada, al D2 sólo entraba el Ejército. Hay que ubicarse políticamente en la época: la razón por la que no querían a la SIDE ni a la Policía Federal fue porque ellos trabajaban directamente para el gobierno nacional, el gobierno justicialista, y eso contradecía totalmente lo que los militares querían hacer, que era tomar control total de la represión, especialmente del D2. Desperonizar completamente la represión y aislar al gobierno central de su conducción; gobierno al que fueron desarmando poco a poco.

La “Tía” murió abatida por el ERP, eso es un hecho. Pero el ERP tuvo suficiente tiempo y suficiente información como para montar una emboscada perfecta. La “Tía” fue al Policlínico Policial para hacerse atender. Y entiendo que el ERP, en una casa ubicada en una esquina, usó granadas autopropulsadas y dos o tres FAL. Ahora, la pregunta que acá surge necesariamente es: ¿cómo sabía el ERP el día y la hora del turno de la “Tía” Pereyra en el Policlínico Policial? ¿Cómo sabía el ERP todo esto, cuando, por práctica regular, el personal policial, especialmente del D2, usaba otra identidad para los turnos en el Policlínico? Estoy seguro de que si alguien va y mira los libros de la época, el nombre de la “Tía” no va a salir en ningún turno. Ella se estaba haciendo atender porque tenía una afección, no sé cuál era exactamente, y por esa razón iba bastante seguido al Policlínico Policial. Si alguien se pasa la película de que la siguieron, entonces resulta muy difícil montar una emboscada como la que le hicieron, porque fue muy precisa. Pero suponiendo que el ERP hubiera tenido una inteligencia tan buena, tan precisa, con alguien metido dentro del Policlínico Policial que le pasara el dato, entonces, ¿cómo sabía la ruta que ella seguía? Eso ya era prácticamente imposible saberlo, porque siempre, absolutamente siempre, iban por caminos distintos, y sobre todo la “Tía” Pereyra, que se había hecho

muy famosa por lo que hacía, por torturadora.

Todo esto que digo lo observé en las circunstancias que siguieron a su muerte, en especial en la reacción de la conducción del D2 ante ese hecho y en las consecuencias que tuvo en la estructura del D2. Porque, lejos de confirmar que el ERP hubiera podido, con inteligencia propia, obtener los movimientos tan precisos para montarle una emboscada tan perfecta a la "Tía" Pereyra, se suscitaron algunos hechos que tiraron esto por tierra. Merlo fue acusado inmediatamente por Telleldín de haberle pasado al ERP —a través de Cristóbal "Pipo" Romero— los datos de los movimientos de la "Tía" Pereyra. Romero era un integrante del ERP que se había dado vuelta, trabajaba dado vuelta, ¡pero dado vuelta en serio! Era un doble agente pagado. Tenía credencial de la Subsecretaría de Seguridad, tenía sueldo, tenía arma reglamentaria, vivía en su casa con su mujer, y al mismo tiempo seguía manteniendo contactos con el Frente Fabril del PRT en Córdoba.

Este trabajo fue una obra maestra del D2, porque lo hicieron de una forma tal que a Cristóbal Romero, sólo dos o tres días después de haber sido arrestado, lo sacaron rápido del D2 para que se conectara con su gente, cosa de que ellos constataran que no había desparecido. Y también le hicieron un libreto, para que si le hacían una pregunta, él supiera perfectamente qué tenía que decir para quedar cubierto: "¡Sí, mirá, cayó tal casa y me tuve que borrar del mapa, pero está todo bien!". Estaba todo bien… sí, estaba todo bien… ¡Pero para el D2! Porque mientras Romero trabajaba con el Frente Fabril del PRT, iba obteniendo información sobre el Frente Militar, para el D2 y el Comando Libertadores de América, y con esos datos los estaban barriendo del mapa. Directamente, los estaban exterminando. Con la muerte de la "Tía" Pereyra, el debate, que más que debate fue un despelote y un puterío tremendo allá adentro, sobre todo con Merlo, terminó con su expulsión del D2 —porque lo acusaban directamente de haber permitido que se pasara información— y también con el asesinato de Cristóbal Romero en un potrero a la salida de Córdoba, camino a Monte Cristo. Todo muy convenientemente, porque Merlo, histórico del D2, fue removido; la

“Tía” ya no existía más, y la SIDE, totalmente afuera.[41]

Entonces ahí quedaba solito Romano con una brigada a sus pies, y con Tissera y Telleldín como únicos jefes, siguiendo todos estrictamente la estrategia militar, la estrategia castrense. Y no quedaron más peronistas dentro del D2, porque después de eso echaron o mataron a todos los de las Tres A vinculados al D2 que seguían siendo peronistas.

—Es decir que la muerte de la oficial ayudante Pereyra fue perpetrada por el ERP con información que habría proporcionado el mismo D2.

—¡Absolutamente! ¡El D2 le pasó la información al ERP! Y lo hicieron a través del doble agente Romero. ¡No había otra forma de que obtuvieran datos tan precisos! Inclusive, si hubieran tenido alguien dentro del Policlínico, podrían haber sabido qué día iba a hacerse atender, podrían haber sabido a qué hora, ¿pero podrían haber sabido la ruta que iba a tomar? Ellos, los del D2, nunca seguían el mismo camino; siempre cambiaban de ruta, siempre. Era una cuestión de práctica de todos ellos, no sólo de la “Tía” Pereyra sino de todos. Ninguno de los que trabajaban en el D2 salía y se iba derecho a su casa. Hacían toda clase de cambios de rutas y contraseguimientos, y siempre se aseguraban de que no estuvieran siendo seguidos. El ERP la mata a la “Tía” con información pasada por el D2. En otras palabras, a Pereyra el D2 “le tendió la cama”, y lo hizo a través del ERP. Y con su muerte consiguieron exactamente lo que querían dentro del D2: la purga interna, la limpieza de la conducción del D2; porque, a diferencia de los otros policías asesinados, en este caso hubo una lucha interna de poder. Los homicidios de policías siguieron, aunque con otra modalidad, porque a los otros los ejecutaban ellos mismos. Lo que pasaba era que también había diferencias entre esta mujer y el resto de los policías asesinados, porque en los otros casos, cuestionaban en general los métodos y la forma de reprimir que había adoptado la policía. Pero en el caso de la “Tía” era por una cuestión de poder interno del D2: ella era alguien a quien todos ahí adentro conocían y respetaban. No te olvides que la “Tía” Pereyra fue durante mucho tiempo la número cuatro del D2. Fue una operación de inteligencia perfecta, porque les

permitió solucionar varios problemas sin ensuciarse las manos.

—¿Qué más recordás de Cristóbal "Pipo" Romero?

—Cristóbal Romero era un sargento de inteligencia del ERP y su alias era "Pipo". Romero cayó para julio, más o menos... no, para junio del '75. Y lo trabajaron muy pero muy rápido. Él estuvo en el calabozo al lado del nuestro por no más de dos noches, e inmediatamente lo sacaron a operar. Primero con escolta, para verificar que efectivamente siguiera manteniendo contacto con el Frente Fabril del PRT. De esa forma lo cubrían y lo controlaban al mismo tiempo. A Romero no lo dejaron fuera de circulación, sino que después de detenerlo, lo volvieron a la calle a los pocos días, porque si no el ERP lo habría advertido. Y la explicación de él fue que por dos o tres días se había tenido que perder porque había caído una casa operativa, y se había borrado por seguridad, pero que estaba todo bien. Entonces él siguió trabajando con el Frente Fabril, y a medida que seguía trabajando con el Frente Fabril, el D2 iba barriendo con todo el Frente Militar de la Zona Este de ese mismo Frente Fabril. Él era un verdadero doble agente, porque, como te decía, consiguió licencia de la Subsecretaría de Seguridad de la Provincia de Córdoba; tenía sueldo y, es más, tenía un arma reglamentaria; nada de armas truchas: él tenía una reglamentaria. El tipo se encuadró en la Brigada de Merlo y lo trabajaron de la misma forma que usaban a los chorros, pero lo usaron de una forma diferente. El ERP ni soñaba que trabajaba para la Brigada de Merlo. La cuestión fue que lo usaron hasta después de la muerte de la "Tía", y ahí Telleldín lo acusó a "Pipo" por la muerte de la "Tía", porque era el único dentro del D2 que mantenía contacto con el ERP afuera. Y también lo acusó, tanto a él como a Omar Leurino, del intento de secuestro a un obrero de Transax que terminó en un quilombo porque los descubrieron.[42] Entonces a Merlo —al que ya no lo querían— lo echaron, y a "Pipo" y a Leurino, los mataron.

—¿Cómo matan a Romero?

—A Romero lo van a buscar a la casa. Él tenía chicos, y la mujer, si mal no recuerdo, era Testigo de Jehová. Ella tuvo que haber estado presente cuando

fueron a la casa a buscarlo. Ellos siempre iban con el mismo cuento: les decían que Telleldín les quería hablar. La cuestión es que lo levantaron y, en lugar de llevarlo a hablar con Telleldín, se lo llevaron a un potrero a la salida de Córdoba, camino a Monte Cristo, y le metieron un par de "cuetazos". Y me acuerdo de que, a diferencia de todos los otros casos, a "Pipo" le pegaron una etiqueta del ERP en la cabeza. En esos tiempos, el ERP andaba con unos calcos: eran banderitas del ERP, de color blanco y celeste, con la estrella roja en el medio. Y abajo decía: "Las Tres A son las Fuerzas Armadas". Y le pegaron la etiqueta como queriendo hacer pasar que eran los del ERP los que lo habían matado, por traidor. El que le pegó los tiros fue "Bóxer" Antón, pero en el hecho estuvieron varios, y, si mal no recuerdo, fueron en tres autos: un Torino rojo con techo vinílico; un Fiat 125, no recuerdo el color, y un Peugeot 504 de color verde clarito o celestito.

—*¿Qué otras personas participaron de ese hecho?*

—Los que participaron en ese hecho fueron Tissera, Romano, Yanicelli, "Sérpico" Bucetta, "Chato" Flores, "Cara con Riendas" Lucero, "Bóxer" Antón y la "Cuca". Y también lo llevaron a ese chofer que después mataron: Cebrero. Él empezó a prestarse a salir con la Brigada, y ese fue su problema, porque empezó a conocer demasiado. Y como le daba al vinito, empezó a hablar; lo liquidaron unos meses después.

Creo que esos meses fueron los más difíciles que pasé ahí en el D2. Fue terrible. Para mí, fue el peor momento que pasé durante todo mi cautiverio, porque se alcanzaron niveles increíbles de violencia. Y todo ocurrió entre julio del '75 y febrero del '76, tal vez marzo. Y después de un *impasse* que hubo en marzo, con el golpe de Estado, se volvió bien pesada la mano de vuelta, para más o menos el mes de mayo o junio del '76 hasta la primavera, hasta septiembre del '76. No te olvides de que a mí a finales del '76 me llevaron al Campo de La Ribera y a La Perla. Hoy es muy difícil de explicar con palabras los niveles de violencia que esa gente desplegaba en esos meses, porque fue una muerte tras otra, una tras otra.

—¿Qué sucedió con Leurino?

—Leurino era un integrante de las Tres A que trabajaba a las órdenes de Choux, y, al igual que “Pipo” Romero, tenía sueldo y credencial. Era un matón de las bandas sindicales de aquellos años que hacía “trabajos” para el que pusiera plata. Y Choux lo metió en la Policía, porque el tipo les hacía el trabajo sucio. Cuando vino Telleldín, lo empezó a desplazar, porque ya tenía institucionalmente quien le hiciera esos “trabajos”, pero, sobre todo, porque Telleldín trajo a su gente. Pero el tipo siguió operando, y en octubre o noviembre del ’75, Leurino con otros más decidieron secuestrar y matar a un obrero de Transax que el “Pipo” Romero había marcado. Pero el tipo este, el obrero, logró escaparse e hizo la denuncia en *La Voz del Interior* de todo lo que había ocurrido, detallando quiénes habían sido. Denunció absolutamente todo. Inmediatamente actuó la Justicia Federal, porque en ese caso quedó en evidencia realmente cómo asesinaba gente el D2. Y como Leurino se vio acorralado, amenazó con que si no lo protegían iba a denunciar todo lo que venía pasando, especialmente los homicidios de los policías, que él sabía que iban a desatar un verdadero escándalo. Así que, inmediatamente, y al igual que con Romero, lo fueron a buscar a la casa y, con promesas de que lo iban a sacar del país, se lo llevaron para el lado de Traslasierra y ahí lo mataron. En esa estuvieron Tissera, Romano, Yanicelli y el “Chato” Flores. Recuerdo perfectamente haber hecho la explotación de prensa, porque ese caso se convirtió en un verdadero escándalo. Si buscás en los diarios de la época, especialmente en *La Voz del Interior*, vas a encontrar la denuncia de este obrero, y todos los problemas que se suscitaron después. Hasta que, “misteriosamente”, apareció Leurino muerto. Ah, y como siempre, salió el “comunicado” de Montoneros en el que se atribuían el hecho. Así hacían las cosas. Siempre.

40 En la jerga policial se designa así a los integrantes de la Policía Federal Argentina.

41 Pereyra fue asesinada el 2 de octubre de 1975, y Romero, el 19 del mismo mes.

42 Se refiere al intento de secuestro y asesinato de Wenceslao Amaya, el 3 de noviembre de 1975, por parte de los integrantes del D2 Omar Leurino y Víctor Martínez. Véanse detalles más adelante en el relato.

10

EL PADRINO Y SU SOMBRA

—¿Recordás cómo fue la vida de Mónica dentro del D2?

—Bueno, la pobre “Negra” soportó muchísimos sufrimientos dentro del D2. Primero, cuando la tuvieron en la pieza de las chicas, sufrió la patota. Después, porque vivió el aislamiento, el vacío y hasta las agresiones que le hacían el resto de las prisioneras. Y eso duró hasta que la pude traer a vivir conmigo. Pero mucho antes de que consiguiera que la trajeran conmigo al calabozo, una noche nos encontramos en el baño. El cabo del cuarto que estaba de guardia hizo la vista gorda, y en ese encuentro con Mónica, tuvimos sexo y ella quedó embarazada. Y el 7 de enero de 1976, con dos semanas de atraso, nació Natalia, nuestra hija, por medio de una cesárea que le hicieron en el Policlínico Policial. Natalia fue concebida en un baño del D2, y nació con su madre esposada a una cama, en un hospital policial.[43] Después de que nació la nena, la pobre “Negra” se aguantó el traslado al Buen Pastor y luego al Campo de La Ribera. En el Buen Pastor casi la linchan, casi la matan. Y en Campo de La Ribera vivimos una incertidumbre tremenda, porque no sabíamos qué nos iba a pasar. Pero finalmente volvimos al D2.

—¿Cuál fue el destino de tu hija después de nacer?

—A los dos, tres días de haber nacido Natalia, empezaron a llegar llamadas anónimas a la casa de mi madre diciéndole que hiciera algo porque a Mónica le iban a robar la nena. Según lo que le decían, Natalia ya estaba vendida. Nunca

supimos quiénes fueron los que hicieron las llamadas, pero sospechamos que eran miembros de la misma policía. Así que mamá, a los cinco o seis días del parto, y después de haber estudiado el cambio de guardia del Policlínico, la sacó a Natalia del hospital y se la llevó con ella. Según me contó después, lo hizo en el cambio de guardia, a eso de las siete de la mañana, aprovechando que había mucho movimiento de personal. Fue con mi hermana, que se quedó en un Renault 12 con el motor en marcha cerca del Policlínico; mamá entró en el hospital, fue a la pieza donde estaban Mónica y la nena, levantó a Natalia, la envolvió y salió caminando como si nada. Nadie la paró; nadie le dijo nada de nada. Hablando en criollo, se la "choreó" del hospital. Subió al auto y se fue con mi hermana hacia el centro de la ciudad. Llegaron a las inmediaciones del Registro Civil y ahí hicieron tiempo en un bar hasta que pudieron ir y anotarla. Mamá registró a Natalia como si hubiera nacido el día anterior, y, como correspondía, nos registró a Mónica y a mí como sus padres. Y de ahí se la llevó a la casa de la familia.

El problema de haber hecho eso fue que creó mucha presión dentro del D2 hacia mí, como en el Policlínico hacia Mónica, que continuó internada unos días. Y también empezaron a presionar al resto de la familia. Pero fue después de que la trajeron a Mónica de vuelta al D2, aproximadamente una semana más tarde, que Telleldín medió para conciliar y negociar la situación, porque dentro del D2 todo el mundo sabía que a Natalia la iban a robar y que mamá la había sacado antes de contrabando. Fue ahí que Telleldín propuso bautizar a Natalia, e incluso se ofreció como padrino. Finalmente, Natalia fue bautizada y Telleldín, efectivamente, fue su padrino.

—¿La ceremonia del bautismo de Natalia se hizo en el mismo D2? ¿Fue algún sacerdote, algún invitado?

—Se hizo en el patio de atrás, y [ahí] no vino ningún sacerdote, pero adelante sí. Lo que sucedió fue que en un momento Telleldín se la llevó a Natalia hacia la parte de adelante, y parece que ahí trajeron un sacerdote para la ceremonia, pero yo no la presencié. Sólo recuerdo de ese momento que yo aprovechaba para

tener a Natalia en brazos todo el tiempo que podía. Incluso me sacaron unas fotos. Recuerdo que en esa época pesaba sólo 43 kilos. Parecía un judío en un campo de concentración. Años después, viendo esas fotos, me di cuenta realmente de cómo vivíamos en ese lugar. Nuestro estado era espantoso. También recuerdo que la pobre Mónica no quería saber nada de que le sacaran fotos. Ella, directamente, se escondió, porque el tiempo que estuvo en el D2 vivió como encerrada en una cápsula. Se quedaba mucho tiempo dentro del calabozo, como buscando algún tipo de protección en esas cuatro paredes. La cuestión es que hicieron una especie de fiestita ahí en el D2, en el patio de atrás, para celebrar el bautismo. Trajeron unas papas fritas, unas bolsitas de maní, unas botellas de Coca-Cola. ¿Pero qué fiesta podía hacerse en el D2? En realidad, fue un festejo artificial, un show, como muchas de las cosas que se hacían en el D2.

—*¿No hubo madrina?*

—No, no. Qué va… ¡O por lo menos yo ni me enteré! ¡Imaginate el clima de esa fiesta!

—*Sólo sabés que Telleldín fue el padrino…*

—Sí, porque dijeron que la iban a bautizar y Telleldín se la llevó adelante, a su despacho, y me la trajo como a la media hora de vuelta… Era chiquitita, y yo no me cansaba de tenerla y mirarla. Y esa fue la última vez que la vimos y la pude tener, hasta la fuga. Cuando llegó mamá, se la llevó, y adiós Natalia, porque después de que la bautizaron, Natalia quedó en la casa de mamá. El temor por lo que había sucedido en el Policlínico, el temor de que la robaran, hizo que para mamá se hiciera insostenible seguir viviendo en Argüello, así que terminaron vendiendo la casa y se fueron con mi hermana y la bebé a vivir a las sierras, a La Cumbre, lejos de todo. Y por suerte, en ese caso, tuvieron tranquilidad por un tiempo. Mi hermana Patricia comenzó el colegio secundario en La Cumbre, y se pudo criar en un ambiente mucho más tranquilo, fuera de toda la presión urbana y especialmente de la policía. La Cumbre era un pueblo muy tranquilo, incluso se había hecho amiga de un montón de chicos, y todos iban a la casa. Tuvo una vida muy pero muy agradable durante esos años. Mientras, Natalia se criaba ahí

en La Cumbre, y ni Mónica ni yo la veíamos, o sólo en algunas escasas oportunidades, cuando mamá la traía. Recién cuando Mónica salió en libertad, hacia fines del ’78, volvió a reunirse con Natalia. Pero ya habían pasado casi tres años desde que se habían separado.

—*¿Aún conservás las fotos?*

—No, porque después de haberse sentido muy mal, tras una depresión muy fuerte que Mónica sufrió acá en Inglaterra, las terminó rompiendo hace algunos años.

—*Cuando la familia escapa a Brasil, ¿llevan a Natalia?*

—Sí, la llevamos, pero ellos salen primero. Porque Mónica, mamá, Patricia y Natalia salieron antes que yo. Antes de escaparme del D2, hice que toda la familia se fuera del país, salvo papá, que no quiso. De otro modo, era incierto nuestro final. Yo me encontré en Brasil con una Natalia de casi cinco años. ¿Y podés creerlo? Era la primera vez, después de su bautismo, que volvíamos a estar juntos. Tantos años, tantos años… Yo a Natalia nunca la había vuelto a tener hasta que llegué a Brasil. Y me acuerdo de un detalle que no se me va a borrar jamás: ella me rechazaba terriblemente. Porque, de golpe, aparecía este personaje, alguien a quien ella no conocía. Ella la tenía a Mónica, a mamá y a Patricia. Y yo no contaba… ¿Quién era yo? No me reconocía como su padre, ni como nada. Me tenía mucha bronca, porque era como que yo venía a desestabilizar su estructura familiar. Me quería, jugaba conmigo, pero sentía atracción y rechazo al mismo tiempo. Era una dualidad bien fuerte. Esto al principio me hacía divertir. Pero después noté que ella sufrió, tal vez mucho más que nosotros, todo ese proceso.

43 Natalia Moore también reside en el Reino Unido. Es madre de una niña, Gabriella, que fue entregada en guarda a sus abuelos maternos luego de que Natalia fuera declarada incapaz por una Corte inglesa por padecer de esquizofrenia, posiblemente ocasionada por la situación emocionalmente adversa vivida durante

sus primeros años. Natalia actualmente sólo puede tener contacto con su hija en determinadas épocas del año y en presencia de una profesional designada por los Tribunales ingleses. Por otra parte, el contacto con sus padres es prácticamente nulo. Todo parece indicar que jamás pudo escapar de la influencia del D2 en su vida.

11

NEGRO EL ’76

—¿Qué recordás de la línea editorial de los diarios que te traían para analizar?

—Mirá, de los diarios que recibíamos en el D2, para mí el más honesto en aquellos años era *La Voz del Interior*. Ellos tenían una postura editorial muy, muy clara: estaban completamente opuestos a esa campaña de bombas, secuestros y asesinatos que el D2 había lanzado. Y si bien no lo denunciaban directamente, siempre insinuaban que eran producidos por las fuerzas de seguridad. Eso empezó a generar una tensión con la Policía, a punto tal que los del D2 le metieron una bomba a la imprenta y lo sacaron de circulación por dos o tres días.

En cambio, el diario *Córdoba* mantenía una posición un poco más moderada en ese sentido, porque si bien siguió informando y siguió criticando lo que estaba pasando, el diario *Córdoba* hacía más énfasis en la ola delictiva, en lo que eran los delitos comunes. La población de Córdoba estaba aterrorizada con los escuadrones de la muerte, el terrorismo, los secuestros, pero encima no te olvides de que también los índices de delincuencia común eran muy altos. Y el diario *Córdoba* se centró más en esto.

En cambio, el diario *Los Principios,* no. El diario *Los Principios,* o ignoraba lo que estaba pasando —lo que no era posible— o reflejaba una postura más pro represiva. Yo recuerdo que el periodista que escribía para ellos con relación a

política, subversión y represión se llamaba Barrientos, y era el único periodista acreditado en el D2, el único que iba y podía entrar. Ningún otro periodista podía entrar al D2. Pero yo recuerdo que Barrientos iba y entraba “como Pancho por su casa”, sin ningún tipo de problemas, hubiera diez prisioneros o cincuenta. Y aunque se quedaba adelante, tenía que ser ciego para no ver los pisos forrados de prisioneros tirados boca abajo. Además, de adelante se escuchaba el griterío de los prisioneros cuando los torturaban, y en general todo demostraba lo que estaba pasando allá adentro.

Por lo que yo sabía, los del diario *Córdoba* tenían acreditación en Jefatura y los periodistas tomaban nota de todos los comunicados y los partes que la policía hacía, pero en Jefatura. En cambio, a los de *La Voz del Interior* no sé si directamente los atendían. Hago mención de los partes de prensa porque llegó un momento en el que yo estuve en la preparación de esos partes de prensa, que después iban a los diarios, y te puedo asegurar que no valían el papel en el que estaban escritos, porque si algo no reflejaban era lo que pasaba; estaban muy lejos de la realidad.

Los partes de prensa tenían dos criterios fundamentales y se los seguía al pie de la letra: uno era la propaganda, por supuesto, y era subrepticia. El mensaje era que a la guerrilla, a la zurda, a la oposición, a la militancia de la JP y del ERP, se las estaba barriendo del mapa. Y que eso era gracias al accionar de las Fuerzas de Seguridad y del Ejército, lo que llamaban las Fuerzas Conjuntas. La gente creía que se trataba de la unión de la Policía de Córdoba y del Ejército. ¡Y las Fuerzas Conjuntas eran el capitán Quiroga, el teniente Vergez y la banda del D2! ¡Esas eran las Fuerzas Conjuntas en Córdoba! En el aspecto de propaganda, lo que buscaban era que la población, podrida, cansada de los atentados terroristas, pidiera a gritos la presencia de los militares. Lo que ellos iban buscando era el consenso de la ciudadanía para que los militares tomaran finalmente el poder, que pusieran orden y que terminaran de una vez con toda esa violencia, entre comillas, “terrorista”, ¡y la realidad era que la mayoría de los atentados atribuidos a la guerrilla eran obra del mismo D2! Por cada bomba de la guerrilla,

explotaban diez de las que plantaba el D2. Incluso, a la mayoría de los policías muertos los habían asesinado ellos mismos, como recién expliqué. Es decir que mientras aprovechaban para terminar con la oposición interna en la estructura de la Policía, al mismo tiempo le hacían creer a la gente lo sanguinarios que eran los guerrilleros por matar policías y poner bombas, ¡cuando eran ellos los que los mataban y ponían bombas!

Esto se engancha con el otro aspecto que tenían los partes de prensa, que era la contrainformación. Y en la contrainformación también trabajaron fuerte, porque eran unos verdaderos expertos en contrainformar. Los del D2, si en algo fueron buenos, fue en contrainformar. En eso fueron unos verdaderos artistas. Ellos, de esa forma, embaucaban a todo el mundo. Con la contrainformación lo que hacían era que aparecieran todos esos secuestros y asesinatos hechos por ellos como si hubieran sido obra de la guerrilla. Sembraban terror y se lo atribuían a la guerrilla. Incluso, el ERP lanzó una campaña denunciando ese tipo de actividades: ya comenté que tenían una etiqueta autoadhesiva que pegaban en autobuses, en postes de luz, en paradas de ómnibus, y era la banderita del ERP celeste y blanca, con la estrella roja; y en la parte celeste decía: “Las Tres A son las Fuerzas Armadas”. Pero eso duró poco y no surtió ningún efecto, porque la contrainformación era tan pero tan fuerte que, en el caso de Córdoba, finalmente se instaló esta idea de que había una guerra entre terroristas. Esto yo lo describo en un documento que hice tiempo atrás, lo describo en la Fase Uno, donde se instalaba la sensación de terror a nivel de la población a través de la contrainformación. En los partes de prensa de la Policía se presentaba que todo lo que estaba ocurriendo era a raíz de una disputa de poder, de una bronca interna dentro del peronismo, que se estaban matando entre ellos. Y todo el tiempo el mensaje entre líneas de todos los comunicados de prensa que se emitían del D2, y de todas las conferencias y discursos que se daban, era el mismo: “¡Esta es una bronca entre los peronistas!”. Permanentemente se daba ese mensaje en absolutamente todos los comunicados. Y mientras, seguían barriendo con toda la resistencia, peronista y no peronista, armada o no. Y de

tanto repetir lo mismo, obtuvieron una forma de aceptación social importantísima. Propaganda y contrainformación. Así fue como consiguieron el golpe de Estado con mucho consenso de la gente.

—*¿Ese era el objetivo final?*

—El objetivo de ellos era, abiertamente, limpiar, despejar totalmente el camino para llegar al golpe militar. Ese era el objetivo en esos meses previos. Es más, llegó un momento, antes del golpe militar, los meses de enero, febrero y marzo, que yo recuerdo que, a nivel de operaciones, en el D2 fueron bastante tranquilos, justamente porque no querían terminar con la guerrilla. ¡Ellos necesitaban que la guerrilla siguiera existiendo para justificar el golpe! Si no, ¿de qué modo lo iban a justificar? Y la realidad era que, para esa fecha, la guerrilla estaba en bancarrota total: para el día 24 de marzo del año 1976, la guerrilla prácticamente había sido exterminada. En Tucumán los habían barrido completamente del mapa, y ellos lo sabían muy bien. En Córdoba, el aparato urbano del ERP, el Frente Militar, estaba terminado, completamente terminado; el aparato de los Frentes Sociales, terminado. Decime: ¿quién iba a ir y poner la cara en una villa miseria y hacer trabajo social? ¿A quién se le iba ocurrir repartir un camión de leche? ¡Te vendían los mismos villeros! Y eso debido a la tremenda represión que había, pero fundamentalmente al terrorismo, que ellos se habían encargado de instalar y que decían combatir.

—*¿Recordás cómo se vivió el 24 de marzo del ’76?*

—Sí. Recuerdo que el 23 a la noche la cosa estaba bien caliente en el D2, porque estaban todos muy, muy preocupados. Había mucho nerviosismo. Incertidumbre es la palabra. Yo no me acuerdo exactamente a qué hora se produjo el golpe, porque me dormí, pero hay una cosa que sí recuerdo: cuando tocó el campanario las seis de la mañana, ahí dentro hubo festejos. Me desperté, la desperté a Mónica y le dije que se tranquilizara, porque había estado muy mal toda la noche, muy nerviosa. Me levanté y la guardia que entraba a las siete de la mañana, la de Gontero, si mal no recuerdo, antes de las seis de la mañana ya se había hecho presente. Es difícil de explicar, pero fue como si el golpe hubiera

tranquilizado o congelado la acción del D2, como si se hubieran relajado, pero eso fue sólo por unos días. A partir de ese momento se impuso de manera total el mando castrense y el responsable absoluto, quien tenía todo el control de la represión, pasó a ser el Ejército y no la Policía. Fue como una válvula que permitió que se desinflara toda esa tensión que se vivía en el D2. Por eso, era lógico que inmediatamente después del golpe se produjera como un *impasse*. En el D2, durante una semana pareció que era domingo. ¡Había una tranquilidad! Todo el personal se relajó.

Después de que pasó esa primera semana, la actividad empezó a acelerarse de vuelta, ¡y de qué forma! Empezaron de nuevo los secuestros y los interrogatorios. Las bombas aflojaron totalmente, pero los secuestros no. Y ya no eran arrestos, eran directamente todos secuestros. Y cuando traían prisioneros al D2, duraban poquísimo; ya no estabas hablando de cuatro, cinco días, en la "sección ablande". ¡No! Una, dos horas y se los llevaban. Eso me reforzaba la idea de que tenía que existir alguna instalación militar o policial en algún otro lado, porque en algún lugar tenían que "guardar" a toda esta gente; en algún lado "los trabajaban". Para entonces, yo ya tenía una buena idea de la demanda logística que es tener veinte, treinta detenidos en el D2, y sabía que tenían que tener infraestructura y logística suficiente para mantener semejante cantidad de detenidos. Pero no sabía dónde estaban esos lugares hasta que fui trasladado.

Lo que sí recuerdo es que se intensificó el aspecto de informaciones más que el de operaciones, porque yo pasé a trabajar dieciséis horas por día, o incluso más. Es que ya no era sólo explotación de prensa, ya no era la Sección Económica, sino que ahora me tiraban todo Asuntos Estudiantiles, Gremiales y Culturales. Y para colmo se la pasaban grabando cada reunión, cada mitin que había. ¡Cuassolo me traía una cinta tras otra, todas las noches! Y yo tenía que desgrabar esas cintas. Eran cintas de sesenta minutos; y a veces me traían dos cintas por noche: estamos hablando de ciento veinte minutos, o sea, ¡ochenta o noventa páginas a máquina desgrabadas al pie de la letra! Yo empecé a laburar dieciséis, dieciocho horas por día. Me acuerdo de que me daban el domingo de

descanso y dormía todo el día. Llegaba al domingo agotado, muerto.

Y recuerdo que además hubo otro fenómeno: la pieza esa que estaba al lado del baño la reactivaron y empezaron a traer más detenidas: yo me acuerdo, por ejemplo, de una holandesa secuestrada, que no sé si sobrevivió o no. Se llamaba Mush y se hizo gran amiga de Mónica, inusualmente, porque nosotros con los detenidos no teníamos trato. Pero en ese caso fue diferente, porque ellas se hicieron amigas. Y además de esta chica holandesa, por esos días cayó nuestra querida compañera la "Gringa" del MP17. Cayó con un "cumpa" nuevo que tenía, que estaba con los "montos". Y tanto Mónica como yo nos hicimos los boludos, como si no la hubiéramos visto nunca a la "Gringa". ¡Ah!, y también recuerdo que por esos días cayó detenido hasta un norteamericano. Era un negro bien alto, muy grandote, y a él lo tiraron al calabozo mío: la sacaron a Mónica, a pesar de que ya vivíamos juntos en ese calabozo, y la pasaron a esta reactivada pieza de las chicas. Y al negro lo tiraron conmigo. Lo tuvieron como ocho o nueve días. Yo recuerdo que este hombre estaba haciendo un relevamiento alrededor de Mar Chiquita por el asunto de la planta de soda Solvay, porque querían montar en esa zona una planta de agua pesada, nuclear. Y lo tuvieron siete, ocho días en el D2 hasta que vinieron de la Embajada y se lo llevaron de vuelta a los Estados Unidos. En cuanto a la cantidad de detenidos alojados en el D2, en ese período empezó a aflojar: en lugar de treinta o cuarenta detenidos, bajó a diez, como mucho. Y la Brigada, si bien seguía operando, medio que empezó a convertirse en un Departamento de Informaciones, porque si bien salían a la calle, después de los secuestros no operaban tanto dentro del D2. Ya no traían tantos prisioneros, y si los traían era de paso, porque ahí ya no había casi interrogatorios, por ejemplo. Y eso es lo que a mí, te vuelvo a repetir, me hacía sospechar que tenía que existir una instalación en algún lado. Porque, sí o sí, a esos prisioneros los iban a interrogar. A veces los golpeaban y les preguntaban algo, pero durante ese primer tiempo, y como te dije antes, no duraban mucho. Porque los sacaban en masa hacia la parte de adelante del D2, los subían a los Unimog, esos camiones Mercedes-Benz del Ejército, y se los

llevaban. Cada vez que había un traslado de esos, yo pensaba: “Un día me va a tocar a mí el turno”. Y ese día llegó, y llegó de la forma menos pensada. Más o menos al final de la primera semana de noviembre de 1976 vinieron los de Gendarmería al D2, entraron al patio de atrás, lo esposaron a “Kent”, la esposaron a Marta, y los tabicaron. Después la esposaron a Mónica y a mí, todos para atrás, y nos tabicaron. A pesar de estar yo tabicado, podía ver un poquito. Nos llevaron y nos subieron a un camión, que no puedo decir de qué tipo era, pero sí que era un camión que estaba custodiado como por diez o doce guardias, no por soldados, sino por gendarmes. “¡Nos llegó el turno a nosotros!”, pensaba. Yo me acuerdo de ir tirado en el piso del camión —íbamos los cuatro tirados— con las botas de los gendarmes encima de la espalda. ¿Y sabés qué pensaba? Que ese era el destino final. “¡Mirá cómo la vine a terminar!”, pensaba todo el tiempo.

12

ENTREVISTA LABORAL

—¿Qué sucedió finalmente? ¿Adónde los trasladaron?

—Después de un rato, llegamos donde vine a descubrir que era el lugar al que estaban trasladando a todo el mundo: Campo de La Ribera. Pero quiero aclarar algo: Campo de La Ribera, para mucha gente, era la muerte, pero, comparado con la "Escuelita" de Unquillo, si bien no puedo decir que era una colonia de vacaciones, para mí no era nada comparado con aquella otra bestialidad. Incluso puedo hacer comparaciones entre Campo de La Ribera y la "Escuelita" de Unquillo: Campo de La Ribera estaba controlado por los militares y por la Gendarmería, contrariamente a la "Escuelita" de Unquillo, que estaba controlada por la Policía. Y acá hago una aclaración: la que controlaba la "Escuelita" de Unquillo no era la Policía institucional, no era la Policía de escuela, sino que era esta banda del D2, que no era lo mismo. Y si en algo se destacaba era en la denigración del individuo, una denigración total de la persona: tener desnudas a las mujeres, tiradas en el piso, cagándose de frío y encima baldeándolas. O ahogarlos en esa bañadera llena de mierda y meadas. Cosas bestiales. En eso nunca entendí al D2, porque esa denigración extrema del ser humano te llevaba a vos, como prisionero, a un extremo tal en el que te podían matar y no les ibas a decir nada. Y acá olvidate de la moral revolucionaria: ellos llegaban a la destrucción del ser humano de manera casi completa, pero sin matarlo. Tanto te humillaban que, finalmente, lo tomabas como algo personal. Pero con esos

métodos, te podían matar a golpes y no ibas a decir absolutamente nada.

Recuerdo el caso de una chica que se llamaba Débora, que era de Inteligencia del ERP; tanto la humillaron, tanto la torturaron, que finalmente no les dijo absolutamente nada. Y sabía muchísimo; nadie se imaginaba todo lo que esa chica sabía. Ella pudo salir, y meses después creo que volvió a caer. Y en esa segunda caída, creo que desapareció. Pero tampoco en esa segunda vuelta le pudieron sacar nada. Es que a la gente no podés maltratarla de manera ilimitada, porque hay un límite, y si empujás y pasás ese límite, las personas se cierran para siempre. En lugar de quebrarlo, en lugar de romperlo, el prisionero se te cierra para siempre, y no habla nunca más. En eso era totalmente distinta la "Escuelita" de Unquillo al Campo de La Ribera, por lo menos en el tiempo en el que nosotros estuvimos.

Recuerdo que cuando llegamos a La Ribera nos bajaron de los camiones y nos recibió un oficial. Te lo describo, porque tengo su imagen como una fotografía en mi mente: un tipo de pelo bien cortito, ni ondulado ni lacio; era un cepillito; cara cuadrada, de cuello fino; contextura mediana, en un estado físico impecable. Era el tipo de oficial al que usás para desfiles, para mostrarlo. Estaba perfectamente vestido; me acuerdo de que tenía una correa que le cruzaba el pecho, y dos estrellas. Tiempo después, dentro del Campo de La Ribera, me enteré de que era alférez o teniente y que era el segundo comandante del Campo de La Ribera. Se presentó (no recuerdo el nombre) y me preguntó si yo era Charlie Moore. "Yo soy Charlie Moore, y esta es mi mujer", le respondí. Inmediatamente, el tipo me salió con una especie de justificación, diciéndome: "Mire, no tengo —y usó un término que fue la primera vez que lo escuchaba— un camarote para usted; lamentablemente —así dijo—, lo voy a tener que alojar en la cuadra de atrás". Y siguió aclarándome: "Pero a las mujeres —se refería a Mónica y a Marta López— las vamos a poner en una pieza que tenemos al lado". Bueno, haciendo corto un cuento largo, resultó ser que la cuadra era medio una barraca, y que en el lugar de las chicas había en ese momento sólo dos o tres mujeres detenidas con ellas. A Daniel "Kent" López y a mí nos pasaron atrás.

¡Pero todo bien! Nada de patadas. Ahí no había “sección ablande” ni “comité de recepción”. ¡Era todo tan distinto, tan diferente! ¡Un respeto bárbaro! Ojo: por lo menos en el tiempo en que nos tocó estar a nosotros.

Cuando entramos en aquel lugar, vi que no era grande; aguantaba a no más de veinte detenidos, y ya había como dieciocho. Había muchos Testigos de Jehová, había cuatro gendarmes cumpliendo sentencia (porque esa era una prisión militar) y había varios de la JP, como tres, por lo menos. Bueno, cuando estábamos por ubicarnos, miré a los gendarmes detenidos y, ¡el mundo es tan chico!, me encontré con uno que venía de Misiones, de Oberá. Era un gendarme que, junto con el sargento Romero, de El Dorado, me anduvieron vigilando los movimientos en los seis meses que estuve en Misiones, antes de caer. Me miró y él mismo me dijo: “¡Vos sos el que cruzaba con municiones de Paraguay para la Argentina! ¡Y no te podíamos agarrar!”. La cuestión fue que este gendarme me hizo una propaganda bárbara ahí dentro. Y nos hicimos todos amigos, por supuesto. Además de la relativa tranquilidad, otra cosa buena fue que ahí llegaba yerba, así que le dábamos a las mateadas. Y de mates vivíamos, porque no comíamos nada.

—*¿La comida era limitada?*

—Cero, no había. No comíamos nada de nada. Directamente, no había comida.

—*¿Torturas, interrogatorios?*

—No, por lo menos en esa época, absolutamente nada. Insisto: hablo de ese tiempo breve de nuestra estadía en ese lugar. Pero a través de los gendarmes esos que estaban detenidos hacía rato —porque había algunos que estaban condenados a cinco o diez años por contrabando y choreo— me empecé a enterar de las cosas más horrorosas que habían pasado un tiempo antes.

—*¿En qué fecha fuiste trasladado a ese lugar?*

—En noviembre de 1976.

—*¿Qué te contaban los gendarmes detenidos?*

—Esto arranca en el ’75, a fines del ’75, y especialmente durante el golpe de

Estado. Según lo que me comentaban, ahí no sólo torturaban sino que hasta fusilaban. Los mismos gendarmes prisioneros me marcaban, me mostraban dónde fusilaban a los prisioneros. ¿Todavía está el Campo de La Ribera?

—*Sí.*

—Bueno, ahí tendrían que buscar los impactos de bala, porque las paredes estaban, por lo menos en ese momento, acribilladas a tiros. Lo que hacían era sacar a los prisioneros en grupos de diez, doce, y ahí mismo los fusilaban contra una de las paredes.[44]

—*¿Recordás el nombre de alguna de las personas que fueron asesinadas en ese lugar?*

—Yo traje una lista cuando me vine a Inglaterra, y la entregué a Amnesty International. Era una lista bien especificada sobre Campo de La Ribera. Ahora no recuerdo los nombres de las personas fusiladas, ni la cantidad exacta, pero eran muchas. Los fusilaban ahí mismo, según me contaban los gendarmes detenidos. Y a los que no, al resto, se los llevaban a La Perla.

—*¿Sabías quién decidía esos fusilamientos?*

—No.

—*¿Cuánto tiempo estuviste alojado en el Campo de La Ribera?*

—En el Campo de La Ribera me tuvieron como dos semanas y media. ¡Había una inactividad! ¡No pasaba nada! Yo me preguntaba por qué me habían llevado a ese lugar, cuál era la razón, hasta que un día vino la respuesta. Aparecieron Quiroga y Vergez acompañados por soldados en un camión del Ejército, un Unimog que tenía una ametralladora pesada en el techo y que lo llevaban de apoyo. Y ellos se trasladaban en dos vehículos, pero no puedo recordar la marca. Lo sacaron a Daniel “Kent” López y lo subieron a un auto, y a mí al otro. Las chicas —Mónica y la esposa de “Kent”— quedaron en la pieza, en Campo de La Ribera. Y a nosotros nos trasladaron a La Perla. Recuerdo que fui destabicado y pude mirar todo el camino que recorrimos, por eso puedo explicar exactamente dónde estaba ese lugar, camino a Carlos Paz, saliendo de Córdoba.

Al llegar, lo que me llamó mucho la atención fue que, en la entrada de La

Perla, había un portón y estaba custodiado por personal de Gendarmería Nacional. No eran del Ejército, sino que eran gendarmes los que custodiaban el lugar. Apenas nos vieron, abrieron ese portón y entramos al predio. Recuerdo que nos bajaron de los vehículos y nos llevaron a un sector del edificio que era como una cuadra larga. Al entrar, a la izquierda, observé que había una hilera larga con colchones y, en cada uno, un prisionero. En total había entre veinticinco y treinta prisioneros y prisioneras. Y a la derecha había todo un enrejado, y pasando ese enrejado estaban las oficinas y había un par de piezas. Al fondo había una especie de sala de primeros auxilios, algo así como una enfermería, y lo recuerdo porque en la puerta tenía una cruz roja de tamaño pequeño. Después me enteré de que ahí, en ese lugar, torturaban e interrogaban a los prisioneros.

En La Perla permanecimos sólo cuatro días con “Kent” López. Incluso nos llevaron a ver a los prisioneros y hasta me permitieron hablar con alguno de ellos. Eso me hizo pensar que de ahí no íbamos a salir con vida. Si bien la tortura es siempre algo horroroso, en La Perla era distinto al D2: era como más sistemático, más aplicado, más impersonal, y en el momento en el que los prisioneros hablaban, los dejaban de joder en el acto. Y la gran diferencia de los milicos con la banda del D2 era que acá el tratamiento era más marcial, más duro pero al mismo tiempo más correcto. Como si de algún modo se pudiera decir que en ese lugar, aunque horrible, te respetaban un poco más que en el D2. Incluso me contaron algunos prisioneros que en ciertas oportunidades, cuando se llevaban a alguno al “pozo” y lo iban a fusilar, se iban hasta con cierto honor, se lo anunciaban y se podía despedir del resto. Pero, ojo, que nadie se confunda. La Perla era un lugar espantoso. Sólo comparo un espanto con otro. Lo que sucede es que el D2 era una verdadera salvajada. Para mí, fue como regresar a una situación de guerra de la Edad Media, donde todo era incertidumbre y brutalidad.

Volviendo a lo que ocurrió en aquella oportunidad, recuerdo que a nosotros nos trasladaron un día jueves y permanecimos en ese lugar hasta el domingo

siguiente. Y también recuerdo que el día viernes, a los dos que estaban en las colchonetas más cerca de la puerta de entrada —no sé quiénes eran— se los llevaron; y el comentario de todos ahí era que les habían dado el destino final. Al "pozo", por supuesto.

—*¿Viste torturar a alguna persona en La Perla? ¿Con qué prisionero te permitieron hablar?*

—Ni en Campo de La Ribera ni en La Perla vi torturar a nadie. Pero escuché cosas terribles. Y supe que trasladaron a esos dos prisioneros al "pozo". Y en cuanto a las personas con las que me permitieron hablar, francamente, no las recuerdo.

—*¿Sabés a qué lugar llevaron a esas personas que fueron trasladadas?*

—No, no recuerdo ni quiénes eran ni adónde las llevaron. Sólo sé que los trasladaron al "pozo". Pero ahí, todos los prisioneros, dicho por el mismo Quiroga, que lo reconoció ante mí, de ahí, todos se iban al "pozo", que era una forma de designar el lugar donde los fusilaban. Pero nunca me dijeron dónde lo hacían.

—*¿Podés recordar el nombre de algún otro prisionero?*

—En mi permanencia en La Perla estuvimos con el "staff asesor" que tenían los milicos. Incluso no nos hicieron dormir en la cuadra con los prisioneros, sino que lo hicimos en la oficina opuesta a la de Quiroga, al lado de una especie de mesa de trabajo, donde había una cocinita y se podía tomar mate. Había un pasillo, había que pasar la reja, caminar hasta el fondo y llegabas al lugar donde estaban todos los prisioneros. Y ahí había que caminar hasta llegar al baño del fondo. Y en ese lugar es donde yo a veces hablaba con ellos, con los del "staff asesor". Al final de ese pasillito había una pieza, bien atrás, y esa era la enfermería. En ese lugar trabajaba una chica, una de las nuestras, del ERP, una chica a la que yo conocía. Ella trabajaba en ese lugar como enfermera y había sido del ERP.

—*¿Recordás el nombre?*

—Prefiero no mencionarla. Ella hizo declaraciones en Ginebra, y me criticó

mucho. Pero yo no critico a mis ex compañeros.

—¿Por qué razón los trasladaron a La Perla?

—En La Perla nos apretaron, y bien fuerte. Como dije, nos llevaron un jueves a la tarde, y por la noche recuerdo que fue Quiroga y, dirigiéndose a mí, dijo: "Mirá, tenés que pensar muy bien este asunto de las bombas, porque te vamos a interrogar mañana". Y por la mañana vino con otros que no conocía a interrogarme. Llegaron, me sentaron en un escritorio, Quiroga abrió una carpeta, empezó a sacar hojas de la carpeta y las puso todas en el escritorio: "¡Esta bomba y esta bomba! ¡Escuchame, Charlie, el D2 a nosotros no nos va a embaucar! ¡Fueron ellos los que pusieron estas bombas!". ¿Sabés qué información buscaban, cuál era la bomba que les preocupaba? La de Cinerama. Y a mí me preocupaba mucho, porque lo tenían a "Kent" también, y por separado nos interrogaron todo el día viernes. Pero por suerte, el jueves a la noche le había dicho a "Kent": "¡Ni se te ocurra abrir la boca! ¡No les vayas a decir nada! ¡Porque además de nosotros, las liquidan a Marta y a Mónica!". Y "Kent" respondió bien, porque no les dijo absolutamente nada. Con respecto a Cinerama, yo sabía exactamente no sólo que el D2 había puesto esa bomba sino además qué tipo de bomba había sido, incluso la puedo describir perfectamente: tenía tres detonantes, uno de retardo de algunos segundos para que creara un vacío; el segundo para implotar y el tercero para demoler todo. Llevaba tres detonantes y además, estaba compuesta por veinte panes de trotyl: así estaba armada esa bomba. ¿Y sabés quién la puso? El "Gato" Gómez; él fue el encargado de poner esa bomba. Pero yo negué todo, porque sabía que si decía algo nos mataban a todos.

—¿Negaste que el D2 tuviera vinculación con ese atentado?

—Sí, pero creo que no logré convencerlos del todo, porque se notaba que me tenían desconfianza. Y no sólo estaba Quiroga, porque, como dije, ahí había dos o tres milicos más. Me tuvieron un montón de horas interrogándome, porque no les decía nada. Habrán sido seis, ocho, diez horas las que me tuvieron en esa situación. Fue tanta la presión y fueron tantas las horas que me estuvieron

interrogando que al final perdí la cuenta. Las preguntas eran de distinto tipo, pero al final todas caían en la bomba de Cinerama. Pero ni “Kent” ni yo les dijimos nada.

—*¿Te interrogaron con relación a otro hecho?*

—Sí. Después de la bomba de Cinerama empezaron las preguntas sobre el asunto de Villa María. Los milicos no se compraban la idea del sumario fabricado por el D2. Porque para entonces, si bien ya había gente que había hablado sobre lo de Villa María, los milicos no tenían una idea clara acerca de la cantidad real de personas que habían participado, ni del rol que habíamos tenido cada uno de nosotros en el copamiento. Estamos hablando de fines del año ’76. Pero en el ’77, cuando me volvieron a llevar a La Perla, en esa segunda oportunidad saltó la bronca.

—*¿¡Te llevaron otra vez a La Perla!?*

—Sí. En el ’77. Más o menos para setiembre.

—*¿Los militares lograron su objetivo de obtener información en este primer traslado?*

—No, porque todo quedó en la nada. Finalmente el día domingo llegó Quiroga, en un cambio de actitud total, mucho más relajado, y caminamos un rato por el cuartel. Su verdadera intención era reclutarme, y eso era algo que él quería hacer ya desde abril del ’75, cuando me fugué la primera vez y me entregué. El sábado a la noche también me habían comentado algo, pero el domingo insistieron más. Vino el capitán Quiroga, se sentó y tuvimos una charla como de dos horas, en la que me propuso reclutarme, y las condiciones eran bien claras. Él me decía: “¡Mirá, Charlie, te reclutamos para el Servicio de Inteligencia de Ejército!”, SIE, se llamaba. Y la propuesta era llevarme a la base del Icia. 121 de Inteligencia de Neuquén. Esa era la oferta. Nada que ver con la guerrilla, nada que ver con la JP y con los compañeros del ERP ni del PRT. Era para trabajar en Neuquén con relación a la Dirección de Inteligencia Nacional chilena, la DINA. Vino con otro que era de Infantería de Montaña, no sé si de la Cuarta o la Quinta Brigada, pero recuerdo que estaba en Mendoza. Y los dos me

hablaron. “Tenés todos los requisitos”, me decían. “Sos combativo, sabés sobrevivir. Y por sobre todas las cosas, vas a poder cruzar los Andes: vas y volvés en el día, y eso es lo que necesitamos”. Yo les respondí: “Mire, con todo respeto, capitán Quiroga, lo voy a tener que consultar con el D2; ellos son los que me tienen. Y también lo voy a consultar con mi padre”. “No hay ningún problema. Pero pensá en Mónica. Dales una vida a Mónica y a tu hija. Incluso te damos un departamento en Neuquén”. Esa fue la oferta. Y ahí quedó la cosa.

El día lunes me trasladaron de vuelta al Campo de La Ribera. Ahí también pasó algo medio raro; los guardias se sorprendieron enormemente con nuestro regreso, porque nadie pensaba que íbamos a volver con vida. A esa altura se sabía bien que si del Campo de La Ribera vos ibas a La Perla, de ahí te ibas al “pozo”. Creo que fuimos los primeros en ir del Campo de La Ribera a La Perla y volver al Campo de La Ribera con vida.

Llegamos y apenas entramos nos dimos con otro problema: la queja generalizada de los prisioneros era muy grande, porque, a nuestro regreso, llevaban todo ese tiempo sin comer, y ni se hablaba de comida. Y acá no estamos hablando de los prisioneros solamente, no estamos hablando de los gendarmes prisioneros, acá estamos hablando de los gendarmes que estaban cubriendo guardia y en actividad. Y varios vinieron a hablarme, porque en mi ausencia, Mónica, Marta, una chica del ERP y una de la JP también prisionera allá adentro, un día de solcito, en el que estaba lindo el clima, pidieron salir y aprovecharon para charlar con los guardias y ahí se enteraron. El problema general, la ansiedad general en ese momento en el Campo de La Ribera era la falta de comida. Y medio que contaban conmigo —lo mismo que en el D2— para poder hacer algo. Como yo era el que no iba a salir con vida, siempre me tiraban con todos los problemas, con toda la mierda para que yo fuera a hablarle a Telleldín. Y acá pasó exactamente lo mismo. Recuerdo que no bien llegamos, nos llevaron a la barraca de atrás. Y tras la sorpresa de vernos de nuevo con vida, esa misma noche, me hablaron los gendarmes detenidos y me dijeron: “¡Loco, no estamos comiendo nada! ¡Esto ya es el colmo! ¡Hace tres días que nos dan un caldo!

¡Tres días!”. Comían salteado de a dos, tres días, y todo lo que les daban en esos jarritos de lata de los milicos, en las marmitas, era caldo. Nada más. Ni un bollo de pan. Sólo caldo. Y empezaron a demandar que yo hablara con el que estaba a cargo del Campo de La Ribera. Yo me sentía medio seguro, por la forma en que me había recibido cuando llegamos, así que saqué pecho y al día siguiente pedí hablar con el alférez o teniente que estaba a cargo. Me recibió y le dije: “Mire, señor, acá la cosa está que brama; usted muy pronto va a tener un motín, pero no de los prisioneros, sino hasta de los mismos guardias, porque acá todos están corriendo la liebre. ¡No dan más del hambre que tienen!”. Y él inmediatamente tomó medidas, y entró comida; no mucha, pero entró comida. Al rato trajeron carne medio podrida, y entre todos nos pusimos a hacer un puchero, en uno de los patios. Ahí, entre algunos prisioneros cocinamos una especie de estofado de carne podrida con cantidades enormes de papas y comimos como unos chanchos. ¡Ah! Y empezaron a entrar bollitos de pan. ¡Eso fue tan importante! Porque con los bollitos de pan y con el yerbeado, el hambre paraba mucho. Después de hablar, medio que se normalizó la cosa, pero a los pocos días nos llevaron de vuelta al D2, así que ya no supe qué ocurrió después con ese tema en la Ribera.

—¿Comentaste en el D2 la oferta que te hicieron en La Perla?

—Sí, le hice el comentario a Telleldín. Y Telleldín me respondió, medio enojado: “¡Vos sos nuestra propiedad; vos sos hijo de la Policía, no de los milicos de mierda!”. Así me dijo, y agregó: “¡Tenés que estar loco si pensás en darte vuelta! ¡Vos te quedas acá, con nosotros!”. También recuerdo que me aclaró: “¿No te das cuenta de que te necesitan para Villa María, por el asunto del juicio?[45] ¡Si te vendés con ellos, te van a usar y después te van a hacer cagar ahí nomás! ¿No te das cuenta?”. Así que le expliqué que yo no tenía ningún interés en moverme del D2, y que por esa razón venía a consultarlo a él. Es más, le aclaré que yo le había dicho al mismo Quiroga que lo iba a consultar con él. ¡Ni loco Telleldín me iba a dejar ir a mí del D2! Pero, sinceramente, eso lo veo ahora, porque en ese momento no lo pude ver así.

—¿Cómo siguió tu vida en el D2?

—Bueno, se incrementó terriblemente el trabajo de análisis. En la entrevista que me hizo Paillet hace unos años[46] yo le dije que me volví como del "staff asesor", y en realidad yo me volví un analista. En el D2 yo analizaba información de una forma bien sistemática, bien puntillosa, y me concentraba sobre todo en los diarios. A mí me caían los diarios a las siete de la mañana, y ahí empezaba mi trabajo. Pero hay otra cosa: en el D2 no mantenían vagos; ellos siempre lo repetían. Además, por esa época, mi familia ya se había quedado sin plata, porque nos habían sacado entre cincuenta y setenta mil dólares de ese momento, que era una barbaridad. Así que a mí me pusieron decididamente a laburar con ellos en el D2, porque me decían que yo tenía que pagar mi "cuota de mantenimiento". Ellos esperaban que yo contribuyera con trabajo para cubrir el costo de mantenernos a Mónica y a mí ahí adentro. Y eso era ley allá. Yo sé que cuando se entere de esto la gente, allá en Córdoba, va a decir: "¡Ah, qué cinismo! ¡Qué deshonra! ¡Trabajar para el D2!". Pero no era así, porque todos los que se mantuvieron vivos en el D2 tuvieron que laburar en algo, todos. Estaba en juego tu vida, porque si no laburabas te hacían cagar. Así de simple.

—*¿Te volvieron a trasladar del D2 en otra oportunidad?*

—Bueno, sí. Yo por ese tiempo seguía trabajando en el D2, en análisis de información. Pero en 1977 se armó la gran bronca, y yo creí que hasta ahí había llegado. Sinceramente, creía que había llegado mi fin, porque había caído una chica que me relacionaba con una Chevrolet que habían secuestrado en Tucumán, cerca de Acheral. Se armó un gran problema con la cuestión de esta chata Chevrolet, porque los milicos sabían muy bien que era la Chevrolet que se había usado en Villa María y que el MP17 la había contribuido al ERP. Todo eso lo sabían. Y para entonces los milicos ya habían atado todos los cabos. Además, y ya en el tema específico de Villa María, había prisioneros hablando en mi contra y habían surgido contradicciones acerca de cuál había sido mi verdadero papel en Villa María, si realmente yo había operado en el perímetro exterior como apoyo o si había entrado en la fábrica. Y también me volvieron a apretar bien fuerte por los atentados terroristas que había cometido el D2,

preguntándome una y otra vez cómo venía este asunto de las bombas. Yo no dije nada, por supuesto, porque abría la boca y me liquidaban, y eso lo sabía muy bien.

—*Dijiste que todo se originó en una caída, ¿de quién?*

—De una chica del ERP. Prefiero no mencionarla, porque se dio vuelta y colaboró con el Ejército. Prefiero no hablar de ese asunto. Eso me lo trago. La pasé muy mal, porque en La Perla hasta me careó.

—*¿Cómo fue tu traslado a La Perla en esa segunda oportunidad?*

—Primero me llevaron de vuelta, pero esta vez solo, al maldito Campo de La Ribera. Pero Campo de La Ribera en el ’77… no quiero sonar sarcástico o parecer que tengo humor negro, pero la verdad es que era un picnic. ¡No pasaba nada! Me los encontré a dos de los cuatro gendarmes que habían estado conmigo el año anterior. De los Testigos de Jehová no había quedado prácticamente ninguno. Y a los de la JP directamente no los encontré: el lugar estaba casi vacío. Es más, estábamos tan solos que solía sentarme afuera a charlar con uno de los gendarmes de guardia. Pero sólo con uno, porque conocía a uno de los gendarmes que estaba prisionero ahí, así que salíamos y nos sentábamos a fumar y a charlar. Todo era muy tranquilo, hasta que nos llevaron a La Perla.

Esa vez sólo me llevaron dos días, porque recuerdo que dormí una noche allá. Y en esos dos días se vino una apretada bien pesada, un trabajo psicológico. Los milicos me empezaron a preguntar cosas, de todo. Me preguntaban y tenía que ir al punto, sin rodeos. Y mientras me interrogaban, contrariamente a todos los otros interrogatorios que había pasado, me mantenían parado. Ellos estaban sentados, y yo, parado. En ese interrogatorio había tres milicos y me tuvieron todo el tiempo parado. Y jugaban con mi incertidumbre, porque no tenía ninguna garantía. De golpe, podían decir: “¡Llevátelo al pozo!”, y ahí nomás me sacaban y me mataban. Y al final, después de tantas preguntas sobre la Chevrolet, mi participación en Villa María, el problema para ellos, el verdadero problema, era la lista de los detenidos que habían participado en Villa María. Ellos, a esa altura, ya tenían suficiente información como para saber que sólo setenta y cuatro

personas habían copado el cuartel, y que tal vez hubo una docena más en los grupos de apoyo en los alrededores. Y cuando llegamos a ese punto, yo les planteé: "¿Así que ustedes van a presentar a la gente, y va a quedar en la historia que setenta y cuatro pelagatos fueron y tomaron el cuartel, en lugar de ciento diez, ciento quince personas y con otros cincuenta afuera apoyando? ¿Eso es lo que les van a ir a decir a Menéndez y a la Escuela Nacional de Guerra?". Y se quedaron los tres pensando. Y ahí me dejaron. Hablaron la cuestión entre ellos y después decidieron llevarme de vuelta.

—¿Te alojaron en el mismo lugar que en la oportunidad anterior?

—No, esa noche dormí en otro lado, porque me llevaron y me dejaron en un lugar ubicado al lado del pabellón. Al ver eso, yo sabía que había muchas posibilidades de que me trasladaran de ahí al "pozo" y muy pocas de que me devolvieran al Campo de La Ribera. Recuerdo que "me tiraron" al lado de ese pabellón, y yo ya sabía cómo venía el asunto de las colchonetas, que a los prisioneros los iban rotando y el que estaba más cerca de la puerta se iba al "pozo". Ahí dormí. Al otro día me llevaron de vuelta y me dijeron: "Mirá, vamos a bajar la lista, ¡pero no tanto!". Se ve que lo habían hablado entre ellos. ¡Claro!, porque era más aceptable, más razonable que una compañía reforzada del ERP hubiera copado el cuartel, y no setenta y cuatro pelagatos, o sea, una compañía liviana. Bueno, quedamos de acuerdo en que sólo ciento veinte personas eran las que habían participado del asalto. "Bien, al pelo; vamos a reducir la lista a ciento veinte", les dije. Y quedamos de acuerdo. Después de eso, me mandaron de vuelta al Campo de La Ribera. Al día siguiente dormí en el Campo de La Ribera y me decían ahí los gendarmes: "¡Vos sos un fantasma! ¡Volviste dos veces vivo! ¡Sos un fantasma!". Me veían como algo raro porque creo que fui el único que volví con vida de La Perla al Campo de La Ribera. Y ya no era una vez, sino dos veces. Y de ahí me llevaron de nuevo al D2.

—Hablaste sobre el sistema de las colchonetas en La Perla. ¿Alguien te lo explicó?

—No, en el primer traslado yo solo me di cuenta más o menos de qué se

trataba.

—*¿Y cómo supiste específicamente sobre ese funcionamiento?*

—Porque después me lo explicaron los del "staff asesor" de La Perla.

—*¿A qué le llamás "staff asesor" y quiénes eran las personas que lo integraban?*

—El "staff asesor" eran los prisioneros que, por una razón u otra, habían sido condicionados, "envueltos" o convencidos de trabajar para ellos. Algunos sólo se quebraron, otros eran colaboradores, y otros se dieron vuelta completamente. Estos prisioneros formaban un grupo de gente que, de una forma u otra, los asistía, como yo lo hacía con los del D2, con el análisis de la información y con la explotación de prensa. Yo al D2 lo asistí, eso fue una realidad, pero no significa en absoluto que estuve "botoneando" ni traicionando a nadie, ni mucho menos torturando. Cuando empezabas a realizar una tarea para ellos, cualquiera que fuera, ahí te volvías "staff asesor". "Staff asesor", en el lenguaje de los servicios de inteligencia, era el personal que reclutaban entre los prisioneros y que hacían trabajar para ellos. Y en ese momento en La Perla había como cinco o seis, entre varones y chicas. Uno de ellos era "Palito".

—*¿Recordás otros nombres?*

—Me resulta difícil. Al que más recuerdo es a "Palito". Había además dos chicas a las que conocía por sobrenombre, pero ya ni me acuerdo de cómo les decían; y también había un par de pibes. Uno de estos chicos, me acuerdo, lo reemplazaba a Mustafá. Mustafá había arreglado con los milicos para colaborar: había quedado en darles un dato por día, por treinta días, y que después lo fusilaran. Y así fue. Según me dijeron, hasta fue el padre a La Perla, a convencerlo de que desistiera de esa acción, y no hubo caso. Mustafá se encerró, les dio un dato por día por treinta días y después quiso que directamente lo fusilaran. Y eso fue lo que pasó. Me contaron que, incluso, se despidió del resto de los prisioneros y después se fue al paredón por su propia decisión.

—*¿Quién era "Palito"?*

—"Palito" era un prisionero del ERP que después de ser capturado comenzó a

colaborar con los milicos. Estuvo muchos años en La Perla, colaborando.

—¿Qué pasó cuando volviste al Campo de La Ribera?

—De Campo de La Ribera me llevaron directamente al D2. Después de que pasó todo esto, el juez federal Vázquez Cuestas pidió que me llevaran a declarar a Bell Ville, porque según pude saber, a Vázquez Cuestas los milicos lo estaban apretando bien fuerte para reducir esa lista de los que habían participado en el copamiento de Villa María. Al principio, esa lista tenía como ciento setenta personas, lo cual era un verso, por supuesto. Los milicos lo sabían, Vázquez Cuestas también lo sabía, pero los militares quisieron hablar primero conmigo y por eso me trasladaron a La Perla. Y cuando me llevaron de vuelta al D2, no pasó mucho tiempo, una o dos semanas aproximadamente, hasta que me trasladaron a Bell Ville, a declarar en relación con la causa de Villa María. Y como digo, yo ya conocía la razón por la que Vázquez Cuestas me citaba: era porque los milicos le estaban poniendo mucha presión para reducir esa lista original que yo mantenía en casi ciento setenta imputados.

Quiero explicar que el hecho de mantener ciento setenta personas vinculadas con esa causa hacía que esas personas siguieran con vida, porque estaban encausadas por la Justicia Federal en un caso que, cuando llegara a juicio, iba a ser un show que los milicos querían explotar a fondo, y por eso no los mataban. Es por esa razón por la que figurar en esas listas los mantenía vivos en la Penitenciaría, por lo menos hasta que llegara el juicio. Aunque, en realidad, ni la mitad de las personas que yo había vinculado con el copamiento tuvo algo que ver con todo eso, pero yo los implicaba intencionalmente, porque cada vez que iban a trasladar a una persona, que le iban a dar el “destino final”, yo los vinculaba con el copamiento de Villa María y generalmente se salvaban. El problema se me creó cuando me llevaron de ahí a La Perla, porque los milicos decían, con mucha certeza, que no más de setenta y cuatro personas habían entrado en el cuartel, y yo argumentaba que sí, que setenta y cuatro habían entrado, pero que había entre cincuenta y setenta personas más que participaron en los grupos de apoyo, lo que, por supuesto, no era cierto.

—O sea que vos tomaste la decisión de ampliar el número de personas que había participado en el asalto al cuartel de Villa María con el fin de que algunos prisioneros estuvieran bajo un proceso legal para, de esa forma, tratar de mantenerlos con vida. ¿Fue así?

—Sí. Pero fue un proceso progresivo y paulatino, porque a medida que caía una persona y se la iban a llevar al "pozo", yo la enganchaba con Villa María y trataba de salvarla, especialmente a gente que conocía.

—¿Tomaste esa decisión de modo unilateral?

—Sí, absolutamente. Yo estaba operando para entonces completamente "por la libre" dentro del D2. Durante el primer tiempo que estuve prisionero no tenía ninguna esperanza de sobrevivir, ninguna esperanza. La sentencia de muerte del ERP me ensuciaba por todos lados. Además, el D2 me había incriminado y difamado como un colaborador; la cultura de la calumnia dentro del D2 fue terrible. Pero al mismo tiempo supe que había logrado penetrarlos, que podía conocer cosas que nadie, absolutamente nadie, podía llegar a saber sin haber integrado esa estructura. Y entonces ocurrió un hecho que me abrió los ojos. Fue más o menos para octubre o noviembre del '75 que el capitán Vergez, que en esa época era teniente, junto con otros milicos llevaron al D2 a uno que se llamaba Sosa, y me llevaron adelante y me preguntaron: "Decime, ¿éste estuvo en el copamiento de Villa María?". Yo lo miraba a ese tipo y veía un muerto que todavía estaba vivo. Y fue ahí que se me ocurrió decirles que sí, que ese tipo había estado en Villa María, y lo enganché con la causa. De esa forma, los mantendría con vida al menos un tiempo. El hecho de vincular a una persona, a cualquiera que estuviera prisionero, con el caso de Villa María, hacía que esa persona estuviera procesada en una causa federal, con conocimiento de un juez, y más aún, en un caso tan importante. Por supuesto que los tenían que mantener vivos. ¿Cómo iban a matar a los imputados, si los militares necesitaban el show del juicio?

—¿Sabés qué fue de la suerte de esta persona de apellido Sosa?

—Lo desconozco por completo.

44 Para mayores datos véase el documental *La Ribera* que integra el ciclo “CCD, el Circuito del Terror en Córdoba”.

45 Se refiere a las actuaciones judiciales, que en ese momento estaban en curso, por el copamiento de la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos de la ciudad de Villa María, en 1974.

46 La entrevista a la que se refiere fue hecha por el periodista Carlos Paillet y publicada en *La Voz del Interior* en noviembre de 2006.

13

JUEZ Y NÚMERO

—¿Finalmente te trasladaron al Juzgado Federal de Bell Ville?

—Sí. Y recuerdo que entre los que me llevaron estaba Bucetta, que siempre tenía el mismo cuentito con su Bersa .22. Apenas me subieron al auto me dijo: “Mira, te hacés el loco y te pego un tiro con esta. ¡Te voy a pegar un tiro en un pulmón y vas a ver cómo vas a sufrir antes de morirte!”. También iban el “Bóxer” Antón y Romano. A pesar de la amenaza, el viaje fue bastante relajado, incluso me acuerdo de que paramos a mitad de camino y tomamos un cafecito. Llegamos a Bell Ville e inmediatamente me llevaron al juzgado de Vázquez Cuestas, que me estaba esperando y me hizo pasar a su despacho. Recuerdo que en ese lugar había un muchacho trabajando, pero no supe si era el secretario o personal administrativo. También recuerdo que el lugar tenía una gran puerta que comunicaba con otra oficina. A mí me habían sentado en una sillita en medio de ese gran despacho, que tenía una mesa de madera lustrada y sillones de cuero.

Apenas empezó a hablar, Vázquez Cuestas me dijo exactamente lo mismo que me habían dicho los milicos en La Perla, porque él estaba directamente relacionado con ellos: que había que reducir la lista de los que habían entrado al cuartel a setenta y cuatro. Apenas me dijo eso, lo miré a los ojos y le respondí: “No hay problema, señor, yo se la reduzco a la lista. Si usted la quiere bajar a setenta y cuatro, lo hago. Pero le hago una pregunta: ¿qué va a pasar con los otros cien? ¿Usted se va a hacer responsable cuando los maten a todos los que no

estén vinculados con el copamiento? ¿Qué va a pasar con esa gente cuando los militares ya no los necesiten?”. El tipo se quedó hecho una piedra, mirándome. Me clavó los ojos y después, pensando, se levantó, cerró la puerta que comunicaba con otra oficina y vino caminando por detrás de mí. Y, ¿sabés qué? Por esas pelotudeces que uno tiene, o mejor dicho, más que pelotudeces, era a lo que me había acostumbrado en todos esos años en el D2, ¡cerré los ojos y esperaba un sopapo! ¡Esperaba una trompada del juez en la cabeza, porque se me vino por detrás! Pero no, nada que ver, porque pasó por mi costado hacia el otro lado, donde había un banquito. Tomó ese banquito, se sentó, se inclinó hacia mí y me dijo al oído: “Me voy a demorar en expedirme en este caso”.

—¿Exactamente cuántas personas acusadas del copamiento había en la causa?

—Ciento sesenta y ocho. Pero a la gran mayoría los imputaba yo.

—¿Cómo los acusabas? ¿A quién le decías que habían participado, y en qué circunstancia lo hacías?

—Yo lo hacía a medida que iban cayendo prisioneros, y sobre todo cuando los iban a trasladar. Por la confianza que me había ganado en el D2, yo podía saber a quién trasladaban a la Penitenciaría y a quién de esos iban a “liquidar”. A los que iban a “liquidar”, ahí nomás los imputaba diciendo que habían participado del copamiento. Y de esa forma, en algunos casos paraba el traslado, o, mejor dicho, cambiaba el traslado. Porque en lugar de llevarlos al Campo de La Ribera, los trasladaban a la Penitenciaría, porque les tenían que hacer un sumario que iba a concluir con ese gran juicio que los militares querían hacer.

Mi mensaje a Vázquez Cuestas fue muy claro: si bajaba la lista a setenta y cuatro personas, quedaban casi cien con fecha de vencimiento ya pasada. ¿Para qué los querían? No estaban en la causa de Villa María ni en ninguna otra causa con sumario, y los milicos sabían que eran todos del ERP. Conclusión: los iban a matar a todos. Los iban a empezar a trasladar uno por uno, porque ya habían ocurrido muchos traslados de la Penitenciaría a los “pozos”, simulando intentos de fuga. Ya habían sacado varios presos. ¿Ustedes en la Argentina no recuerdan

los prisioneros que el D2 sacó de la Penitenciaría y fusiló? ¿Personas que no murieron en ningún simulacro de fuga, sino a las que simplemente fusilaron? Fueron muchísimos casos, y en todos, tanto la policía como los militares y los jueces, absolutamente todos sabían lo que estaba pasando, que era lisa y llanamente fusilar a los prisioneros con el pretexto de que los habían querido rescatar. Y Vázquez Cuestas, dándose cuenta de eso, tomó al vuelo mi sugerencia. Personalmente, yo creo que él no estaba dispuesto a hacerse responsable de la futura muerte de estas personas, contrariamente a lo que hacía Zamboni Ledesma, por ejemplo. Me parece que Vázquez Cuestas no quería saber nada con esos traslados. Yo no digo que fueran a liquidar a los otros cien que salían del caso Villa María, pero por lo menos a la mitad los iban a hacer cagar. Y este tipo me parece que no quería eso. Pero tampoco sabía bien qué hacer.

—*¿En esa ocasión te tomaron alguna declaración? ¿La citación del juez era para que prestaras declaración como imputado?*

—¡Ah!, sí, sí. Me tuvieron dos o tres horas con ese otro cachafaz del asistente que estaba con el juez. No sé si era el fiscal, el secretario o un administrativo; no sé quién era, pero sí sé que ese fue el que después me "botoneó" con el D2. Después te cuento qué pasó con Mónica en el D2 a raíz de esto. Continuando con lo que sucedió en esa oportunidad en Bell Ville, recuerdo que me tomaron una declaración, y yo en esa oportunidad ratifiqué todo por el caso de Villa María. Pero lo que más me llamó la atención fue que mi abogado no estuvo presente. Pedro Salvador Chirino, que era mi abogado, no estuvo presente en el juzgado mientras yo declaré.[47]

—*¿Lo habías designado voluntariamente al doctor Chirino?*

—No. Me lo había puesto Telleldín.

—*¿En alguna oportunidad hablaste con el doctor Chirino? ¿Dónde?*

—Sólo en una oportunidad, cuando me llevaron a su estudio entre tres del D2.

—*¿Y qué hablaste en esa oportunidad?*

—Bueno, yo le expliqué todo el asunto de Villa María, del copamiento de la

fábrica, y él tomó nota de todo. Pero el problema fue que nunca se presentó en el juzgado, ni me defendió en ningún lado. Y en esa oportunidad en la que me trasladaron a Bell Ville, brilló por su ausencia. Así que me tomaron la declaración y creo que hicieron constar que él iba a presentarse después. Si alguien dice que en ese juzgado federal, cuando yo declaré, lo hice en presencia de mi abogado, miente.

—¿Cuál era el vínculo que tenía Telleldín con el doctor Chirino?

—Había una vinculación muy, muy cercana. Chirino no era sólo el abogado de Telleldín, era más que eso. Chirino era el asesor legal de Telleldín en todas sus actividades, pero especialmente en lo patrimonial: todo lo que eran títulos de propiedades, registros de automotores, inversiones, todo, absolutamente todo se lo manejaba Chirino. Digamos que asesoraba integralmente a Telleldín, pero sobre todo en sus inversiones. Y si bien venía muy seguido a su despacho, Chirino no era asesor de ningún otro del D2; él sólo trataba con Telleldín, y lo sé porque me mandaba a cebar mate cuando él llegaba.

—¿Finalmente, qué sucedió en el Juzgado Federal de Bell Ville?

—Bueno, terminé de declarar y, en el viaje de vuelta, este tipo que me tomó la declaración le avisó al D2 lo que yo le había advertido a Vázquez Cuestas sobre el destino de las personas vinculadas con el copamiento, en caso de que él aceptara bajar el número de participantes. Cuando hablamos con el juez, lo hicimos a puertas cerradas, sólo en presencia de esta persona que escribía. Y después de escucharme, me dijo que iba a demorarse en expedirse sobre el caso. Por lo que supe posteriormente, el que me tomó declaración habría llamado al D2 para informar lo que yo había hablado con el juez. Y aparentemente “Cara con Riendas” Lucero o el “Negro Cabezón” Torres, uno de ellos, habría tomado la llamada y se enteraron de lo que yo había dicho allá.

—¿Y qué sucedió?

—Al finalizar, regresamos en el mismo vehículo que habíamos ido, en un Ford Falcon de color celeste. Nosotros ya habíamos sido trasladados al segundo D2, donde funcionaba Tránsito, al D2 intermedio. La cuestión fue que Lucero y

Torres, después de recibir el llamado, fueron directamente a la pieza nuestra, voltearon la puerta y la sacaron arrastrando a Mónica al patio, que era una playa de estacionamiento de tierra. Y ahí le empezaron a gritar que la iban a matar, apuntándole con las armas, totalmente enloquecidos. No recuerdo si alcanzaron a golpearla, pero sí sé que fue algo de tal magnitud que tuvo que intervenir la guardia. Según me contó después Mónica, por el tremendo quilombo que hicieron estos tipos, que estaban como locos, tuvo que intervenir la guardia del D2, armados con FAL. ¡Y casi se terminan matando entre ellos! Creo que fueron Gontero y otro más de la guardia los que la entraron de vuelta a Mónica en la pieza, y a estos tipos se los llevaron a otro lado. Pero Mónica, pobrecita, que estaba nuevamente embarazada de cinco meses y medio, después de semejante situación de estrés, inmediatamente abortó.

—*¿Mónica recibió asistencia médica en esa oportunidad?*

—No, no. Para nada. Cuando llegué y me enteré de lo que había pasado, exploté y casi rompo todas las reglas. En este segundo D2, en Tránsito, estábamos confinados atrás. No teníamos permiso en absoluto de movernos al medio o adelante del edificio. A mí esto no me importó nada y me fui derecho hacia la parte de adelante: lo enfrenté al guardia, le dije: "¡Vení conmigo!", y el pobre tipo, sin saber qué hacer, me siguió. Me fui a la Guardia Central y ahí lo agarré a Gontero: el "Gringo" me trató de parar, porque yo estaba enfurecido; sinceramente, podía llegar a pasar cualquier cosa, porque estaba totalmente sacado. Al verme en ese estado, Gontero atinó a decirme: "Atendeme, Charlie, no tengo una mierda que ver con todo esto. ¡Vamos a hablar con tu mujer y te vas a dar cuenta de que te digo la verdad!". Y volvimos todos a la pieza. Y ahí, sí, Mónica confirmó que el "Gringo" casi se había agarrado a tiros con los otros dos y que, finalmente, los había sacado a la mierda de ahí. Y también que fue él quien la atendió y la ayudó. Pero ya había abortado.

Recién en ese momento me empecé a calmar. Para demostrar que no tenía nada que ver, el "Gringo" Gontero me dijo: "Mirá, Charlie, yo cambio de guardia a las siete de mañana, pero me voy a quedar hasta que lleguen Telleldín

o Esteban y a esto lo vamos a aclarar, porque no quiero más problemas de este tipo". Y dicho y hecho: Gontero se quedó hasta las diez de la mañana, porque no sólo habló con Tissera o con Esteban, sino que lo esperó a Telleldín. Como a las once más o menos me llamó Telleldín. El "Gringo" se me acercó y, por lo bajo, me dijo: "¡A estos los vamos a cagar ahora, Charlie! ¡Pero no te quedés corto ni callado con Telleldín!". Fui adelante y apenas entré a su despacho le dije: "¡Pero quién controla este lugar, 'Turco'! ¿Quién? ¡Así que pueden venir estos de las Tres A y hacer lo que quieran acá adentro!". Telleldín me miró y me dijo: "Pibe, el jefe de este lugar soy yo. Y quedate tranquilo, porque estos las van a pagar". Y así fue, porque a los pocos días los hizo procesar por choreos comunes, de los tantos que habían cometido, y terminaron los dos en la cárcel.

47 Pedro Salvador Chirino, abogado de Charlie Moore, desapareció en 2007, en circunstancias aparentemente no relacionadas con los años setenta. Se presume que fue asesinado, aunque su cadáver no apareció. Por el secuestro fueron condenados un remisero y un funcionario judicial.

14

MATAR PARA ROBAR

—¿Supiste cuál fue el motivo del ataque a Mónica?

—Sólo me enteré de que estos tipos andaban dando vueltas por la guardia cuando entró la llamada de Bell Ville, de ese empleado o secretario que me había tomado la declaración, y al parecer les había dicho que yo había arreglado con el juez mantener a todos esos detenidos en la Penitenciaría, y que por esa razón la habrían atacado a Mónica. Eso fue todo lo que supe.

—¿Fue por haber actuado así que Telleldín los hizo procesar por delitos comunes?

—Sí, sí. Los hizo arrestar y fueron a parar a la cárcel, los dos por chorros, tanto Torres como Lucero. En realidad, creo que el castigo no fue por lo que le hicieron a Mónica sino porque tomaron una decisión por su cuenta, por la libre, y le pasaron por encima a Telleldín. Y eso es lo último que él quería; odiaba no ser respetado. Pero tampoco quería armar bronca conmigo, justo con el caso de Villa María y con los milicos, que era lo que más les interesaba. Porque el caso de Villa María se había enfriado y después los milicos, de golpe, lo habían revivido. Y te imaginás, hacerme cagar a la mujer: yo soy el que los tiene a todos enganchados, el testigo principal de la causa, y vienen y a patadas la hacen abortar a Mónica, de esa forma. Hay que ponerse en la posición de Telleldín en ese momento para entenderlo. Él tuvo que tomar esas medidas para mostrarle al personal quién era el que mandaba en el D2. Pero, además, Telleldín conocía

muy bien los choreos escandalosos que estaban cometiendo los del D2, y sabía que tenía que frenarlos de algún modo, y lo que ocurrió con Mónica le sirvió de fundamento o excusa para hacerlo.

—*¿A qué hechos de robo te referís?*

—Mirá, lleva un poco de tiempo explicar eso, y se necesita algo de perspectiva. El choreo y el robo en el D2 estaban institucionalizados. A diferencia de los milicos, lo que verdaderamente motivaba al personal del D2 era el botín: el botín era, directamente, el producto del robo a los prisioneros. Y lo que Telleldín hacía era mantenerse aparentemente al margen, pero al mismo tiempo reservaba toda la información sobre montones de delitos comunes, los robos que a diario cometían los del D2. Y si en algún momento necesitaba usar esta información, lo hacía, como lo hizo en esta oportunidad con el "Negro Cabezón" Torres, y con el "Cara con Riendas" Lucero. En esos casos, él simplemente se acercaba a un estante, sacaba un poquito de información y se la pasaba a Investigaciones de la Policía. Ellos, con investigar muy poco, porque se trataba de hechos muy groseros, con muchas pruebas, enseguida los arrestaban y los tipos terminaban en la cárcel. Y cuando le preguntaban algo, Telleldín decía que no se podía hacer nada porque eran causas de Investigaciones, no de Inteligencia. Pero todos sabían lo que él hacía en realidad. En ese caso cayeron Lucero y Torres, pero el mensaje iba para todos los que integraban el D2: eso era lo que le iba a pasar al que sacara los pies del plato o al que tomara una iniciativa que contradijera las directivas de él. Directamente los hacía recagar, pero con clase, con altura.

¿Por qué? Porque, ya para esa época, Telleldín había aprendido que no podía andar matando policías por cualquier razón. Así de simple. Sabía que ya no los podía matar con el verso de Montoneros, ni tampoco mandarlos a la cárcel sin pruebas. Porque después de todos los policías que el D2 había liquidado, ya habían empezado a ver que la cosa se les podía dar vuelta en algún momento. Y que por una u otra razón eso siempre se les complicaba. Por eso, y ya en aquellos años, Telleldín había cambiado de táctica: en vez de hacerlos matar por

“Montoneros” o meterlos presos por “subversivos”, los hacía meter presos pero con los de Investigaciones, por delitos comunes. De esa forma, se los sacaba de encima y, de paso, imponía una nueva forma de terror, porque los delitos comunes, por ejemplo los robos, eran cosa de todos los días y casi todos los del D2 estaban implicados. Si, por ejemplo, retrocedemos a la época de mi propia caída, en 1974, la extorsión era moneda corriente en el D2. Sólo a mi familia le sacaron más de cincuenta mil dólares de aquellos años, que era una verdadera fortuna. Pero mi caso no es el único. ¡Desplumaban a todo el mundo! Y cuando ya no podían sacarles dinero a los prisioneros, y como se habían acostumbrado a la buena vida, encontraron que con el choreo podían hacer guita fácil, y empezaron.

Primero fue el cuento de la piratería del asfalto. ¡Los piratas del asfalto eran todos del D2! ¡Todos los integrantes de las Brigadas Civiles y de todas esas bandas siempre estaban metidos en cuanto robo había en las rutas! Pero la cosa no paró ahí; porque ya no se trataba de chorear un camión, sino que empezaron a asaltar casas. Voy a dar casos concretos: calculo que en el ’76, más o menos, no lo recuerdo con exactitud, decidieron robar una casa en el Cerro de las Rosas. Fueron a chorear el auto y, de paso, “hacían” la casa. Y cuando entraron, estaban los dueños con uno de sus hijos, un chico joven que estudiaba Arquitectura. Y este chico, que era atlético, no tuvo mejor idea que enfrentarlos. Esos tipos, sin dudarlo, le metieron dos balazos y lo mataron en el acto. Ese choreo les salió mal, y ni siquiera se pudieron llevar el coche porque, con el chico muerto, se tuvieron que rajar todos a la mierda. En ese choreo estuvieron “Cara con Riendas”, el “Negro Cabezón” Torres, Bucetta, Antón y uno más que no lo recuerdo, era el que manejaba el auto, porque eran cinco en total. Recuerdo que estuvieron medio amontonados en el auto, justamente por eso le iban a robar el vehículo a esta gente. En realidad, el plan inicial era ir a robarles sólo el auto, pero de paso, y aprovechando la oportunidad, les iban a desvalijar la casa.

Tanto era lo que robaban que, por el año ’76, esos tipos se habían montado un negocio grande, bastante importante. Ahí en el D2 siempre hablaban de eso,

especialmente Tomatis, que siempre hacía referencia a este negocio. Era una especie de compraventa y, según decían, estaba bien ubicado, en el centro o cerca del centro. Y ahí vendían muebles, electrónica, lavarropas, ¡de todo! Porque esos, cuando te robaban, no se llevaban la radio y unas monedas, ¡te movían la casa entera! Yo sé de la existencia de ese negocio porque, además de comentarlo ellos mismos ahí en el D2, en una oportunidad fueron unas personas a hacer una denuncia. Resulta que esta pobre gente había ido a esa compraventa y habían comprado un lavarropas. Después, revisando el aparato, encontraron que en un lugar medio oculto tenía la inscripción "AVOMPLAS". Era una inscripción que hacían los del ERP y que significaba: "A vencer o morir por la Argentina socialista". Ellos, cuando vieron eso, inmediatamente decidieron hacer algo. ¡Y no vas a creerlo! Se fueron al D2 a denunciar que el lavarropas había sido de un guerrillero o de alguien que se lo había robado a un guerrillero, ¡y ahí nomás los metieron en cana! Estuvieron como tres o cuatro días. Y a raíz de eso, de que estuvieron presos en el D2, es que yo me enteré del cuento del lavarropas y confirmé sobre la casa esa de compraventa. Y parece ser que era bien grande, porque después, cuando empecé a preguntar discretamente, me enteré de que no estábamos hablando de algunas pocas cosas, sino que ¡tenían de todo! Roperos, camas matrimoniales, muebles de cocina, televisores, electrodomésticos. ¡Estamos hablando de un negocio grande!

Y no sólo eso, también me enteré de que en el mismo local tenían un depósito en la parte de atrás, así que todo lo recién choreado iba a parar atrás y lo "enfriaban": ellos a esa parte la llamaban "la heladera". Y después, cuando todo se tranquilizaba, pasaban lo robado a la parte de adelante y lo iban vendiendo. La guita que venía de ahí era impresionante. Yo me acuerdo de que se sentaban en el patio del D2 a repartir la plata. Se sentaban en una mesa en el patio de atrás, me ponían a mí a cebar mate y venían con una bolsa; pero te estoy hablando de una bolsa de arpillera del tamaño de una bolsa de dormir, ¡hasta el culo de guita! Ponían toda la guita arriba de la mesa, la contaban y empezaba el reparto. A eso ellos lo llamaban el "botín de guerra". Al principio yo pensaba: "Bueno, éstos

entran en las casas que son de la guerrilla y les están robando a los guerrilleros que suelen andar con plata…”. ¡Las pelotas, macho! ¡Estos estaban choreando y asaltando casas de familia!

Mirá, va como ejemplo otro caso que conozco muy bien: en Argüello había un puente que cruzaba un canal; justo pasando el puente, a mano izquierda, había una farmacia con vivienda, habitada por los dueños, es decir que la farmacia formaba parte de la casa. Los dueños eran un matrimonio; tenían más o menos cincuenta años y uno de ellos, o los dos, eran farmacéuticos. Bueno, los del D2 fueron y asaltaron el lugar. Los redujeron, entraron, les hicieron abrir la caja fuerte y chorearon toda la guita que esta gente tenía. ¡Les robaron miles y miles de dólares y pesos que tenían guardados! Después trajeron toda esa guita al D2 y ahí, en el patio, empezó el conteo. Yo me acuerdo de los dólares… no me olvido más, porque los empezaron a contar entre varios, pero al final me los dieron a mí para contar, y por eso recuerdo que eran todos billetes chicos, de un dólar y de cinco dólares. Era mucha plata la que se habían robado, porque además también habían robado dinero argentino. La guita argentina yo no la conté, pero era una cantidad impresionante. Esa gente estaba ahorrando para hacer un viaje, retirarse y hacer el viaje de su vida, por el mundo, ¡y los desvalijaron! Pero no sólo eso, también se metieron en la farmacia y sacaron un montón de drogas. Tanto se llevaron que, por ese tema, al tiempo me llamó Telleldín y me preguntó, medio enojado: “¿Qué sabés del tema del robo de drogas?”. Yo no quise decirle nada. “No sé, no tengo idea”, le respondí, pero me di cuenta de que él sabía bien los pormenores de la cuestión. Lo que había pasado era que habían estado vendiéndoles esas drogas a los faloperos y parece que ahí saltó la bronca. ¡A esos tipos no los paraba nadie!

Pero además de eso, lo que era impresionante era el choreo de autos… ¡El choreo de autos era algo a-levo-so! Por ejemplo, si en esa época había, digamos, quinientos Ford Falcon en Paraguay, te puedo asegurar que trescientos habían sido choreados en Córdoba. Y si había trescientos Chevy, doscientos habían sido choreados en Córdoba. Ellos les duplicaban los papeles y después los vendían.

Incluso tenían un taller al que fui una vez; en realidad, ellos me llevaron. Me acuerdo de que el dueño del taller, que también trabajaba en el D2, tenía un Torino 380, de los nuevos, Grand Routier, de esos que tenían la goma arriba del baúl. Y la razón por la que me llevaron al taller fue porque no le encontraban los números. Yo busqué por todos lados, revolví todo y tampoco los pude encontrar, y ahí quedó la cosa, porque me llevaron de nuevo al D2. Sólo en esa oportunidad estuve en ese taller, y no puedo recordar el nombre del dueño, pero creo que finalmente lo mataron los mismos del D2, aunque no recuerdo las circunstancias.

—¿Dónde estaban ubicados ese taller y la compraventa a la que hacés referencia?

—El taller estaba ubicado en barrio Los Paraísos, pero la compraventa no sé, nunca fui. La compraventa la conocí escuchando lo que ellos, los del D2, hablaban allá adentro. Por el volumen de cosas que llevaban, la compraventa tiene que haber sido un negocio grande. Sí sé, o creo saber, por los comentarios que hacían, que en ese lugar antes había funcionado una agencia de autos, para que te des una idea del tamaño del local. Y ahí iba a parar todo lo que ellos se choreaban. Vos podés pensar: “Bueno, dos o tres lavarropas, una heladera, un par de camitas por semana”. ¡Yo te estoy hablando de algo que, en algunos casos, llegaba a una o dos toneladas de mercadería por semana! ¡Estos tipos no paraban! ¡Era el hampa organizado y con impunidad! ¡Así de simple! Tales eran la organización y la impunidad que tenían que para el ’76 salieron a hacer cagar al hampa real, a la delincuencia común, para bajar el nivel de delincuencia y mantenerlo dentro de un grado más o menos aceptable, porque las estadísticas se les iban a las nubes. ¡Y empezaron a matar chorros por todos lados!

Corrijo: eso fue en el ’77, porque pasó en el D2 intermedio, en Tránsito. Ahí comenzó la matanza más grande, que no fue de delincuentes “subversivos”, entre comillas, no; ahí eran los comunes. Los barrían del mapa; los traían de a tres, cuatro, cinco por noche; los interrogaban y los mataban ahí mismo. Y después los cargaban en una camioneta y se los llevaban.

—¿Presenciaste alguna de esas muertes?

—No, pero los escuchaba, porque esto pasaba a no más de diez metros del calabozo, de la pieza nuestra, en un lugar donde había un tinglado. Y cuando ellos no los mataban ahí, los cargaban y se los llevaban, y yo sabía que en algún lado les “hacían la boleta”.

—¿Quiénes se beneficiaban con este “botín de guerra”?

—Y, la mayoría de los del D2. Pero no el personal administrativo, no el institucional, es decir, guardias, administración, archivos. Los que se beneficiaban eran los miembros de las brigadas: los patoteros, los que salían a matar, porque muchos mataban para robar. Olvidate de cuestiones ideológicas o políticas: salían a matar sólo para robar.

—¿Quiénes participaban de esos hechos?

—Había como veinticinco, más o menos, que eran los que estaban en las patotas. Arrancamos con Hierling, Yanicelli y Bocina a la cabeza… no… ¡guarda con Bocina! ¿Sabés que Bocina no se metía en eso? Era uno de los pocos que se mantenían limpios. Él con el choreo no tenía nada que ver, pero todos los demás, sí. “Bóxer” Antón, a la cabeza; la “Cuca” Antón, a la cabeza; “Sérpico”, a la cabeza. Lamentablemente, un tipo que había sido oficial de guardia, bastante derecho, ya para el ’77 estos patoteros lo habían absorbido y se torció completamente: Capdevila. Y me dolió por Capdevila, porque él cayó en el D2 en un mal momento. Yo creo que si este muchacho hubiera caído en una comisaría o en otra época no se habría desviado así.

Tomatis era el chorro más grande que te puedas imaginar. Volviendo un poquito para atrás, antes del ’77 hubo otro terrible: el “Gato” Gómez; ¡ah, ese era terrible! ¡Terrible! También estaba el “Cuervo”. Mirá si habrá sido chorro el “Cuervo” que un día, estando de guardia, salió a hacer unas compras, pero demoraba, no llegaba, y todos en la guardia se empezaron a preocupar. Hasta que paró al frente del D2 un móvil del Comando Radioeléctrico y lo bajaron, ¡porque lo habían agarrado choreando en un supermercado! ¡Eso fue el colmo! ¡Lo traían preso los mismos policías! Cuando lo agarraron, parece que les había dicho a los policías del Comando que era del D2, y por eso lo trajeron. ¡Chorros de mierda!

¡Eran terribles!

El “Cara con Riendas” Lucero y el “Negro Cabezón” Torres también habían caído presos, en otra ocasión, no con el ataque a Mónica. En ese caso fue por un asalto a mano armada en un supermercado: redujeron a la gente y fueron directamente a la caja. En esa ocasión les salió el tiro por la culata, porque también los agarraron: dijeron que eran del D2 y los trajeron sin hacerles nada, pero la cagaron, porque a partir de ese momento quedaron en la cuerda floja, y cuando pasó lo de Mónica, Telleldín vio la oportunidad y les dio el cañazo final. Ellos ya venían mal, desde hacía unos seis meses, por el asunto ese del supermercado, y lo de Mónica fue algo muy grave, por eso aprovecharon y se los sacaron de encima. Pero el resto seguía.

Cometían todo tipo de delitos. Porque también extorsionaban y cobraban protección. Como la gente tenía tanto miedo, todos terminaban pagando. Es más, recuerdo que en aquellos años hubo una campaña de bombas contra los carniceros. No hay muchos carniceros en Córdoba que hayan sufrido atentados terroristas; puede haber muchos carniceros en Córdoba, ¿pero cuántos son los que sufrieron atentados con bombas terroristas? Sólo unos cuantos. ¿Sabés por qué eran los atentados terroristas? Porque les cobraban protección a todos los carniceros, y si no pagaban les metían una bomba. Y hubo uno que se hizo el pesado; vivía en un barrio del que no recuerdo el nombre, sólo sé que el negocio estaba en una calle angosta, llena de casitas y autos estacionados por todos lados; tengo la imagen pero no recuerdo el nombre del barrio. Este carnicero tenía un Ford Falcon, creo que de color verde. Fueron a venderle protección y vigilancia, y el tipo los mandó a la mierda: “¡Pero yo, antes de entregarles plata a ustedes, prefiero darles la plata a los chorros!”. Los sacó recagando de la carnicería. Y estos, sin dudarlo, a los pocos días fueron y le metieron una bomba al Ford Falcon; voló a la mismísima mierda el Ford y rompió todos los vidrios del vecindario. Fue Lucero el que le puso la bomba. Lucero era un mercenario; él ponía bombas a sueldo, no sólo para el D2 sino para cualquiera. Si vos eras panadero y tenías bronca con otro panadero, lo contratabas a este tipo, te cobraba

diez mil pesos, lo estudiaba y le ponía una bomba. Ese era Lucero. Y eso era el D2.

El problema es que ustedes allá no caracterizan, no distinguen; ustedes, la izquierda especialmente. La izquierda los ve como una “banda de fascistas”, dice que estos son todos “fachistas que trabajaban para el sistema de un Estado opresor”. ¡Y los tipos no tenían la más puta idea de nada! ¡Estos, de Estado opresor no entendían un carajo! Los únicos que realmente estaban bien enredados en la lucha, que ellos llamaban antisubversiva, eran los milicos. Yo me pregunto: ¿y estos otros?... y, sí, estaban… iban, te secuestraban, te torturaban y te mataban. Pero hay que decir la verdad: éstos aprovechaban la coyuntura de la lucha antisubversiva sólo para el choreo. ¡Eran una banda de chorros! ¿Las llamaban Brigadas de Operaciones? No, señor, están todos confundidos: ¡eran una banda de chorros! Porque si fuera una brigada o una patota de tipo policial en contra de la subversión, ¡bueno!: la mano venía pesada, ¿viste?, y nosotros siempre nos preparábamos porque sabíamos que cuando cayéramos nos iban a hacer recagar. Pero creer que estos tipos estaban motivados por una ideología perdía totalmente sentido cuando uno los conocía en la vida diaria. Ahí te dabas cuenta de que verdaderamente lo único que los motivaba era el ánimo de robo.

A ver, veamos las cosas con criterio, con sentido común, porque acá no hace falta intelectualizar nada. ¿Cómo se puede entender que un agente se manejara en un Fiat 128 Iava casi cero kilómetro? ¿Que el mecánico anduviera en un Torino Grand Routier último modelo, con techo que se abría y se cerraba con un sistema eléctrico? ¿Y que le tuviera que andar buscando los números? ¡Y que para eso llamara a la Policía! ¿O cómo puede ser que el cabo o el sargento se manejaran en un Torino o un Falcon cero kilómetro? Por ejemplo, miralo nomás a Yanicelli, el “Tucán Grande”: era un oficial que pisaba fuerte, pero no tenía mucha jerarquía en aquella época, y siempre andaba con un 404 o un 504, todos cero kilómetro, o con un Fiat 125, también cero kilómetro, el último modelo. Uno de los ordenanzas (no recuerdo el nombre), que era el encargado de

mantenimiento en el D2, ¡andaba con un Falcon Futura también cero kilómetro! ¡Tenías que ser un empresario para andar en un coche de esos! ¡Que alguien me explique cómo un agente de policía, un cabo o un oficialito pudieron manejarse en ese tipo de vehículos! Yo sabía muy bien el costo de mantener un vehículo, por mi familia, porque nosotros siempre teníamos coche nuevo. Yo sabía muy bien lo que costaba un vehículo nuevo en aquellos años, porque a través de papá, que tenía un cargo alto en Renault, teníamos la Gladiator siempre nueva. Pero así y todo, nunca tuvimos un Torino, porque a pesar de la posición económica que nosotros teníamos, a mi familia no le alcanzaba para comprar ese tipo de vehículos. ¡Y mi viejo era un empleado jerárquico de Renault! Y todos estos cachafaces andaban con esos autos que ni la gente pudiente podía comprar, y mucho menos mantener. Si eso no es choreo, que alguien me explique lo que es robar. Bueno, tal vez no fuera choreo directamente, porque a lo mejor algunos de estos autos no eran robados. Pero era “protección”, asaltos, extorsión, en fin, corrupción. El D2 se había vuelto el hampa organizado.

Adelantándome un poquito, para el ’77, debido al índice tan alto de la delincuencia común en Córdoba, el D2 decidió barrer con el hampa común, pero solamente para bajar ese índice y seguir operando. Pero en el ’75, el choreo no era lo más fuerte en el D2, porque entonces había otra herramienta que les daba mucho más: la extorsión. Y la extorsión empezó con los familiares de los detenidos: les limpiaban las cuentas, les barrían hasta el último mango. Ya te dije que a mi familia le sacaron más de cincuenta mil dólares; estamos hablando del ’74 y principios del ’75. Había dos aspectos de la extorsión: uno era para obtener directamente dinero, pero había otro que era más siniestro, porque la extorsión iba muchísimo más allá. Inclusive, empezó a ser aplicada a los propios miembros del D2, y eso a mí me consta: la extorsión se volvió un instrumento prácticamente institucionalizado dentro del D2. No sólo te extorsionaban para sacarte dinero; a la larga, esa práctica apuntaba a la edificación, a la construcción de este muro del silencio que llega hasta hoy, y que muchas veces impide que se alcance la verdad. Mucha gente se intimidaba con esos tipos, y así terminaba

siendo extorsionada, pero sólo para que hiciera silencio.

Te voy a contar un caso terrible, espantoso, horroroso. Un caso que conocí a través de varias versiones, no de una. Para entender el tema este de la extorsión a los mismos empleados, imaginate que vos estás de guardia en el D2 y sos un simple policía: un cabo de cuarto, un sargento de guardia o un oficial recién egresado. Y vienen estos de la Brigada y te piden que los acompañes a trasladar a unos detenidos a la Unidad Regional de Cosquín. Y vos vas, creyendo lo que te dicen, pero en lugar de llevarlos a la Unidad Regional de Cosquín, como te habían dicho, más o menos a mitad del recorrido, en la zona del camino al Pan de Azúcar, pasando el cruce de Cabana, se desvían y, en un descampado, hacen bajar a los prisioneros. Estoy hablando de un caso concreto: llevaron a seis detenidos en esa ocasión y estaban acompañados por un carro de asalto de la Guardia de Infantería. Estos seis detenidos ni siquiera habían pisado el D2, porque habían estado en ese centro de detención medio secreto, esos calabozos que tenían ahí dentro de la Jefatura, ese lugar del que yo ya te hablé. En esa ocasión, habían llevado a un oficial de policía muy joven, que no estaba trabajando en la brigada de calle sino que se encargaba de tomar las grabaciones de conferencias: trabajaba en la oficina de Asuntos Estudiantiles, Gremiales y Culturales y no tenía absolutamente nada que ver con la Brigada. También estuvo metido Merlo, que al principio tiró la bronca un poco, pero finalmente fue en un auto, con este de Asuntos Estudiantiles y con un agente de la guardia. Y en otros dos coches iban los de la Brigada, todos siguiendo un carro de la Guardia de Infantería donde llevaban a los prisioneros, que eran seis en total. Bajaron los prisioneros, los alinearon a todos, y a uno lo hicieron adelantar. Inmediatamente, al que hicieron adelantar, los de la Brigada lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego: el pobre tipo empezó a correr haciendo un semicírculo y gritando, desesperado. Uno de la Guardia de Infantería, un buen muchacho, al ver ese espectáculo horroroso, desenfundó la .45, le pegó un tiro y lo mató en el acto, para evitar el sufrimiento de ese pobre hombre. Y se les terminó el show. Pero enseguida se armó una discusión tremenda entre los de la Guardia de

Infantería, el D2, Merlo y los muchachos de Asuntos Estudiantiles. Porque estos animales de la Brigada le recriminaban al de la Guardia de Infantería por qué razón se había metido y le había pegado un tiro a ese pobre hombre. Le reprochaban que lo hubiera matado tan rápido y así había evitado que sufriera. Y el resto, los otros policías, les gritaban que ellos no querían tener nada que ver con todo eso. Pero ya tenían que ver. Habían estado ahí. Sin querer, todos los que estaban en el lugar habían caído en la trampa de los de la Brigada. Al final, estos tipos de la Brigada ametrallaron a todos los prisioneros y los mataron. Tengo entendido que al quemado vivo lo dejaron tirado en el mismo lugar y a los otros cinco los cargaron y se los llevaron, pero no sé dónde.

Ahora bien, si sos un oficial joven de Asuntos Estudiantiles, o si sos un simple policía de la Guardia de Infantería, y te han comprometido para la mierda en una ejecución de ésas, ¿qué hacés? ¿Te animarías a denunciar? Tanto en aquella época como hoy. Alguno de los tantos testigos que presenciaron bestialidades como esas, ¿hoy se animaría a hablar? El problema es que te hacen sentir comprometido. Los envolvían de una forma que los tipos se sentían y se sienten tan hechos bosta como comprometidos. Yo recuerdo que después de eso, algunos fueron a mi calabozo a decirme: “Charlie, ¡mirá lo que ha pasado! ¡Mirá qué animales! ¡Esto es un horror!”. Incluso el mismo Merlo vino una noche y me dijo: “¡Mirá, Charlie, yo soy un hijo de puta; sé que te cagué la vida, pero yo no ando matando gente de esa forma!”. A Merlo lo recuerdo particularmente relacionado con este hecho que te conté, porque la última vez que lo vi, cuando lo expulsaron del D2, se dio una vuelta por mi calabozo para despedirse y me dijo: “Yo sé que algún día vos vas a ser el testigo más grande de toda mi carrera”. Y estoy seguro de que sus palabras tuvieron que ver con este caso, porque él sabía muy bien que me había enterado de todo, y que yo sabía que no todos los que estuvieron en ese lugar habían querido hacer algo semejante.

En general, todos los policías se sentían comprometidos de una forma terrible, y eso pasaba todo el tiempo. Cada vez que había ejecuciones allá afuera, sacaban gente de las guardias, personal administrativo, y los envolvían, trataban de

comprometerlos. Yo no digo que esos policías les dispararan en esos casos a los prisioneros, tal vez en algunas oportunidades sí, pero en general no. Pero simplemente por el hecho de estar ahí presentes y haber presenciado fusilamientos, asesinatos, ese solo hecho hizo que estos policías se sintieran comprometidos. Y es una pena y un problema, porque seguramente han tenido que vivir toda su vida con eso adentro, y porque, además, cuesta muchísimo que la verdad se sepa. Como buenos "canas", saben que si llegan a decir que dispararon, aun contra su voluntad, o que estuvieron presentes en una ejecución, legalmente son copartícipes, los hacen cómplices, y saben que los van a dejar pegados. El mensaje de los verdaderos asesinos era muy claro: "Acá el que abre la boca queda pegado. Y los que se callan no tienen problemas". Ese es más o menos el mecanismo que ellos te instalaban en la cabeza.

En tantos años ahí dentro aprendí que los "canas", hasta por instinto, sabían muy bien que si abrían la boca y se comprometían en algo, al final los hacían recagar. El problema para ellos, para los verdaderos asesinos, es que yo nunca fui policía. Y viví para contarla.

—¿Recordás quiénes participaron en el hecho que relataste?

—Bueno, los de siempre, porque los que apretaban el gatillo eran casi siempre los mismos: el "Bóxer" Antón, Bucetta, Calixto Flores, y se sumó en aquella oportunidad Damonte. Y también estuvieron, como dije, el "Moro" Merlo y estos dos chicos jovencitos que los acompañaban. Esos son los nombres que recuerdo, porque en total sumaban, sólo los de la Brigada, como siete. Y en cuanto a la cuestión de la extorsión, insisto en que es un tema clave para comprender el D2. De otra forma, no se entiende tanto silencio. Y creo que tengo el conocimiento y alguna autoridad como para decir esto, porque, como te he dicho, yo viví todo el proceso ahí dentro, un ciclo de horror y muerte que arrancó aproximadamente en marzo del '75 con el secuestro y la desaparición de la esposa de Orzaocoa, hasta el asesinato del subcomisario en el año '79. Y en todo este ciclo, la extorsión a los miembros del D2 siempre fue una constante.

—¿Era una forma sistemática de comprometerlos?

—No sólo era sistemática, era perversa al mismo tiempo. Hay que caracterizar bien las cosas; acá hay dos cuestiones que, insisto, se deben aclarar: primero, los modos con que algunos integrantes del D2 comprometían a sus mismos compañeros. El segundo elemento fue el terror. Te comprometían y te aterrorizaban al mismo tiempo, con el objeto de lograr que nadie nunca dijera nada. Y era increíble el tiempo, el esfuerzo y el ingenio que dedicaban para comprometer a los otros policías. Insisto, el método era sumamente sencillo: en primer lugar, los hacían participar en los hechos o hacían que se sintieran partícipes de algún modo. Y en segundo lugar, les llevaban el terror al mismo D2. Tenés que considerar que a esa altura esta gente no tenía a nadie que verdaderamente los entendiera, para hablar de sus problemas, de sus miedos, de sus ansiedades e inseguridades. Es más, ellos sabían muy bien que si llegaban a hablar por ahí y alguno de los del D2 se enteraba de que tenían algún tipo de contradicción, aunque mínima, directamente los mataban, como ocurrió en tantos casos. Porque para el grueso de los policías que integraban el D2, los miembros de las brigadas representaban un peligro enorme y cierto. Si habían matado a comisarios y no había pasado absolutamente nada, ¿qué garantía podían tener los muchachos recién ingresados o sin jerarquía? Ninguna. La cantidad de policías muertos y la impunidad con la que los habían matado eran una muestra de cuál sería su destino si tomaban la decisión de hablar. Si algún día se comienza a investigar seriamente las muertes de los policías, se va a comprender que esa fue una de las puntas del ovillo del genocidio en Córdoba. Porque, al final, era un círculo que cerraba perfectamente: secuestraban, torturaban, robaban y mataban, y, al mismo tiempo, comprometían a sus compañeros y sembraban el terror entre ellos. Y la única forma de sobrevivir fue con el silencio; obedecer y callarse la boca.

Por eso, despacito y paulatinamente, nuestro calabozo se fue convirtiendo en una especie de confesionario; venían desarmados, moralmente destrozados, y contaban de todo. A Mónica y a mí nos decían: “¡Yo no entré a la Policía para esto! ¿Qué mierda estoy haciendo acá?”. Algunos estaban desesperados,

destruidos. Y todo lo que durante años me fueron contando me sirvió para conocer o corroborar lo que posteriormente declaré en el año ’80 e incluso ahora mismo. Los policías se sentían muy comprometidos, todos. ¡Por eso nunca declaran en las causas! Y lo que pasó conmigo es que nunca me pudieron comprometer, por más que intentaron, y aún siguen intentando difamarme. Cuando apenas tuve una oportunidad, fui y los denuncié, y lo voy a seguir haciendo. ¡A mí me importa tres carajos que me quieran comprometer! Pero esa es mi forma de ser. Ellos, los “canas”, son distintos. Ellos piensan en la ley, creen que si dicen que estuvieron en el lugar del crimen los van a incriminar. De esa forma, los verdaderos culpables, aquellos que mataron cantidades increíbles de personas (tipos como Antón, que no sabe cuánta gente mató, porque ese tipo, sólo este tipo, liquidó a más de cincuenta personas), salvajes de esa clase son los que explotan este muro de silencio que lograron construir a fuerza de extorsión, y que llega hasta hoy. Por eso, en las causas judiciales generalmente se revela poco de lo que todo el mundo sabe mucho. Porque construyeron un muro de silencio, que nadie ve ni advierte que existe, pura y exclusivamente sobre la base de la extorsión y del terror. Esos fueron los métodos que más usó el D2.

15

L.A.U.[48]

—¿Qué recordás del caso de Luis Urquiza?

—Ya comenté que aproximadamente para septiembre del ’77 me trasladan por segunda vez al Campo de La Ribera, y cuando llego, encuentro que estaba prácticamente vacío: no había casi nadie. Quedaban sólo algunos Testigos de Jehová, y solamente dos de los cuatro gendarmes que había en el ’76. Inclusive la guardia de Gendarmería estaba tremendamente reducida: era un lugar casi deshabitado y parecía demasiado tranquilo. Mientras me tenían ahí, charlando con los presos, me enteré de lo que había sucedido con unos policías que habían traído detenidos a La Ribera tiempo atrás. Me hablaban de cinco policías del D2 que habían sido trasladados a ese lugar, y que a uno lo habían traído gravísimamente herido, con un disparo en la pierna y la herida medio engangrenada. Me enteré de que los prisioneros y algunos gendarmes lo habían ayudado, tratando de limpiarle la infección raspándole la herida con una bayoneta, pero no lo habían podido ayudar mucho porque tenía hemorragias y la atención médica en La Ribera era pobrísima, malísima. Dijeron que el apellido de ese pobre hombre era Urquiza.

Recién cuando escuché sobre ese caso en La Ribera lo relacioné con lo que había sucedido en el D2 aproximadamente un año antes, con el hombre que habían detenido los del D2 y decían que era policía, pero que yo no llegué a verlo, porque lo tuvieron todo el tiempo tabicado y con capucha. Recuerdo que

ocurrió un incidente confuso entre Gontero, que era uno de los oficiales de servicio del D2, y este prisionero. Según me parece, a Gontero, boludeando con el arma, se le escapó un disparo y lo hirió gravemente en una pierna. Desesperado por el accidente, Gontero decidió matarlo para evitar que todo trascendiera, inventando que se había querido escapar. Y fue ahí cuando intervine: hablé con Gontero y lo convencí de que no lo hiciera, porque Telleldín iba a sospechar que por alguna razón vinculada con la guerrilla, y seguramente para silenciarlo, Gontero había decidido matar a ese prisionero. Lo que pasaba era que todos se habían puesto medio paranoicos porque sabían que se había largado una cacería de brujas dentro del D2 y de toda la Policía. El tema de la cantidad de policías asesinados por el D2 los inquietaba a todos. Le dije a Gontero que no lo hiciera, que pensara que si Telleldín sospechaba algo, por mínimo que fuese, lo iban a matar, porque si habían matado hasta comisarios, un oficial de poca jerarquía como él no tenía garantía de nada. El "Gringo" finalmente escuchó ese consejo y se cagó, porque sabía que tenía razón, y que si mataba a ese prisionero, muy posiblemente él iba a correr la misma suerte. Por eso decidió decir que se había querido fugar, que intentó arrebatarle el arma y entonces él tuvo que dispararle. Una clásica de la policía. Y recién cuando me llevaron a La Ribera, un año después, me di cuenta de que se trataba de Urquiza.

—*¿Vos presenciaste el hecho?*

—No, pero todo ocurrió muy cerca del calabozo nuestro. Después de que escuché lo que sucedió, salí e intervine, como dije recién, pero sólo hablé con Gontero. Después no supe más nada de la suerte de ese prisionero, hasta que me trasladaron a La Ribera. Y recién en ese momento fue que vinculé todo y supe que se trataba de Urquiza. Y eso lo denuncié en Brasil en mi declaración del año 1980.

—*¿Vos conocías a Luis Urquiza?*

—Yo a Urquiza lo conocía de antes, del colegio nocturno de Villa Allende, cuando éramos pendejos y estábamos los dos en el secundario. Pero no recuerdo haberlo visto trabajando en el D2, porque seguramente prestó servicio muy poco

tiempo y en la guardia, sin acercarse a los presos.

—¿No recordás haberlo visto haciendo guardia en el D2?

—No. Según lo que he leído, él dice haberme visto en el D2, pero yo no recuerdo que eso haya ocurrido. Es más, en una nota publicada en *La Voz del Interior*, él dijo que yo lo cagué a palos en el D2, pero eso no es cierto. A Urquiza lo conozco, pero del nocturno, del colegio secundario de Villa Allende, no de ninguna militancia ni de nada. Lo conozco de cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años. Con él tuvimos un problema, pero bronca de pendejos, por una mina, y nos supimos agarrar a las piñas, pero fue un problema de adolescentes. Primero dijo que yo lo había cagado a trompadas en el D2, y eso es muy injusto, porque no es cierto. Un tiempo después, dijo que yo no lo había torturado en el D2. Fue todo muy injusto. Te repito: es muy difícil que alguna vez yo haya visto a Urquiza en el D2, salvo que, en alguna oportunidad mientras él estaba de guardia, me hayan sacado a la calle, a lavar un auto o para ir a algún lado, y él entonces me haya visto.

—¿Entonces afirmás que nunca viste a Urquiza en el D2, ni trabajando como policía, ni como prisionero?

—Nunca.

—¿Sabés por qué lo secuestran a Luis Urquiza?

—Nunca supe exactamente por qué razón lo secuestraron a Urquiza, salvo que era simpatizante de izquierda. Cuando volví del Campo de La Ribera y de La Perla, en mi primer traslado, en el D2 decían que habían agarrado una célula entera y que eran todos infiltrados en la Policía. Pero hablaban poco y nada del tema, se cuidaban de dar datos, como en el caso de todos los policías. Sólo decían que uno había ido a prestar servicio en la guardia del D2. He leído en algún lado que Urquiza dice que se había metido a revisar alguna carpeta de Ficheros y Archivos, y quiero aclarar algo: si vos eras un guardia nuevo del D2, al área restringida del patio de atrás no entrabas ni con permiso del Papa. Ningún policía nuevo tenía acceso atrás, porque era un área sumamente restringida, y con más razón si ya venía sospechado de la Escuela de Policía, como escuché

que decían. Y si fue a Ficheros y Archivos, que era otra área aún más restringida, donde ni James Bond entraba, y se puso a revisar carpetas y alguien lo detectó, muy posiblemente esa haya sido la causa por la que lo secuestraron.

—*¿Sabés algo más del secuestro de Luis Urquiza? ¿Quiénes participaron?*

—No, sólo lo que te dije anteriormente. Es todo lo que sé de Urquiza. Después del incidente con Gontero no lo vi más y recién volví a tener noticias de él cuando estuve en La Ribera.

48 En la primera edición (1984) del informe de la Conadep - Delegación Córdoba, bajo el título "Departamento Informaciones o División Inteligencia de la Policía de la Provincia" se reproduce el testimonio de Luis Alberto Urquiza, que fue detenido el 12 de noviembre de 1976 mientras revistaba como personal del D2 y que fue sometido a feroces tormentos. Por esos años posdictadura, el temor que pesaba en la mayoría de las víctimas del D2 era tanto que muchos denunciantes sólo eran reconocidos por sus iniciales y un número interno. Años después, Urquiza inició una campaña pública denunciando a sus secuestradores, ex compañeros del D2, y su causa fue referencia en la materia, ya que por primera vez tomó estado público la existencia de policías que habían torturado o asesinado a otros policías.

16

TODOS LOS “DE DOS”

—Continuamente hacés referencia al “primer” D2, al “intermedio” y al “último” D2. ¿Recordás dónde estaban ubicados y durante cuánto tiempo permanecieron tanto vos como Mónica en cada uno de ellos?

—Por supuesto, de la misma forma que cualquier persona puede ubicar los últimos tres domicilios donde vivió. El “primer” D2 estaba ubicado en el Pasaje Cuzco, en un costado de la Jefatura de Policía, frente a la plaza San Martín. Ahí me llevaron el 13 de noviembre de 1974; se produjo la mudanza de ese lugar a mediados del ’77, más o menos, cuando fuimos a parar a las viejas instalaciones de Tránsito: éste era el D2 “intermedio”, un edificio bien grande, con una enorme playa de estacionamiento atrás, que estaba ubicado en la avenida Vélez Sarsfield, pasando la vieja Terminal de Ómnibus de Córdoba. Era un lugar bien, bien grande. Le llamaban Tránsito por tres razones: primero porque en ese lugar había funcionado la Policía de Tránsito, pero también porque el D2 estaba en tránsito hacia otro inmueble, y, finalmente, porque se estaba volviendo para entonces Dirección General de Informaciones; y por esa razón necesitaba instalaciones más grandes. Temporariamente, fuimos a parar ahí; ellos se mudaron, y a nosotros nos llevaron como las mascotitas, los domesticados del D2. Nosotros fuimos a parar al fondo del inmueble, en la parte de atrás. En ese lugar nunca tuve acceso a nada: no hice ningún trabajo, nada de explotación de prensa, ni análisis de la información, nada. Simplemente nos tiraron a dos piezas

allá en el fondo y no nos permitían ir hacia la parte de adelante. Me acuerdo de que en el lugar había una enorme antena, que tenía treinta o cuarenta metros de altura, era la antena de telecomunicaciones que había servido a la Policía de Tránsito. Y las dos piezas en las que nosotros estábamos ubicados (Mónica y yo en una, "Kent" López y Marta López en otra) habían sido antiguamente las oficinas de los radiooperadores. Bueno, ahí estuvimos hasta mediados del '78, apenas un año. En ese lugar nos agarró el terremoto de Caucete;[49] lo recuerdo especialmente por la forma como se movió en esa oportunidad aquella antena enorme.

A mediados del '78, de vuelta nos mudamos y terminamos en el inmueble que finalmente ocupó el D2, que, creo, estaba ubicado sobre la calle Mariano Moreno. Este es el "tercer" D2; yo lo denomino el "último". Era una casa esquina bien grande, de tipo colonial, con un edificio de dos pisos, más moderno, unido en un costado a la casa. Estaba ubicado casi al lado de lo que era el Comando Radioeléctrico en esa época, con un terreno de por medio que los separaba. Desde este lugar, al tiempo de llegar, en octubre del '78, Mónica salió en libertad. También recuerdo que en ese último D2 vimos el Mundial de fútbol. ¿Cuándo fue el Mundial de fútbol?

—*En junio del '78.*

—Bueno, llegamos más o menos en esa época, porque el Mundial de fútbol lo vimos en televisión en ese último D2. Así que nos mudamos un poco antes de junio.

—*¿Recordás la actividad del personal en el D2 "intermedio"?*

—Sí, porque en la época en que se produjo la mudanza a Tránsito, la cosa cambió. Para entonces, los choreos comunes habían aumentado de una forma descomunal, precisamente porque los del D2 se habían lanzado por completo a cometer todo tipo de delitos comunes, como expliqué antes. Pero tanto habían crecido los niveles de delincuencia que tuvieron que hacer algo. Para poder seguir manteniendo sus actividades ilícitas (robar casas, autos, extorsionar y todo lo que ya expliqué), para poder continuar choreando, en definitiva, y que al

mismo tiempo no aumentaran los niveles de delincuencia de forma brutal, lo que empezaron a hacer fue liquidar el hampa y la delincuencia común. En pocas palabras, decidieron terminar con la “competencia”. Recuerdo que el choreo de las bandas del D2, en esa época era descarado: les “pegaban” [robaban] a usureros, prestamistas, en fin, ¡no se salvaba nadie! También empezaron a “pegar” a los cafiolos que manejaban a las putitas de la calle, porque esos tipos normalmente manejaban mucha guita. Yo me acuerdo, por ejemplo, de un caso que les salió mal, porque lo quisieron “ajustar” a un fiolo de la zona de la avenida Humberto Primero, el tipo no se dejó levantar, se resistió y lo tuvieron que “cuetear” con una escopeta recortada, lo mataron ahí mismo.

Como en esa ocasión la cosa se les complicó, para tener más control de la situación comenzaron a traer a los delincuentes comunes a este D2 “intermedio”, y después de sacarles información, los mataban ahí mismo. Traían bandas enteras, cantidades de delincuentes de todo tipo, y siempre después de sacarles información los mataban y después tiraban por ahí los cuerpos. En algunas ocasiones, cuando no los mataban ahí, se los llevaban vivos, fabricaban tiroteos y los mataban. Yo me acuerdo bien de todo eso porque en muchas ocasiones ellos mismos comentaban esos supuestos “enfrentamientos” en los que siempre caían abatidos los delincuentes. En cuanto a los cafiolos, a veces los traían y los interrogaban bien fuerte. Yo los escuchaba porque los llevaban a un lugar cerca de las piezas donde estábamos alojados, a una habitación que quedaba pasando un pasillo que daba al estacionamiento. En ese lugar había un tinglado, así que retumbaba todo y por eso se podía escuchar claramente lo que hablaban, lo que les preguntaban, qué les interesaba.

Cuando traían a los cafiolos, hacían mucho énfasis en sacarles los datos patronímicos de las pendejas que hacían trabajar, las chicas que esos tipos explotaban. Les preguntaban si tenían padre, madre, familiares, quiénes eran, todo. Buscaban información de una forma tan precisa que podían dar con chicas que no tenían parientes, o que tal vez la madre no era de Córdoba y estaba separada del padre, situaciones así. Y con toda esta información, lo que hacían

era captar a las chicas y venderlas a otros fiolos que las hacían laburar, generalmente en países limítrofes. De esas chicas no se sabía generalmente nada más, pero lo que sí supe fue del destino de los cafiolos, porque después que les sacaban toda la información, los liquidaban. Y esto, durante un tiempo, pasó noche tras noche. Y no estoy hablando de un caso o dos; estoy hablando de por lo menos diez o quince casos.

Una vez que terminaron con los fiolos, siguió la "limpieza" de informantes que el D2 había reclutado en la lucha contra la guerrilla. Tenían un colchón como de doscientos informantes y eran todos villeros. Cada uno de esos informantes tenía su bandita y también andaban choreando con impunidad, porque de algún modo los tenían que recompensar, y ese había sido el trato: información sobre la guerrilla a cambio de impunidad. Los del D2, unilateralmente, decidieron entonces que el trato se había terminado, y empezaron a "chuparlos" y a llevarlos a Tránsito; después los interrogaban reventándolos a golpes, y una vez que obtenían toda la información que necesitaban, los mataban. Y así fue como los "limpiaron" a casi todos. Mirá, entre mediados del '77 y principios del '78, el D2 exterminó más o menos a veinte o treinta banditas. Todos informantes de ellos. Y todos terminaron muertos, por supuesto. Esta fue la actividad que se desarrolló en el D2 "intermedio".

—*¿Después se trasladaron al tercer inmueble que ocupó el D2?*

—Sí. Ya dije que esa casona estaba ubicada sobre la calle Mariano Moreno, al lado del Comando Radioeléctrico, y que había un gran terreno que servía de estacionamiento entre el Comando Radioeléctrico y esta casa, que tenía un edificio anexo a la casa colonial que hacía esquina.

—*¿Cuál fue la actividad en el lugar?*

—Bueno, la actividad en este "tercer" D2 aflojó bastante. Seguían activos y, por ejemplo, usaban mucho los ficheros del Archivo, pero sólo ocasionalmente traían prisioneros, y muy pocas veces los interrogaban. Nada que ver en comparación con lo que había sido el primer D2. Lo que sí puedo decir es que,

cuando lo mataron a ese subcomisario, al lugar lo “limpiaron” por completo, porque no dejaron virtualmente ningún registro de nada. No es exageración si te digo con seguridad que no quedó ni un papelito así de chiquito que los pudiera comprometer en algo.

49 El 23 de noviembre de 1977 se produjo un terremoto en la región de Cuyo, que afectó particularmente la provincia de San Juan y destruyó gran parte de la ciudad de Caucete.

17

SERIALES

—*¿Recordás cómo sucedió el caso del subcomisario asesinado?*[50]

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Aclaro que al principio me había enterado de que había pasado algo muy serio, aunque no sabía exactamente qué, porque por esos días me habían puesto a pintar el edificio del último D2. Sólo quedábamos dos sobrevivientes de todos los prisioneros que habíamos pasado por ahí: el "Tupa" que era un uruguayo al que no le tenían mucha confianza, y yo. Al "Tupa" lo habían mandado a pintar afuera, y a mí me habían puesto a pintar la parte interior de las oficinas. Al resto de los prisioneros los habían matado, o, en muy pocos casos, se habían ido en libertad. Recuerdo que, mientras pintábamos, llegó Romano muy alterado, como excitado, todo transpirado; estaba muy pero muy nervioso. Inmediatamente, todos los del D2, por orden de Romano, comenzaron a "limpiar" las carpetas. Fue un trabajo enorme, porque sólo en Ficheros y Archivos había más de veinte mil carpetas, en una especie de tambores enormes para ficheros. Pero además había un armario con más seguridad, y ahí calculo que había como quinientas carpetas más. Romano se concentró en ese, y me puso a mí en los otros. Por orden de él, sacamos todas las carpetas, y recuerdo que en el traslado caían papeles porque con el tiempo habían ido añadiendo hojas en las carpetas y no las habían encuadernado, así que todos aquellos papeles agregados fueron cayendo al suelo.

Sacamos las carpetas y las empacamos en paquetes de veinte cada uno, atados

con hilo de pita. Con los paquetes formamos pilas, muchísimas pilas de carpetas, y una vez que terminamos con el trabajo, cargaron todo y se lo llevaron. Y Romano, como habían quedado esos papeles tirados por todo el piso y además muchas carpetas, me miró y me dijo: "¡Levantá todo esto, llevátelo al estacionamiento del fondo y quemalo!". Y eso hice. Cuando sacamos las carpetas, empezaron a limpiar todo; ellos fueron oficina por oficina sacando cada papelito que quedaba. Limpiaron absolutamente todo, porque también bajaron todo el armamento de la armería al patio, y el patio del D2 quedó forrado de armas. Me pusieron con el armero a separar las armas reglamentarias de las armas truchas y de las que ellos habían incautado. Porque en algunos casos, con muchas de las armas que habían incautado, y sobre todo con las "truchas", habían cometido asesinatos, como en el caso de tu padre, que lo mataron con un revólver .38 que estaba incautado en el D2. Una vez que separaron las armas y las clasificaron, las cargaron todas y se las llevaron. La armería quedó vacía, porque sólo dejaron las armas legales. ¡Y antes había sido un arsenal! Se llevaron todo, limpiaron absolutamente todo.

Ese movimiento me resultó extraño, porque fue algo que nunca había ocurrido y, además, tenían mucho interés en no dejar nada, y mucho apuro. Así que paré la oreja y entonces me empecé a enterar, por rumores, de que habían hecho cagar a un oficial de jerarquía, creo que a un subcomisario. El rumor era que este hombre había sido el encargado de Comunicaciones de la Comisaría 16. Por supuesto que nos contrainformaban, pero yo me enteré de eso, y eso fue lo que denuncié en Brasil en 1980; denuncié que asesinaron a un oficial muy importante de la Policía, que trabajaba en Comunicaciones y que era de la Comisaría 16, porque es lo que me habían comentado ellos mismos. Yo no sé dónde prestaba servicio, eso era algo que no lo podía saber en ese momento. Pero cuando saltó el asunto en la prensa, yo supe exactamente de quién se trataba y lo confirmé porque habían limpiado el D2.

A los tipos se les había ido la mano, habían ido demasiado lejos y lo sabían, porque si bien matar era algo que se les había hecho natural, y se habían

animado a matar policías, eso había sucedido en otras circunstancias, cuando la violencia era algo de todos los días. En medio de tanta violencia (porque se mataba gente a cada rato), unos muertos más no se notaban, y por eso, el asesinato de aquellos policías que ellos mismos habían ejecutado había quedado opacado. Total, mentían que habían sido Montoneros, fabricaban un comunicado trucho y todos se la comían, ¡hasta la misma guerrilla! Porque aquellos años fueron de un descontrol total, y sobre todo 1975. Los grupos guerrilleros, en medio de todo el desbande, con las caídas en masa, ya no sabían bien quién había matado a quién, qué atentado habían cometido ellos y cuál los otros. Y eso lo sabían muy bien los del D2, porque esa información salía permanentemente de los papeles que secuestraban, como las cartas, y sobre todo de los interrogatorios. Sabían que había muchísima confusión, y entonces vieron que matar a los policías que por alguna razón les molestaban era al mismo tiempo una gran posibilidad de aumentar mucho más el ambiente de terror, para que la gente pidiera a gritos el golpe de Estado, algo de orden. Y por esa razón, en medio de tanta confusión, se animaron a matar a todos los policías que asesinaron. Pero ya para 1979 la situación había cambiado totalmente, y hacer cagar a un subcomisario cuando todo había terminado, evidentemente, los dejó muy expuestos. Se les fue la mano, se pasaron de la raya, y ellos mismos se dieron cuenta de que había sido así, y por esa razón "limpiaron" todo el D2 y no dejaron absolutamente nada que los pudiera comprometer.

Después de eso, las brigadas de calle brillaron por su ausencia. Yo no sé si comenzaron a operar en otro lado, pero en el D2 ni aparecían. La muerte de este subcomisario marcó un antes y un después, porque a partir de este hecho, la actividad operativa del D2 se enfrió totalmente. Si hasta se deshicieron de toda la flota de coches choreados que usaban en los operativos. "Limpiaron" todo, no quedó un solo auto.

—*¿Los destruyeron?*

—No sé. Pero al D2 nunca volvieron con esos autos, no los tuve que lavar nunca más. No sólo desaparecieron los autos que habían usado en los operativos,

sino también los que usaban personalmente, que también eran choreados. Y entonces empezaron a aparecer con coches mucho más modestos. Ya no usaban autos nuevos para manejarse, sino Fiat 128 hechos pomada, viejos; Peugeot 404… ¡Pero vieras el estado en que estaban! ¡Nada que ver con los que habían usado antes! Es más, ¡hasta aparecieron con un Peugeot 403! ¡Y esos eran coches que habían comprado ellos con su dinero! ¡Algo increíble! Recuerdo que otro andaba con un Rastrojero. ¿Sabés lo que fue eso, lo que significaba para ellos? En lugar de andar en un Torino Grand Routier o un Ford Falcon Futura, pasar a un Rastrojero. Sinceramente, si no hubiera sido que todo esto encerraba algo muy siniestro, habría sido para cagarse de risa. Lo cierto es que bien de golpe, después de lo del asesinato del subcomisario, la flota que usaron tanto para los operativos como personalmente desapareció, y reapareció una flota nueva, de autos destruidos, muy viejos.

—*¿Sabés cómo trasladaron el armamento que se llevaron, y a dónde?*

—Al armamento se lo llevaron de la misma forma que a los ficheros del Archivo, en la chata de Hierling, pero ignoro dónde. Y después esa camioneta también desapareció. Era una Chevrolet C10 color celeste con cúpula blanca. Después de los traslados de ficheros y armas, también esa camioneta desapareció del mapa, y apareció Hierling con otra, una Ford F100, pero un modelo mucho más viejo.

—*¿Recordás el nombre del "Tupa"?*

—No, nada; sólo recuerdo que era un chico nacido en Uruguay.

—*¿Qué edad tenía, aproximadamente?*

—Habrá tenido veintipico, pero tampoco lo recuerdo con exactitud. Estuvo un buen tiempo preso en el D2, no sé cuánto.

—*¿No recordás ningún otro dato de él? ¿De qué ciudad de Uruguay era?*

—No. Ese caso lo consigné en mi declaración de Brasil, pero no lo recuerdo en este momento.

—*¿Tenía alguna habilidad especial?*

—Por las pocas cosas que él me contó en alguna ocasión, porque no era de

hablar mucho, llegué a saber que era albañil de profesión. Creo que los del ERP lo habían traído a la Argentina con otros tupamaros porque estos tipos eran especialistas en túneles subterráneos, "embutes" para armas, cárceles del pueblo y toda construcción que fuera bajo tierra. No parecía que hubiera sido militante ni activista ni combatiente, sólo albañil, pero trabajaba muy bien. Ya llevaba varios años detenido, no sé exactamente cuántos, porque no lo tuvieron con nosotros sino que lo trajeron cuando nos mudamos a este "último" D2. Antes lo habían tenido en otro lado, no sé dónde. Se decía que el "Tupa" había estado en la construcción de una casa en Mendiolaza que debajo tenía una cárcel del pueblo. Por los comentarios, me enteré de que ese lugar era una obra de arte, una pieza maestra, que cayó porque alguien la "cantó", si no, los mismos del D2 reconocían que jamás la habrían encontrado. Según decían, estaba tan bien hecha esa casa que el piso entero, con baldosas y todo, se desplazaba. Gran parte del piso de la casa estaba hecho en una sola estructura de hormigón armado y podía moverse completamente. El comentario era que el "Tupa" había estado en la construcción de esa casa.

—*¿Tenés conocimiento de cuándo había sido detenido?*

—La verdad, no, porque al "Tupa" no lo habían traído al D2 apenas cayó, según tengo entendido, sino que lo llevaron a lo último y para hacerlo trabajar, como a todos nosotros. El tipo era albañil, pero en realidad era un verdadero artista. Y apenas lo llevaron, sé que lo pusieron a remodelar casas de los mismos del D2, porque lo tenían laburando todo el tiempo. Bueno, finalmente su último laburo en el D2 fue la pintura de la parte externa, más o menos para el tiempo que asesinaron a ese subcomisario. Lo hicieron pintar todo y, cuando terminó, Tomatis lo llevó al estacionamiento y lo mató de dos tiros. Después supe que lo cargaron en un coche, no sé cuál, y se lo llevaron.

—*¿No había nadie que lo visitara o preguntara por él?*

—No, en absoluto. Además, el "Tupa" no hablaba prácticamente nada, ni preguntándole le sacabas algo. Era muy cerrado, y medio "quedadito" intelectualmente. No parecía una persona muy normal.

—*Vos conocías al policía Calderón. ¿Qué recordás de él?*

—Sí, lo conocí. Si tengo que describirlo, lo defino como un poquito sarcástico. Él tenía siempre esa miradita… te miraba siempre de arriba abajo, como autosuficiente. Pero era un tipo vivo y serio. Estuvo un tiempo en el "primer" D2 y después lo mandaron a una "Escuelita", a un D2 "trucho", si mal no recuerdo.

—*¿Recordás a cuál de las "Escuelitas"?*

—Bueno, al principio yo sólo conocía las de Unquillo y de Pilar. Pero además hubo otra de la que después me enteré, que era Hidráulica, o el Embudo, como la llamaban. Aquellos lugares eran lo que yo llamo los D2 "truchos", porque si bien funcionaban bajo el mando del D2, no se puede decir que fueran instalaciones oficiales. Y respecto de Calderón, yo siempre escuchaba que le tenían recelo, que no le tenían confianza. ¿Por qué razón? Nunca lo supe. Si mal no recuerdo, Calderón una vez vino al D2 a reemplazar a alguien de la guardia que no había venido a trabajar, y no sé bien qué pasó, pero a partir de ese momento comenzaron los rumores acerca de que no le tenían confianza. Tal vez no lograban comprometerlo, porque si él estaba ahí y los otros hacían cosas terribles en su presencia, a lo mejor su actitud les demostraba que a él no lo comprometían. Tengo la impresión de que eso fue lo que a los del D2 les generaba desconfianza de Calderón.

—*En tu permanencia en el D2, ¿qué conociste de la Casa de Hidráulica, o el Embudo?*

—Mirá, acá hay un problema con esta "Escuelita". Ustedes la llaman así, pero en el D2, por lo menos delante de nosotros, simplemente la llamaban "Escuelita". El problema es que ellos, al principio, usaron ese término y nos hicieron creer que era Pilar. Y hasta la muerte de este subcomisario, en realidad, yo no me había dado cuenta de que Pilar ya ni existía y la habían reemplazado por este nuevo lugar al que ustedes llaman Hidráulica, y que en el D2 conocíamos como el Embudo.[51] Como se llame, no sólo fue la continuación de Pilar sino que también la usaron como una forma de desinformarnos, porque nos

siguieron haciendo creer en la existencia de la “Escuelita” de Pilar por años. Y fue sólo cuando “limpiamos” el D2 que empecé a escuchar este asunto del Embudo. Escuchaba ese nombre y no entendía a qué hacían referencia, hasta que comprendí. Lo cierto es que después del asesinato de ese hombre, a quien acusaron de haber estado vinculado con inteligencia del ERP, después de eso, seguramente desmantelaron esos lugares siniestros, del mismo modo que lo hicieron en el D2.

50 El subcomisario al que se alude en este diálogo es Ricardo Fermín Albareda, ya mencionado en los primeros capítulos.

51 El centro clandestino de detención Casa de Hidráulica estaba muy próximo al paredón del dique San Roque. Su vertedero tiene forma de embudo y de ahí el nombre con el que es conocido popularmente entre los cordobeses.

18

SOLEDAD, LOCURA Y MUERTE

—*¿Qué recordás de la actividad en el último D2?*

—Como dije, decreció tremendamente en lo referido a operaciones y sólo se mantuvo lo que hacía al aspecto de informaciones. Por esa época, Cuassolo me bombardeaba con esas cintas de las reuniones a las que tenía que ir a grabar. Y si bien era una tras otra, mi trabajo se había reducido a mucho menos de la mitad. Lejos estaba ya de trabajar catorce o dieciséis horas por día. ¡Gracias a Dios, eso había pasado! Dos, tres horas, cuatro cuanto mucho, no más. Y cuando empezó 1980, la inactividad era prácticamente total: ya no había nada para hacer y la cantidad de personal se había reducido muchísimo.

—*¿Había detenidos en ese lugar?*

—Ninguno.

—*¿Solamente vos?*

—Finalmente, quedé sólo yo. “Kent” se había ido con Marta. Al “Tupa”, después de que terminaron de pintar el edificio, lo llevaron al estacionamiento del costado y Tomatis le pegó dos tiros en la cabeza y lo mató. El asesinato del “Tupa” me preocupó, porque era el signo de que todo iba muy mal. Además, se estaban volviendo todos medio chiflados ahí adentro. “Kent” se vio venir la cosa y pidió a tiempo su traslado. Por esa época, Reynoso estaba a cargo del D2, no Romano, y “Kent” consiguió su traslado a Villa Dolores, con Marta. Y después de lo del “Tupa”, me quedé solo y volvió a ser una época muy pero muy difícil

para mí.

—*¿Por qué?*

—Precisamente porque quedé completamente solo. Y si bien podía hablar con los guardias, y andaba suelto por todos lados, quedaba muy poca gente en el D2 y no había prácticamente ninguna actividad. Quedaron el oficial de servicio, el sargento de guardia, el cabo de cuarto, creo que Murúa en Ficheros y Archivos, y Bernardo en Administración. Y no había más nadie.

—*¿Vos podías salir a la calle, te daban permiso para salir del D2?*

—Sí. De no creer, pero podía salir a la calle. Aunque no quería saber nada. ¡Mirá si iba a salir a la calle! ¡Si alguien me encontraba, me liquidaba! Sólo en algunas ocasiones cruzaba al frente, donde había un bar, porque me mandaban a buscar cervezas, Coca-Cola, esas cosas. Había un quiosco a la vuelta, pasando la esquina, al que también me mandaban. Pero cuando iba al quiosco buscaba a alguien que me acompañara, solo no iba. ¿La verdad?: no quería exponerme a que alguien me pegara un tiro.

—*¿Cómo fue tu último tiempo de permanencia en el D2?*

—Mi último año en el D2 fue espantoso, tal vez el peor de todos, porque quedé solo como un perro tirado en ese calabozo de mierda. Era un lugar abierto, porque ya ni calabozo era, sino más bien una pieza que había servido de calabozo. Me acuerdo de que tenía una puerta de hierro, igual que los anteriores, con los barrotes arriba. Pero en este último D2, mi régimen fue a puerta abierta, de forma tal que permanentemente nos veíamos con la guardia y, de algún modo, nos cuidábamos mutuamente. Porque estábamos solos, absolutamente solos. Ahí dentro empezaron a pasar cosas horribles. A esa altura, creo que el sufrimiento era común, tanto de mi parte como de la gente de la guardia, y se creó prácticamente una camarilla entre ellos y yo.

—*¿A qué situaciones te referís?*

—Había un gran problema en esa última etapa en el D2, y era que todos se estaban volviendo medio locos. Y, sinceramente, creo que tal vez a mí, en alguna medida, todo lo que habíamos vivido durante años también me estaba afectando.

Empezamos a escuchar ruidos, golpes, alaridos; empezó a suceder toda clase de cosas extrañas, especialmente en el ala de al lado, en el edificio grande, y siempre en la parte de arriba. De noche, nadie iba a ese lugar, y mirá que en la planta baja estaba el casino con televisión. ¡No se acercaba nadie ahí, aunque hubiera televisión! ¡Nadie se animaba! Porque se escuchaban golpes, ruidos; era todo muy extraño. Hasta que, en una oportunidad, se suscitó una situación de mucha tensión cuando, de noche, golpearon nuestra puerta. Los golpes fueron muy fuertes y nos sobresaltaron; todos se cagaron de miedo, y confieso que yo también. Por esa época, apenas se aproximaba la noche, se cerraban todas las puertas y las ventanas con persianas. Me levanté de mi calabozo, corrí a la guardia y les grité: "¡Guarda, no abran!". Los de la guardia sacaron todo el armamento: "metras", pistolas, escopetas, todo, y cubrieron al que tenía que abrir. Apenas se abrió la puerta, nos dimos de frente ¡con el Comando Radioeléctrico! Ellos también estaban armados, y se produjo una situación de mucha tensión, porque ellos querían entrar de inmediato, y también eran muchos y estaban bien armados.

Cuando se calmaron un poco los ánimos, contaron lo que estaba pasando: resulta que desde las instalaciones del Comando Radioeléctrico habían visto que en la planta alta del D2 las luces se prendían y se apagaban. Podían ver gente en ese lugar que parecía estar bailando. ¡Nosotros no sabíamos de qué mierda estaban hablando! Por supuesto, los dejaron entrar y fuimos todos arriba. Cuando subíamos las escaleras se escucharon gritos, alaridos, pero a la distancia. ¡Los del Comando Radioeléctrico también se cagaron todos! ¡Tanto, que decidieron llamar a la Guardia de Infantería antes de subir! Trajeron más armamento, incluso algunos estaban con FAL, y cuando llegó la Guardia de Infantería rodeó toda la cuadra. Recién en ese momento ingresamos en la planta alta y todo estaba en absoluta normalidad. ¡Fue creer o reventar! Pero como no se encontró nada, a pesar de que se revisó absolutamente toda la planta alta, finalmente los del Comando y los de la Guardia de Infantería se retiraron y volvimos a cerrar todas las puertas y ventanas. Al día siguiente, se armó un

puterío bárbaro con Reynoso, porque no les creía nada a los que habían estado de guardia la noche anterior. Me mandó a llamar y me preguntó: “¿Qué mierda está pasando acá adentro? ¿Qué boludeces están diciendo de fantasmas?”. “Lo que está pasando acá adentro es que se están volviendo todos locos. ¡Eso es lo que está pasando!”, le respondí. “¿Y qué es esto de la puta vagabunda que me dicen estos boludos? ¿Qué mierda es?”. “Mire —le aclaré—, acá no sé qué está pasando, pero algo raro hay, porque yo también, y hasta los del Comando Radioeléctrico, hemos visto y escuchado cosas extrañas. Sinceramente, no sé qué es, pero algo está pasando”.

—*¿A qué te referís con eso de la vagabunda?*

—La “puta vagabunda” o la “puta vagabunda barata” era el término con que ellos se referían a la causa de todas esas cosas que estaban sucediendo ahí dentro. A veces la llamaban “la bruja”, pero era más común que la llamaran de esa otra forma. Decían que era una especie de entidad que se había formado allá dentro. Y te digo una cosa: acá, en Inglaterra, estudié Geología, siempre me interesó la ciencia, lo último que iba a creer en mi vida era en fantasmas y cosas por el estilo. Pero, sinceramente, se escuchaban ruidos en ese lugar de mierda. Había ruidos extraños y eso fue un hecho, porque muchas personas los escucharon. También pasaban cosas muy extrañas: se golpeaban las ventanas, se golpeaban las puertas y no había viento, o se escuchaba el ruido de las puertas y las ventanas cerrarse, aunque estaba todo cerrado. Ocurrían muchas cosas extrañas.

En una oportunidad, vinieron dos policías del D2 de San Francisco, y para que descansaran les dieron la cuadra de oficiales que estaba arriba. Los pobres tipos esos, sin saber nada porque nadie los avivó, se acostaron a dormir temprano. Y como a la una de la mañana bajaron, me acuerdo, los dos en calzoncillos, cagados de miedo pero al mismo tiempo puteando y pistola en mano. ¡Y se la agarraron con los de la guardia!: “¿Pero qué mierda está pasando allá arriba? ¿Qué son esos gritos?”. Los de la guardia los trataron de convencer diciéndoles que no pasaba nada, que a lo mejor les había parecido. “¡Qué mierda nos va a

parecer! ¡Es un loquero allá arriba!”. Y esos tipos no sabían nada, absolutamente nada de lo que estaba pasando. Y tan cagados estaban que terminaron durmiendo en una pieza grande, al lado de la guardia, donde habían tenido detenidos, y en el suelo. ¡Así que imaginate el tremendo cagazo que se pegaron! Al otro día, se levantaron muy malhumorados, porque creo que hasta pensaron que había sido una broma, cuando en realidad todos estábamos igual de asustados que ellos, y se fueron. Mirá, si no lo hubiera vivido, me reiría de todo esto, pero me tocó pasarlo, y te puedo asegurar que no fue nada grato lo que se sintió en una situación como esa.

—¿Notaste un incremento de las enfermedades mentales en el personal que quedaba?

—Sí, totalmente. A pesar de que no pasaba nada, la vida ahí adentro se había vuelto peligrosísima, tal vez más que en la primera época, así que imaginate. Cuando todo empezó a girar para ese lado, cuando todos empezaron a volverse locos, y la vida ahí dentro empezó a ponerse peligrosa, “Kent” López, bien vivo, pidió traslado. Antes de irse, me dijo: “Mirá que te van a matar o se van a matar entre ellos acá adentro. Se están volviendo todos locos”.

Este cuento de la “puta vagabunda” los tenía totalmente alterados. La anécdota que voy a contar sirve para hacerse una idea del grado de paranoia con que se vivía. Después de que terminamos de pintar todo, al gran armario donde se habían guardado las carpetas de los secuestrados, que pesaba como una tonelada, lo arrastramos afuera y quedó en un patio, cerca de mi calabozo, totalmente vacío. Por las noches, era tanto el temor que nos dominaba que hasta a mí me habían empezado a dar un arma para que hiciera guardia, siempre con uno de los que estaban de turno del D2. Estábamos enfrentados, yo en mi calabozo y el otro en la Guardia Central, manteniendo ambos contacto visual. Esa era la única forma en que se sentían un poquito más seguros, por si empezaba esto de la “entidad”, por llamarla de algún modo. El guardia se sentaba en la puerta que daba al patio, cerrábamos la que daba al pasillo y la de adelante. Y, finalmente, cerrábamos el patio, y los otros dormían, bien pegados

contra la pared, por las dudas. Y así quedábamos con el guardia, mirando los dos hacia el patio, enfrentados. Yo me sentaba en mi catre y permanecía despierto, con la puerta abierta, y un arma en los brazos, que generalmente era una "metra". Y desde ahí lo podía ver al guardia, y él también me podía ver a mí. Así pasábamos todas las noches.

En una oportunidad, ya bien tarde y cuando me estaba quedando dormido sentado en el catre, de pronto… ¡Bum! ¡Una explosión de la gran puta! Inmediatamente, desde la guardia empezaron: "Pa, pa, pa, pa, pa… Pum, pum, pum…". ¡Un tiroteo infernal! ¡Si volaba una mosca en ese patio, te aseguro que la bajaban! Vaciaron los cargadores, tiraron hasta que se quedaron sin balas. ¡Una humareda, un olor a pólvora, impresionantes! Cuando empezó a disiparse el humo, se vio que la pared recién pintada tenía impactos de bala por todos lados. Todos los vidrios de Archivos estaban rotos; los armarios, perforados. En fin, todo destrozado. ¿Sabés qué resultó ser? Un pobre gato había saltado desde el techo hasta el armario vacío que estaba en el patio, y al caer sobre la chapa, retumbó como si hubiera sido una explosión. Cuando el pobre animal quiso saltar del techo del armario al suelo, abrieron fuego y lo mutilaron a balazos, quedó despedazado. En el momento causó algo de risa, pero después, reflexionando, me di cuenta de lo peligroso que se estaba volviendo ese lugar.

—*¿Recordás alguna otra situación de ese tipo?*

—En otra oportunidad sucedió algo parecido, pero fue mucho más serio y, a la vez, tragicómico. Resulta que uno de los que no estaban en la guardia, creo que era Vélez, aunque no estoy seguro, se había quedado laburando en el ala nueva, en la parte de abajo. A pedido de uno de los jefes, se había quedado haciendo trabajo administrativo y nadie se había dado cuenta. De noche se chequeaba todo antes de cerrar; al parecer, este Vélez en ese momento había subido al baño, así que los otros, cuando pasaron revisando, no vieron a nadie, cerraron todas las oficinas y se fueron sin inspeccionar la parte de arriba. Este edificio nuevo se unía a la vieja casa colonial a través de la cocina, que daba al Casino de Oficiales donde estaba el televisor y el comedor. Bien; como una hora, hora y

media después, cada uno se estaba yendo a su lugar a descansar cuando de golpe empezamos a sentir pasos. ¡Te juro que casi se me paró el corazón! Yo escuchaba los pasos, que se acercaban más y más. Uno de los de la guardia, que también los escuchó, me hizo señas y preparó una “metra”. Yo le devolví las señas y, cuando estábamos haciendo eso, sentimos un portazo en la cocina... Y empezaron los tiros con la ametralladora... y los otros que salían, cada uno con un arma. ¡Se armó una balacera impresionante, pero dentro del edificio! ¡Las puertas volaban a la mierda! ¡Los vidrios explotaban! ¡Las balas picaban por todos lados! Y en el medio de los tiros, se empezaron a escuchar gritos desesperados que salían de la cocina: “¡Macho, soy yo! ¡No tiren, mierdas!”. Ahí todos empezaron a gritar: “¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!”, porque cuando uno empezaba a disparar, los otros también hacían lo mismo y terminaban disparando todos, y lo difícil era lograr que dejaran de tirar, porque se producía como un “efecto masa”.

La cuestión fue que, cubriéndome, fui a abrir la puerta… y ahí lo encontré a Vélez, que estaba cuerpo a tierra, acurrucado debajo de una mesada de hierro y tapado con pedazos de mampostería, vidrio y madera. ¡Recagadazo! Lo primero que me salió decirle fue: “¿Qué mierda hacías acá, pelotudo?”. “Pe… pe… pe… pe…”. ¡No podía ni hablar! Este muchacho se había quedado trabajando y, cuando terminó, quiso irse por adelante y encontró todas las puertas cerradas, entonces vino hacia la cocina, hacia el Casino de Oficiales, para pasar por el patio nuestro, ir a la guardia y salir por la otra entrada principal que daba a la guardia. Y cuando se fue acercando al Casino, empezaron los tiros y se metió en la cocina. ¡Realmente se salvó de pedo!

Al otro día, cuando llegó Reynoso, empezó a los gritos; estaba enfurecido: “¡Pero qué mierda le pasó a la puerta de la cocina!”. Estaba realmente enfurecido porque, últimamente, no sé si todos los días, pero una vez por semana pasaba algo serio allá dentro. Reynoso me llamó de nuevo, me llevó a su despacho y me preguntó: “Decime si acá dentro está pasando algo que yo no conozca”. Yo le respondí que no sabía exactamente qué estaba pasando con eso de los ruidos,

pero lo que sí sabía era que el lugar se estaba transformando en un verdadero loquero. “Y el peligro más grande son ustedes, ¡porque están todos locos! ¡Se van a terminar cagando a tiros entre compañeros! Si usted no les da una alternativa, una válvula de escape, esto va a terminar muy mal”, le dije. Entonces me hizo sentar, porque me había tenido parado, y me preguntó: “¿A qué válvula de escape te referís?”. “Mire —le respondí—, ¡deje que los tipos puedan salir a la calle; ponga un punto de reunión alternativo, algo como el bar del frente! ¡De ahí pueden mirar todo perfectamente! ¡Que los tipos tengan la posibilidad de abandonar el edificio sin tener que pirarse a la mierda como están haciendo, sin cometer una falta! Usted quíteles esa obligación y posiblemente la presión afloje. Toda esta gente está muy mal. Durante años han hecho el trabajo sucio de la Policía y están todos medio locos”. Y parece que me escuchó, porque a partir de ese momento empezaron a dejarlos salir del edificio en las horas de la guardia sin convertirlos en infractores. Y de noche, oficialmente, dos de las tres guardias me daban armas a mí, y cuando pasaba algo, me encargaban que fuera yo solo o, a lo sumo, con uno de ellos a inspeccionar, para evitar el “efecto masa”. Eso les dio seguridad. Con esas medidas, de alguna forma se encontró un balance para ese estado de paranoia absoluta que se vivía ahí dentro. El único cambio fue que yo empecé a dormir de día, porque de noche me la pasaba vigilando. Yo no dormía de noche, pero creo que ellos, si bien dormían, no descansaban.

19

FREEDOM

—¿Recordás cómo fueron tus últimos días en el D2?

—¿Los últimos días o las últimas veinticuatro horas?

—Lo que vos recuerdes.

—Recuerdo que los últimos días que estuve en el D2, los de la Brigada ya ni pisaban el lugar. A muchos directamente los dejé de ver. Antón ya no estaba; se había borrado del mapa, creo que para el ’79. No sé qué pasó con él, se lo tragó la tierra; a la “Cuca” también: los dos desaparecieron. Creo que Yanicelli, el “Tucán Grande”, tampoco estaba, pero no estoy seguro. Por ahí venía Tomatis y creo que también el “Chato” Flores con Romano, y algunos pocos más, pero cada tanto. No sé si ya no había nada más para hacer o si se estaban volviendo todos locos. Por ejemplo, Yanicelli, una de las últimas veces que lo vi, contó que tenía pesadillas terribles: que su mujer estaba embarazada y que una cigüeña le traía el bebé y se lo dejaba, pero inmediatamente después, la cigüeña, con el pico, comenzaba a taladrarle la cabeza a él y le sacaba todos los sesos afuera. Se despertaba en medio de esas pesadillas, que tenía muy frecuentemente, y se encontraba golpeándole la cabeza a la mujer. Ese tipo de sueños relataban. Había otro que me decía que soñaba que estaba preparando un asado durante toda la noche. Y cuando daba vuelta un pedazo de carne, se daba cuenta de que estaba asando un bebé. Contaban cosas bien jodidas. Estos tipos estaban trastornados, completamente. El problema más grande y común a casi todos fue la impotencia

sexual: podían tener sexo pero sólo con putas, no con sus mujeres; esa fue otra cosa de la que se hablaba mucho ahí. Y esto lo digo sin ánimo de ofenderlos, porque incluso a mí me pasó. Todo lo que viví ahí adentro, los golpes, las torturas y, sobre todo, lo psicológico, me cagaron totalmente la vida sexual, para siempre. Así que, al parecer, nadie se escapaba de eso.

Ese fue el estado general de locura en el que viví las últimas semanas en el D2. Cuando finalmente tomé la decisión de escaparme, después de planificar todo, vino el nerviosismo de los arreglos finales de la fuga. Mientras preparaba todo, tenía que controlar los nervios y hacer como si no pasara absolutamente nada, así que la última semana no fue fácil. Mi mamá tenía que dar la cara en la Comisaría de La Cumbre cada tres días. Si bien ella no estaba bajo arresto domiciliario, ellos tenían a mi familia como seguro, como garantía para que no me escapara del D2. Por eso, para poder fugarme con éxito, primero tenía que sacar a toda mi familia del país, porque si no, inmediatamente los iban a tomar a todos como rehenes. Esa era la póliza de seguro que ellos tenían.

Recuerdo que mi familia salió un día viernes. Ese día, a la mañana, mi vieja fue a la Comisaría de La Cumbre. Pasó por la guardia y, como la conocían bien, ya ni le hacían firmar nada, sino que directamente iba, saludaba y la dejaban ir. Mi hermana Patricia fue a la escuela ese día como si no pasara nada y después se fue a la hostería de la familia, y ahí estaban todos con el coche listo. Subieron al auto y salieron directamente a Brasil. La idea era que ellos sacaran veinticuatro horas de delantera y, una vez que cruzaran a Brasil, se lo comunicaran a alguien en la Argentina, quien, a su vez, me lo iba a comunicar a mí. Recién ahí comenzaba mi fuga. El lunes no pude escaparme del D2, por un imprevisto y pensé: “¡Uy! ¡Hoy mamá tiene que ir a dar la cara a la Comisaría! ¡Y yo no me pude escapar!”. Finalmente, me fui el martes y todo salió bien. Aproveché que en la noche todos se relajaban y me escapé por los techos, más o menos de la misma forma que la primera vez. Fui a buscar a un contacto que ya me estaba esperando e inmediatamente empecé el viaje rumbo a Brasil. Viajé veintisiete horas seguidas, sin parar.

Cuando llegué a la frontera, logré cruzar, y ya en territorio brasileño, lo primero que hice fue comenzar a buscar el Arzobispado. Allí pedí que por favor me contactaran con los de las Naciones Unidas. Vino uno de las Naciones Unidas y, al escuchar mi caso, me llevaron a una casa. Me ofrecieron de todo, pero yo sólo les pedí una máquina de escribir. Compramos una pizza, café, puchos y con el cansancio tremendo que tenía encima, y los nervios de la fuga, pero con la felicidad de haber podido salir con vida, le empecé a dar a la máquina de escribir. ¡Más de dieciséis horas seguidas! Y así fue como nacieron mis declaraciones en Brasil. Sinceramente, yo no estaba muy seguro de si iba a poner la pata en el avión para venirme para acá, si finalmente iba a poder escapar del D2. En verdad, no tenía muchas esperanzas, pero, si me liquidaban, ahí dejaba todo escrito; todo lo que había pasado en ese lugar espantoso que se llama D2 había quedado registrado. Ese fue el verdadero espíritu, la verdadera intención de escribir aun antes de tomarme un descanso. Quería que quedara registro, aunque más no fuera, de una parte de todo lo que había presenciado y me había tocado sufrir durante esos años de espanto.

—Es decir que tu primer acto de libertad fue escribir tu declaración del año ’80, porque suponías que no ibas a poder escapar.

—Exactamente. Escribir todo lo que recordaba de esos seis años fue para mí una forma de evitar que se perdiera la verdad y de que tanto sufrimiento, por lo menos, tuviera un sentido.

—Volviendo al momento de tu fuga, ¿recordás cómo cruzaste la frontera?

—¡Esa fue una situación terrible! Mirá, si a mí me quedaba algo de coraje, lo consumí ahí en el puente que cruza la frontera entre la Argentina y Brasil. Yo llegué a ese puente y me senté en una rotonda, en la que hay un bar, a observar todos los movimientos que había, cómo cruzaba la gente y qué hacían los gendarmes. Estudié bien todos los movimientos, las posibles vías de escape y recién después me decidí a intentarlo. Mi padre, antes de escaparme, me había puesto una condición: él me ayudaba en la fuga, pero yo tenía que prometerle que, si fallaba, no me dejaría agarrar vivo, porque sabía de qué modo iba a

terminar. Y la idea, para evitar eso, era generar un enfrentamiento, porque yo sabía que si me descubrían y mataba a uno, dos o tres uniformados, y después me liquidaban a mí, la historia se iba a conocer. ¿Por qué? Si mataba a uno o más uniformados, ellos estaban obligados a blanquear la situación y, si bien seguramente me iban a matar, no iba a desaparecer. Eso era algo terrible, pero era preferible la muerte cierta a la incertidumbre eterna. Y mi padre me hizo prometerle que no iba a dejar que me agarraran vivo.

Recuerdo que me había vestido bien "cheto" y llevaba un pulovercito en la mano que envolvía un .38 largo que me había choreado del D2, un revólver que tenía la inscripción "Policía de la Provincia de Córdoba". Cortando clavos, me senté en el bar a observar los movimientos de la gente y de Gendarmería. En un momento, vi que un oficial se acercaba al bar y se ponía a hablar con otro, que al parecer también era gendarme, pero estaba de civil. Después de un rato, el oficial se retiró de nuevo hacia el puente, y en ese momento pensé: "Esta es la mía". Me paré, me acerqué y empecé a hablarle todo el trecho que quedaba hasta el puente. "Mire, estoy cruzando por el día; quiero comprarme un televisor pero que también tenga radio y quería saber cómo hacer para no meterme en líos", le dije. En esa época, los milicos habían abierto las importaciones y todos los argentinos iban a Brasil a comprar toda esa basura electrónica barata. Mientras caminaba, vi que había dos puestos, uno seguido al otro, y hablando de cualquier cosa con este oficial de Gendarmería llegué al primer puesto. Como el gendarme que estaba ahí vio que veníamos charlando, pasé. Seguí caminando, naturalmente, pero ya solo, y cuando llegué al puesto central, como este segundo gendarme también me había visto venir hablando con el oficial, y también había visto que el del otro puesto me había dejado pasar, sólo me saludó. Yo le devolví el saludo muy cordialmente y pasé.

Había llegado a Brasil. Increíblemente, había podido cruzar la frontera sin que me controlaran. Inmediatamente fui a una parada de ómnibus y esperé el colectivo que iba desde el interior de Brasil hasta la frontera y volvía, pero antes de llegar encontré un cantero y, haciéndome el boludo, tiré el .38. Lo último que

me quedaba de la “Policía de la Provincia de Córdoba” lo dejé en un cantero brasileño, muy próximo a la frontera con la Argentina. Lo hice por seguridad, porque, una vez en Brasil, un arma me podía traer más problemas que soluciones. Pero, además, porque la condición de Amnistía Internacional y de las Naciones Unidas era que me iban a ayudar, pero nunca más armas. Por eso, una vez que crucé el puente, y como ya nunca más iba a necesitar un arma, tiré lo último que me ataba a esa historia de tantos años en el D2. Y mientras me alejaba del arma, y de tanta historia, pensaba: *“Don’t cry for me Argentina”*.

—¿Con qué identidad viajaste y cruzaste la frontera?

—Crucé con una identidad falsa, por supuesto. Para explicar esto tenemos que volver al primer D2, al asador que se convirtió en incinerador y que ellos llamaban “la fogonera”. Ahí, en ese D2, al que caía le quemaban toda la identidad: licencia para conducir, chequeras, DNI, carnet sanitario, todo lo que permitiera identificar a un prisionero lo quemaban allá atrás. Un día, me pusieron a mí a que lo hiciera; y ahí fue que me guardé un DNI que mantuve conmigo muchísimos años y que me sirvió para cruzar la frontera con una identidad falsa. Resulta que entre las cosas para quemar vino un sobre, lo abrí y me encontré con un DNI en muy buen estado, con una licencia de conducir en vigencia. “¡Qué belleza!”, pensé y, aprovechando que no había nadie, me lo guardé. Juan Manuel Velásquez era el pobre titular de estos documentos, si es que eran reales, pero parecía que sí. Recuerdo que ese chico había hecho el servicio militar en la Marina. Inmediatamente escondí ese documento y lo tuve años guardado, desde más o menos el ’76 hasta que me escapé. Al tiempo de tenerlo, le saqué la foto, conseguí una mía y la coloqué en su lugar. Después, con paciencia de preso, le imprimí mi dedo y, finalmente, el sellito, que suplanté con unos sellos falsos que le habían secuestrado a la guerrilla y que tenían ahí en el D2. Probé una y otra vez con el sello, hasta que finalmente me animé, ¡y quedó perfecto! Y fue con ese DNI que crucé la frontera. Recuerdo que mientras viajaba en colectivo, ya después de haber cruzado, nos pararon, bajaron a todos los pasajeros y controlaron la documentación. Cuando llegó mi turno expliqué

que iba a San Pablo, me preguntaron por mi equipaje, les dije que estaba arriba del bus y finalmente me pidieron el documento. Lo miraron, leyeron y me lo devolvieron diciéndome: "¡Adelante!". Aliviado, pensé que ya casi lo había logrado y seguí viaje a San Pablo con la identidad de Juan Manuel Velásquez, alguien cuya suerte desconozco.

Recuerdo que en esa "fogonera", cuando nos dejaban solos, hicimos muchas cosas, sobre todo Mónica, porque a ella la ponían más seguido ahí. Quemábamos los antecedentes que tenían los del D2 de gente que nosotros conocíamos. Como a Mónica la hacían limpiar Ficheros y Archivos, cada tanto se guardaba una carpeta y, cuando la mandaban a "la fogonera", la quemaba, especialmente si era alguien de los nuestros o alguna persona que nosotros conocíamos. ¡Y así le limpió los antecedentes a más de uno! Fueron muchos, pero recuerdo bien las carpetas del "Vasco" Orzaocoa, la de "Waly" Yankevelich y la de Juan Manuel Murúa, "el Caña".[52]

Era gente a la que conocíamos; y cuando Mónica encontró sus carpetas, las guardó y después las quemó. ¡Y ésos andaban creyendo que los buscaba toda la Policía, sin saber que estaban más limpios que un bebé! Por lo menos en el D2 no tenían nada, porque habíamos quemado sus carpetas completas.

—*¿Cómo fue tu permanencia en Brasil?*

—Dramática, muy dramática. Apenas llegué, como dije, me fui al Arzobispado. Después me llamaron de las Naciones Unidas y ellos me ubicaron en una casa de Amnesty, que fue donde escribí mi declaración. La fecha demuestra que fue escrita no bien llegué a ese lugar. Bueno, después de haber terminado la declaración, vinieron los de Amnesty y nos trasladaron a una velocidad increíble. Sospechamos que algo pasaba, porque todo fue muy de golpe. Nos llevaron como a cien kilómetros al sur de San Pablo, a una localidad muy pintoresca, un paraíso: Iguape. Lo que había sucedido era que los de Amnesty se habían enterado de que los servicios de inteligencia estaban pisándonos los talones ahí en Brasil; estaban todos detrás de mí, porque habían largado la captura internacional. A ellos les llegó la noticia a través de la misma

Policía, porque, si bien en Brasil había dictadura, era una dictadura mucho más blanda que en la Argentina. Y al parecer los de Amnesty tenían buenas relaciones con la Policía. Pero, ojo, tenían buena relación con la Policía común, pero no con los de la Dirección de Orden Público y Social, la DOPS, el equivalente al D2 en Brasil; con esos tenían problemas, y esos eran los que estaban detrás de nosotros. Por eso nos sacaron a toda velocidad de la casa donde estábamos y nos escondieron en esa otra ciudad cinco semanas. La cuestión es que esa situación, al principio dramática porque volvimos a revivir lo que nos había pasado en la Argentina, al final nos terminó beneficiando, porque en Iguape la pasamos bárbaro en la playa. Lo tomamos como unas vacaciones. Ahí estuvimos todos: mamá, Mónica, Patricia y Natalia, que era chiquitita, porque todavía no había cumplido los cinco años. Y preparamos todo para salir a Inglaterra.

—*¿Cómo se produjo la partida hacia Inglaterra?*

—Habíamos pensado en todos los peligros, porque hasta que no saliéramos de América no nos sentiríamos seguros. Así que nos separamos en dos grupos. Mamá y Patricia salieron primero. Ellas tomaron un avión de San Pablo a Río, y de Río a Londres, cosa que, si ellos registraban esa salida, pensaran que, obviamente, Mónica, Natalia y yo habíamos salido antes. Pero, al revés, al día siguiente nos fuimos los tres a Río, a tomar el avión hacia Inglaterra. Y por esas ironías de la vida, después de haber pasado tantas situaciones de peligro y seguir contándola, en ese vuelo de San Pablo a Río ¡casi nos matamos en un accidente!

Era un avión chico, de no más de treinta o cuarenta pasajeros. Llegando a Río, cuando se empezó a aproximar al aeropuerto de cabotaje, que era, por lo menos en ese momento, como una escollera que entraba en el mar, iba ya muy bajo y con muy poca velocidad. Y casi llegando a la pista, parece que por turbulencias, el avión se desvió para un costado y el ala izquierda prácticamente rozó el agua. Yo iba sentado en la fila de la ventana, mirando hacia ese lado, y pude ver cómo el ala dejaba una estela en el agua, porque estuvo a punto de tocar el mar. Se produjo un griterío bárbaro, porque la maniobra para evitar el choque fue muy

brusca y eso hizo que cayeran las maletas sobre las cabezas de los pasajeros. Los chicos lloraban, la gente gritaba, otros estaban lastimados por las maletas.

Finalmente, el piloto logró estabilizar el avión, levantó vuelo, dio toda la vuelta y volvió a entrar al aeropuerto. La maniobra duró aproximadamente una media hora y nos produjo un susto muy grande. El avión aterrizó, todos aplaudieron y, cuando nos dimos cuenta, afuera estaban las ambulancias, la policía, los bomberos, la prensa, ¡todos! Lo último que queríamos era eso, pero, bueno, ya había pasado y había que afrontarlo. Apenas paró el avión, nos pusimos en la fila y bajamos, pero mirando hacia abajo, en medio de toda esa gente y los flashes de la prensa. Pero ahí nomás nos tranquilizamos porque nos estaban esperando los de Naciones Unidas con los de Amnesty, y nos sacaron rápido del aeropuerto. Después de tantos años de sobrevivir al D2, después de todos los peligros de la fuga, casi nos matamos de la forma más estúpida.

—*Y de ahí, ¿adónde los llevaron?*

—Directamente al aeropuerto internacional. Y en el internacional, ¡ah! ¡Otra bronca! ¡De vuelta el sufrimiento! Porque llegamos y, como la DOPS había previsto que íbamos a salir, nos estaba esperando. Y se armó quilombo. Para que te hagas una idea, era como si en el aeropuerto nos hubieran estado esperando todos los del D2. De ninguna manera nos querían dejar salir, porque decían que les teníamos que anunciar nuestra partida, por lo menos, veinticuatro horas antes, y empezaron a discutir con los de Naciones Unidas y con los de Amnesty. ¿Cómo nos íbamos a anunciar si éramos refugiados políticos? Ellos decían que tenían esa potestad, y los de Naciones Unidas y Amnesty les decían que era una locura. Además, cuestionaban nuestra nacionalidad. Yo les decía que éramos británicos, y cuando nos pedían los pasaportes les mostrábamos los salvoconductos que nos había dado el Consulado Británico, que eran una hoja con nuestra foto y un sello que decía tanto en portugués como en inglés: *“Leaf to enter”*. El salvoconducto era un permiso especial para entrar a Inglaterra por situaciones especiales, como la nuestra, una verdadera excepción. Se lo mostrábamos y los tipos lo revisaban con desconfianza y volvían a cuestionar

que tendríamos que haber avisado nuestra partida veinticuatro horas antes del viaje. Y así, esa discusión duró más de una hora, hasta que, cuando parecía que iban aflojar, los brasileños de la DOPS dijeron: "¡Ah, pero éste es un guerrillero!". "¡Un exiliado!", le contestaron los de Amnesty y de Naciones Unidas. Y empezó otra discusión.

Finalmente, después de mucho pelear y discutir, nos dejaron subir al avión, pero empezaron a argumentar que se debían tomar todas las medidas de seguridad, porque unos años antes, creo que dijeron que en julio del '73 o algo así, un avión había salido de Brasil con un argentino que se llamaba "Joe" Baxter, y cuando llegaba a Orly, Francia, empezó a descender en el aeropuerto, y en ese momento explotó una bomba en el interior del avión y lo destruyó en el aire, con los ciento sesenta y tres pasajeros que llevaba a bordo. Según lo que ellos decían, ese avión había salido de ese mismo aeropuerto, con un argentino que era guerrillero.[53] Entonces empezaron: "Queremos revisar el avión porque puede tener una bomba a bordo". Así que, ya listos para partir, bajaron a todos los pasajeros del avión y nos mandaron a la terminal a esperar. ¡Hacía un calor tremendo! ¡Con la cantidad de gente y con los nervios fue algo terrible! Vino el Ejército; rodeó el avión y empezó a revisar todo, absolutamente todo el avión. Trabajaron horas, hasta que se convencieron de que no había ni un petardo. Bueno, al final, sin nada más para cuestionar, subimos al avión, pero aun así siguió demorado. Transpirábamos horrores dentro del avión detenido. Finalmente, cinco horas después del horario de partida, el avión (que era de Leica, una compañía que ya no existe más) comenzó a carretear rumbo a Londres. Y cuando despegó, cuando empezó a subir, no sabés la nostalgia que me dio. Porque yo sabía muy bien que ya no volvería nunca más a ese suelo… Lo que veía desde el avión no era la Argentina, pero de algún modo era Sudamérica, nuestra Patria Grande. Mónica lloraba; la pobre "Negra", que tanto había sufrido. Tantas cosas habían quedado atrás, tantas. Y ahí estábamos, volando camino hacia la libertad. Y nos fuimos. Nos fuimos para sobrevivir y para contar el cuento, macho. Algo que no creo que los del D2 jamás hubiesen

previsto.

52 Juan Manuel Murúa había militado con Agustín Tosco en el sindicato cordobés de Luz y Fuerza. A principios de 1977, como jefe de Operaciones del Estado Mayor del ERP, salió del país con la cúpula de dicha organización. Combatió junto a los sandinistas en Nicaragua, y en enero de 1989 participó en el ataque al cuartel de La Tablada llevado a cabo por el Movimiento Todos por la Patria (MTP), donde resultó muerto. Permaneció desaparecido hasta 2013, cuando sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense.

53 El legendario José “Joe” Baxter fue un militante político que, después de pasar por varias organizaciones, en 1973 integró la escisión del ERP denominada “Fracción Roja”. El 11 de julio de ese año viajaba en un Boeing 707 de Varig que se dirigía del aeropuerto de Orly a Bruselas y se estrelló poco después de despegar. Baxter, de 33 años, fue uno de los 123 pasajeros muertos.

20

DIOS SALVE A LA REINA

—¿Cómo fue la llegada al Reino Unido?

—Recuerdo que, al llegar, lo primero que pensé fue que teníamos mal los relojes, porque arribamos pasadas las tres de la tarde y ya era noche cerrada. Yo pensaba: "¡Qué cosa más rara! ¿Estaremos mal con el horario?". No, el horario estaba bien, lo que sucedió fue que llegamos en diciembre, en el invierno del hemisferio norte, y acá, como estamos muy al norte, en esos meses se hace de noche muy temprano. Empezamos a ver el paisaje y estaba todo nevado, hacía un frío de cinco grados bajo cero. ¡Y nosotros habíamos partido de Brasil con casi cuarenta grados! ¡La ropa que teníamos era toda de verano! Muertos de frío, tomamos el subterráneo y fuimos a Londres. Y desde Victoria, llamé por teléfono a un contacto al que teníamos que avisar nuestro arribo, y al rato vinieron a buscarnos y nos llevaron directamente a cenar a la casa de *lord* Avervoy y *lady* Linsistuit. *Lord* Avervoy integraba la Cámara de los Lores, donde era el encargado de las cuestiones de Derechos Humanos. *Lady* Linsistuit era la coordinadora entre la Cámara de los Lores y el resto del Parlamento, también en materia de Derechos Humanos. Mónica, Naty y yo fuimos a cenar a su casa y ahí nos reencontramos con mamá y con Patricia, que estaban esperándonos. Tuvimos una cena muy agradable, una charla distendida, informal, hasta que el *lord*, mirándome a los ojos y levantando una copa, me dijo: "*Welcome home*", bienvenido a casa. Y continuó: "En esta tierra, nunca más

armas. Nunca más. *God save the Queen!*" ¡Dios salve a la Reina!

Después de la charla, de haber narrado todo lo que habíamos vivido esos años, el lord me dijo que sin falta al día siguiente concurriera a Amnesty a contar todo. Así hice. Y ahí me tuvieron casi dos meses relatando todo lo que había vivido, porque al principio les costaba entender lo que estaba pasando. Es que yo estaba entre los primeros que habían salido y empezaban a contar lo que estaba pasando, bien desde adentro, por lo menos ahí en Inglaterra. Porque aunque se habían hecho denuncias, yo traía demasiada información y parecía que todo era nuevo para ellos. Cuando les contaba sobre las torturas, los secuestros, las "Escuelitas", los desaparecidos, los "traslados", los "pozos", en fin, sobre la tortura y la muerte, ellos me miraban entre la incomprensión y la incredulidad. Y en algún momento hasta me cuestionaron, pero después se disculparon diciendo que, si bien sabían lo que estaba pasando en la Argentina, todo lo que les contaba era mucho más de lo que esperaban.

Me hablaban de la misión de la Cruz Roja y yo les decía que les habían vendido un verso con la visita a las cárceles. "¿Ustedes han ido a las cárceles? ¿Ustedes han ido a ver la población prisionera? ¿A cuántos han visitado? Ciento setenta o doscientos pelagatos en la Penitenciaría, en la UP1, cuando tendrían que haber encontrado más de dos mil prisioneros en ese lugar". Y ahí empezaron a abrir los ojos y a escuchar asombrados, porque creo que ellos, hasta ese momento, y por lo menos en Inglaterra, no se habían dado cuenta de la verdadera magnitud de lo que estaba pasando en la Argentina. A la que le prestaron más atención fue a mamá, sobre todo cuando empezó a contar lo de los chicos desaparecidos. Mamá fue la primera persona que, al menos en Amnesty International de Inglaterra, y en la Cámara de los Lores, denunció que en la Argentina había niños desaparecidos. Pero los tipos seguían sin creer; nos preguntaban: "¿Y por qué nadie hizo la denuncia?". "¡Porque todavía no han tenido la oportunidad de denunciarlos! ¡Allá hay una dictadura militar!". Pero no les entraba en la cabeza, y al final, después de dos meses de hablar y hablar, terminé mandándolos a la mierda. Y seguimos nuestro camino, tratando de

rehacer nuestra vida en este país tan distinto de la Argentina.

—*¿Actualmente sos ciudadano británico?*

—Sí, claro. Soy ciudadano británico, y Mónica también. Toda la familia tiene ciudadanía británica.

—*¿Qué ganaste y qué perdiste en toda esta historia?*

—¡Uf, qué pregunta! En lo que respecta a la Argentina, perdimos todo. Perdimos tres generaciones de trabajo muy, muy duro. Perdimos todas las propiedades: la casa, el hotel, absolutamente todo. También perdimos nuestra idiosincrasia y nuestra cultura. En lo personal, perdí lo que yo más quiero de la Argentina. Para mí, la Argentina nunca fueron las áreas urbanas, las ciudades, no. Para mí la Argentina siempre fue el interior, las sierras, el monte. Para mí, los verdaderos argentinos son los criollos, los paisanos; ésos son los verdaderos argentinos. Los urbanos nunca fueron conmigo. Y eso es lo que perdí y lo que más extraño. Por ejemplo, no extraño la ciudad de Córdoba, para nada. Al último lugar al que quisiera volver es a las ciudades grandes de la Argentina, como Córdoba, Rosario o Buenos Aires. Te habrás dado cuenta de que esquivo todas las ciudades grandes. Incluso Londres, para mí, es una ciudad de mierda. A mí me interesa esto, el interior, el campo; esto es lo que a mí verdaderamente me gusta. Y es lo que perdí.

Acá, en Inglaterra, después de tantos años, de a poco, empecé a reencontrarme con mi interior, pero en versión inglesa… No tiene nada que ver con la Patria criolla, ni por asomo, pero acá, en el norte de Inglaterra, en el campo, con algunas sierras, me siento muy contento. No reemplaza para nada lo que dejé atrás, pero por lo menos me gusta este lugar, la paso muy bien, solo, en medio de la naturaleza. Y cada vez que puedo dejar el laburo, rajarme a la mierda unos días, vengo a esta cabaña, o vengo con una carpa y me quedo una semana, voy a pescar y hago toda la actividad de campo y de sierras que siempre me gustó tanto en la Argentina. Si me tuviera que definir, diría que siempre fui un tipo del interior, del campo, y especialmente de las sierras. Lo que más echo de menos son las sierras de Córdoba, que para mí son sagradas. A veces, estando acá, en el

norte, cierro los ojos y te juro que me traslado imaginariamente a esos lugares en los que fui tan feliz.

—*¿Volverías a la Argentina?*

—Tal vez de visita, pero por zurda. No me convenzo de que las cosas han cambiado. Sinceramente, no me sentiría seguro, en absoluto. La difamación que me hizo el D2 fue demasiado grande, y verdaderamente siento que consiguieron lo que querían. Siento que allá la cultura de la calumnia y de la injuria sigue prendiendo demasiado rápido, demasiado fácil, y a mí me quemaron para todo el viaje. Eso es algo que sé muy bien.

Por ahora, me conformo con que se conozca la verdad. He vivido con todo esto por muchos años y mi único objetivo es que se lleguen a conocer las atrocidades contra los seres humanos que, durante tantos años, se cometieron en pleno corazón de la ciudad de Córdoba, sin que nadie se diera por enterado. Pero al mismo tiempo quiero aclarar que yo no busco reivindicarme de nada. De mí, que piensen lo que se les canten las bolas. Y los que no me quieren, no están de acuerdo conmigo y me critican, en lo que a mí respecta, que se vayan a la mismísima mierda. No me interesa lo que piensan personas que conocieron dos horas el D2 y ahora resulta que sabían todo y quieren dar cátedra. Yo sólo persigo que se sepa la verdad y, sinceramente, eso es lo que me mantuvo vivo tantos años, sobre todo cuando estuvimos prisioneros.

Mónica, por ejemplo, en el D2 siempre me decía: “¿Por qué no nos habrán metido un tiro en la ‘Escuelita’ de Unquillo y se terminaba todo rápido? ¿Por qué tanto sufrimiento y dolor? ¿Cuál es el sentido?”. Yo le insistía, le explicaba que hay un sentido de propósito por el que estábamos sobreviviendo. Y desde que nos escapamos y llegamos acá, te aseguro que durante años he estado esperando cada día tener la oportunidad de que alguien, como vos, se molestara y viniera a preguntarme qué fue lo que ocurrió durante esos años, alguien que tratara de aclarar la verdad de una buena vez por todas, de todos esos años espantosos que, estoy seguro, forman parte de la historia más oscura de Córdoba. Olvidate de mí; olvidate de los nombres. Lo que interesaba era contar la historia completa,

porque fue un ciclo de represión que sólo se entiende viéndolo en conjunto, globalmente. Los nombres, finalmente, son sólo anécdotas, actos de una espantosa tragedia que vivió toda la sociedad cordobesa. Y creo que siempre he contribuido en todo lo que pude, sin interesarme en absoluto por las consecuencias.

—*Te pregunto nuevamente: ¿ratificás integralmente tu declaración de Brasil?*

—Absolutamente. Justamente, la semana que viene voy al Consulado a hacer una declaración jurada a través de la cual ratifico todas mis declaraciones hechas en Brasil en el año 1980, palabra por palabra, hecho por hecho. Nada ha cambiado en treinta años.

—*¿Y si te piden que declares?*

—Lo haría sin problemas, pero desde acá, por videoconferencia. Si tuviera que volver a la Argentina, sinceramente creo que no lo haría, porque siento que mi vida allá no vale el costo de un cartucho 9 milímetros. ¿A qué voy a ir? Si la Justicia lo acepta, declararía de ese modo.[54]

54 En setiembre de 2010 y frente a las atentas miradas de Jorge Rafael Videla, Luciano Benjamín Menéndez y otros veintinueve imputados por delitos de lesa humanidad, Moore declaró por teleconferencia durante más de cinco horas ante el Tribunal Oral Federal Número 1 de Córdoba. Desde la Embajada Argentina en el Reino Unido, ubicada en Londres, y a pesar del paso de los años, Moore reconoció a la mayoría de los integrantes del D2, y ratificó el contenido completo de la presente entrevista. El texto completo de *La búsqueda* fue incorporado a la causa.

21

ASOCIACIÓN LIBRE

—En dos palabras, ¿quién fue para vos Telleldín?

—El “Turco” Telleldín, o el “Uno” como lo llamaban, empezó como jefe de la División Informaciones, pasó a ser jefe del Departamento Informaciones y finalmente terminó como titular de la Dirección General de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Córdoba. Cumplió todo un ciclo. Telleldín era un hombre de familia, dedicado a su mujer y a sus hijos; nada de putas ni de quilombos. Era un tipo muy pero muy duro y exigente, tal vez al extremo, pero era buen “tropero” con el personal. Tenía una cosa que pocos jefes tienen: él escuchaba, y es por eso por lo que, tal vez, en alguna medida, me buscó a mí, porque quería saber mi visión de las cosas. Me escuchaba cuando yo lo asesoraba; le decía las cosas, le hacía comentarios y, genuinamente, me escuchaba. Él me llamaba “pibe”; nunca me llamó Charlie ni nunca me trató de usted. Diría que siempre tuvo un trato paternal hacia mí. Otra cosa que recuerdo de Telleldín es que era bastante autocrítico. Y, en general, creo que tiene que haber tenido bastantes cualidades para terminar siendo el jefe histórico del D2.

—Pero ¿cómo lo definirías en dos palabras?

—Era una persona durísima e implacable. Juez y ejecutor. Ese era Telleldín.

—¿Romano? En dos palabras, por favor.

—Romano era una persona muy ignorante, un tipo muy nervioso, a veces hasta descontrolado, y que no tenía problema en matar a quien fuera.

—*¿Esteban?*

—Esteban era un cagón. En el fondo siempre fue un cagón de mierda, de lo último, que trataba de conciliar las instituciones con el D2, de quedar bien con Dios y con el diablo, y al final nunca quedó bien con nadie.

—*¿La "Tía" Pereyra?*

—La "Tía" Pereyra era una torturadora de lo peor, pero, al mismo tiempo, muy técnica y aplicada a los interrogatorios. La "Tía" no perdía el tiempo en una "sección ablande": ella directamente te agarraba, te hacía repomada y al mismo tiempo te interrogaba. Y cuando te sacaba la información, inmediatamente se dejaba de joder, te dejaba tranquilo. Insisto: aunque era una torturadora feroz, era más profesional que los otros, que muchas veces torturaban por el simple placer de hacer sufrir a la gente.

—*En dos palabras, por favor.*

—Muy aplicada, muy segura de sí misma, pero durísima y en muchas cosas muy desconsiderada, especialmente con la pobre gente que, por ahí, podía tener dudas sobre algo o directamente no tenía nada que ver, porque los hacía mierda sin ningún tipo de consideración.

—*¿Brito?*

—Brito era un cagón. Siempre fue un cagón que la jugaba a dos puntas; estaba en los interrogatorios pero, al mismo tiempo, no quería estar en los interrogatorios. Estaba en la patoteada pero, al mismo tiempo, no quería estar en la patoteada. Hacía o decía algo y, al mismo tiempo, se trataba de desprender de lo que acababa de hacer o decir. Un verdadero cagón.

—*¿"Bóxer" Antón?*

—Ese tipo era un salvaje. Desde el punto de vista intelectual, era un tipo muy, muy vivo, muy inteligente, pero tenía el problema de que no podía aplicar su inteligencia, porque era un salvaje. Un verdadero salvaje.

—*¿Lucero?*

—Lucero era otro salvaje, pero éste, además de mercenario, era un ignorante.

—*¿Ezequiel Méndez?*

—Un degenerado. Un violador de prisioneras; un abusador en todos los sentidos; un tipo con muchísimos problemas de violencia doméstica. La mujer vino varias veces al D2 toda golpeada, a pedir ayuda. A ese degenerado le gustaba el sexo anal, y a las chicas del D2 que violó, a las tres, igual que a la misma mujer, se las violaba por el ano.

—*¿"Coco" Damonte?*

—Un gusano.

—*¿Capdevila?*

—Capdevila no, nada que ver. Era un verdadero "cana" de escuela. Lo que se puede esperar de un buen policía de escuela.

—*¿Murúa, el de la guardia?*

—Murúa, de la guardia, era como Capdevila al principio. El problema fue que, con el tiempo, se desbandó.

—*¿El "Pelado" Murúa, de Fichero y Archivos?*

—Ese era otra cosa. El "Pelado" Murúa, de Ficheros y Archivos, era un "cana" hecho y derecho.

—*¿Gontero?*

—Gontero era un tipo muy celoso de sus prisioneros, un tipo muy atropellado, un exaltado. Y esa condición fue la que lo llevó a generar un quilombo bárbaro con Urquiza.

—*¿Choux?*

—Choux era directamente un nazi al servicio de Lacabanne y toda esa mafia; un tipo muy jodido y, sobre todo, peligrosísimo.

—*¿Jabour?*

—Jabour pertenecía a la Brigada; él salía, torturaba y mataba. Y no tenía ningún problema en hacerlo.

—*¿Salerno?*

—Extraordinario. El "Curita" Salerno era un policía íntegro que nunca tocó un prisionero; por el contrario, ayudaba a los prisioneros y me ayudó mucho a mí. Una muy buena persona con todos, eso es algo que me consta, y por eso se hizo

muy pero muy amigo mío y de Mónica.

—*¿Andrade?*

—Andrade era una persona un tanto impredecible porque, por ejemplo, uno nunca sabía dónde podía llegar una conversación con él. Era un muchacho que había ido a la Escuela de Suboficiales y que cumplía su guardia y nada más, aunque solía tener sus salidas con la Brigada de Operaciones.

—*¿Calderón?*

—¡Calderón es un patriota! Es de la clase de tipos que siempre tuvo su propia forma de pensar. A él nunca, nunca lo pudieron manipular ni lo pudieron charlar. Y por eso fue que el D2 lo resentía mucho. No confiaban en él; no lo querían mucho, o lo querían hasta por ahí nomás. Y por el hecho de tenerlo en las "Escuelitas" creían que de esa forma lo iban a comprometer, pero nunca lo pudieron hacer. Calderón es uno de los pocos casos de policías a los que nunca pudieron envolver ni agarrar en lo que hacían allá adentro.

—*¿Reynoso?*

—Reynoso era un "cana" bien profesional; un tipo bien de escuela, que nunca tuvo nada que ver con secuestros ni nada por el estilo. Increíblemente, Reynoso heredó las "Escuelitas", y la muerte de ese subcomisario que falleció en el "Embudo" ocurrió durante su administración del D2. Pero, sin embargo, Reynoso fue el que paró toda la actividad de la Brigada de Operaciones.

—*¿Tomatis?*

—Tomatis… ¡Tomatis era un chorro de lo peor! ¡Un chorro tremendo! Un tipo que, en esos años, parecía que tenía todo: era pintón, estaba bien vestido, parecía bien relacionado. Vos lo veías y jamás te ibas a imaginar que el colorado ése, que siempre vestía de saco y corbata, ¡era un cleptómano tremendo! ¡Un tipo que directamente vivía para el choreo! A Tomatis lo llamábamos "Gallo de Lata", porque era pura pinta. Siempre se jactaba de sus agallas, y al primer tiroteo se mandó debajo de las ruedas de un auto y de ahí no lo pudieron sacar. Y cuando se le terminó la joda, se pegó un tiro y se suicidó. Así de simple.

—*¿Díaz, el oficial de servicio?*

—Díaz era un chico de escuela, muy profesional. Se llamaba o se llama Raúl Díaz, porque seguramente debe estar vivo. Raúl siempre fue un chico muy cuidadoso. Yo pocas veces he conocido a un oficial de guardia con un porte tan impecable. Es más, vos sabés que con Mónica a veces hablábamos y yo le decía que este muchacho, a mi modo de ver, era un señor en todos los sentidos. Porque para todo era muy decidido. ¿En dos palabras? Era un tipo muy de reglamento y, al mismo tiempo, impecable.

—¿El otro Díaz?

—No, ese caso es completamente diferente. Vino con la Brigada Civil y yo creo que nunca pasó de supernumerario. No duró mucho; no más de seis meses. Y ese siempre anduvo metido con la Brigada y se prendía en cualquiera.

—¿Cerutti?

—Cerutti era otro personaje. Vino con Vélez y con el "Hormiga" de Bell Ville, todos de la mano de Telleldín mientras fue jefe de la Unidad Regional. Cerutti era un exaltado que quería figurar siempre en todo. Y apenas llegó al D2, se integró con los de la Brigada e inmediatamente se echó a perder.

—¿Yanicelli, el "Tucán Grande"?

—¡Uf! Otro personaje, pero mucho más vivo, mucho más inteligente. Me acuerdo de haber hablado al principio de mi detención con alguien en el D2 y haber apostado que Yanicelli algún día iba a llegar a ser jefe de Policía, pero se desvió completamente. Tal vez ya lo traía dentro de él, no lo sé, pero te aseguro que al principio hacía buena letra, porque era un tipo carismático, comunicativo con toda la gente: él era un líder natural para todos. Pero terminó para la mierda, porque al final terminó matando y torturando gente, y metido en las cosas más oscuras de la Brigada. Se empezó a torcer con la llegada del por entonces teniente Vergez, o "Vargas", como se hacía llamar. Ese fue el que lo llevó a Yanicelli por el mal camino. Y con los años se terminó de corromper completamente.

—¿El "Hormiga"?

—El "Hormiga" no, nada que ver. Era un tipo vivo, porque él se mantenía

aparte de todo, absolutamente de todo: de la Brigada, de las guardias, de todo. Era una especie de perrito de los mandados: obediente, él iba con el ordenanza en el coche y traía las provisiones, y no se hacía ver nunca. No quería meterse con nada de nada. Esa clase de tipo al que el D2 nunca pudo engatusar, envolver ni comprometer.

—*¿Vélez?*

—Vélez era un boludo y, al mismo tiempo, un tipo jodido. Vino de Bell Ville y en las guardias del D2 hacía de sargento de guardia a pesar de que no era sargento. Y terminó de guardia ocasional en los "chupaderos", no sé si en Pilar o en Hidráulica.

—*¿Disner?*

—Disner era una basura envasada, un chorro como no podés imaginar. Un extorsionador que le sacó miles y miles de dólares a mi familia con la promesa de que iba a hacer el sumario mal y que yo iba a poder salir. Y lo único que hizo fue sacarle plata a mi familia y encima usar mi sumario para contrainformación.

—*¿El "Chato" Flores?*

—Un bruto; un animal de lo peor. Siempre como la sombra de Romano: si lo veías al "Chato" ya podías saber dónde estaba Romano. Un perrito de *sulky*.

—*¿La "Cuca" Antón?*

—¿Cómo te puedo explicar? Esa mujer era una verdadera desalmada. Era una chica que parecía no tener principios, ni sentimientos, ni nada. Tal vez sufría alguna condición psicológica, como la esquizofrenia o la psicopatía, porque era una persona que directamente no tenía moral. Si la tengo que definir, lo hago no como inmoral sino como amoral, porque ella no parecía distinguir diferencias entre bien y mal. Y además, no parecía tener ningún tipo de remordimientos.

—*¿El "Mocho" Pereyra?*

—Era un pendejo protegido por su madre, la "Tía" Pereyra; un cobarde que vivía escondiéndose debajo de las polleras de su mamá. El "Mocho" se las daba de pesado, y un día se encontró con el "Caña" Murúa cuando fue a buscar a la hermana al colegio, y el "Caña" le sacó la pistola y lo enfrentó. Y, del cagazo, el

“Mocho” se tiró cuerpo a tierra detrás de un auto y no disparó un solo tiro. Al ver eso, el “Caña” se fue caminando, sin ningún tipo de problemas. Eso te demuestra qué tipo de persona era el “Mocho”. Un cagón.

—*¿“Johnny”?*

—“Johnny” era un tipo vivo, un tipo al que nunca le pude sacar la identidad, ni sé de dónde venía ni cómo se llamaba, nada. Sólo recuerdo de él que tenía afinidades peronistas, pero quedó en el D2 inclusive después de la purga de los peronistas, porque fue hábil para perder o cambiar sus ideas. Era un tipo vivo, que siempre pasaba desapercibido, y que en algunas ocasiones hasta lo hicieron pasar por mí. En una oportunidad a mí me hicieron un DNI dentro del D2, y como necesitaban una foto, me tiñeron el pelo, me lo cortaron y me hicieron unos bigotitos. Quedé muy parecido a él. Si ves mi DNI argentino y le ponés al tipo de la foto diez kilos encima, ése era el Johnny.

—*¿Sevilla?*

—Sevilla era una buena persona, pero sobre todo un policía de alma. Había estado en Investigaciones de la Seccional 14, y había pedido pasar al D2 porque quería seguir aprendiendo cosas nuevas. Y cuando llegó, se encontró con toda esa mafia, con esa banda de delincuentes. No compartía muchas cosas, así que empezó a discutir, a pelearse con todo el mundo y, al final, lo terminaron asesinando.

—*¿Torres?*

—Torres venía con Sevilla en idéntica situación. Los dos eran muy parecidos. Eran muy críticos, a pesar de que no eran ningunas palomitas blancas, porque la realidad es que en el D2 todos tenían la mano medio pesada. Fueron muy críticos, pero cuando se metieron los militares, ya directamente no se guardaban ninguna crítica. Y finalmente los terminaron asesinando a los dos.

—*¿Ruiz?*

—Ruiz era un tipo de carácter medio raro, muy difícil; introvertido, siempre alejado; nunca pude entablar una conversación con él.

—*¿Hierling?*

—Hierling era un tipo de carácter, un tipo bien pesado, no de palabra, no. ¡Este era pesado en serio! Siempre andaba con una escopeta Itaka. Si, por ejemplo, iba a un supermercado a hacer compras, se bajaba con la Itaka sin ningún problema. Yo recuerdo de él que siempre se cuidaba de todo el mundo, porque era muy desconfiado. Pero al mismo tiempo era de esos tipos que iban de frente. Un tipo pesado, que no tenía problemas en reventarle la cabeza al que fuera. Muy jodido y capaz de cualquier cosa.

—*¿Bocina?*

—Lo mismo, muy parecido a Hierling. Recuerdo que tenía un Magnum .44 bien grande, y por eso lo llamábamos "Harry el Sucio", por el trabuco que llevaba. Y no lo llevaba al pedo.

—*¿El "Cuervo"?*

—¡Un chorro, cleptómano de lo peor! No podés imaginar lo que fue el "Cuervo". ¡Vivía para chorear! Corrían varias historias del "Cuervo", inclusive choreos dentro del mismo D2, en los que lo agarraban, lo apretaban y les tenía que devolver las balas o las cosas que les había afanado a sus mismos compañeros. Ya conté la anécdota de cuando la policía lo agarró choreando en un supermercado mientras estaba de servicio. ¡De locos!

—*¿Vaquinzay?*

—¡Ah! Ese fue un flor de tipo. Mirá, yo creo que la muerte de Vaquinzay fue la que más me dolió de todos los asesinatos de personas que yo conocí dentro del D2, y de compañeros míos. Vaquinzay fue un policía extraordinario, un tipo de escuela, muy sano, que había venido del campo, creo que de La Rioja. Ya te conté cómo ayudaba a los prisioneros en el D2. Fue una persona realmente extraordinaria. Y lo mató el D2.

—*¿El "Polaco"?*

—El "Polaco" resultó ser un "filtro", porque trabajaba para el ERP. Ojo, no digo que haya integrado el ERP, porque fue una basura, un tipo de lo último; un gusano. El ERP lo estuvo usando a través de una mina; y cuando cayó la mina junto con los de una escuadra, los tipos hablaron y ahí cayó el "Polaco". Y

también lo mató el D2.

—*¿Recalde?*

—Era un tipo muy pero muy profesional, que trabajaba con Cuassolo. Se limitaba a su trabajo y nada más: para él, las brigadas no existían. Prisioneros o interrogatorios no existían. Él iba a su oficina de Asuntos Estudiantiles, Gremiales y Culturales, y una vez que terminaba sus informes, sus análisis, se iba a su casa. Y no se metía ni se casaba con nadie.

—*¿Bernardo?*

—Bernardo fue otra historia lamentable. Era un chico muy sano, jovencito, que trabajaba en Administración, y estaba aterrorizado por lo que pasaba en el D2. Su mujer era muy amiga de la mujer de una persona muy allegada a mí. Cuando me enteré de que hablaba y comentaba cosas que pasaban allá adentro, porque la mujer se lo comentó a esta persona y ella me lo dijo a mí, yo hablé con él en el D2. Le dije: "Mirá, pendejo, vos acá no ves nada, no escuchás nada, no comentás nada. Vos de acá te vas derecho a tu casa, ¡y que no se te ocurra hacer contraseguimiento ni movimientos raros! Porque si te siguen, van a empezar a pensar que estás en algo. Te vas derecho a tu casita y, cuando pasás la puerta, te olvidás de toda esta mierda. Dedicate a tu mujer y tomate tu día libre. Y cuando venís a trabajar, te concentrás en tus papelitos, en tus libros contables ¡y te olvidás de todo!". Y así fue, me hizo caso. Tenía mucho miedo de que lo mataran, porque si hubo gente como Sevilla, que no había tenido nada que ver y lo asesinaron igual, entonces, ¿qué quedaba para el resto?

—*¿Lequizamón?*

—Yo recuerdo poco de Lequizamón. Creo que venía de la Guardia de Infantería y había ido a parar originariamente a Administración. Después se había pasado a una brigada, cuando ya casi no operaban, y desde entonces no supe más nada de él. Es todo lo que recuerdo.

—*¿Cebrero?*

—Cebrero fue un chofer de la guardia que se había prestado para salir con los de la Brigada en el tema de los traslados. Como ya conté, parece que se volvió

poco confiable porque tomaba, y por esa razón, al final también lo terminaron asesinando los mismos de la Brigada.

—*¿Juan?*

—Juan era de Administración y terminó siendo el secretario privado de Telleldín. Telleldín tenía dos asistentes directos: Tissera, que fue su asesor privado, y Juan, que fue su secretario privado. Y cuando Telleldín se fue y vino Reynoso, Juan fue ascendido a un puesto muy, muy alto, incluso creo que se volvió segundo en el D2.

—*¿Rodríguez?*

—Rodríguez era un tipo de carácter difuso. Me cuesta mucho describirlo. Sólo lo vi dos veces en el D2: sé que no estaba en la guardia y que anduvo mezclado con los de la Brigada Civil y después con los de la Brigada de Investigaciones. Es todo lo que recuerdo de él.

—*¿El "Cardenal"?*

—El "Cardenal" era un sumariante de jerarquía. Te lo describo porque llegué a conocerlo realmente bien: era petiso, gordo, bien morocho y tenía los pelos parados, como una urraca o un cardenal. Creo que era subcomisario y estuvo encargado de Sumarios en el '75. Ya para mediados del '76, no lo vimos más, pero ya en esa época hacía rato que no necesitaban hacer sumarios en el D2, porque directamente mataban a todo el mundo.

—*¿Grandi?*

—Grandi venía de la Brigada Número Dos, la que Merlo tenía originalmente a cargo. Era un oficial de escuela, no un supernumerario. Y si bien te hacía recagar, recuerdo que en una época se opuso a los secuestros y asesinatos. Pero después se terminó integrando plenamente a las brigadas. Grandi, por ejemplo, fue uno de los que torturó a Mónica.

—*¿Sánchez?*

—Sánchez fue otro de estos personajes "elusos" [*sic*]. Venía del peronismo y quedó mezclado en las brigadas. Originalmente había sido supernumerario y después lo mandaron a la Escuela. Hizo el curso y creo que egresó como cabo o

sargento. Sólo recuerdo que era un tipo bajo y que siempre andaba con campera verde.

—*¿“Julito”?*

—“Julito” era supernumerario. Era muy petiso, tenía pelo bien largo, muy enrulado y castaño. Tenía piernas y brazos muy cortos, y la campera que siempre usaba parecía de esas militares que eran grandes, le quedaba como un sobretodo. Anduvo jodiendo un tiempo con los de la Brigada Civil, y cuando Telleldín terminó con esa brigada, nunca más lo volví a ver. Él solía venir a mi calabozo a verme, y hablábamos de política, del peronismo. Pero un día no vino más y no volví a saber más nada de él.

—*¿Y el “Gato Cabezón”?*

—Ese era de la Federal. Era un tipo con pelo bien ondulado, castaño tirando a colorado, bigote bien grande y largo, cuello muy ancho. Tenía una cabeza inusualmente grande y parecía no tener cuello. Tenía los brazos cortos y muy musculosos. Lo que recuerdo de él es que se adjudicaba el secuestro de tres chicos de las Ligas Agrarias, que había sido un caso conocido, creo que lo nombraban como el “Caso Cosch”. A estos tres chicos los mataron y los tiraron en la zona de operaciones nuestra, a un costado de la ruta 38, en Punilla.

—*¿Barreiro?*

—Yo recuerdo que Barreiro venía al D2 con Vergez y con Quiroga: él era del Destacamento de Inteligencia 141. Vergez y Barreiro sacaban la Brigada de Operaciones y salían a operar. En dos palabras: Barreiro era un asesino profesional de Ejército.

—*¿“Chébere”?*

—“Chébere” era un tipo bien “tropero”, bien operativo, un tipo que iba al frente siempre, y los prisioneros en La Perla lo respetaban mucho. El tipo no golpeaba a nadie al pedo; si te interrogaba, sí, pero una vez que terminaba el interrogatorio no te seguía pegando. Incluso hasta se hizo amigo de algunos prisioneros. Hasta que un día se metió en la casa de unos “montos”, le dieron un “cuetazo” y ahí terminó su historia.

—*¿Quiroga?*

—El capitán Quiroga era un oficial de capa y espada metido en toda la mugre de los secuestros, los asesinatos y La Perla. Creo que era del Opus Dei. Recuerdo que él le trajo a Mónica, cuando estaba embarazada, un libro de maternidad o natalidad cristiana, editado por el Opus Dei.

—*¿Vergez?*

—Un tipo bien jodido. ¡Guarda con Vergez! Ese sí que era un tipo muy operativo. Para describirlo, te diría simplemente que fue un asesino implacable.

—*¿Cuassolo?*

—Un tipo muy profesional. Yo sé que allá lo hicieron cagar porque tenía un cargo y lo hicieron renunciar por haber pertenecido al D2, en mi opinión, al pedo.[55] Cuassolo nunca estuvo envuelto con la Brigada, nunca. Y si bien estaba en Asuntos Estudiantiles, Gremiales y Culturales, él nunca entregó a estudiantes. Es más, a veces cuando traía las grabaciones de reuniones o conferencias universitarias en las que alguien decía algo que lo podía comprometer, él me avisaba: "¡Mirá, Charlie, más o menos a cuarenta minutos del comienzo, tené cuidado con lo que dice!". Yo borraba esa parte de la cinta y cuando hacía el informe decía que habían dicho tal, y tal, y tal cosa, y en esa parte consignaba: "Sólo se escuchan interferencias". Ese era Cuassolo.

—*¿El "Gato" Gómez?*

—¡El "Gato" Gómez! Si me preguntás cuál es el modelo de un sádico, inmediatamente me viene a la cabeza la imagen del "Gato" Gómez, porque era un tipo que gozaba atormentando y haciendo sufrir a la gente de modo absolutamente innecesario. Gómez, por ejemplo, fue el que reemplazó a la "Tía" Pereyra, y después de que había interrogado a alguien y le había sacado todo lo que quería, y especialmente si era prisionera (porque se ensañaba particularmente con las mujeres), él la volvía a torturar, ¡sin ninguna necesidad! Recuerdo que tenía la manía de sacarle la venda a los prisioneros, sobre todo a las mujeres, y en el medio de los tormentos, les decía: "¡Mirame! ¡Yo soy el 'Gato', tu torturador!". El tipo era un sádico, un psicópata. Porque realmente se

notaba que le producía placer que la gente sufriera.

—*¿Qué fue el ERP para vos, Charlie?*

—Una utopía. Francamente, para mí el ERP fue una utopía. Nosotros salimos con esa idea medio religiosa del "hombre nuevo", que era algo así como una versión marxista-leninista de Jesucristo reciclado. El "hombre nuevo" era un modelo cuasi bíblico, porque demandaba de los militantes un estado de conciencia social tal que se necesitaban las virtudes de un santo para poder cumplirlas. Y no sé si hay gente en el planeta que esté preparada para eso; por lo menos, yo no la conozco. Pero de lo que sí estoy seguro es que los argentinos, definitivamente, no estábamos preparados para asumir la responsabilidad que significaba el papel y el rol del "hombre nuevo". Y el ERP se estructuró en general de una forma muy idealista y aplicó a todo su quehacer ese mismo modelo. En la práctica, a los combatientes nos costó muchísimo seguir todas las obligaciones que teníamos.

Si bien en nuestro caso aportábamos apoyo táctico, es decir, ingresamos creyendo en un proyecto, esa adhesión había sido más por presión que por convencimiento, porque en ese momento las Tres A habían empezado a barrer con todos los militantes populares y había que hacer algo, y en la coyuntura entendimos que el ERP era la forma más pulida de resistencia. Fue el "Navarrazo"[56] lo que a nosotros nos empujó, porque nos estranguló, y entonces nos vimos en la disyuntiva de seguir peleando solos y ser exterminados o unirnos con el ERP y dar batalla. Visto desde afuera, y en ese momento, ellos tenían la estrategia correcta en lo que hacía a la guerra revolucionaria popular y prolongada, en lo que hacía al concepto de foquismo y a la estructura de ejército popular bien organizado. Por eso nos fuimos al ERP. Pero hay que entender que, si bien nos unimos voluntariamente, fue un último recurso, si lo querés ver de ese modo. Nosotros entramos al ERP y le dimos apoyo táctico a través del Frente Antiimperialista y por el Socialismo, el FAS, porque entendíamos que era el llamado de la hora. Pero cuando las cosas se comenzaron a precipitar, y desde el ERP se radicalizó la postura, sobre todo en esto del "hombre nuevo", empecé a

darme cuenta de que la exigencia era más celestial que humana, y por eso empecé a ver el proyecto como una utopía.

—*En dos palabras, ¿tu condena por parte del ERP?*

—Una barbaridad. Primero, fue prematura. Segundo, fue infundada. Y tercero, alrededor de dos o tres meses después de mi caída, el Comité Regional (algunos de sus miembros todavía están vivos) decía que yo estaba respondiendo bien, y al cuarto o quinto mes salieron con la condena a muerte. ¿Qué tengo que pensar? Me vine abajo completamente. Sinceramente, para mí fue el fin del mundo, porque ahí quedé doblemente agarrado: ahí sí el D2 me tuvo completamente acorralado, porque sabían bien que a partir de la condena del ERP, podían hacer lo que quisieran conmigo.

—*¿Mónica?*

—Una víctima completamente inocente. Mónica no estuvo en la guerrilla, no militó jamás, ni siquiera en la JP. El pecado de Mónica fue acompañarme a mí, nada más; nunca tuvo nada que ver. Y se la tragó, se la comió durante años. ¡Y qué mal la pasó, pobrecita! ¡Solo Dios sabe lo mal que la pasó en el D2!

—*¿El D2?*

—Un centro de exterminio. Le llaman centro clandestino de detención, campo de concentración; ¡no!: era un centro de exterminio. Era un salvajismo, un "animalismo" difícil explicar con palabras. Ahí estaba el "Gato" Gómez, que torturaba por placer. ¿Qué más puedo decir del D2? No había garantía para nadie, nunca nadie tenía garantía de nada. Para mí el D2 era una crisis de nervios permanente. Y ojo, no sólo de los prisioneros, porque también era lo mismo para el personal que trabajaba ahí. Eran la incertidumbre y el terror permanentes.

—*¿Charlie Moore?*

—¡Puta! ¿Qué puedo decir de mí? Para el '78, si mal no recuerdo, cuando se produjo la gran "raleada" de los últimos que quedábamos vivos, que éramos como veinte o treinta, me llevaron a la IV Brigada y tuve una entrevista con un militar de jerarquía, creo que un coronel, cuyo nombre no recuerdo en este momento. Este militar habló con todos los que quedábamos vivos, y cuando

llegó mi turno, en una charla que fue corta, le hablé de un sueño terrible que había tenido: a los dieciséis años de edad, se me había aparecido el diablo y me había ofrecido empezar una vida nueva. Al escuchar eso, el tipo inmediatamente me preguntó qué pensaba de ese "ofrecimiento", y yo le respondí: "Señor, con todo respeto, prefiero quedarme con la vida que tengo". "¿Por qué?", me preguntó, medio inquieto. "Porque lo que yo he conocido de la naturaleza humana no lo voy a conocer ni viviendo tres generaciones, Coronel". "¡Te volvés al D2!", me dijo. Y ahí terminó la charla.

—En dos palabras, ¿Charlie Moore?

—Siempre hice lo que consideré que tenía que hacer. Cuando caí prisionero del D2, y después de un período muy, pero muy difícil me recuperé, los penetré y operé por la libre. Yo no era un infiltrado, porque no tenía ningún contacto fuera. Operé por mi cuenta y traté de llegar a conocer todo lo que pudiera del D2. Y si bien no logré cambiar el curso de los acontecimientos, por lo menos logré establecer una serie de relaciones allá dentro que me permitieron informarme debidamente y, después, compilar toda esa información. Me pasé cinco años compilando información, que es todo lo que he declarado. Primero hice mis declaraciones en Brasil y después en esta entrevista, que amplía y completa aquellas del año '80, porque como ya expliqué, las de Brasil las hice con la represión pisándome los talones. Todo, tanto lo del año '80 como lo que he declarado ahora, se basa en esa información que durante cinco años me pasé compilando, porque sabía que algún día iba a tener la oportunidad de hacer conocer, y bien desde dentro, lo que fue ese centro de exterminio de personas que se llamó D2.

—¿Quién es Charlie Moore?

—Yo soy el tipo que tuvo un ideal y que nunca cambió. Y que, por una circunstancia de la vida, tuvo que sobrevivir acorralado por todos lados. Reconozco que tuve que colaborar con ellos y, aunque sólo fue a nivel de información, reconozco que lo hice. Pero totalmente solo, intenté salir adelante. Y a pesar de todo lo que se dice de mí, de las difamaciones que tiran sobre mi

persona, apenas tuve la oportunidad, hice conocer a la gente lo que realmente había ocurrido en el D2. Yo soy el tipo que hizo conocer al mundo, cabalmente, lo que significó el D2 de Córdoba. Ese es Charlie Moore.

—*Gracias, Charlie.*

—*Okay*. Un placer. Y muchas gracias por haber venido.

55 Oscar Oreste Cuassolo fue nombrado director de Espectáculos Públicos de la Municipalidad de Córdoba durante la gestión de Luis Juez. En octubre de 2005 debió renunciar por presión de los organismos de derechos humanos y de la opinión pública, tras descubrirse que había pertenecido al "Grupo Facultad" del D2. Nunca fue denunciado ni estuvo imputado en causa alguna. Tampoco aportó información sobre la actuación del D2.

56 El 27 de febrero de 1974, el jefe de Policía de la provincia de Córdoba, coronel Antonio Navarro, en un hecho inédito en la historia argentina, encabezó una sublevación de la fuerza, ocupó los edificios gubernamentales y tomó como rehenes al gobernador Ricardo Obregón Cano y al vice Atilio López, además de otros funcionario que fueron trasladados a la sede del Comando Radioeléctrico. Grupos parapoliciales coparon las principales radios y se colocaron explosivos en la casa del gobernador, entre otros edificios. En los días siguientes se generalizaron los allanamientos y las detenciones de personas, se estableció un *lock-out* patronal y las calles se llenaron de barricadas. El 2 de marzo, el presidente Juan Perón anunció su decisión de intervenir la provincia y designó en ese cargo al brigadier Raúl Lacabanne.

22

MÓNICA[57]

Después de haber conversado durante casi diez días, la parte medular de la entrevista con Charlie Moore había concluido. Fueron larguísimas jornadas que a veces se extendieron hasta las cuatro o cinco de la mañana, en una época del año en que, en esa región del mundo, la noche llega poco después de las tres de la tarde. Entre los recuerdos, las historias y las anécdotas, hubo momentos de risas y también silencios. Y en ocasiones, puntos de vista diferentes.

La densidad de las historias, sobre todo de aquellas que rozaron mi círculo familiar, fue solamente comparable al espesor del aire en el pequeñísimo lugar donde conversamos todos esos días. Mi anfitrión nunca fumó menos de cien cigarrillos diarios, que armaba pacientemente, en un ritual propio de los presos experimentados.

Una vez que hicimos las maletas, nuevamente abordamos la fiel Land Rover de Moore y emprendimos el viaje de regreso a su casa, y allí pude notar una considerable cantidad de personas que, reunidas en clubes o asociaciones, y con sofisticados detectores de metales y sondas muy avanzadas, se dedicaban de manera paciente y organizada a buscar objetos enterrados. Moore me aclaró que se trata de una actividad muy popular entre los ingleses, y que los lugares donde buscan son previamente estudiados de manera exhaustiva, porque generalmente se corresponden con antiguos campos de batalla o alrededores de castillos sitiados por años. El fin de la búsqueda es el hallazgo de objetos con valor

histórico, o incluso simbólico. Mientras Charlie me explicaba los pormenores de la actividad, yo continuaba observando a aquellas personas y pensando que tal vez me estaba viendo a mí mismo, buscando datos de nuestra historia en los claroscuros de la memoria de Moore. Y que del mismo modo que lo había hecho esa tierra, tal vez su memoria había preservado demasiados recuerdos del horror y la muerte. Recién en ese momento me di cuenta de cuán lejos había llegado en mi búsqueda.

Poco después, mientras compartíamos un café en la cocina familiar y repasábamos historias de aquellos años, Mónica se dirigió a mí de manera imprevista y resuelta: “Bueno, Miguel, ahora es mi turno. Quiero contarte lo que me pasó a mí en aquellos años”. Moore, un poco desconcertado, preguntó sobre qué tema quería hablar, y Mónica, muy segura de sí, le respondió: “De todo lo que nos ha pasado en el D2, Charlie, porque no sólo tú has estado allí”.

La tensión en el ambiente fue palpable. Es que, hasta ese momento, Charlie Moore había sido el personaje central y el relator de toda la historia familiar. De hecho, el testimonio que redactó en Brasil antes de exiliarse en el Reino Unido fue escrito solo por él; Mónica ni siquiera fue tenida en cuenta por los organismos internacionales para conocer su versión de los hechos. Y a pesar de que había permanecido en cautiverio por aproximadamente cuatro años en los principales centros clandestinos de detención de Córdoba, un hecho ampliamente conocido, jamás tribunal alguno ni las partes mostraron interés en su testimonio. Mónica nunca fue considerada en su condición de víctima. Tal vez se trate de otra forma más de invisibilizar a su género, o posiblemente se deba a la visión machista de aquellos años proyectada sobre éstos, porque —en ambos márgenes ideológicos— tanto a la hora de decidir la acción como al momento de reconstruir la memoria y dar testimonio, los “combatientes” varones casi siempre llevaron la voz cantante. La visibilización, el relato y el análisis de las características distintivas y, en muchos casos, de la mayor virulencia de las torturas aplicadas a las mujeres en los Centros Clandestinos de Detención son pasos nuevos, recientes, aunque esos testimonios están allí desde hace años, en

su mayoría intactos y aun esperando ser escuchados, como un registro arqueológico todavía no descubierto pero, paradojalmente, ubicado a la vista de casi todos. Pese a los avances al respecto en los últimos años, la ardua lucha individual y colectiva contra esta expresión de indiferencia debe perseverar.

Las palabras de Mónica aquella mañana quebraron entre nosotros ese estado de cosas, y lo que dijo a continuación abrumó a Moore: “Vete, Charlie, por favor. Ahora me toca hablar a mí”. Mónica necesitaba contar sin su presencia aquello que durante tantos años había guardado. De ese modo comenzó esta parte de la entrevista, que presento en forma de relato continuo, sin las interrupciones propias del diálogo.

Mónica nació en la provincia de San Juan en 1955. Vivió allí hasta los once años, cuando la familia se mudó a Cruz del Eje, en Córdoba, debido a que su padre se hizo cargo de la estación de ferrocarril del lugar. En esa ciudad, a los 17 años, conoció a Charlie, que entonces tenía 21 años. “Recuerdo que fui a realizar unas compras frente a la plaza principal de la ciudad y él estaba en un negocio en esa zona. Al verme, salió del negocio donde trabajaba vendiendo artículos, se presentó y empezamos a hablar. Así fue como nos conocimos”. Hasta ese momento, afirma Mónica, “no tenía absolutamente nada que ver con la política”, y luego de conocerlo, aunque compartió con él “numerosas situaciones, no tenía mucha idea de política y tampoco me interesaba, en realidad sólo lo acompañaba, pero no participaba en las cosas que él hacía. Nunca me metí en las cuestiones vinculadas a las acciones políticas que llevaba adelante Charlie”. “En realidad —evoca Mónica—, el hecho de salir con Charly y de irme con él de Cruz del Eje fue más que nada para evitar una situación muy desagradable dentro de mi familia, porque mi padre y yo no nos llevábamos bien. Mi padre quería que me fuera de la casa porque tenía diecisiete años y él consideraba que tenía que aportar económicamente, y en Cruz del Eje no había trabajo. Además, Charly me gustaba mucho y como estábamos muy bien tomé la decisión de irme

con él, y así fue como comenzamos a convivir juntos, una vida con mucha aventura".

Mónica fue detenida la madrugada del 13 de noviembre de 1974, por policías uniformados pertenecientes al Comando Radioeléctrico. "Me detuvieron y me llevaron por toda Córdoba, haciéndome preguntas y más preguntas. Estaban con dudas de llevarme o no al D2, que era el lugar donde concentraban a todos los detenidos políticos, y finalmente decidieron llevarme. Y fue en el D2 donde se dieron cuenta exactamente de quién era yo. La que me reconoció apenas me vio fue una mujer que yo no conocía, aunque tiempo después supe que se trataba de la 'Tía' Pereyra. Recuerdo que fue ella la que me reconoció: apenas me vio, comenzó a anunciar a los gritos que yo era la mujer de Charlie, e inmediatamente me vendaron y me encapucharon, me desnudaron completamente, y entre varias personas me comenzaron a torturar.

"La que dirigía la tortura era la 'Tía': ella hacía todas las preguntas y era terrible aplicando tormentos. Lo que más recuerdo de esos primeros momentos es que sufrí muchísimo con la tortura, y aun con todo lo que me hacían, no lograban hacerme hablar, no conseguían que les dijera nada. Pero con lo que sí lo lograron fue con un tormento que consistía en meterme la cabeza dentro de un balde o tacho con agua inmunda; a eso creo que lo llamaban 'el submarino'. Fue algo terrible y desde entonces le tengo pánico al agua: no sé nadar y nunca pude aprender. Varias veces he intentado, pero en cuanto el agua me llega a la nariz, ya no puedo seguir. No puedo con eso, porque la sensación de muerte que me viene es horrible.

"Lo que más recuerdo de las torturas de esa noche es que me desnudaron completamente y, atada de los brazos en un elástico de metal, me abrían las piernas todo lo que podían, y en cuanto yo trataba de cerrarlas me golpeaban los tobillos y la parte interna de los muslos. Además me iban pasando entre todos ellos, de uno a otro, golpeándome de todos los modos que puedas imaginar. En ese pasar de uno a otro había de todo: patadas, quemaduras con cigarrillos, golpes de puño, golpes con objetos, arrastrarme de los cabellos, de todo. Y

mientras ocurría eso, la ‘Cuca’ a cada momento y con sus manos abiertas me golpeaba en ambos oídos al mismo tiempo. Eso era tremendamente doloroso; era tanto el dolor que sentía en los oídos que tenía terror de desmayarme y quedar aún más indefensa. Hasta el día de hoy me acuerdo del dolor tan grande que me producía la ‘Cuca’ cuando me pegaba con sus dos manos abiertas en los oídos”.

Mónica padeció esas y otras torturas horrendas, y resistió todo lo que pudo, hasta el amanecer, “entonces fue cuando les dije que tal vez si veía el lugar podría reconocerlo, y por eso me sacaron del D2 a dar vueltas. Los hice dar varias vueltas por la ciudad antes de llevarlos a la casa donde estaba Charlie, y cuando llegamos ya estaba bien avanzada la mañana”.

El relato continúa con la detención de Charlie y su permanencia inicial en el D2. Mónica evoca también su paso por la comisaría de Unquillo y el simulacro de fusilamiento al que fue sometida junto con los otros detenidos: “Te juro que creí que ese era el viaje final, me sentí como una vaca que llevan al matadero, porque todo hacía pensar que ahí nos mataban. Y cuando hicieron el simulacro de fusilamiento sentí la tierra blanda, como húmeda, y pensé: ‘Acá nos matan y nos tiran a un río o a un lago y nunca más se sabe de nosotros’. En ese momento lo único que pensaba es que mi vida había llegado a su fin”.

En su memoria, las torturas padecidas en la “Escuelita” de Unquillo fueron “muchísimo más intensas [que las sufridas en el D2]. Fue una experiencia tremendamente traumática, espantosa, y lo único que recuerdo de ese lugar son gritos desesperados, torturas y más gritos de gente ahogándose de dolor. Así era todo el tiempo. No recuerdo cuánto nos mantuvieron allí porque perdí la noción del tiempo, pero creo que fue mucho. Un lugar realmente espantoso, el peor de todos los lugares”.

Al regresar al D2, “me ponen en un lugar con otras mujeres, que estaban todas encapuchadas, en lo que ahora llaman ‘el tranvía’, que en esa época era sólo un pasillo sin bancos; estábamos todas sentadas en el suelo. Había una mujer que parecía haber enloquecido, porque gritaba y lloraba todo el tiempo. Nosotras queríamos que se callara, porque los gritos de esta pobre mujer atraían a los

guardias que venían y nos golpeaban a todas. Tratábamos de que esta señora no gritara, pero no podíamos lograrlo, porque al parecer había perdido su mente, había enloquecido, porque lloraba todo el tiempo y de golpe empezaba a gritar y comenzaba a temblar como si tuviera convulsiones. Yo estaba muy aterrorizada y permanecía casi todo el tiempo en silencio. Imaginate que tenía sólo diecinueve años.

”Después de unos días nos trasladan a todas las mujeres a una pieza. Como éramos muchas, teníamos que dormir sentadas, porque no cabíamos acostadas en el suelo. Ahí, cuando los guardias no nos veían, empezamos a comunicarnos y así me enteré de que entre las mujeres había una a la que le decían la ‘Gorda’ Oropel. La llamaban así porque estaba embarazada de varios meses. Ella era la única que tenía una colchoneta, justamente por estar embarazada, pero el resto estábamos todas sentadas. No sé cuánto tiempo pasé ahí porque había perdido totalmente la noción de los días, pero para mí fue bastante tiempo.

”Lo que sí recuerdo es que un día el ‘Moro’ Merlo comenzó a sacarme y a llevarme a las oficinas de adelante. Me llevaba y me mantenía sentada en una oficina un buen rato, sin preguntarme nada, sin decirme nada, y después de una hora o dos me llevaba de vuelta a la pieza. Y ahí comenzaron los problemas, porque las chicas empezaron a ignorarme e incluso ya no hablaban entre ellas en mi presencia; no decían nada, se quedaban en total silencio. Eso lo hicieron varias veces. Al principio no me daba cuenta de por qué lo hacían, pero cuando comenzaron los problemas comprendí el sentido de sacarme del lugar donde estábamos detenidas, porque a partir de ese momento el resto de las chicas empezaron a mirarme raro, como diciendo: ‘Esta está contando lo que pasa aquí’. Y ahí fue cuando comprendí que lo hacían con el fin de hacerme antagonizar con ellas”.

Mónica ha retenido muy pocos datos, casi ninguno, de las mujeres con las que compartió esos días. Entre ellas, evoca a “una señora que era una doctora. El nombre no lo recuerdo, sólo que tenía como cincuenta o sesenta años, y tenía el pelo canoso”, pero no conoce “ni su nombre ni cómo le decían; nada. Del resto

de las chicas no recuerdo nada. Porque en ese lugar nadie preguntaba nombres ni datos. Casi no se hablaba y nadie decía quién era. En alguna oportunidad, antes de que Merlo comenzara a sacarme, ellas hablaban de problemas de salud, sobre cómo debíamos cuidarnos mientras estábamos ahí; solo se hablaba de cuestiones del momento".

Mónica encontró dos caminos para encarar el infierno que estaba viviendo: con uno de ellos fracasó, y las consecuencias del otro perduran hasta hoy. "Yo trataba de enterarme lo menos posible de lo que pasaba ahí. Sentía que tenía que cerrar los ojos, la boca y los oídos para poder sobrevivir. Que tenía que ser ciega, sorda y muda: no escuchar nada, no interferir en nada, no meterme en nada. Al principio, cuando a Charlie y a mí nos llevan al calabozo, todo lo que nos separaba del patio era la puerta de metal con las barras de hierro en la pequeña ventana que tenía arriba. Y en ese momento, en ese patio torturaban muchísimo, todo el tiempo. Era un dolor espantoso estar ahí y tener que escuchar todo eso. El sufrimiento era insoportable, tanto que, en un momento de descuido de la guardia, traté de suicidarme. Me mojé los dedos, agarré unos cables pelados y los conecté a un tomacorriente, esperando que el shock eléctrico me matara, porque no soportaba más la situación. Pero no sé qué pasó, si ese toma no andaba o qué ocurrió, pero lo cierto es que no pude hacerlo. A tal punto llegaba el grado de desesperación que veía la muerte como la única salida liberadora de todo ese terror y ese espanto permanente que era el D2.

"Como no pude suicidarme, tuve que hacer algo para protegerme a mí misma, para sobrellevar la angustia y el terror y no perder la razón, y lo único que encontré fue encerrarme completamente en una especie de cáscara, como si estuviera viviendo en un huevo, y de ese modo sentía que me aislaba de todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Fue horrible, pero lo tuve que hacer porque no podía con esa vida tan terrible, con el espanto de lo que pasaba en el D2, escuchando todo el tiempo el sufrimiento a más no poder de personas que estaban siendo torturadas a centímetros de donde dormíamos, porque además me parecía que en cualquier momento iban a abrir la puerta del calabozo y nos iban

a incluir a nosotros en la tortura. Era vivir con terror permanente, con una sensación de muerte permanente. Y además de todo eso, no podíamos usar el baño, no podíamos tomar agua, y no podíamos salir del calabozo. Era algo indescriptiblemente espantoso. Así que ahí hice mi mundo, me encerré en mis cosas, en mis pensamientos, en mis recuerdos. Solo teníamos un catre que había conseguido Charlie, y cuando empezaban las torturas yo me escondía debajo del catre y me quedaba ahí, hecha un bollo, tapada con una sábana o con una colcha y apretándome los oídos. Me quedaba así, totalmente insensible, aislada, casi en silencio, hasta que todo pasaba. Me acostumbré a eso, a no escuchar ni sentir nada, y así fue como quedé insensible para siempre, algo con lo que lucho hasta el día de hoy, porque dejé de sentir en todo sentido. Es algo horrible, pero fue necesario en ese momento para poder seguir viviendo en medio del terror, aunque jamás pude volver a ser la de antes".

Muchas veces, Mónica era enviada a limpiar el patio tras las sesiones de tortura. Lo hacía con un ordenanza "viejito", con quien intercambiaba algunas palabras pero del que tampoco recuerda el nombre. Con el paso del tiempo también empezó a dialogar con "los de la Guardia de Infantería, y algunos hasta se hicieron amigos nuestros. Ellos tenían que estar ahí, vigilando, sin hacer nada y por eso comenzaron a hablar con nosotros, pero siempre de cosas intrascendentes, y algunos comenzaron a traer cigarrillos y hasta revistas. En algunos casos, si necesitaba algo, se los pedía y a veces me lo traían".

Le pregunto a Mónica si los guardias confiaban en ellos, y en su respuesta ella establece una diferencia entre su relación y la de Charlie con sus captores. "Casi siempre hablábamos de bueyes perdidos. Por lo menos conmigo, las conversaciones eran totalmente intrascendentes, de cuestiones como el clima o cosas por el estilo. En cambio Charlie estaba siempre en la parte del frente hablando con todos, no te puedo decir de qué pero él hablaba más con ellos. Yo casi no salía del calabozo, aunque a veces, cuando se podía, me quedaba en el patio. Al frente estaba la cocina, y yo podía ir también ahí, así que ayudaba a los ordenanzas con la comida". Charlie, por su parte, "estaba siempre muy ocupado

con todas esas cuestiones que tenía que escribir a máquina, reportes y esas cosas. Pero cuando podíamos hablábamos y casi siempre era sobre el mismo tema: cómo tratar de salir de ahí, y si era posible sobrevivir a ese lugar. Yo era muy pesimista porque pensaba que nadie iba a lograr salir vivo del D2. Charlie brindaba colaboración con el objetivo de salir del D2; él siempre tuvo bien claro eso. Siempre que hacía algo, en el fondo estaba pensando si podía servir para tratar de salir en algún momento del D2. En cambio yo simplemente sobrevivía, pasaba los días, estaba como entregada. Porque en esas condiciones hasta te llegás a olvidar completamente de lo que es la vida afuera.

”Cuando salí me costó muchísimo adaptarme, porque había perdido el sentido de todo. Incluso recuerdo que, estando en libertad, la primera vez que salí a caminar, verme en un espacio abierto me dio tanto miedo que tuve que volver inmediatamente al lugar donde estaba parando, que era la casa de mi suegra. Entré rápido y me metí en la cama con muchísimo miedo, no sabía qué me pasaba”.

Mónica cuenta que quedó embarazada de Natalia cuando ella y Charlie fueron puestos juntos en el calabozo. La noticia del embarazo provocó sentimientos opuestos en la pareja: “La verdad es que yo no le veía mucho futuro al hecho de tener un hijo en esas condiciones, pero Charlie se puso muy contento con la idea, porque él sí tenía esperanzas de vivir. En cambio a mí me amargaba tener un hijo en medio de esa situación de tanta incertidumbre. Incluso, traté de decirle a ‘Moro’ que yo no quería tener un hijo, pero él interpretó lo contrario y me dijo que no me preocupara, que yo iba a estar muy bien y que iba a tener mi bebé sin problemas. Esteban dio orden a la guardia de que no me dejaran faltar nada mientras estaba embarazada. En realidad yo no tenía absolutamente ninguna esperanza de salir viva de ahí. Pero en cambio Charlie siempre mantuvo el ánimo y trataba de hacer cosas como proyectándose afuera”.

Cuando llevaba alrededor de dos meses de embarazo, Mónica fue trasladada a la cárcel del Buen Pastor. “Al ingresar, les dije a las monjas que estaba embarazada, o que creía que estaba embarazada, porque no tenía ninguna

confirmación todavía de que lo estuviera. Y apenas se los dije, una de las monjas me respondió: ‘¡Aquí todas dicen que están embarazadas para que las traten mejor!’. Cuando me di cuenta de que me llevaban con las detenidas políticas, les pedí por favor que no me pusieran con ellas, porque me detestaban. Pensaban que yo informaba a los del D2 cosas de ellas, cuando ni siquiera comprendía lo que me estaba ocurriendo a mí. Además, a muchas de ellas no las había visto jamás, y con otras había estado sólo unos días en el D2. ¿Qué información les iba a dar yo a los del D2? ¿Qué inteligencia podía hacerles? ¿Cómo se puede explicar que me odiaran porque creían que yo estaba ahí pasando información? ¡Yo no entendía nada de lo que sucedía y estaba muerta de miedo! Era muy ilógico pensar eso. Pero, bueno, el D2 se encargaba de hacer todo ese tipo de jueguitos, e incluso hay gente que hasta el día de hoy se ocupa de que eso se siga creyendo. ¿Cuántos años pasaron ya? ¡Y seguimos con lo mismo! Es realmente algo muy estúpido no darse cuenta cómo jugaban con nosotros.

”Bueno, volviendo al relato, al principio me recibieron muy bien. Pero cuando algunas de ellas me reconocieron, comenzaron a reunirse en grupo y hablar sin dejar que yo las escuchara. De golpe, y sin decir nada, empezaron a formarse a mi alrededor, en una especie de semicírculo, y yo pensé que me iban a linchar. Recién ahí, cuando las monjas se dieron cuenta de lo que estaba por pasar, me sacaron de ese pabellón y me llevaron con las presas comunes. Con ellas estuve muy bien. Me trataron muy, muy bien. Casi todas ellas eran mayores que yo, entonces me trataban como a una hermana menor o como a una hija. ¡Todas me querían proteger! Incluso recuerdo que yo no conocía el lenguaje que ellas hablaban, y como no entendía qué decían, a cada rato metía la pata y ellas se reían muchísimo. Por ejemplo, un día me preguntaron: ‘Che, ¿vos patinás?’, y yo les respondí: ‘No, yo no patino, pero a mí me gustaría aprender, ir a un club o una academia y aprender’. ¡Y todas comenzaron a reírse![58]

”De lo que no me puedo olvidar es del frío que hacía en esa cárcel. A cada rato les pedía a las monjitas que por favor llamaran al teléfono de mi suegra y le pidieran que me trajera un *pullover* y unas frazadas. Pero no recibí nada, y pasé

todos esos días muerta de frío. Recién cuando me trasladaron supe que mi suegra había ido el primer día a ese lugar a llevarme abrigo, comida y cigarrillos, y las cosas habían quedado en la guardia de ingreso. Realmente, para mí fue una gran decepción haber estado en el Buen Pastor, porque vi que las monjas eran personas terribles. Y después de esa experiencia perdí completamente mi fe en la religión, a pesar de que había sido criada como católica. Nunca antes había dudado de mi fe. Pero en el Buen Pastor sentí que todo cambió. Porque realmente yo prefería a Bucetta, que me miraba con odio, a una monjita que me miraba falsamente y no sabía qué podía llegar a hacer. Porque yo sabía que Bucetta o el 'Bóxer' eran mis enemigos, pero creía que ellas no. Se supone que su misión era ayudar a la gente, pero verdaderamente hacían todo lo contrario. A veces me gustaría volver a creer de nuevo, pero fue tan grande la decepción y fue tanto lo que sufrí que pienso que nunca más voy a poder creer en nada".

El 7 de enero de 1976, Mónica dio a luz a Natalia. Fue "en el hospital policial de la ciudad de Córdoba. Recuerdo que me trasladaron a ese hospital con los dolores de parto, y apenas llegamos, antes de atenderme, me esposaron a una cama. Y así, esposada, los médicos me controlaban a cada rato, hasta que vino una señora, creo que era médica, y dijo: 'Yo no voy a controlar a esta mujer esposada a la cama. Le sacan las esposas o no la controlo'. Los guardias le respondieron que no podían hacerlo, que tenían la orden expresa de tenerme todo el tiempo amarrada, y al escuchar eso la señora se enojó muchísimo y comenzó a vociferar: '¡Pero cómo es eso! ¡Yo no voy a controlar a esta chica mientras ustedes la tengan esposada a la cama! ¡Yo me hago cargo! ¡Me hago responsable de lo que suceda, pero sáquenle las esposas o dejo de atenderla!'. Ante ese planteo, los policías se pusieron a hablar entre ellos y terminaron sacándome las esposas, y me las volvieron a poner después de que ella me controló".

Natalia nació por cesárea, y Mónica fue atendida por un médico que no conocía y del que sólo recuerda sus "rasgos orientales, parecía chino o japonés.

Todo lo que sucedió en ese lugar fue tremendamente desagradable; tener un hijo en esas condiciones fue una situación horrible, tanto, que después de eso decidí no volver a tener más hijos, porque fue muy traumático estar con dolores de parto y atada a una cama. Fue terrible. Espantoso.

”Hacía muchísimo calor y en el hospital a veces había agua y a veces no, porque la cortaban. Yo dejaba el grifo abierto y cuando escuchaba que salía agua, me arrastraba de la cama, recién operada, y trataba de lavar un poquito los pañales o asearme el cuerpo, porque a pesar de mi estado casi no tenía asistencia. Además, vivía con la incertidumbre de no saber si a Natalia se la iban a llevar para siempre o si me trasladaban a una cárcel con ella. Había una enfermera que venía a cada rato a ver a la nena, y se la llevaba y la mostraba por todo el hospital. Primero fue media hora, después una hora, y llegó a tenerla hasta dos horas. Y la verdad, las últimas veces no sabía si me la iban a traer de vuelta o no. Vivía con esa angustia tremenda y por eso decidimos con mi suegra sacarla de ahí.

”En verdad, lo que yo sentía es que no quería saber nada con Natalia, no quería tenerla conmigo: era tal la angustia y la sensación de muerte que padecía dentro del D2, que quería olvidarme para siempre de Natalia. El hecho de que se la llevara mi suegra me alivió. Por esa razón, durante todos esos años de cautiverio a la nena la crió mi suegra. Ella la traía de visita todos los fines de semana, y si bien yo jugaba con la nena y la cuidaba como toda mamá, a medida que Natalia iba creciendo yo intentaba mantenerme alejada de ella porque seguía con la idea que de ahí nadie iba a salir con vida. Me preguntaba: ‘¿Para qué voy hacerme querer, que me reconozca a mí como su madre o yo encariñarme con ella si, total, no voy a estar en su vida?’. Ahora me doy cuenta de que estaba muy equivocada, pero en ese momento me parecía que era lo mejor que podía hacer para protegerla, y traté de que no tuviera sentimientos hacia mí, ni tenerlos yo hacia ella. Por eso mi decisión en ese momento fue de no encariñarme, porque estaba segura de que íbamos a morir”.

Las consecuencias de esa actitud fueron y son dolorosas para Mónica:

“Cuando me dieron la libertad y me fui a vivir con mi hija, ni ella me reconocía a mí ni yo a ella. Personalmente, creo que nunca me aceptó como su madre, y eso continúa hasta el día de hoy. A veces pienso que muchos de los sentimientos actuales de Natalia estuvieron originados justamente en esos años en los que yo no quise relacionarme con ella. Y eso generó que durante todo el resto de nuestra existencia, el trato entre nosotras fuera como de hermanas. Natalia tenía dos años y medio, casi tres, cuando fui a vivir con ella en La Cumbre, y eso tuvo consecuencias tremendas en su psiquis. Natalia ha sufrido muchísimo, por todo mi embarazo dentro del D2 y por lo que pasó después. Y porque encima, a los cinco años, la tuvimos que traer a vivir al Reino Unido, en un mundo totalmente distinto al que ella conocía”.

Del bautismo de Natalia, Mónica recuerda que lo hicieron “porque una mujer que iba al D2 frecuentemente dijo que había que bautizarla. Sin mucha convicción, dijimos: ‘Bueno, sí, la bautizamos’, y así lo hicimos. No recuerdo exactamente de dónde venía esa mujer, pero según me parece recordar, era algo así como una trabajadora social que tenía algo que ver con la Iglesia. Por eso me insistió en bautizar a la nena. Lo hicimos ahí dentro. La madrina fue esta señora y el padrino fue Telleldín, el jefe del D2. Él dijo que quería ser el padrino y yo estuve de acuerdo porque para mí era una forma de protegerla. Pensaba que de ese modo nadie la iba a tocar, nadie le iba a hacer nada. Para mí era como ponerle a la nena un protector para que nadie se atreviera a robarla o hacerla desaparecer.

”Charlie y yo habíamos decidido ponerle el nombre Natalia a nuestra hija, si era nena. Y, casualmente, la hija de Marta y de ‘Kent’ se llamaba Natalia. De ellos recuerdo que aparecieron un día en el patio del fondo: primero vi a este tipo que tenía grandes ojos de color verde y miraba para todos lados, y al rato la trajeron a Marta. Y después fueron a parar los dos al calabozo que estaba al lado del nuestro.

”Fue muy bueno para mí tener alguien con quien hablar y con quien compartir. Hacíamos cosas juntas, como leer libros y comentarlos, y ella hasta

me enseñó a tejer crochet. Y así pasaban los días más rápido. No hablábamos de cuestiones políticas ni de nada que pudiera ser comprometido. Toda nuestra relación se concentraba en el día a día y en cuestiones sin trascendencia. 'Kent' andaba siempre por todo el D2 con un libro en la mano. Era como muy intelectual y muy inquieto, y hablaban mucho con Charlie y también con la gente del D2, pero no sé qué trabajo hacía ahí, porque mientras a ellos los sacaban e iban a trabajar a las oficinas de adelante, Marta y yo nos quedábamos en el calabozo. ¿Qué hacían allí? No lo sé, pero por algo los tenían ahí adelante. Me imagino que en algo trabajaban para ellos, pero sinceramente no sé en qué".

En 1977 Mónica volvió a quedar embarazada, pero sus captores, sin saberlo, pusieron fin a ese estado cuando decidieron castigarla por las declaraciones de Charlie en el juzgado federal de Bell Ville, ante el juez Vázquez Cuestas. "En realidad, yo no sabía que estaba embarazada y me di cuenta cuando pasó todo. Recuerdo que para esa época estos tipos del D2 ya habían parado de matar y asesinar tanta gente, pero seguían tan peligrosos como siempre. Y una noche en la que Charlie no estaba (no recuerdo por qué razón se lo habían llevado), Lucero y el 'Cabezón' Torres entraron con los coches a toda velocidad, como locos, y los hicieron derrapar en un playón que había ahí, en el segundo D2, a muchísima velocidad. Detuvieron la marcha frenando de golpe y se bajaron a los gritos, pateando todo lo que encontraban e insultando de una forma tremenda, hasta que llegaron a la puerta de nuestra celda, donde estaba yo sola. No entendía qué pasaba, porque estos tipos estaban como locos, me gritaban todo tipo de cosas, me insultaban y me decían que me iban a matar. No alcanzaron a golpearme, pero en ese momento fue tan grande el estrés que yo sentí que me iban a matar. Estaban completamente borrachos o drogados, y gritaban e insultaban todo el tiempo. Fue una situación tan pero tan violenta que hasta vinieron a defenderme otros policías que, creo, también eran del D2, y ahí se armó una pelea tremenda, un griterío con forcejeos y hasta golpes. En principio, todo terminó ahí y al rato logré dormirme, pero al día siguiente amanecí con unos dolores muy fuertes en la espalda, luego en el estómago y finalmente tuve

una pérdida total como consecuencia de la terrible angustia y el estrés que había vivido con esta gente".

Mónica salió en libertad en 1978. Durante todo ese tiempo había estado a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Ella recuerda haber tenido además otra causa judicial en su contra: "Mientras estuve detenida me llevaron al Juzgado varias veces, me hicieron una especie de reconocimiento entre varias personas y como no me reconoció nadie, me desvincularon de esa causa, y sólo quedé a disposición del PEN.

"En los juzgados, cuando me llevaban, los sumariantes me decían que en cualquier momento me iban a dejar salir, pero el tiempo pasaba, ya nos habían trasladado al último D2, y seguía a disposición del PEN. Así que cuando me dijeron que me iba no lo creí. Hasta que lo escucho a Romano que dice por ahí, en ese idioma bien de campo que él hablaba: '¡A ver esa moza! ¡Que prepare el pilchaje, que se va de acá!'. '¿Está hablando de mí?', pensé. Y, sí, era yo. ¡Pero preparar el pilchaje! ¡Si no tenía qué llevar y los únicos pantalones que tenía se me caían de tan flaca que estaba! Tanto, que los tenía que atar con un hilo para poder sostenerlos, porque ni cinto tenía. Pero esa vez resultó cierto. Y finalmente cargué mis poquitas cosas y el mismo Romano me llevó a La Cumbre, a la casa de mi suegra. No me acuerdo con quién más fui, pero el que manejaba era Romano. Me dejó en la casa de mi suegra. Y Charlie quedó en el D2. Yo no sabía qué podía llegar a pasar con Charlie, pero muchas veces se me cruzaba la idea de que podía llegar a pasar lo peor. Yo lo iba a visitar casi todos los fines de semana a Córdoba, pero la incertidumbre era muy grande y nadie sabía qué iba a suceder. Además, veía que la situación dentro de ese último D2 se estaba poniendo cada vez más grave, porque todos se estaban volviendo locos y eso era muy grave y preocupante. Y él empezó a estar mal psicológicamente, porque cuando me dejaron salir, al poco tiempo también los dejaron salir a Marta y a 'Kent', y Charlie quedó totalmente solo. Él se puso muy mal y muchas veces

pensé que con Charlie podía pasar lo peor. Pero finalmente pudo volver a escaparse y logramos huir de ese lugar siniestro".

El final del diálogo con Mónica es conmovedor: "El D2 era un lugar espantoso, donde lo único certero eran el miedo, la incertidumbre y el terror. El D2 era vivir con la sensación permanente de que te mataban en cualquier momento. Y, sinceramente, por años yo cerré mi mente a todo eso. Me cerré muchísimo y cuando vine aquí no quise hablar nunca más con nadie de todo lo que nos había sucedido, y creo que eso fue peor. Empecé a sufrir depresiones muy profundas y jamás tuve asistencia de ningún tipo por parte de psicólogos, ni siquiera la ayuda de una persona a quien poder contarle todo lo que me había pasado y que me pudiera comprender. Después de tantos años, esta es la primera vez que hablo de esto, con vos; tenía y tengo aún muchas cosas muy encerradas dentro de mí de todo lo que sufrí en aquellos años de horror y de espanto. ¿Todavía está el baño del patio del fondo? El baño donde llevaban a las mujeres los tipos del D2. ¿Ese lugar espantoso aún está en pie? [asiento, y Mónica sigue hablando] Quedan muchas cosas adentro, muchas. Algunas las podrás imaginar pero otras son tan inimaginables que sería difícil contarlas. Lo que hablé hoy con vos no es poco, y para mí fue un gran paso, porque es la primera vez que siento que puedo hacerlo, que puedo confiar en alguien y comenzar a hablar de todo el horror de esos años, pero queda mucho más, situaciones espantosas que me marcaron para toda la vida y que no sé si aún estoy en condiciones de contarlas. Espero que algún día siga la charla y te pueda relatar todo ese dolor con el que he vivido por años. Muchas gracias por venir, y sobre todo, por escucharnos".

57 En las ediciones anteriores de este libro sólo sugerí la existencia del testimonio de Mónica, pero decidí que no fuera publicado debido a la crudeza y el dolor expuestos en algunos pasajes del relato. Muchos lectores hicieron comentarios y consultas al respecto, lo cual me convenció de la conveniencia de incluir fragmentos, considerando que su testimonio es importante para rescatar la verdad histórica.

58 En lunfardo, patinar significa prostituirse, “hacer la calle”.

23

DESPEDIDAS

Finalmente llegó la hora de la despedida. La noche previa a mi partida la aprovechamos por completo, y con Charlie hicimos una revisión general de toda su entrevista para no dejar ningún cabo suelto. Ya habría tiempo para dormir durante el viaje. Mónica había quedado exhausta, como si se hubiera librado de un gran peso, y decidió descansar. Me despedí de Gaby y de “Mom” con un abrazo muy fuerte. Gaby prometió que iba a continuar sus clases de “Spanish” para visitarme algún día en la Argentina, y también que iba a dejar de llorar. Realmente todos me habían hecho sentir muy cómodo, y dejaba atrás una experiencia que, lo sé, voy a recordar por el resto de mi vida.

De madrugada, y muchas horas antes de la salida del vuelo, comenzamos a desandar el largo camino que doce días antes habíamos recorrido en la robusta Land Rover. Llegamos al Aeropuerto y aprovechamos para tomar algo caliente porque era una noche, como no podía ser de otro modo, muy fría y lluviosa.

En esa última charla, Charlie me expresó de una forma muy sentida que había esperado este contacto durante años, que me agradecía muchísimo la confianza y el esfuerzo de haber viajado, y que sentía mucha tristeza por mi partida, porque iba a extrañar tener a quien contarle todo lo vivido. Con los últimos abrazos, me dijo que su diabetes crónica —la que habría adquirido a consecuencia de las torturas sufridas en los primeros días de permanencia en el D2— estaba en una fase muy agresiva, y que posiblemente su salud en general, y su vista en

particular, comenzarían a declinar en muy poco tiempo. De manera implícita, Charlie compartía conmigo su temor de que años de información pudieran perderse inexorablemente. Nos volvimos a abrazar, tomé la única foto que conservo de él y, finalmente, con los ojos un poco humedecidos, me dijo: “Te espero cuando quieras, macho. Ésta es tu casa. Y si algún día las cosas en la Argentina cambian, me voy para allá y nos comemos un asadito en las sierras, en Cabana o en Los Quebrachitos, en nuestra zona de operaciones. Bueno, macho, me voy porque no me gusta esto de ponerme sensible”. Mientras lo miraba alejarse, las frases que acababa de escuchar retumbaban en mi cabeza. Del mismo modo que me había recibido, Charlie Moore levantaba su mano a lo lejos. Uniformado, por supuesto.

24

AIRE FRESCO

A medida que el avión despegaba y tomaba altura, la imagen del paisaje victoriano, casi irreal, que veía a través de la ventanilla empezó a alejarse hasta desaparecer por competo entre el mar de nubes que cubre la isla de manera casi invariable. Después de tantos años de búsqueda, había tenido que cruzar prácticamente de un extremo al otro del planeta para conocer sólo unos segundos de mi historia familiar. Meditando al respecto, no pude dejar de sorprenderme de la naturaleza humana. Porque es increíble cómo, en algunos casos, esos segundos de historia, el tiempo que utiliza una persona para disparar un arma, o para amar, pueden determinarnos para siempre. Tal vez la historia no sea otra cosa que el conocimiento integral de muchos de esos segundos significativos. Y volviendo a pensar en lo vivido esos días, tomé conciencia de que en mi búsqueda había encontrado muchas historias, muchísimas, que no me pertenecían. Sentí que al seguir un camino había encontrado muchos de esos segundos significativos que, sumados, tal vez eran algunos minutos de la historia reciente de Córdoba y de la Argentina.

Ya en pleno vuelo sobre el Atlántico, mientras el avión se dirigía a Montevideo, la señora con la que me tocó compartir el viaje, una dama muy culta y agradable, comenzó a contarme detalles de su vida. Era médica psiquiatra, había nacido en Uruguay pero ahora pasaba la mayor parte del año en Suiza con su esposo. Cuando podía, visitaba la parte de su familia que

permanecía en Uruguay, donde aún conservaba la casa de su infancia. Después de un rato de conversación, me preguntó: “Usted es argentino, ¿verdad? ¿A qué se dedica?”. “Sí, soy argentino. Trabajo para el Poder Judicial de mi provincia, y me dedico a investigar hechos criminales; para que me comprenda, soy una especie de investigador policial, y casualmente estos días estuve reflexionando sobre la naturaleza de mi trabajo. Usted sabe, por su profesión, que en algunos casos la tarea que uno realiza suele ser simbólica. Por eso, si tuviera que definir exactamente qué es lo que hago, tendría que decir que he dedicado casi toda mi vida a aprender a buscar y a buscar. Justamente, venía pensando que tal vez en esa búsqueda he pasado muchos años buceado en cientos de historias de otros pero persiguiendo mi propia historia”. “¿Y qué ha encontrado?”, me preguntó la señora, interesada. “Creo que mi descubrimiento, lo que realmente he encontrado después de tanto andar, es haber podido comprender que quizás las historias individuales no son otra cosa que una parte, fracciones de un todo que les da sentido. Que ciertos actos y ciertos hechos jamás pueden ser vistos de modo individual, porque se corre el riesgo de no poder comprenderlos nunca. Porque, a fin de cuentas, no son otra cosa que muestras de lo que somos o hemos sido socialmente todos, absolutamente todos, en un determinado tiempo”.

Después de largas horas, el avión arribó a Montevideo, y desde allí otro vuelo me llevó a Córdoba en un suspiro. Llegar al lugar de uno y reencontrarse con los afectos siempre es valioso, pero ese día los necesitaba un poco más. Hubo muchos abrazos y un montón de anécdotas, aunque —quizás de modo inconsciente— no conté absolutamente nada relacionado con la información que había ido a buscar.

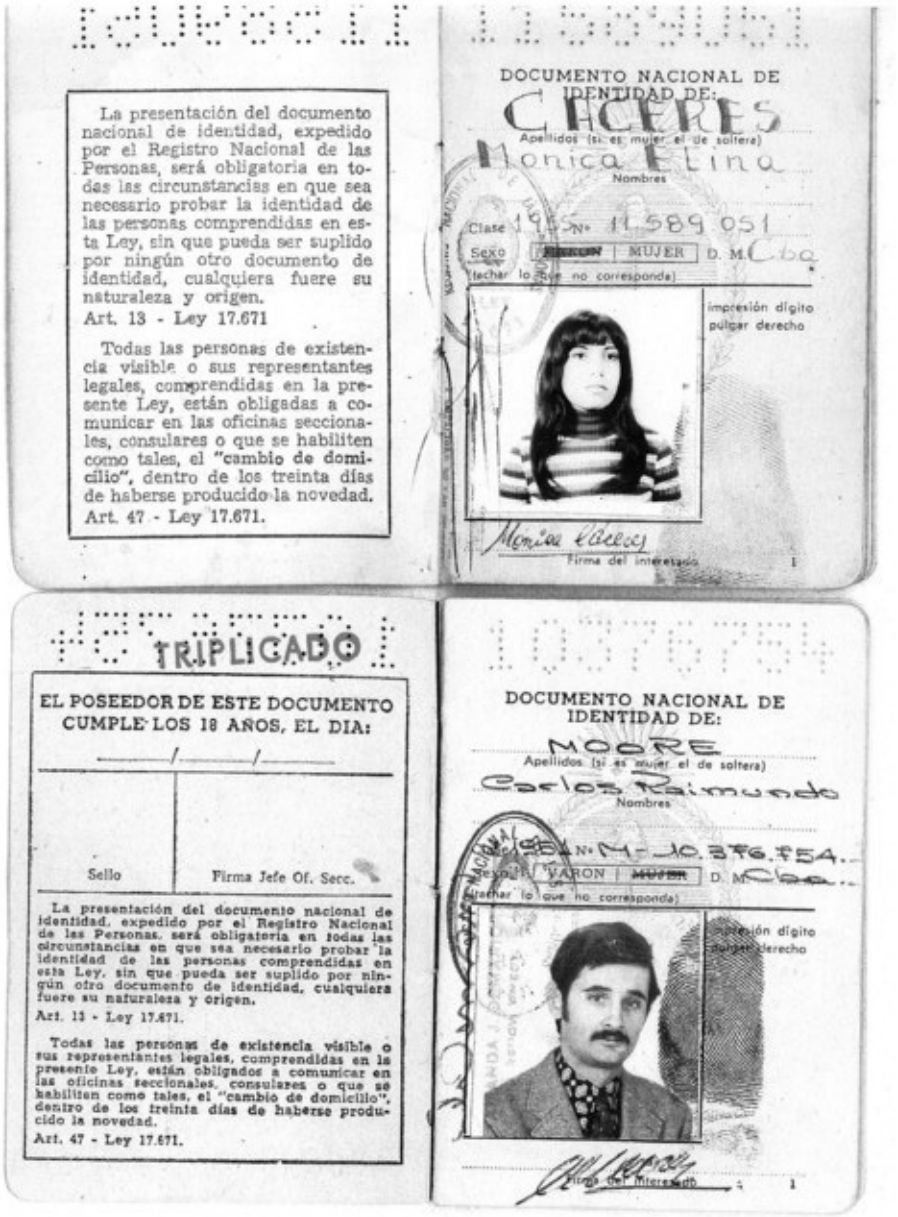
Una vez en casa y tras reponerme del viaje, me cambié y me dirigí, solo, a la Jefatura de Policía. Llegué bien entrada la noche, y del mismo modo que lo había hecho durante tantos y tantos años, traspasé el acceso principal y me dirigí hacia uno de los muros internos, donde están las placas con la inscripción: “A los

que cayeron en el cumplimiento de su deber". Había repetido esa ceremonia cada día de trabajo, como si cumpliera con un destino inexorable: al llegar al frente de la placa que recuerda a mi viejo, me detenía, la acariciaba, luego me persignaba, y recién entonces me dirigía a mi oficina. Esta vez, sin embargo, sólo fui a eso.

Permanecí parado en el lugar unos cuantos minutos. Al leer los nombres que acompañaban a mi viejo, pensé que tal vez faltaban algunos. Después repasé en silencio lo que había hecho todos estos años: era casi una vida juntando detalles minúsculos que me habían permitido conocer qué había sucedido hacía más de treinta años, no sólo a mí, sino a muchos. Y de algún modo, después de haber hecho ese repaso, sentí que finalmente había llegado. Que mi búsqueda, más allá de los resultados, había terminado. Unos minutos después, como si concluyera una ceremonia reservada sólo a policías, me despedí de mi viejo y salí del edificio. Caminando despacio, bajé las escaleras y al llegar a la vereda, advertí que corría una brisa fresca, de primavera. Sentí una sensación de aire fresco en la cara. Y, mientras caminaba, pensé que sería bueno comenzar a escribir lo que había vivido durante todos estos años. Tal vez así podría ayudar a otros que, aún, siguen buscando.

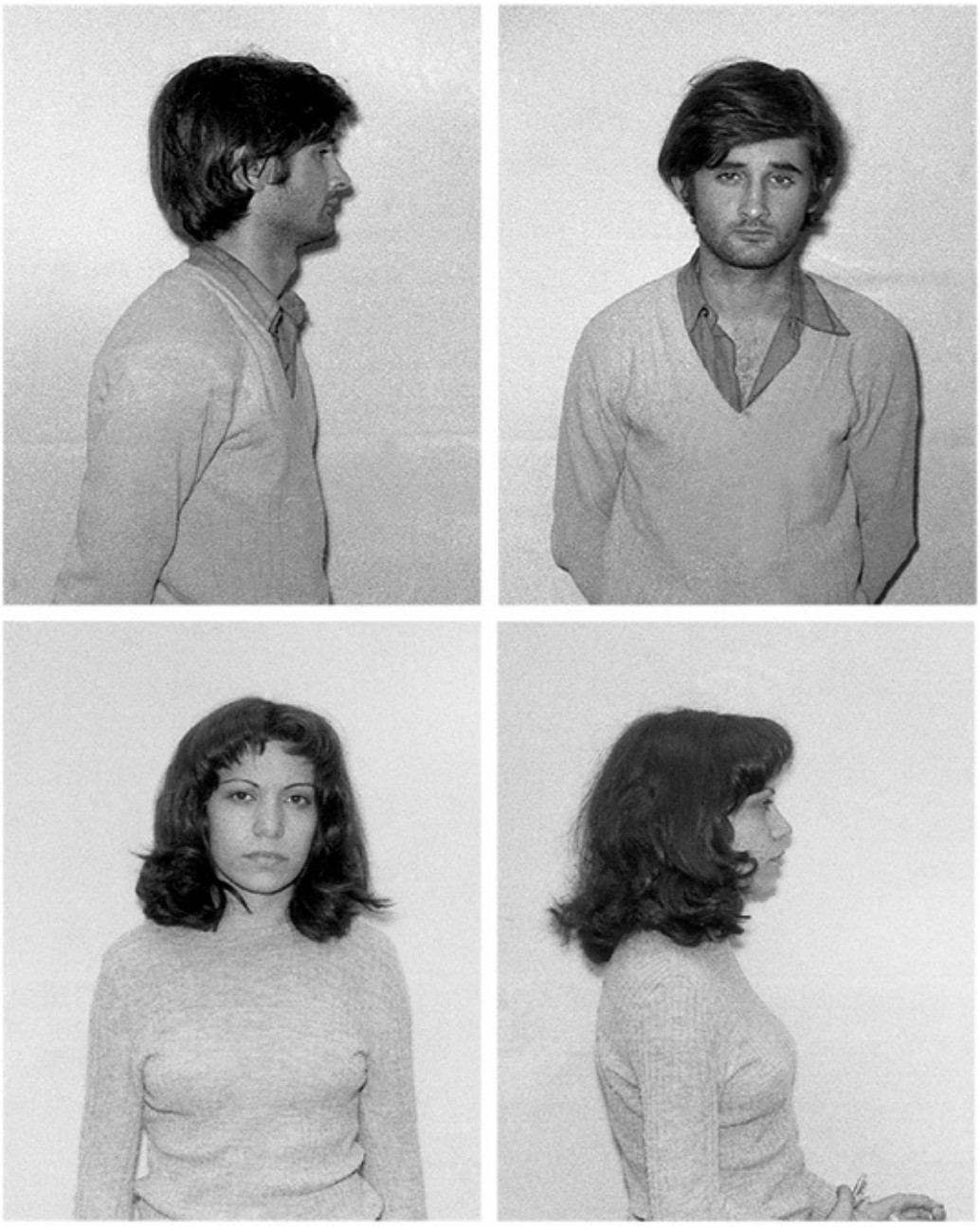
Este libro está dedicado a todas las víctimas que se consumieron en los fuegos de aquellos años.
Y especialmente a todas las personas que silenciosamente buscan y seguirán buscando retazos de información de sus seres queridos, en la parte más dolorosa de nuestra historia reciente.

GENTILEZA FAMILIA MOORE-CÁCERES

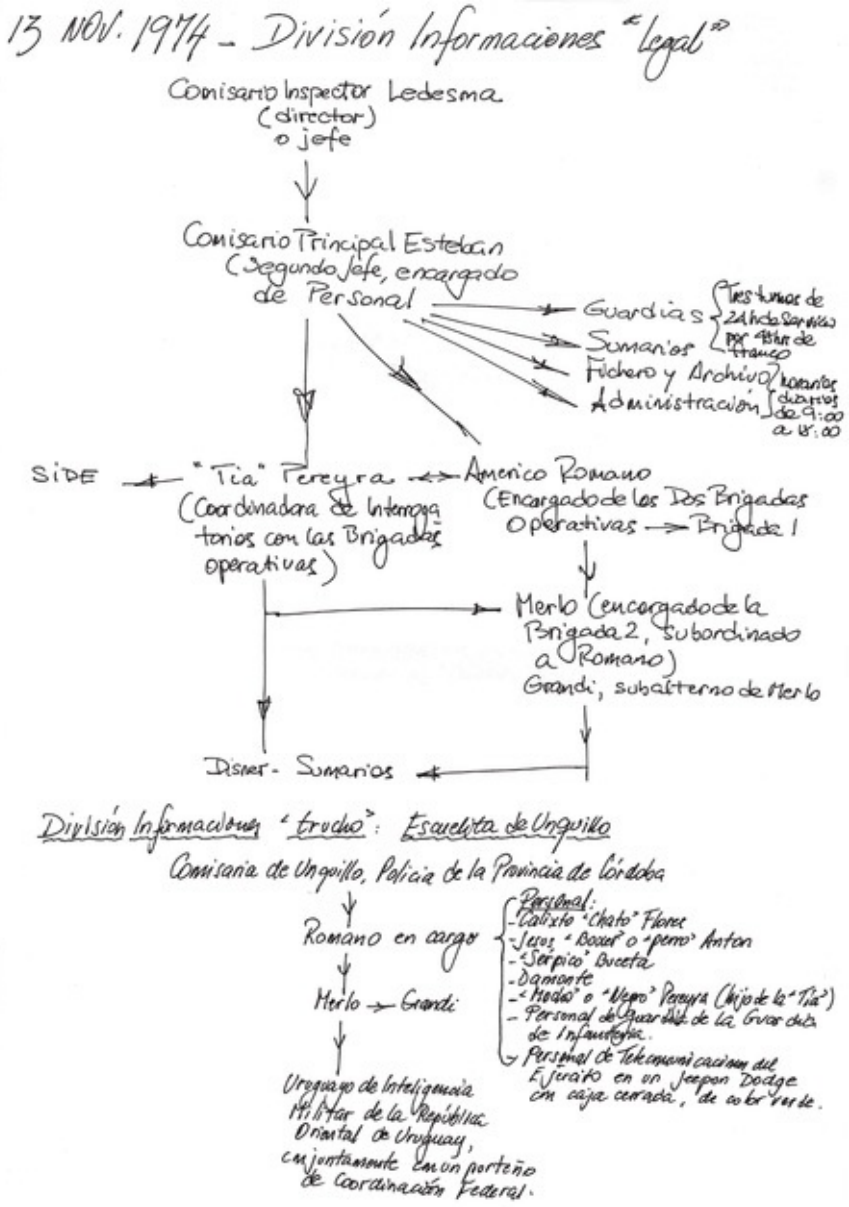


Copia de los documentos argentinos de Mónica Elina Cáceres y Carlos Raimundo Moore. El primero de ellos fue “encanutado” y conservado durante toda la detención de Mónica. El segundo fue confeccionado en el mismo D2, a instancias de algunos de sus integrantes, presumiblemente con intenciones de ser utilizado para hacer cobros indebidos al Estado a nombre de Moore y apropiarse del dinero.

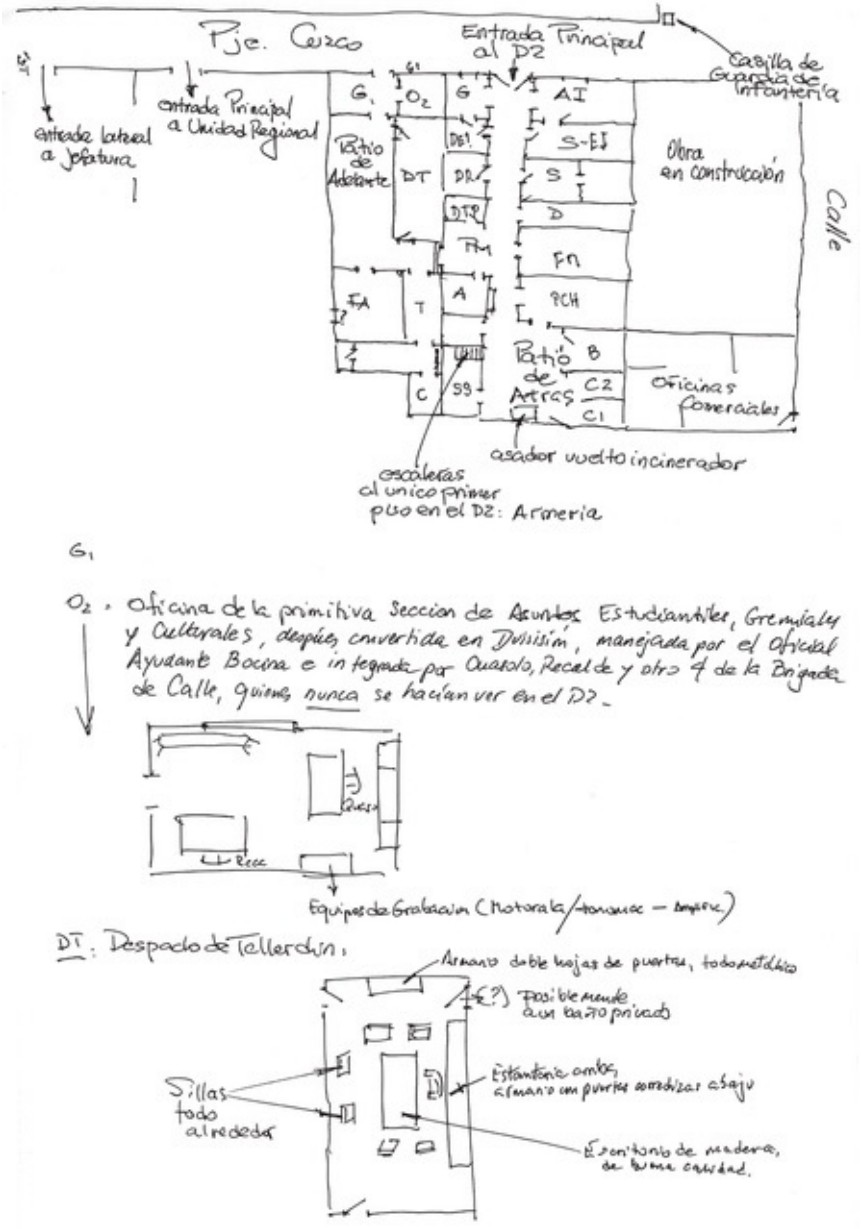
GENTILEZA FAMILIA MOORE-CÁCERES



Mónica Cáceres y Carlos Moore al momento de su detención en 1974. Las fotografías, tomadas en el D2, integran el “Registro de Extremistas” del Departamento 2 de Informaciones, de la Policía de la Provincia de Córdoba.

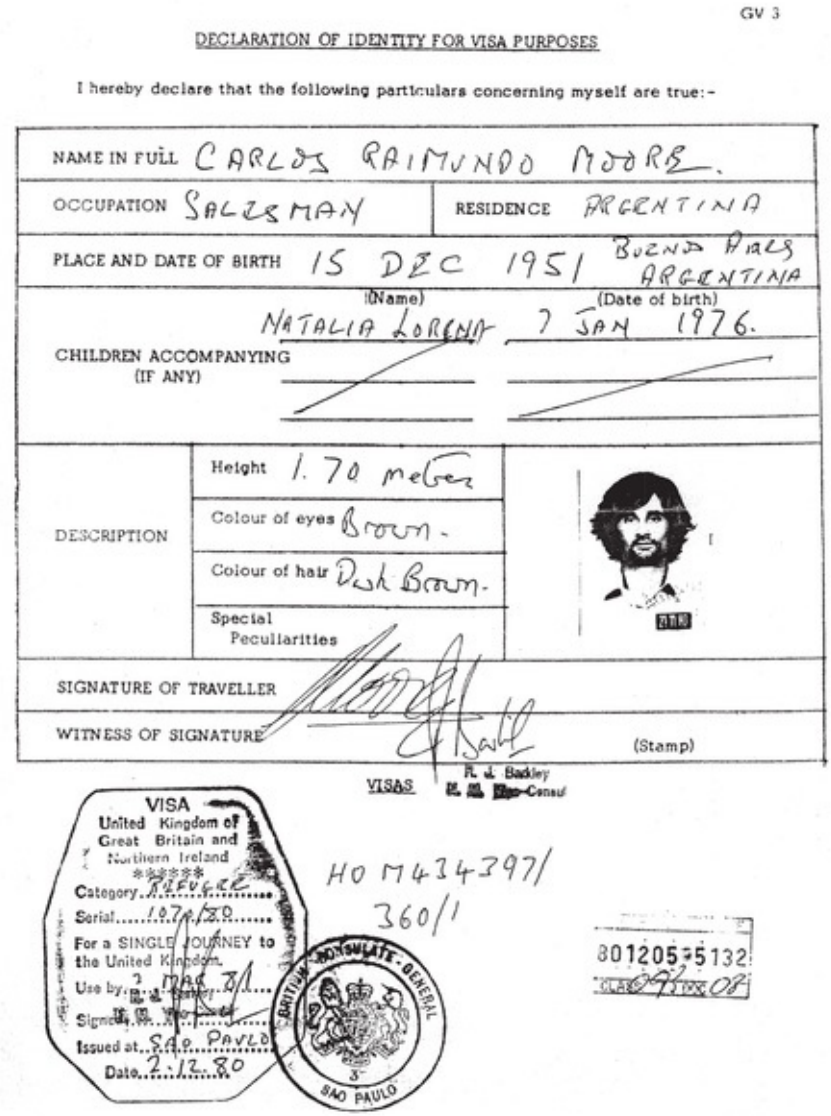


Organigrama del D2 en noviembre de 1974, confeccionado por Carlos Moore durante su entrevista con el autor.



Plano del “primer” D2, en el pasaje Santa Catalina, confeccionado por Carlos Moore durante su entrevista con el autor.

CARLOS RAIMUNDO MOORE



GV 3

DECLARATION OF IDENTITY FOR VISA PURPOSES

I hereby declare that the following particulars concerning myself are true:-

NAME IN FULL CARLOS RAIMUNDO MOORE.

OCCUPATION SALESMAN — RESIDENCE ARGENTINA

PLACE AND DATE OF BIRTH 15 DEC 1951 BUENA AIRES ARGENTINA

CHILDREN ACCOMPANYING (IF ANY) — (Name) NATALIA LORENA — (Date of birth) 7 JAN 1976.

DESCRIPTION — Height 1.70 meter — Colour of eyes Brown. — Colour of hair Dark Brown. — Special Peculiarities

SIGNATURE OF TRAVELLER

WITNESS OF SIGNATURE (Stamp)

R. J. Backley
H.M. Vice-Consul

VISAS

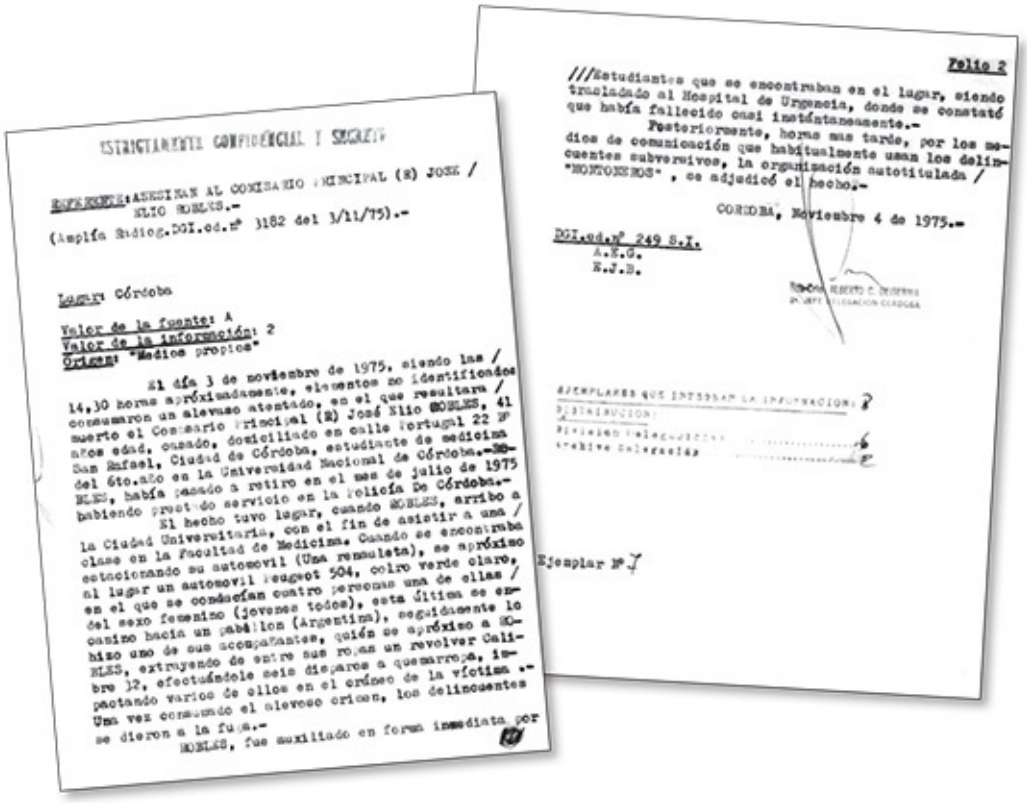
VISA
United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland
Category REFUGEE
Serial 107/80
For a SINGLE JOURNEY to the United Kingdom.
Use by 2 MAR 81
Signed
Issued at SAO PAULO
Date 2.12.80

HO M434397/ 360/1

BRITISH CONSULATE-GENERAL SAO PAULO

801205-5132

Salvoconducto de Carlos Moore, otorgado por la Embajada Británica en Brasil en noviembre de 1980.



ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL Y SECRETO

REFERENTE: ASESINAN AL COMISARIO MUNICIPAL (R) JOSE / ELIO ROBLES.-

(Amplía Radiog.DGI.cd.Nº 3182 del 3/11/75).-

Lugar: Córdoba

Valor de la fuente: A
Valor de la información: 2
Origen: "Medios propios"

El día 3 de noviembre de 1975, siendo las / 14,30 horas aproximadamente, elementos no identificados consumaron un aleve atentado, en el que resultara / muerte el Comisario Principal (R) José Elio ROBLES, 41 años edad, casado, domiciliado en calle Portugal 22 B Sam Rafael, Ciudad de Córdoba, estudiante de medicina del 6to.año en la Universidad Nacional de Córdoba.-RO-BLES, había pasado a retiro en el mes de julio de 1975 habiendo prestado servicio en la Policía De Córdoba.-

El hecho tuvo lugar, cuando ROBLES, arribo a la Ciudad Universitaria, con el fin de asistir a una / clase en la Facultad de Medicina. Cuando se encontraba estacionando su automovil (Una renaulata), se aproximo al lugar un automovil Peugeot 504, color verde claro, en el que se conducían contra personas una de ellas / del sexo femenino (jovenes todos), esta última se encaminó hacia un pabellon (Argentina), seguidamente lo hizo uno de sus acompañantes, quién se aproximo a ROBLES, extrayendo de entre sus ropas un revolver Calibre 32, efectuándole seis disparos a quemarropa, impactando varios de ellos en el cráneo de la víctima.- Una vez consumado el aleveso crimen, los delincuentes se dieron a la fuga.-

ROBLES, fue auxiliado en forma inmediata por

Folio 2

///Estudiantes que se encontraban en el lugar, siendo trasladado al Hospital de Urgencia, donde se constató que había fallecido casi instántaneamente.-

Posteriormente, horas mas tarde, por los medios de comunicación que habitualmente usan los delincuentes subversivos, la organización autotitulada / "MONTONEROS" , se adjudicó el hecho.-

CORDOBA, Noviembre 4 de 1975.-

DGI.cd.Nº 249 S.I.
A.F.G.
E.J.B.

EJEMPLARES QUE INTERESAN LA INFORMACION: 7
DISTRIBUCION:
Personal Seleccionado 6
Archivo Reservado 1

Ejemplar Nº 7

ARCHIVO FAMILIAR ROBLES



Arriba, parte policial donde se anuncia el asesinato del comisario principal José Elio Robles por la organización Montoneros. Abajo, Robles desempeñando tareas en una dependencia policial, a comienzos de la década de 1970.

FAMILIA MOORE-CÁCERES



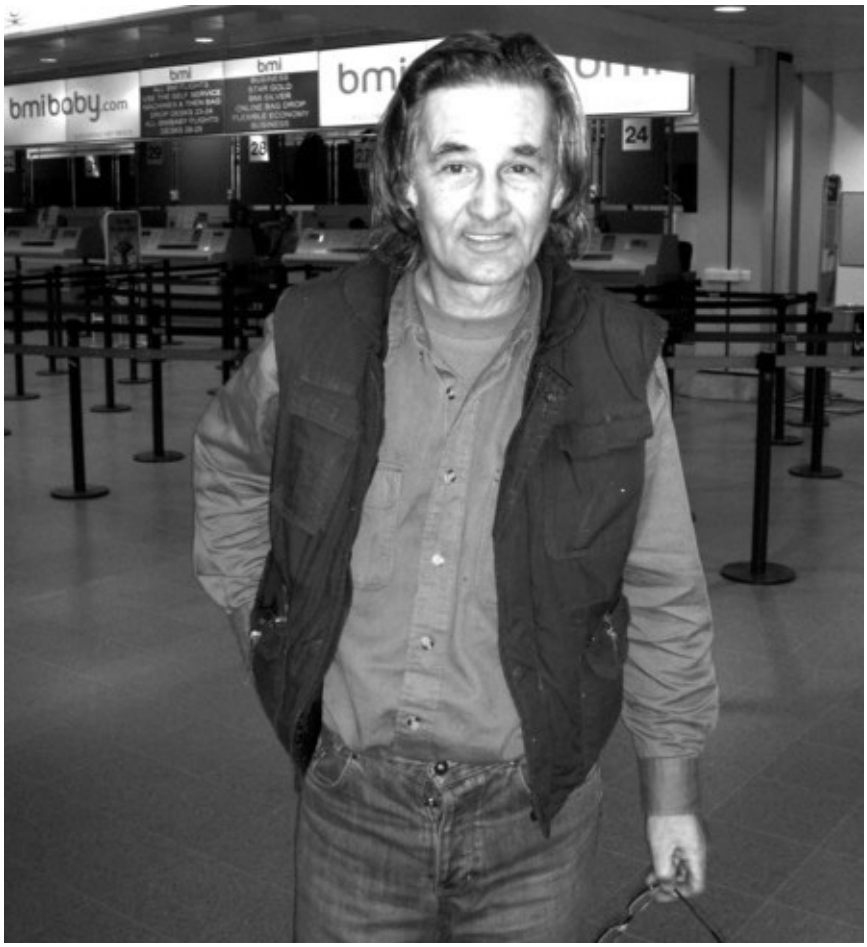


Arriba, Carlos Moore y Mónica Cáceres en Iguape, Brasil, en noviembre de 1980. Abajo, Natalia Moore a los 4 años. La fotografía fue tomada por la Dirección de Orden Público y Social de Brasil.

CARLOS RAIMUNDO MOORE

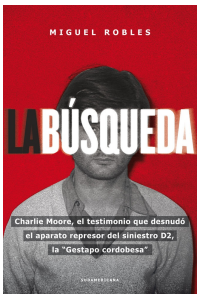


MIGUEL ROBLES



Arriba, Mónica Cáceres en Londres, 1985. Abajo, Moore despide al autor en el

aeropuerto de Manchester, en 2009.



En 1975 era asesinado en Córdoba el comisario inspector José Elio Robles, padre del autor. Ya adulto, Miguel siguió sus pasos: se convirtió en policía y fue entonces que comenzó a sospechar de la versión oficial, que había adjudicado el crimen a Montoneros. Una sola persona podía develar toda la trama: Carlos “Charlie” Moore, un militante del ERP que había sido secuestrado junto con su esposa, Mónica Cáceres, y que permaneció irregularmente detenido en el Departamento de Inteligencia de la policía provincial —el D2, la “Gestapo cordobesa”— donde fue doblegado y obligado a trabajar para sus captores hasta 1980; cuando logró escapar, elaboró para las Naciones Unidas un extenso y pormenorizado relato de los crímenes que había presenciado. Así comienza *La búsqueda*, de Miguel Robles: la de la verdad sobre la muerte del padre y lo ocurrido en uno de los más activos centros clandestinos del país durante la década del 70.

El testimonio de Moore, atrapado en la lógica binaria de “buenos versus malos”, terminó siendo una valiosa fuente de información acerca de la represión ilegal en la provincia y fue base para el juicio contra Jorge Rafael Videla, Luciano Benjamín Menéndez y otros veintinueve acusados por delitos de lesa humanidad.

En su originalidad y excepción, este libro complejiza y enriquece la extensa bibliografía testimonial sobre los años 70.



MIGUEL ROBLES

Ha recorrido, durante los últimos veintisiete años, gran parte de los escalones de la investigación criminal en Córdoba y el país. Primero, como integrante de la Policía de la Provincia de Córdoba; luego, como miembro de la Dirección General de Policía Judicial, y posteriormente, como Subsecretario de Estado, a cargo de la operatividad de las fuerzas policiales y de seguridad argentinas en el área de investigaciones de delitos complejos. Se graduó como docente en armamento, y se especializó en academias nacionales e internacionales en investigación de homicidios, narcotráfico, delitos complejos y criminalidad organizada, tarea que realizó durante gran parte de su carrera. Además dictó clases en casi todas las policías y fuerzas de seguridad nacionales y provinciales de la República Argentina. Actualmente, luego de haber llegado al cargo de Director Categoría “A” del Poder Judicial de Córdoba, solicitó su retiro y se dedica a escribir su tesis de licenciatura en Antropología en la Universidad Nacional de Córdoba. Desde esta nueva perspectiva antropológica, continúa desarrollando su pasión por la investigación, el estudio de las ciencias policiales y los sistemas de policiamiento, y sobre todo por coleccionar objetos, escritos e historias de las convulsionadas y apasionantes décadas del 60 y el 70 en la Argentina.

Foto: © Rubén Dagostaro

Robles, Miguel
La búsqueda. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2016
(Biografías y Testimonios)
EBook.

ISBN 978-950-07-5582-5

1. Biografía. I. Título
CDD 923

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2016
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5582-5

Conversión a formato digital: Libresque



Índice

La búsqueda
Prólogo
1. Presentaciones
2. Papá
3. El prófugo menos encontrado
4. La edad oscura
5. El acuerdo
6. El defensor
7. Los libertadores
8. Sangre azul
9. La “Tía”, el “Pipo” y Leurino
10. El padrino y su sombra
11. Negro el ’76
12. Entrevista laboral
13. Juez y número
14. Matar para robar
15. L.A.U
16. Todos los “De Dos”
17. Seriales
18. Soledad, locura y muerte
19. Freedom
20. Dios salve a la Reina
21. Asociación libre
22. Mónica
23. Despedidas

24. Aire fresco
Archivo fotográfico
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos